

LEE CHILD

LUNA AZUL

UNA NOVELA DE JACK REACHER



Una vez cada cierto tiempo, la luna llena aparece dos veces en un mismo mes. Ese evento astronómico poco habitual se conoce como «luna azul». Jack Reacher está en un autobús, ocupándose de sus propios asuntos, sin ningún lugar en particular a donde ir y con todo el tiempo del mundo para llegar allí. En el mismo autobús viaja un anciano, que lleva un sobre abultado con dinero en un bolsillo de su chaqueta. Reacher lo ve, y otro pasajero, que también lo está viendo, evalúa la oportunidad de enriquecerse rápido y fácilmente. Pero Reacher ha sido entrenado para darse cuenta de cosas. La próxima parada es una ciudad cualquiera, de medio millón de habitantes, dividida por una avenida principal en la que a cada lado operan bandas criminales rivales. Una cosa lleva a la otra y, de repente, Reacher se ve involucrado en una sangrienta guerra territorial que le obliga a ir un paso por delante de usureros, matones y asesinos para garantizar su supervivencia. Junto a una camarera que sabe un poco más de lo que deja entrever, se propone acabar con los poderosos y hacer pagar a los codiciosos. La posibilidad de éxito es remota. Las probabilidades juegan en su contra. Pero Reacher dirá: «Una vez por cada luna azul las cosas salen bien».

Lee Child

Luna azul

Jack Reacher

24

Título original: *Blue Moon*
Lee Child, 2020
Traducción: Aldo Giacometti, 2021

Revisión: 1.0

 27/09/2021

Para Jane y Ruth.
Mi tribu.

UNO

En un mapa de Estados Unidos la ciudad parecía pequeña. Era solo un punto diminuto y amable, cerca de una carretera roja semejante a un hilo que atravesaba un centímetro de papel por lo demás vacío. Pero de cerca y sobre el terreno tenía medio millón de habitantes. Cubría más de doscientos cincuenta kilómetros cuadrados. Tenía cerca de ciento cincuenta mil hogares. Tenía más de ochocientas hectáreas de zonas verdes. El ayuntamiento se gastaba quinientos mil millones de dólares por año, y recaudaba casi la misma cantidad mediante impuestos y cobros y facturas. Era lo suficientemente grande como para que el departamento de policía tuviera mil doscientos efectivos.

Y era lo suficientemente grande como para que el crimen organizado estuviera dividido en dos caminos divergentes. El oeste de la ciudad lo controlaban ucranianos. El este lo controlaban albaneses. La línea de demarcación estaba tan manipulada como la de un distrito electoral. Nominalmente seguía la calle Center, que iba de norte a sur y dividía la ciudad por la mitad, pero hacía zigzag y entraba y salía para incluir o excluir bloques específicos y partes de vecindarios específicos, allá donde se sintiera que precedentes históricos justificaban circunstancias especiales. Las negociaciones habían sido tensas. Había habido guerras territoriales menores. Había habido algunas situaciones desagradables. Pero finalmente se había llegado a un acuerdo. El arreglo parecía funcionar. Cada lado se mantenía fuera del camino del otro. Durante mucho tiempo no había habido un contacto significativo entre ellos.

Hasta una mañana de mayo. El jefe ucraniano aparcó en un garaje sobre la calle Center y caminó hacia el este dentro del territorio albanés. Solo. Tenía cincuenta años y su porte era como el de una estatua de bronce de un viejo héroe, alto, duro y sólido. Se llamaba a sí mismo Gregory, que era a lo más cerca que los americanos podían llegar de la pronunciación de su nombre de pila. Iba desarmado, y para demostrarlo llevaba puestos unos pantalones ajustados y una camiseta ajustada. Nada en los bolsillos. Nada escondido. Dobló a la izquierda y a la derecha, metiéndose adentro, dirigiéndose hacia un bloque de una calle trasera, donde sabía que los albaneses dirigían sus negocios desde una serie de oficinas en la parte trasera de un almacén de maderas.

Lo siguieron durante todo el camino, desde su primer paso al otro lado de la línea. Se anticiparon con llamadas, por lo que para cuando llegó se vio frente a seis figuras silenciosas, todas de pie e inmóviles en el semicírculo entre la acera y la persiana del almacén de maderas.

Como piezas de ajedrez en una formación defensiva. Se detuvo y mantuvo los brazos apartados de los lados. Se giró despacio, 360 grados completos, los brazos todavía abiertos. Pantalones ajustados, camiseta ajustada. Ningún bulto. Ninguna protuberancia. Ningún cuchillo. Ningún arma de fuego. Desarmado, frente a seis tipos que sin duda no lo estaban. Pero no estaba preocupado. Atacarlo a él sin haber sido provocados era un paso que los albaneses no iban a dar. Lo sabía. Se tenían que respetar las cortesías. Los modales eran los modales.

Una de las seis figuras silenciosas dio un paso adelante. En parte una maniobra de bloqueo, en parte dispuesto a escuchar.

Gregory dijo:

—Necesito hablar con Dino.

Dino era el jefe albanés.

—¿Por qué? —dijo el tipo.

—Tengo información.

—¿Sobre qué?

—Sobre algo que tiene que saber.

—Te puedo dar un número de teléfono.

—Es algo que se tiene que decir cara a cara.

—¿Se tiene que decir ahora mismo?

—Sí, ahora mismo.

El tipo no dijo nada por un momento, y después se dio la vuelta y pasó agachado por la entrada para personal de una persiana metálica enrollable. Los otros cinco tipos ajustaron la formación, para reemplazar la presencia del que se había ido. Gregory esperó. Los cinco tipos lo miraban, en parte cautelosos, en parte fascinados. Era un acontecimiento único. Una vez en la vida. Como avistar un unicornio. El jefe del otro bando. Allí mismo. Las negociaciones previas habían tenido lugar en territorio neutral, en un campo de golf muy lejos de la ciudad, al otro lado de la autopista.

Gregory esperó. Cinco largos minutos después el tipo salió por la entrada para personal. La dejó abierta. Hizo un gesto. Gregory avanzó y se agachó y entró. Olió el pino fresco y escuchó el chirrido de una sierra.

—Tenemos que registrarte para ver que no tienes un micrófono —dijo el tipo.

Gregory asintió y se quitó la camiseta. Su torso era macizo y duro y estaba cubierto de pelo. Ningún micrófono. El tipo revisó las costuras de la camiseta y se la devolvió. Gregory se la puso y se pasó los dedos por el pelo.

—Por aquí —dijo el tipo.

Condujo a Gregory al fondo del galpón de chapa acanalada. Los otros cinco hombres les seguían. Llegaron a una puerta lisa de metal. Del otro lado de la puerta había un espacio sin ventanas configurado como sala de reuniones. Habían juntado cuatro mesas laminadas de lado a lado, a modo de barrera. En una silla en el centro del otro extremo estaba Dino. Era uno o dos años más joven que Gregory, y cuatro o cinco centímetros más bajo, pero más ancho. Tenía el pelo negro, y una cicatriz de cuchillo en la parte izquierda de la cara, más corta por encima de la ceja y más larga del pómulos al mentón, como un signo inicial de exclamación.

El tipo que había hablado sacó una silla para Gregory enfrente de Dino, y después recorrió el trayecto alrededor de la silla y se sentó a la derecha de Dino, como un fiel lugarteniente. Los

otros cinco se separaron en tres y en dos y se sentaron a sus lados. Gregory se quedó solo de su lado de la mesa, frente a siete caras inexpresivas. Al principio nadie habló. Después finalmente Dino preguntó:

—¿A qué le debo este enorme placer?

Los modales eran los modales.

—La ciudad está a punto de tener un nuevo comisario general de policía —dijo Gregory.

—Lo sabemos —dijo Dino.

—Ascendido desde adentro.

—Lo sabemos —dijo otra vez Dino.

—Prometió tomar medidas severas, contra vosotros y contra nosotros.

—Lo sabemos —dijo Dino, por tercera vez.

—Tenemos un espía en su oficina.

Dino no dijo nada. Eso no lo sabía.

Gregory dijo:

—Nuestro espía encontró un archivo secreto en un disco duro externo escondido en un cajón.

—¿Qué archivo?

—Su plan de operaciones para acabar con nosotros.

—¿Cuál es?

—No tiene muchos detalles —dijo Gregory—. En algunas partes es extremadamente incompleto. Pero no parece un problema. Porque día a día y semana a semana está completando más y más piezas del rompecabezas. Porque está recibiendo un flujo constante de información interna.

—¿De dónde?

—Nuestro espía buscó mucho y por todos lados y encontró otro archivo.

—¿Qué otro archivo?

—Era una lista.

—¿Una lista de qué?

—Los informantes secretos de más confianza del departamento de policía —dijo Gregory.

—¿Y?

—Había cuatro nombres en la lista.

—¿Y?

—Dos eran hombres míos —dijo Gregory.

Nadie habló.

Finalmente Dino preguntó:

—¿Qué hiciste con ellos?

—Estoy seguro de que te lo puedes imaginar.

Otra vez nadie habló.

Entonces Dino preguntó:

—¿Por qué me estás contando esto? ¿Qué tiene que ver esto conmigo?

—Los otros dos nombres de la lista son hombres tuyos.

Silencio.

—Estamos en un mismo aprieto —dijo Gregory.

—¿Quiénes son? —preguntó Dino.

Gregory dijo los nombres.

—¿Por qué me lo estás contando? —dijo Dino.

—Porque tenemos un trato —dijo Gregory—. Soy un hombre de palabra.

—Si yo caigo tú te beneficias enormemente. Quedarías a cargo de toda la ciudad.

—Me beneficio solo en los papeles —dijo Gregory—. De repente me doy cuenta de que debería estar contento con el *statu quo*. ¿Dónde encontraría la cantidad suficiente de hombres honestos para que se encarguen de tus negocios? Aparentemente ni siquiera puedo encontrar los suficientes como para que estén a cargo de los míos.

—Y aparentemente yo tampoco.

—Así que nos pelearemos otro día. Hoy vamos a respetar el acuerdo. Siento haberte traído noticias vergonzosas. Pero también me estoy avergonzando a mí mismo. Enfrente tuyo. Espero que eso sirva de algo. Estamos en el mismo aprieto.

Dino asintió. No dijo nada.

—Tengo una pregunta —dijo Gregory.

—Pues hazla —dijo Dino.

—¿Me lo habrías contado, como yo he hecho, si el espía hubiese sido tuyo, y no mío?

Dino se quedó en silencio un rato muy largo.

Después dijo:

—Sí, y por los mismos motivos. Tenemos un trato. Y si los dos tenemos nombres en la lista, entonces ninguno de nosotros debería sentirse en un aprieto por quedar un poco en ridículo.

Gregory asintió y se puso de pie.

El que era la mano derecha de Dino se puso de pie para acompañarlo hasta la salida.

—¿Estamos a salvo ahora? —preguntó Dino.

—Por mi parte sí —dijo Gregory—. Lo puedo garantizar. Desde las seis en punto de esta mañana. Tenemos un tipo en el crematorio de la ciudad. Nos debe dinero. No tuvo problemas en encender el fuego un poco más temprano hoy.

Dino asintió y no dijo nada.

—¿Estamos a salvo por tu parte? —preguntó Gregory.

—Lo estaremos —dijo Dino—. Para esta noche. Tenemos un tipo en el desguace de coches. También nos debe dinero.

La mano derecha de Dino acompañó a Gregory hasta la salida, por el galpón profundo hasta la entrada para personal en la persiana metálica enrollable, y afuera a una brillante y soleada mañana de mayo.

En ese mismo momento Jack Reacher estaba a cien kilómetros de distancia, en un autobús Greyhound, por la autopista interestatal. Estaba en el lado izquierdo del vehículo, hacia la parte de atrás, en el asiento de la ventana de encima del eje. No había nadie al lado de él. En total había otros veintinueve pasajeros. La mezcla de siempre. Nada especial. Salvo por una situación particular, que era moderadamente interesante. Al otro lado del pasillo y una fila por delante había un hombre dormido con la cabeza colgando. Tenía el pelo canoso y con necesidad de un corte, y la piel suelta y gris, como si hubiera perdido mucho peso. Podría haber tenido setenta años. Llevaba puesta una chaqueta corta azul con cremallera. Alguna clase de algodón de alto

gramaje. Quizás impermeable. El extremo más abultado de un sobre gordo le sobresalía del bolsillo.

Era una clase de sobre que Reacher reconocía. Había visto antes artículos similares. A veces, si el cajero automático estaba roto, entraba a la sucursal de un banco y con su tarjeta el cajero le daba dinero en efectivo, directamente del otro lado del mostrador. El cajero le preguntaba cuánto quería, y él pensaba, bueno, si la fiabilidad de los cajeros automáticos estaba en declive, entonces quizás debería sacar un fajo decente, para estar más seguro, y pedía dos o tres veces más de lo que normalmente sacaba. Una cantidad grande. Con lo cual el cajero le preguntaba si lo quería en un sobre. A veces Reacher decía que sí, sin ninguna razón en particular, y recibía su fajo en un sobre exactamente igual al que sobresalía del bolsillo del hombre dormido. El mismo papel grueso, el mismo tamaño, las mismas proporciones, mismo bulto, mismo peso. Unos cientos de dólares, o unos miles, dependiendo de la mezcla de billetes.

Reacher no era el único que lo había visto. El tipo que estaba justo enfrente también lo había visto. Estaba claro. Le estaba prestando mucha atención. Miraba al otro lado y abajo, al otro lado y abajo, una y otra vez. Era un tipo delgado con pelo grasiento y una perilla fina. Veintipico, con una cazadora vaquera. Poco más que un niño. Mirando, pensando, planeando. Pasándose la lengua por los labios.

El autobús siguió avanzando. Reacher se turnaba mirando por la ventana y mirando el sobre, y mirando al tipo que miraba el sobre.

Gregory salió del garaje de la calle Center y condujo de regreso a territorio seguro ucraniano. Sus oficinas estaban en la parte de atrás de una empresa de taxis, enfrente de una casa de empeños, al lado de un negocio de fianzas, todo lo cual le pertenecía. Aparcó y se fue hacia dentro. Sus hombres más importantes lo estaban esperando allí. Cuatro de ellos, todos parecidos entre sí, y parecidos a él. No emparentados en el sentido de familia tradicional, pero eran de las mismas ciudades y pueblos y prisiones allá en el viejo país, lo cual probablemente era incluso mejor.

Todos lo miraron. Cuatro caras, ocho ojos abiertos, pero una sola pregunta.

La cual él respondió.

—Éxito total —dijo—. Dino se creyó todo el cuento. Ese sí que es un pobre bruto, dejadme que os lo diga. Le podría haber vendido el puente de Brooklyn. Los dos tipos que mencioné son historia. Se va a tomar un día para reorganizarse. La oportunidad llama, amigos. Tenemos alrededor de veinticuatro horas. Su flanco está del todo abierto.

—Típico de albanés —dijo el que era su mano derecha.

—¿A dónde enviaste a los dos nuestros?

—A las Bahamas. Un tipo del negocio de los casinos nos debe dinero. Tiene un hotel agradable.

Las señales federales verdes al costado de la autopista indicaban que estaba por aparecer una ciudad. La primera parada del día. Reacher miraba cómo el tipo de la perilla planeaba su jugada. Había dos interrogantes. ¿El hombre del dinero tenía pensado bajar allí? Y si no, ¿se despertaría

de todos modos, con la frenada y el giro y la sacudida?

Reacher miraba. El autobús cogió la salida. Una estatal de cuatro carriles lo llevó hacia el sur, a través de tierra llana húmeda de lluvia reciente. La conducción era tranquila. Los neumáticos silbaban. El hombre del dinero seguía dormido. El tipo de la perilla lo seguía mirando. Reacher supuso que ya tenía un plan. Se preguntaba cuán bueno sería ese plan. La jugada inteligente sería sacarle el sobre como un carterista, más o menos pronto, esconderlo bien, y después aspirar a bajarse del autobús tan pronto como se detuviera. Incluso si el hombre se despertaba cerca de la terminal, al principio iba a estar confundido. Quizás ni siquiera notaría que el sobre ya no estaba. No de inmediato. E incluso cuando lo hiciera. ¿Por qué iba a sacar conclusiones enseguida? Pensaría que el sobre se le había caído. Pasaría un minuto mirando en el asiento, y por debajo del asiento, y debajo del asiento de delante, porque le podría haber pegado una patada durmiendo. Solo después de todo eso empezaría a mirar alrededor, inquisitivamente. Momento para el cual el autobús estaría detenido y habría gente poniéndose de pie y bajando y subiendo. El pasillo estaría atascado. Un tipo podía escabullirse, ningún problema. Esa era la jugada inteligente.

¿El tipo lo sabía?

Reacher nunca lo descubrió.

El hombre del dinero se despertó demasiado pronto.

El autobús aminoró la marcha, y después con un chirrido de frenos se detuvo en un semáforo, y la cabeza del hombre se sacudió hacia arriba, y pestañeó, y se tocó el bolsillo, y empujó el sobre más hacia dentro, donde nadie podía verlo.

Reacher se apoyó en el respaldo del asiento.

El tipo de la perilla se apoyó en el respaldo del asiento.

El autobús siguió avanzando. Había terrenos a ambos lados, espolvoreados de verde pálido por la primavera. Después aparecieron las primeras parcelas comerciales, para equipamiento de campo, y automóviles domésticos, todo desplegado sobre enormes superficies, con cientos de máquinas relucientes alineadas debajo de banderas y banderines. Después aparecieron parques empresariales, y un supermercado gigante de periferia. Después apareció la ciudad misma. Los cuatro carriles se redujeron a dos. De frente había edificios más altos. Pero el autobús se desvió a la izquierda y siguió por afuera, manteniendo una distancia amable por detrás de los distritos de altos ingresos, hasta que un kilómetro después llegó a la terminal. La primera parada del día. Reacher se quedó en su asiento. Su billete era válido hasta el final del recorrido.

El hombre del dinero se puso de pie.

Asintió más o menos para sí, y se subió los pantalones, y estiró hacia abajo su chaqueta. Todas las cosas que hace un viejo cuando está por bajar de un autobús.

Pasó del asiento al pasillo y avanzó despacio. Ningún bolso. Solo él. Pelo canoso, chaqueta azul, un bolsillo lleno, un bolsillo vacío.

El tipo de la perilla tuvo un nuevo plan.

Le vino de repente. Reacher prácticamente pudo ver los engranajes girando en la parte de atrás de su cabeza. Salieron tres cerezas en fila. Una secuencia de conclusiones basada en una cadena de suposiciones. Las terminales de autobuses nunca estaban en la parte bonita de una ciudad. Las puertas de salida darían a calles baratas, las partes traseras de otros edificios, quizás terrenos baldíos, quizás aparcamientos con parquímetro. Habría esquinas ciegas y aceras vacías. Habría alguien de veintipico contra alguien de setenta y pico. Un golpe desde atrás. Un robo

simple. Pasaba todo el tiempo. ¿Cuán difícil podía ser?

El tipo de la perilla saltó del asiento y avanzó deprisa por el pasillo, siguiendo al hombre del dinero a dos metros de distancia.

Reacher se levantó y siguió a ambos.

Dos

El hombre del dinero sabía a dónde iba. Eso estaba claro. No miró alrededor para orientarse. Simplemente salió por la puerta de la terminal y dobló hacia el este y empezó a andar. Sin dudar. Pero también sin velocidad. Andaba despacio y con dificultad. Se le veía un poco inestable. Tenía los hombros caídos. Se le veía viejo y cansado y exhausto y desanimado. No tenía entusiasmo. Se le veía como si estuviera de camino hacia dos puntos con la misma falta total de atractivo.

El tipo de la perilla lo seguía a más o menos seis pasos de distancia, quedándose por detrás, manteniendo el paso lento, conteniéndose. Lo cual parecía difícil. Era un individuo delgado, de piernas largas, venido arriba de la emoción y la expectativa. Quería ir y hacerlo. Pero el terreno no era el correcto. Demasiado llano y abierto. Las aceras eran anchas. Más adelante había un cruce de dos calles de doble sentido, con tres coches esperando en el semáforo. Tres conductores, aburridos, mirando alrededor. Quizás pasajeros. Todos testigos potenciales. Mejor esperar.

El hombre del dinero se detuvo junto al bordillo. Esperando para cruzar. Apuntando justo al frente. Donde había edificios más viejos, con calles más estrechas en el medio. Más anchas que los callejones, pero al resguardo del sol, y cercadas a ambos lados por paredones feos de dos o tres pisos de alto.

Un mejor terreno.

La luz del semáforo cambió. El hombre del dinero cruzó con dificultad la calle, obedientemente, como resignado. El tipo de la perilla lo siguió a seis pasos de distancia. Reacher redujo el trecho que le separaba de él. Sentía que el momento estaba por llegar. El chico no iba a esperar toda la vida. No iba a dejar que lo perfecto se hiciera enemigo de lo bueno. Dos bloques más y listo.

Siguieron andando, en fila, separados, abstraídos. El primer bloque era apropiado por delante y hacia los lados, pero detrás de ellos todavía se encontraba muy abierto, por lo que el tipo de la barbita se quedó atrás, hasta que el hombre del dinero cruzó la calle transversal y estuvo ya en el segundo bloque. Que parecía adecuadamente discreto. Estaba en sombras a ambos extremos. Había un par de locales tapiados, y una cafetería abandonada hacía tiempo, y un asesor fiscal con vidrieras polvorientas.

Perfecto.

Momento de decidir.

Reacher supuso que el chico iría a por ello, en ese momento, y supuso que el arranque iba a estar precedido por una mirada nerviosa a todo su alrededor, incluyendo detrás, por lo que se mantuvo fuera de vista a la vuelta de la esquina de la calle transversal, un segundo, dos, tres, lo cual estimó que era suficiente para todas las miradas que una persona podría necesitar. Después salió y vio al chico de la barbita ya reduciendo la distancia hacia delante, apresurándose, cubriendo la brecha de seis pasos con una zancada larga y ansiosa. A Reacher no le gustaba correr, pero en esa ocasión tuvo que hacerlo.

Llegó demasiado tarde. El tipo de la barbita empujó al hombre del dinero, que cayó hacia delante dando un golpe pesado y desigual, manos, rodillas, cabeza, y el tipo de la barbita se abalanzó con un movimiento diestro e impecable, hacia dentro del bolsillo todavía en movimiento, y fuera de él de vuelta con el sobre. Que fue cuando Reacher llegó, corriendo de manera torpe, un metro noventa y cinco de hueso y músculo y ciento quince kilos de masa en movimiento, contra un chico delgado que justo entonces se estaba incorporando después de haberse agachado. Reacher se estrelló contra él con un giro y un descenso de hombro, y el tipo voló por los aires como un maniquí para pruebas de choque, y aterrizó deslizándose en un largo enredo de extremidades, mitad en la acera, mitad en la cuneta. El cuerpo se detuvo y el chico se quedó quieto.

Reacher se acercó y le quitó el sobre. No estaba sellado. Nunca lo estaban. Le echó un vistazo. El fajo era de más o menos dos centímetros de grueso. Un billete de cien dólares por arriba, un billete de cien dólares por abajo. Hojeó el fajo pasando el dedo. También un billete de cien en cada una de las otras posiciones posibles. Miles y miles de dólares. Podían ser quince. Podían ser veinte mil.

Echó la vista hacia atrás. La cabeza del viejo estaba levantada. Estaba mirando alrededor, aterrorizado. Tenía un corte en la cara. De la caída. O quizás le sangraba la nariz. Reacher levantó el sobre. El viejo lo miró. Trató de ponerse en pie, pero no pudo.

Reacher se acercó andando.

—¿Se ha roto algo? —dijo.

—¿Qué ha ocurrido? —dijo el hombre.

—¿Se puede mover?

—Creo que sí.

—Vale, dese la vuelta.

—¿Aquí?

—Boca arriba —dijo Reacher—. Después podemos hacer que se siente.

—¿Qué ha ocurrido?

—Primero necesito comprobar que usted está bien. Podría tener que llamar a la ambulancia. ¿Tiene teléfono?

—Nada de ambulancias —dijo el hombre—. Nada de doctores.

Cogió aire y apretó los dientes, y se retorció y se sacudió hasta ponerse boca arriba, como alguien en la cama cuando ha tenido una pesadilla.

Exhaló.

—¿Dónde le duele? —dijo Reacher.

—Por todas partes.

—¿Lo normal, o peor?

—Me imagino que lo normal.

—Todo bien entonces.

Reacher puso la mano por debajo de la espalda del hombre, con la palma hacia arriba, en la parte superior, entre los omóplatos, y le dobló hacia delante hasta dejarlo sentado, y lo giró, y lo movió, hasta que se quedó sentado en el bordillo con los pies en la carretera, lo cual sería más cómodo, pensó Reacher.

—Mi madre siempre me decía que no jugara en la calzada —dijo el hombre.

—La mía también —dijo Reacher—. Pero ahora no estamos jugando.

Le dio el sobre. El hombre lo agarró y lo apretó por todos lados, entre los dedos y el pulgar, como confirmando que fuera real. Reacher se sentó a su lado. El hombre miró dentro del sobre.

—¿Qué ha ocurrido? —dijo otra vez. Señaló—: ¿Ese tipo me atracó?

Unos seis metros a la derecha el tipo de la perilla estaba boca abajo e inmóvil.

—Le siguió desde el autobús —dijo Reacher—. Vio el sobre en su bolsillo.

—¿Usted también estaba en el autobús?

Reacher asintió.

—Salí de la terminal detrás de ustedes —dijo.

El hombre volvió a guardar el sobre en el bolsillo.

—Se lo agradezco desde lo más profundo de mi corazón —dijo—. No tiene idea. Más de lo que pueda llegar a expresar.

—No hay de qué —dijo Reacher.

—Me salvó la vida.

—Fue un placer.

—Siento que le debería ofrecer una recompensa.

—No es necesario.

—De todos modos no puedo —dijo el hombre. Se tocó el bolsillo—. Esto es un pago que tengo que hacer. Es muy importante. Lo necesito todo. Lo siento. Pido disculpas. Me siento mal.

—No se sienta mal —dijo Reacher.

Unos seis metros a la derecha el chico de la barbita hizo fuerza con los brazos hasta quedarse apoyado en manos y rodillas.

—Nada de policía —dijo el hombre del dinero.

El chico miró hacia atrás. Estaba aturdido y tembloroso, pero ya estaba seis metros más allá. ¿Debería ir a buscarlo?

—¿Por qué nada de policía? —dijo Reacher.

—Cuando ven mucho dinero en efectivo hacen preguntas.

—¿Preguntas que no quiere responder?

—De todos modos no puedo —dijo otra vez el hombre.

El chico de la barbita se fue a toda prisa. Se puso de pie tambaleándose y se dio a la fuga, débil y golpeado y flojo y descoordinado, pero igualmente muy rápido. Reacher lo dejó ir. Para un solo día ya había corrido demasiado.

—Tengo que irme yendo —dijo el hombre del dinero.

Tenía rasguños en la mejilla y en la frente, y sangre en el labio de arriba, de la nariz, que había recibido un buen impacto.

—¿Está seguro de que está bien? —preguntó Reacher.

—Más vale que lo esté —dijo el hombre—. No tengo mucho tiempo.

—Déjeme ver cómo se pone de pie.

El hombre no pudo. O había perdido su fuerza central, o sus rodillas no estaban bien, o ambas cosas. Difícil saberlo. Reacher le ayudó a quedarse de pie. El hombre se quedó quieto en la calzada, mirando hacia el otro lado de la calle, encorvado y torcido. Se dio la vuelta, con mucha dificultad, moviendo los pies en el lugar.

No pudo subir a la acera. Puso el pie en la posición, pero la fuerza propulsora necesaria para alzarse quince centímetros era demasiada carga para su rodilla. Debía estar dañada y dolorida. La tela de los pantalones estaba casi rajada, justo donde estaría la rótula.

Reacher se colocó detrás de él y ahuecó las manos por debajo de sus codos, y tiró hacia arriba, y el tipo subió ingrátido, como un hombre en la luna.

—¿Puede andar? —preguntó Reacher.

El hombre lo intentó. Podía dar pasos cortos, delicados y precisos, pero hacía muecas de dolor y jadeaba, corto y agudo, cada vez que el peso recaía sobre su pierna derecha.

—¿Cuán lejos tiene que ir? —preguntó Reacher.

El hombre miró a todo su alrededor, calibrando. Asegurándose de dónde estaba.

—Tres manzanas más —dijo—. Del otro lado de la calle.

—Muchos bordillos —dijo Reacher—. Mucho bajar y subir.

—Andaré.

—Muéstremelo —dijo Reacher.

El hombre empezó a andar, dirigiéndose hacia el este como antes, arrastrándose de manera lenta, con las manos un poco hacia afuera, como para mantener el equilibrio. Las muecas y los jadeos se oían alto y claro. Quizás estaba empeorando.

—Necesita un bastón —dijo Reacher.

—Necesito muchas cosas —dijo el hombre.

Reacher se colocó junto a él, a la derecha, y le envolvió el codo, y sujetó el peso del hombre en la palma de la mano. Mecánicamente, lo mismo que un palo o un bastón o una muleta. Una fuerza ascendente, básicamente a través del hombro del tipo. Física newtoniana.

—Inténtelo ahora —dijo Reacher.

—No puede venir conmigo.

—¿Por qué no?

—Ya ha hecho lo suficiente por mí —dijo el hombre.

—Ese no es el motivo. Habría dicho que en realidad no podía pedirme eso. Algo ambiguo y amable. Pero en cambio fue mucho más enfático. Dijo que no puedo ir con usted. ¿Por qué? ¿Adónde está yendo?

—No se lo puedo decir.

—No puede llegar hasta allí sin mí.

El hombre inhaló y exhaló, y sus labios se movían, como si estuviera ensayando algo que decir. Levantó la mano y se tocó el rasguño de la frente, después la mejilla, después la nariz. Más muecas de dolor.

—Ayúdeme a llegar hasta la manzana a la que tengo que ir —dijo—, y a cruzar la calle. Después dese la vuelta y vuelva a su casa. Ese es el favor más grande que me podría hacer. Lo digo en serio. Le estaría agradecido. Ya le estoy agradecido. Espero que lo entienda.

—No lo entiendo —dijo Reacher.

—No tengo permitido ir con nadie.

—¿Quién lo dice?

—No se lo puedo decir.

—Suponga que de cualquier manera yo iba en esa misma dirección. Usted podría irse y cruzar la puerta y yo podría seguir de largo.

—Usted sabría adonde fui.

—Ya sé adonde va.

—¿Cómo puede saberlo?

Reacher había visto todo tipo de ciudades, por todo Estados Unidos, este, oeste, norte, sur, todo tipo de dimensiones y épocas y condiciones actuales. Conocía sus ritmos y sus gramáticas. Conocía la historia horneada en esos ladrillos. La manzana en la que estaba era uno de otros cien mil lugares como ese al este del Mississippi. Oficinas administrativas de mayoristas de la industria textil, algún minorista especializado, alguna industria ligera, algunos abogados y agentes de transportes y agentes de bienes raíces y agentes de viajes. Quizás algunos cuartos de alquiler en los patios traseros. Todos en su pico en términos de actividad a fines del siglo XIX y principios del XX. Ahora desmoronados y corroídos y vaciados por el tiempo. De ahí los locales tapiados y el restaurante abandonado ya hacía tiempo. Pero algunos lugares resistían más que otros. Algunos lugares resistían más que todos. Algunas costumbres y algunos apetitos eran tercos.

—A tres calles de aquí hacia el este, y cruzando la acera —dijo Reacher—. El bar. Ahí es adonde usted está yendo.

El hombre no dijo nada.

—Para efectuar un pago —dijo Reacher—. En un bar, antes de la comida. Por lo tanto a alguna clase de usurero local. Esa es mi suposición. Quince o veinte mil dólares. Usted está en problemas. Creo que ha vendido su coche. Consiguió el mejor precio en efectivo fuera de la ciudad. Quizás un coleccionista. Una persona común y corriente como usted, puede haber sido un coche antiguo. Fue hasta allí en el coche y ha vuelto en autobús. Pasando por el banco del comprador. El cajero puso el efectivo en un sobre.

—¿Quién es usted?

—Un bar es un lugar público. Me da sed, igual que a cualquiera. Quizás tengan café. Me sentaré en otra mesa. Puede fingir que no me conoce. Va a volver a necesitar ayuda para salir. Esa rodilla se va a endurecer un poco.

—¿Quién es usted? —dijo otra vez el hombre.

—Mi nombre es Jack Reacher. Fui policía militar. Me entrenaron para detectar cosas.

—Era un Chevy Caprice. Antiguo. Todo original. En perfectas condiciones. Muy pocos kilómetros.

—No sé nada de coches.

—A la gente ahora le gustan los Caprice viejos.

—¿Cuánto le pagaron?

—Veintidós quinientos.

Reacher asintió. Más de lo que pensaba. Billetes frescos y nuevos, todos apretados.

—¿Lo debe todo? —dijo.

—Hasta las doce en punto —dijo el hombre—. Después sube.

—Entonces va a ser mejor que vayamos yendo. Este podría llegar a ser un proceso relativamente lento.

—Gracias —dijo el hombre—. Mi nombre es Aaron Shevick. Estoy para siempre en deuda con usted.

—La amabilidad de los desconocidos —dijo Reacher—. Hace girar el mundo. Alguien escribió una obra de teatro al respecto.

—Tennessee Williams —dijo Shevick—. *Un tranvía llamado deseo*.

—Uno de esos ahora mismo nos vendría bien. Tres bloques por cinco centavos sería una ganga.

Empezaron a andar, Reacher dando pasos lentos y cortos, Shevick saltando y picoteando y dando tumbos, todo torcido a causa de la física newtoniana.

TRES

El bar estaba en la planta baja de un edificio de ladrillo viejo y simple en el medio de la calle. Tenía una puerta marrón maltrecha en el centro, con ventanas mugrientas a ambos lados. Por encima de la puerta había un nombre irlandés parpadeando en un neón verde, y harpas y tréboles de neón semimuertos y otras figuras polvorientas en las ventanas, todas promocionando marcas de cerveza, algunas de las cuales Reacher reconoció, y algunas de las cuales no. Ayudó a Shevick en el bordillo del otro lado, y a cruzar la calle, y a subir el bordillo de enfrente, hasta la puerta. La hora de su cabeza daba las doce menos veinte.

—Yo entro primero —dijo—. Después entra usted. Funciona mejor de esa manera. Como si nunca nos hubiéramos conocido. ¿Vale?

—¿Cuánto tiempo? —preguntó Shevick.

—Un par de minutos —dijo Reacher—. Recupere el aliento.

—Vale.

Reacher tiró de la puerta y entró. La luz era tenue y el aire olía a cerveza derramada y desinfectante. El lugar tenía un tamaño decente. No era cavernoso, pero tampoco simplemente un local al frente. Había largas filas de mesas para cuatro comensales a ambos lados de un pasillo central desgastado que llevaba a la barra, que estaba dispuesta en forma de cuadrado, en la esquina izquierda al fondo del salón. Detrás de la barra había un tipo gordo con barba de cuatro días y un trapo colgando del hombro, como una placa de su oficio. Había cuatro clientes, cada uno de ellos solo en una mesa aparte, cada uno de ellos encorvado y extraviado, con el mismo aspecto viejo y cansado y exhausto y desanimado que Shevick. Dos de ellos estaban meciendo botellitas de cerveza, y dos de ellos estaban meciendo vasos medio vacíos, de manera defensiva, como si esperaran que se los arrebataran en cualquier momento.

Ninguno de ellos tenía aspecto de usurero. Quizás el barman era el que hacía el negocio. Un agente, o un mediador, o un intermediario. Reacher se acercó y le pidió café. El tipo dijo que no tenía, lo cual fue una decepción, pero no una sorpresa. El tono del tipo fue amable, pero Reacher tuvo la sensación de que podría no haber sido el caso si el hombre no hubiera estado hablando con un forastero desconocido de la talla de Reacher y apariencia implacable. Alguien común y corriente podría haber recibido una respuesta sarcástica.

En lugar de café Reacher recibió una botella de cerveza nacional, fría y húmeda y resbaladiza, con un volcán de espuma haciendo erupción por arriba. Dejó sobre la barra un dólar

del cambio, y fue hasta la mesa para cuatro vacía más cercana, que resultó estar en la esquina de atrás a mano derecha, lo cual estaba bien, porque significaba que se podía sentar con la espalda hacia el ángulo, y ver toda la sala a la vez.

—Ahí no —dijo el barman en voz alta.

—¿Por qué no? —respondió Reacher.

—Reservado.

Los otros cuatro clientes miraron hacia allí, y después miraron hacia otro lado.

Reacher volvió y quitó su dólar de la barra. Ningún por favor, ningún gracias, ninguna propina. Cruzó en diagonal hasta la mesa de enfrente justo al otro lado, debajo de la ventana mugrienta. Misma geometría, pero al revés. Tenía una esquina detrás de sí, y podía ver todo el salón. Le dio un trago a la cerveza, que fue mayormente espuma, y entonces entró Shevick, renqueando. Miró hacia delante a la mesa vacía en la esquina del otro lado a mano derecha, y se detuvo sorprendido. Miró alrededor de toda la sala. Al barman, a los cuatro clientes solitarios, a Reacher, y después otra vez a la mesa de la esquina. Seguía vacía.

Shevick empezó a avanzar cojeando hacia allí, pero se detuvo a mitad de camino. Cambió de dirección. Renqueó en cambio hacia la barra. Habló con el barman. Reacher estaba demasiado lejos como para oír lo que decía, pero supuso que era una pregunta. Podía haber sido ¿dónde está tal y tal? Definitivamente incluyó una mirada a la mesa para cuatro vacía en la esquina de atrás. Pareció recibir una respuesta sarcástica. Podía haber sido ¿qué soy yo, adivino? Shevick se retiró de allí y dio un paso en tierra de nadie. Donde podría pensar en qué hacer a continuación.

El reloj de la cabeza de Reacher daba las doce menos cuarto.

Shevick renqueó hasta la mesa vacía, y se quedó quieto un momento, indeciso. Después se sentó, enfrente de la esquina, como en la silla de visitas frente a un escritorio, no en la silla ejecutiva detrás del escritorio. Se posó en el borde del asiento, con la espalda bien recta, medio girado, mirando a la puerta, como preparado para ponerse de pie de inmediato educadamente no bien entrara el tipo con el que se tenía que encontrar.

No entró nadie. El bar siguió en silencio. Tragos agradecidos, respiraciones húmedas, el chillido del trapo del barman sobre un cristal. Shevick miraba fijamente a la puerta. El tiempo pasaba.

Reacher se puso de pie y anduvo hasta la barra. Hasta la parte más próxima a la mesa de Shevick. Apoyó los codos y se mostró expectante, como alguien con un nuevo pedido. El barman le dio la espalda y de repente se quedó ocupado con una tarea urgente al fondo en el rincón del otro lado. Como diciendo si no hay propina no te atiendo. Lo cual Reacher había predicho. Y querido. Para tener cierto grado de privacidad.

—¿Qué? —susurró.

—No está aquí —susurró Shevick en respuesta.

—¿Generalmente está?

—Siempre —susurró Shevick—. Está todo el día sentado en esta mesa.

—¿Cuántas veces has hecho esto?

—Tres.

El barman seguía ocupado, lejos y al fondo.

—Dentro de cinco minutos les voy a deber veintitrés quinientos, no veintidós quinientos —susurró Shevick.

—¿Los intereses por demora son mil dólares?

—Por día.

—No es tu culpa —susurró Reacher—. No si el tipo no aparece.

—Esta no es gente razonable.

Shevick miraba fijamente la puerta. El barman terminó con su tarea imaginaria y recorrió la distancia diagonal desde la parte de atrás del bar hasta el frente, con el mentón en alto, hostil, como posiblemente dispuesto a considerar un pedido, pero con muy pocas probabilidades de satisfacerlo.

Se detuvo a un metro de Reacher y esperó.

—¿Qué? —dijo Reacher.

—¿Quieres algo? —dijo el tipo.

—Ya no. Quería hacerte andar hasta allá ida y vuelta. Me dio la impresión de que te podía venir bien hacer ejercicio. Pero ahora ya lo has hecho, así que estoy bien. Gracias de todos modos.

El tipo se le quedó mirando. Analizando su situación. Que no era genial. Quizás tenía un bate o un arma debajo del mostrador, pero nunca iba a llegar hasta ahí. Reacher estaba a tan solo un brazo de distancia. Su respuesta iba a tener que ser verbal. Lo cual iba a ser un desafío. Eso estaba claro. Al final le salvó su teléfono de pared. Sonó a sus espaldas. Una campanilla anticuada. Un repiqueteo largo y apagado y triste, y después otro.

El barman se alejó hacia allí y atendió la llamada. El teléfono era de diseño clásico, con un auricular grande de plástico y un cable enrollado tan estirado que llegaba hasta el suelo. El barman escuchó y colgó. Apuntó con la barbilla en dirección a Shevick, haciendo todo el trayecto hasta la mesa de la esquina de atrás.

—Regresa esta noche a la seis en punto —dijo en voz alta.

—¿Qué? —dijo Shevick.

—Ya me has oído.

El barman se alejó andando, hacia otra tarea imaginaria.

Reacher se sentó en la mesa de Shevick.

—¿A qué se refiere con que vuelva a las seis en punto? —dijo Shevick.

—Supongo que el tipo al que estás esperando se ha retrasado. Ha llamado, para que sepas en qué situación te encuentras.

—Pero no lo sé —dijo Shevick—. ¿Qué pasa con mi plazo de las doce en punto?

—No es tu culpa —volvió a decir Reacher—. Fue el tipo el que no vino, no tú.

—Va a decir que les debo mil más.

—No si no apareció. Lo cual todos saben que fue así. El barman le atendió por teléfono. Es un testigo. Tú estabas aquí y el otro tipo no.

—No puedo conseguir otros mil dólares —dijo Shevick—. Simplemente no los tengo.

—Yo diría que el aplazamiento te da una licencia. Es una inferencia clara. Una especie de término implícito en un contrato. Tú estabas ofreciendo moneda de curso legal en el lugar indicado a la hora indicada. Ellos no aparecieron para aceptarla. Es como un principio del derecho consuetudinario. Un abogado lo podría explicar.

—Nada de abogados —dijo Shevick.

—¿Te preocupan también los abogados?

—No me puedo permitir uno. Sobre todo si tengo que encontrar otros mil dólares.

—No lo tienes que hacer. No pueden tenerlo todo a la vez. Tú estuviste aquí a tiempo. Ellos no.

—Esta no es gente razonable.

El barman los miró desde lejos con rabia.

El reloj de la cabeza de Reacher dio las doce del mediodía exactas.

—No podemos esperar aquí seis horas —dijo.

—Mi esposa estará preocupada —dijo Shevick—. Debería ir a casa y verla. Y después volver.

—¿Dónde vives?

—Más o menos a un kilómetro y medio de aquí.

—Puedo ir andando contigo, si quieres.

Shevick hizo una larga pausa.

Después dijo:

—No, de verdad que no podría pedirte que hicieras eso. Ya has hecho suficiente por mí.

—Eso ha sido ambiguo y amable, sin ninguna duda.

—Quiero decir que no debo incomodarte más. Estoy seguro de que tienes cosas que hacer.

—Por lo general evito tener cosas que hacer. Claramente una reacción contra la reglamentación tan literal que hubo en mi vida, cuando era más joven. El resultado es que no tengo ningún lugar particular al que ir, y todo el tiempo del mundo para llegar allí. No me molesta hacer un desvío de un kilómetro y medio.

—No, no podría pedirte que hicieras eso.

—La reglamentación que he mencionado fue, como dije, en la Policía Militar, donde, como también dije, nos entrenaron para notar cosas. No solo pistas físicas, sino cosas sobre cómo es la gente. Cómo se comportan y en qué creen. La naturaleza humana, y etcétera. La mayoría eran estupideces, pero algunas tenían sentido. Ahora mismo tienes que hacer frente a una caminata de un kilómetro y medio por un vecindario a través de calles traseras, con más de veinte mil dólares en el bolsillo, lo que te hace sentir raro, porque se suponía que ya no los habrías de tener, y si los pierdes es un desastre total, y hoy ya te atracaron una vez, por lo que lo cierto es que en conjunto la caminata te asusta, y sabes que yo podría ayudarte con esa sensación, y además estás herido por el ataque, y por lo tanto no te mueves bien, y sabes que puedo ayudarte también con eso, por lo que en conjunto me deberías estar rogando que te acompañara a tu casa.

Shevick no dijo nada.

—Pero eres un caballero —dijo Reacher—. Me querías dar una recompensa. Si ahora te acompaño a tu casa y conozco a tu esposa, crees que lo mínimo que deberías hacer es invitarme a comer. Pero no hay comida. Te sientes avergonzado. Pero no deberías. Lo entiendo. Estás en problemas con un prestamista. Hace un par de meses que no comes a la hora de comer. Tienes el aspecto de haber bajado diez kilos. Te cuelga la piel. Así que vamos a buscar unos sándwiches de camino. Paga el Tío Sam. De allí viene mi dinero. Tus impuestos en pleno funcionamiento. Vamos a disfrutar charlando un poco, y después te acompaño de vuelta hasta aquí. Pagas al tipo al que debes, y yo sigo mi camino.

—Gracias —dijo Shevick—. En serio.

—No hay de qué —dijo Reacher—. En serio.

—¿Hacia dónde te diriges?

—Hacia otro lugar. A menudo depende del tiempo. Me gusta el clima cálido. Me ahorra comprarme un abrigo.

El barman miró de vuelta con rabia, todavía desde lejos.

—Vamos —dijo Reacher—. Aquí dentro una persona se podría morir de sed.

CUATRO

El hombre que se tenía que encontrar con Aaron Shevick en la mesa de la esquina de atrás del bar era un albanés de cuarenta años de apellido Fisnik. Era uno de los dos hombres que había mencionado esa mañana Gregory, el jefe ucraniano. Por consiguiente, había recibido en su casa una llamada de Dino, diciéndole que pasara por el almacén de maderas antes de empezar su día laboral en el bar. El tono de voz de Dino no reveló nada inapropiado. De hecho, en todo caso había sonado alegre y entusiasta, como si le esperaran elogios y reconocimiento. Quizás nuevas oportunidades, o una bonificación, o las dos cosas. Quizás un ascenso, o una mejor posición en la organización.

No fue así. Fisnik pasó agachado por la entrada para personal en la puerta enrollable, y olió el pino fresco, y oyó el chirrido de una sierra, y se dirigió hacia las oficinas del fondo, sintiéndose bastante bien en general. Un minuto después lo sujetaron con cinta americana a una silla de madera, y de repente el pino olía a ataúdes, y la sierra sonaba a sufrimiento. Primero le agujerearon las rodillas con una DeWalt inalámbrica con una broca para pared de un cuarto de pulgada. Después siguieron. No les dijo nada, porque no tenía nada que decir. Su silencio fue interpretado como una confesión estoica. Así era su cultura. Por su fortaleza se ganó un poco de admiración resentida, pero no la suficiente como para detener el taladro. Murió más o menos al mismo tiempo en que Reacher y Shevick finalmente se iban del bar.

La primera mitad de la caminata de un kilómetro y medio fue por entre bloques abandonados iguales al bloque en el que estaba el bar, pero después la vista se abrió a lo que alguna vez pudo haber sido un conjunto de tierras de pastoreo de cinco hectáreas cada una, hasta que los soldados volvieron a casa al terminar la Segunda Guerra Mundial, momento en el cual se araron las tierras de pastoreo y se construyeron hileras rectas de casas pequeñas, todas de una sola planta, algunas a más de un nivel, dependiendo de las ondulaciones de los terrenos. Setenta años después a todas las habían vuelto a techar varias veces, sin que hubiera dos exactamente iguales, y algunas tenían ampliaciones y añadidos y revestimiento exterior nuevo de vinilo, y algunas tenían el césped bien cortado y otras jardines silvestres, pero por lo demás el fantasma de la uniformidad mezquina de posguerra todavía marchaba a lo largo de todo el complejo, con parcelas pequeñas y calles estrechas y aceras estrechas y curvas cerradas en ángulo recto, todas medidas para el radio

de giro máximo de Fords y Chevys y Studebakers y Plymouths de 1948.

Reacher y Shevick hicieron una parada en el camino en una estación de servicio. Compraron tres sándwiches de pollo y tres paquetes de patatas fritas y tres latas de refresco. Reacher cargaba la bolsa en la derecha y ayudaba a Shevick con la izquierda. Renquearon y reptaron a través del laberinto. La casa de Shevick resultó estar muy hacia el interior, en una calle sin salida con un ridículo espacio al fondo para dar la vuelta, apenas más ancho que la calle misma. Como el bulbo del extremo de un termómetro de los de antes. La casa estaba a la izquierda, detrás de una valla blanca de madera por la que sobresalían los capullos de unas rosas tempranas. La casa era más bien pequeña y de una sola planta, los mismos huesos y los mismos metros cuadrados que todas las demás casas, con tejas asfálticas y revestimiento exterior blanco brillante. Se la veía bien cuidada, pero no en los últimos tiempos. Las ventanas estaban polvorientas y el césped estaba crecido.

Reacher y Shevick renquearon por un sendero de cemento apenas lo suficientemente ancho como para que fueran uno al lado del otro. Shevick sacó una llave, pero antes de que la pudiera poner en la cerradura la puerta se abrió frente a ellos. Una mujer estaba de pie allí. La señora Shevick, sin lugar a dudas. Había un vínculo obvio entre ellos. Estaba gris y encorvada y recientemente delgada, igual que él, también de alrededor de setenta años, pero su cabeza estaba en alto y sus ojos estaban firmes. Las llamas todavía ardían. Miraba fijamente el rostro de su marido. Un rasguño en la frente, un rasguño en la mejilla, una costra de sangre en el labio.

—Me caí —dijo Shevick—. Me tropecé con el bordillo. Me di un golpe en la rodilla. Esa es la peor parte. Este caballero fue lo suficientemente amable como para ayudarme.

La mirada de la mujer pasó a Reacher por un segundo, confundida, y luego de vuelta a su marido.

—Será mejor que te limpiemos —dijo ella.

Dio un paso hacia atrás y Shevick entró al vestíbulo.

Su mujer empezó a preguntarle «¿Le...?», pero luego se detuvo, quizás avergonzada frente a un extraño. Sin dudas quería decir: ¿le pagaste al tipo? Pero algunas cuestiones eran privadas.

—Es complicado —dijo Shevick.

Durante un momento se hizo el silencio.

Reacher alzó la bolsa con la comida.

—Trajimos la comida —dijo—. Pensamos que podía ser difícil salir a la tienda, dadas las circunstancias.

La señora Shevick le volvió a mirar, todavía confundida. Y después un poco herida. Abatida. Avergonzada.

—Lo sabe, Maria —dijo Shevick—. Fue detective en el Ejército y advirtió lo que me pasaba.

—¿Se lo contaste?

—Se dio cuenta. Tiene mucho entrenamiento.

—¿Qué es complicado? —preguntó ella—. ¿Qué ha ocurrido? ¿Quién te ha pegado? ¿Ha sido este hombre?

—¿Qué hombre?

Ella miró firmemente a Reacher.

—Este hombre que trae la comida —dijo ella—. ¿Es uno de ellos?

—No —dijo Shevick—. En lo más mínimo. No tiene nada que ver con ellos.

—¿Entonces por qué te sigue? ¿O te escolta? Es como un guardia de prisiones.

—Cuando estaba... —empezó a decir Shevick, y después se detuvo y lo cambió por—: Cuando me tropecé y me caí, él pasaba por allí, y me ayudó a ponerme de pie. Entonces me di cuenta de que no podía andar, así que me ayudó. No me está siguiendo. Ni escoltándome. Está aquí porque yo estoy aquí. No puedes tener a uno sin el otro. No ahora mismo. Porque me hice daño en la rodilla. Tan simple como eso.

—Dijiste que era complicado, no simple.

—Deberíamos ir adentro —dijo Shevick.

Su esposa se quedó quieta durante un momento, y después se dio la vuelta y ellos entraron y la siguieron. El aspecto de la casa por dentro era igual que el aspecto por fuera. Vieja, bien mantenida, pero no en los últimos tiempos. Las habitaciones eran pequeñas y los pasillos eran estrechos. Se detuvieron en el salón, que tenía un sofá de dos plazas y dos sillones, y tomas de corriente y cables pero no televisión.

—¿Qué es complicado? —dijo la señora Shevick.

—Fisnik no ha aparecido —dijo Shevick—. Normalmente está ahí todo el día. Pero hoy no. Lo único que sucedió fue que nos pasaron un mensaje telefónico para que volviéramos a las seis en punto.

—¿Y dónde está el dinero ahora?

—Todavía lo tengo.

—¿Dónde?

—En el bolsillo.

—Fisnik va a decir que les debemos otros mil dólares.

—Este caballero piensa que no puede decir eso.

La mujer volvió a mirar a Reacher, y después de vuelta a su marido, y dijo:

—Deberíamos ir a limpiarte. —Después volvió a mirar a Reacher y señaló hacia la cocina y dijo—: Por favor ponga la comida en la nevera.

La cual estaba más o menos vacía. Reacher llegó hasta allí y abrió la puerta y se encontró con un espacio bien fregado sin mucho dentro, salvo botellas usadas de cosas que podrían haber estado allí desde hacía seis meses. Puso la bolsa en el estante del medio y volvió al salón a esperar. En las paredes había fotos familiares, agrupadas y reunidas como en una revista. Por encima de todo había tres marcos ornamentados con imágenes en blanco y negro que se habían vuelto cobrizas por el tiempo. En la primera se veía literalmente a un soldado de pie frente a la casa, con lo que Reacher supuso que era su nueva novia junto a él. El chico llevaba un uniforme caqui nuevo. Un soldado raso. Probablemente demasiado joven como para haber peleado en la Segunda Guerra Mundial. Probablemente había hecho después un servicio de tres años en Alemania. Probablemente le habían llamado de vuelta para Corea. La mujer llevaba un vestido floreado que le caía inflado hasta las pantorrillas. Ambos estaban sonriendo. El revestimiento exterior detrás de ellos brillaba al sol. La tierra a sus pies no tenía césped.

En la segunda foto ya se veía a sus pies un césped de un año, y un bebé en sus brazos. Mismas sonrisas, mismo revestimiento exterior brillante. El padre primerizo estaba sin uniforme y con un par de pantalones de tiro alto de fibra sintética y una camisa blanca de manga corta. La madre primeriza había cambiado el vestido floreado por un jersey ligero y unos pantalones pesqueros. El bebé estaba envuelto en un chal casi al completo, salvo por la cara, que tenía un

aspecto pálido e indefinido.

En la tercera foto se veía a los tres más o menos ocho años después. Detrás de ellos los setos junto a los cimientos cubrían la mitad del revestimiento exterior. El césped a sus pies era abundante y fuerte. El hombre era ocho años menos huesudo, un poco más ancho de cintura, un poco más pesado de hombros. Tenía el cabello engominado hacia atrás, y ya un poco lo estaba perdiendo. La mujer estaba más guapa que antes, pero cansada, en todos los sentidos en los que lo estaban las mujeres en las fotos de los años cincuenta.

La niña de ocho años de pie delante de ellos era casi con seguridad Maria Shevick. Algo en la forma de su cara y en la franqueza de su mirada. Ella había crecido, ellos habían envejecido, ellos habían muerto, ella había heredado la casa. Esa era la suposición de Reacher. Que el siguiente grupo de fotos probó como correcta. Ahora en colores Kodak desteñidos, pero en el mismo lugar. La misma parcela de césped. La misma porción de pared. Alguna clase de tradición. En la primera se veía a la señora Shevick con quizás veinte años de edad, junto a un señor Shevick mucho más erguido y mucho más esbelto, también con alrededor de veinte años de edad, sus rostros agudos y jóvenes y angulosos por las sombras, sus sonrisas amplias y felices.

En la segunda de la nueva secuencia se veía a la misma pareja con un bebé en brazos. Crecía a saltos y brincos, de izquierda a derecha cruzando la siguiente fila de abajo, hasta ser un bebé más grande, después una niña de alrededor de cuatro años, después seis, después ocho, mientras que por encima de ella los Shevick circulaban por peinados de los años setenta, voluminosos y tupidos, por encima de camisetas de tirantes ajustadas y mangas acampanadas.

En la siguiente fila de abajo se veía a la misma niña convertirse en una adolescente, después en una chica graduada de instituto, después en una joven mujer. Después en una mujer que envejecía a medida que las Kodak eran más nuevas. Debía estar cerca de los cincuenta años ahora, asumió Reacher. Como fuera que se llamara esa generación. Los primeros hijos de los primeros *baby boomers*. De alguna manera se tenían que llamar. Todas las demás generaciones tenían un nombre.

—Aquí está usted —dijo la señora Shevick, detrás de él.

—Estaba admirando sus fotos —dijo él.

—Sí —dijo ella.

—Tienen una hija.

—Sí —dijo ella otra vez.

Entonces entró Shevick. Ya no tenía sangre en el labio. Sus rasguños brillaban con alguna poción amarilla. Tenía el pelo peinado.

—Comamos —dijo.

Había una pequeña mesa en la cocina, contorneada con bordes de aluminio, y una superficie laminada ahora apagada y descolorida por las décadas del tiempo y de pasarle el trapo, pero que una vez fue brillante y centelleante y atómica. Había un juego de tres sillas de plástico. Quizás todo comprado hacía mucho cuando Maria Shevick era una niñita. Para sus primeras comidas de niña grande. Cuchillo y tenedor y por favor y gracias. Ahora muchos años después les dijo a Reacher y a su marido que se sentaran, y puso los sándwiches que estaban en la bolsa en platos de porcelana, y los *snacks* en boles de porcelana, y los refrescos en vasos de cristal opaco. Llevó servilletas de tela. Se sentó. Miró a Reacher.

—Debe pensar que somos muy tontos —dijo ella—. Para habernos metido en esta situación.

—Realmente no —dijo Reacher—. Muy desafortunados, quizá. O que están muy desesperados. Estoy seguro de que esta situación es un último recurso. Vendieron la televisión. Más muchas otras cosas, sin duda. Asumo que hipotecaron la casa. Pero no alcanzó. Tuvieron que encontrar arreglos alternativos.

—Sí —dijo ella.

—Estoy seguro de que hubo buenas razones.

—Sí —dijo ella otra vez.

Y no dijo nada más. Ella y su marido comían despacio, Un pequeño mordisco cada vez, una patata frita, un trago de refresco. Como saboreando la novedad. O preocupándose por la indigestión. La cocina estaba en silencio. Ningún ruido de coche, ningún sonido de la calle, ninguna conmoción. En las paredes había viejos azulejos del metro, y papel de pared donde no los había, con flores, como el vestido de la madre de la señora Shevick, en la primera fotografía, pero más pálido y demacrado de manera menos clara. El suelo era de linóleo, picado hacía mucho por tacones de aguja, ahora casi liso de nuevo de frotar. Los electrodomésticos habían sido cambiados, quizás por la época en que Nixon era presidente. Pero Reacher se figuró que las encimeras eran las originales. Eran de una lámina amarilla pálida, con líneas finas y ondulantes que se parecían a los latidos de una máquina de hospital.

La señora Shevick terminó su sándwich. Se acabó su refresco. Juntó los últimos fragmentos de sus patatas fritas con la punta de un dedo humedecida. Presionó la servilleta contra sus labios. Miró a Reacher.

—Gracias —dijo ella.

—De nada —dijo él.

—Usted cree que Fisnik no puede pedirnos otros mil dólares.

—En el sentido de que no debería. Supongo que eso es distinto a que no lo vaya a hacer.

—Yo creo que vamos a tener que pagar.

—No tengo problema en ir a hablarlo con él. De parte de ustedes. Si quieren. Podría mencionar unas cuantas razones.

—Y estoy segura de que sería convincente. Pero mi marido me contó que usted está solo de paso. Mañana no estará aquí. Nosotros sí. Probablemente sea más seguro pagar.

—No lo tenemos —dijo Aaron Shevick.

Su esposa no respondió. Hizo girar los anillos que tenía en el dedo. Quizás de manera inconsciente. Tenía una pequeña alianza de oro, y un diamante de compromiso al lado. Estaba pensando en la casa de empeños, supuso Reacher. Probablemente cerca de la terminal de autobuses, en una calle barata. Pero iba a necesitar más que una alianza y un pequeño solitario para conseguir mil dólares. Quizás todavía tenía las cosas de su madre, guardadas en un cajón. Quizás había habido herencias casuales, de viejas tías y tíos, broches y colgantes y relojes de jubilación.

—Nos ocuparemos de eso a su debido tiempo —dijo ella—. Quizás sea razonable. Quizás no lo pida.

—Esta no es gente razonable —dijo su marido.

—¿Tienes pruebas que lo demuestren? —le preguntó Reacher.

—Solo indirectas —dijo Shevick—. Fisnik me explicó las distintas sanciones, en aquel momento al principio. Tenía fotos en el teléfono, y un vídeo breve. Me hicieron verlo. En

consecuencia, nunca nos retrasamos con ningún pago. Hasta ahora.

—¿Han pensado en denunciar a la policía?

—Claro que lo hemos pensado. Pero fue un contrato al que entramos de manera voluntaria. Les pedimos dinero prestado. Aceptamos sus condiciones. Una de las cuales era nada de policía. Me hicieron ver el castigo, en el teléfono de Fisnik. En suma pensamos que era demasiado arriesgado.

—Probablemente sensato —dijo Reacher, aunque no lo decía en serio. Se figuró que lo que Fisnik necesitaba era un puñetazo en la garganta, no respeto contractual. Quizás seguido de estrellarle la cara contra la mesa, allá en la esquina del fondo. Pero por otro lado Reacher ni tenía setenta años ni estaba encorvado ni hambriento. Probablemente sensato.

—A las seis en punto vamos a saber en qué situación nos encontramos —dijo la señora Shevick.

Evitaron el tema el resto de la tarde. Una suerte de acuerdo tácito. En lugar de eso intercambiaron biografías, teniendo la típica conversación amable. La señora Shevick había en efecto heredado la casa de sus padres, que la habían comprado mediante la GI Bill, la Ley del Soldado, sin haberla visto de antemano, envueltos en la loca fiebre de tierras de posguerra de la clase media. Ella había nacido un año después, como el césped que se veía en la foto, y había crecido allí, y después sus padres murieron y conoció a su marido, todo en el mismo año. Él era operador de máquinas industriales, muy cualificado, criado cerca de allí. Una ocupación esencial, por lo que no fue reclutado para ir a Vietnam. Tuvieron una hija en el primer año, al igual que los padres de ella, y la hija creció allí, la segunda generación en hacerlo. Le fue bien en el colegio, y consiguió un trabajo. No se casó nunca, ningún nieto, qué se le va hacer. Reacher notó que el tono de ellos cambiaba mientras la historia se iba acercando al presente. Se volvía más desolado, y ahogado, como si hubiera cosas que no podían decir.

El reloj de su cabeza dio las cinco. Un kilómetro y medio él lo recorría en quince minutos, la mayor parte de las personas en veinte, pero al paso de Shevick iban a tardar cerca de una hora entera.

—Es la hora —dijo—. Vámonos.

CINCO

Una vez más Reacher ayudó a Shevick a bajar el bordillo más alejado, y a cruzar la calle, y a subir el bordillo más próximo, y a cruzar la acera hasta la puerta. Una vez más él entró primero. Por la misma razón. Un tipo desconocido que entra inmediatamente antes que un objetivo estaba diez veces menos conectado inconscientemente que un tipo desconocido que entra inmediatamente después. La naturaleza humana. La mayoría estupideces, pero a veces tenían sentido.

Detrás de la barra estaba el mismo tipo gordo. Ahora había otros nueve clientes. Dos en pares, y cinco solitarios en mesas separadas. Uno de los solitarios había estado en el mismo lugar seis horas antes. Otra era una mujer de alrededor de ochenta años. Estaba meciendo un vaso lleno de un líquido transparente. Probablemente no agua.

Había un tipo en la mesa para cuatro en la esquina de atrás al fondo.

Era una mole de hombre, quizás de cuarenta años, tan pálido que parecía luminiscente en la penumbra. Tenía los ojos pálidos, y las pestañas pálidas, y las cejas pálidas. Tenía el pelo del color de la barba de maíz, con un rapado tan corto que brillaba. Tenía unas muñecas blancas y gruesas, apoyadas en el borde de la mesa, y unas manos blancas y grandes, reposando sobre un libro de contabilidad grande y negro. Llevaba puesto un traje negro, una camisa blanca y una corbata negra de seda. Tenía un tatuaje que le asomaba por el cuello de la camisa. Algún tipo de escritura. Un alfabeto extranjero. No ruso. Otra cosa.

Reacher se sentó sin hacer ningún pedido. Un minuto después Shevick entró renqueando. Una vez más miró hacia delante a la mesa de la esquina de atrás al fondo. Una vez más se detuvo sorprendido. Se movió de lado arrastrando los pies y se sentó en una mesa para cuatro vacía al lado de la de Reacher.

—Ese no es Fisnik —susurró.

—¿Estás seguro?

—Fisnik tiene la piel oscura y el pelo negro.

—¿Has visto alguna vez antes a este tipo?

—Nunca. Siempre estaba Fisnik.

—Quizás no se encuentre bien. Quizás la llamada telefónica tuvo que ver con eso. Tenía que encontrar a alguien que lo reemplazara, y no pudo, no antes de las seis.

—Quizás.

Reacher no dijo nada.

—¿Qué? —susurró Shevick.

—¿Estás seguro de que nunca antes has visto a este tipo?

—¿Por qué?

—Porque si ese es el caso él tampoco te ha visto nunca. Lo único que tiene es una entrada en un libro.

—¿Qué estás queriendo decir?

—Yo podría ser tú. Podría ir a pagar a este tipo en tu lugar, y plantearle bien todos los detalles.

—¿Te refieres a si pide más?

—Podría intentar persuadirle. La mayoría de la gente al final hace lo correcto. Esa ha sido mi experiencia.

Ahora Shevick no dijo nada.

—Necesitaría estar seguro de algo —dijo Reacher—. Si no, voy a parecer estúpido.

—¿Seguro de qué?

—¿Se termina con esto? ¿Veintidós quinientos y has acabado?

—Eso es lo que les debemos.

—Dame el sobre —dijo Reacher.

—Es una locura.

—Tuviste un día duro. Quítate un peso de encima.

—Lo que Maria dijo era correcto. Mañana no vas a estar aquí.

—No os voy a dejar con un problema. El tipo o va a estar de acuerdo o no. Si no está de acuerdo, vosotros no vais a estar en una situación peor. Pero es tu decisión. De las dos formas me va bien. No estoy buscando problemas. Me gusta tener una vida tranquila. Dicho esto, te podrías ahorrar la caminata de aquí hasta allí ida y vuelta. Esa rodilla todavía parece estar bastante mal.

Shevick se quedó quieto en la silla y no dijo nada durante un largo rato. Después le dio a Reacher el sobre. Lo sacó del bolsillo y lo deslizó hacia él, bajo y furtivo. Reacher lo cogió. Dos centímetros de grueso. Pesado. Se lo guardó en el bolsillo.

—Espera aquí.

Se puso de pie y caminó hacia la esquina de atrás al fondo. Se consideraba un hombre moderno, nacido en el siglo XX, viviendo en el XXI, pero sabía también que tenía en la cabeza una especie de portal abierto, un agujero de gusano al pasado primitivo de la humanidad, donde durante millones de años cualquier cosa viviente podía ser un depredador, o un rival, y por lo tanto tenía que ser evaluado, y juzgado, de manera instantánea, y precisa. ¿Quién era el animal superior? ¿Quién se iba a someter?

Lo que veía en la mesa del fondo iba a ser un desafío. Llegado el caso. Si los asuntos se trasladaban de lo verbal a lo físico. No un desafío colosal. En algún lugar entre lo grande y lo pequeño. El tipo técnicamente estaría menos cualificado, casi con seguridad, a no ser que hubiese servido también en el Ejército de Estados Unidos, que enseñaba el combate más sucio del mundo, aunque nunca lo fuera a admitir en público. En contra de eso el tipo era enorme, y varios años más joven, y parecía tener bastante calle.

Tenía aspecto de que no se iba a asustar fácilmente. Tenía aspecto de estar acostumbrado a ganar. La parte arcaica del cerebro de Reacher asimiló toda la información subliminal y encendió

una advertencia amarilla, pero no hizo que dejara de avanzar. Frente a él el tipo de la mesa también lo miró, durante todo el trayecto, aparentemente haciendo sus propios cálculos atávicos. ¿Quién era el animal superior? El tipo parecía bastante confiado. Como si le gustaran sus probabilidades.

Reacher se sentó donde Shevick se había posado seis horas antes. La silla de visitas. De cerca el tipo en la silla del ejecutivo podría haber sido un poco más viejo de lo que parecía a primera vista. Cuarenta y algo. Quizás a medio camino hacia los cincuenta. Bastante mayor. Un hombre sustancial, cronológicamente, pero la impresión densa se veía debilitada por su palidez fantasmal. Eso era lo más notable que tenía. Más el tatuaje. Era inexperto y desigual. Tinta de cárcel. Probablemente no una cárcel americana.

El tipo cogió el libro de contabilidad y lo abrió y lo sostuvo vertical contra su borde de la mesa. Lo miró de cerca, con dificultad, como un tipo con las cartas demasiado cerca del pecho.

—¿Cuál es tu nombre? —dijo.

—¿Cuál es el tuyo? —dijo Reacher.

—El mío no importa.

—¿Dónde está Fisnik?

—A Fisnik lo acaban de reemplazar. El asunto que tuvieras con él ahora lo tienes conmigo.

—Necesito más que eso —dijo Reacher—. Esta es una transacción importante. Es un tema financiero serio. Fisnik me prestó dinero, y yo se lo tengo que devolver.

—Te lo acabo de decir, el asunto que tuvieras con él ahora lo tienes conmigo. Los clientes de Fisnik ahora son mis clientes. Si le debías dinero a Fisnik ahora me lo debes a mí. No es astrofísica. ¿Cuál es tu nombre?

—Aaron Shevick —dijo Reacher.

El tipo bajó la vista hacia el libro.

Asintió.

—¿Es el último pago? —dijo.

—¿Va a haber recibo? —preguntó Reacher.

—¿Fisnik te daba recibos?

—Tú no eres Fisnik. Ni siquiera sé tu nombre.

—Mi nombre no importa.

—A mí me importa. Necesito saber a quién le estoy pagando.

El tipo se dio un golpecito con el dedo, blanco como un hueso, contra el costado de su reluciente cabeza.

—Tu recibo está aquí dentro —dijo—. Eso es todo lo que necesitas saber.

—Mañana Fisnik me podría venir a buscar.

—Ya te lo dije dos veces, ayer eras de Fisnik, hoy eres mío. Mañana seguirás siendo mío. Fisnik es historia. Fisnik ya no está. Las cosas cambian. ¿Cuánto debes?

—No lo sé —dijo Reacher—. Dependía de Fisnik para que me lo dijera. Él tenía una fórmula.

—¿Qué fórmula?

—Para las tasas y los intereses y los añadidos. Redondeado en la centena que quedara más cerca, más otros quinientos por cargos administrativos. Esa era su regla. Nunca la pude calcular bien. No quería que él pensara que le estaba intentado pagar de menos. Prefería pagarle lo que

me dijera. Más seguro así.

—¿Cuánto crees que debería ser?

—¿Esta vez?

—Como último pago.

—Tampoco querría que tú pensaras que te estoy intentando pagar de menos. No si heredaste el negocio de Fisnik. Asumo que aplican las mismas condiciones.

—Dime las dos cosas —dijo el tipo—. Lo que calculas tú, y después lo que crees que calcularía la fórmula de Fisnik. Quizás te descuento un poco. Quizás partimos la diferencia. Como una oferta de presentación.

—Yo calculo ochocientos dólares —dijo Reacher—. Pero Fisnik probablemente calcularía mil cuatrocientos. Como te dije. Redondeado en la centena que quede más cerca más quinientos por cargos.

El tipo bajó la vista hacia el libro.

Asintió, lentamente, sabiamente, en total acuerdo.

—Pero sin descuento —dijo—. Decidí que no. Me voy a quedar con todos los mil cuatrocientos.

Cerró el libro y lo apoyó en horizontal sobre la mesa.

Reacher se puso la mano en el bolsillo y el pulgar en el sobre y sacó catorce billetes de atrás del fajo de Shevick. Se los dio. El tipo pálido los volvió a contar con dedos rápidos y entrenados, los dobló una vez, y se los guardó en el bolsillo.

—¿Todo bien entonces? —preguntó Reacher.

—Pagado en su totalidad —dijo el tipo.

—¿Recibo?

El tipo se volvió a dar un golpecito en el costado de la cabeza.

—Ahora vete —dijo—. Hasta la próxima vez.

—¿La próxima vez de qué? —dijo Reacher.

—Que necesites un préstamo.

—Espero no necesitarlo.

—Los perdedores como tú siempre lo necesitan. Sabes dónde encontrarme.

Reacher hizo una pausa.

—Sí —dijo—. Lo sé. Cuenta con ello.

Se quedó donde estaba un largo rato, y después se levantó de la silla de visitas y se alejó andando, despacio, con la mirada al frente, en dirección hacia el otro lado de la puerta y a la acera.

Un minuto después Shevick renqueó detrás de él.

—Tenemos que hablar —dijo Reacher.

SEIS

Shevick todavía tenía un teléfono móvil. Dijo que no lo había vendido porque era uno viejo con tapa que no valía prácticamente nada, y todavía lo usaba porque dar de baja el plan le habría costado más que mantenerlo. Además de que había momentos en los que realmente lo necesitaba. Reacher le dijo que este era uno de esos momentos. Le dijo que llamara a un taxi. Shevick le dijo que no se podía permitir un taxi. Reacher le dijo que sí que podía, solo por esta vez.

El taxi que vino era un viejo Crown Vic destartado, con una capa gruesa de pintura color cáscara de naranja, con un foco de coche de policía en el pilar del conductor y una luz de taxi sujeta al techo. No un vehículo atractivo, visualmente. Pero funcionaba. Se movió con pesadez y gimoteando el kilómetro y medio hasta la casa de Shevick y se detuvo afuera. Reacher ayudó a Shevick por el sendero estrecho de cemento hasta la puerta. Una vez más esta se abrió antes de que pudiera poner la llave en la cerradura. La señora Shevick le miró fijamente. Tenía en la cara preguntas mudas. ¿Un taxi? ¿Por la rodilla? ¿Entonces por qué también ha venido de nuevo el hombre grande?

Y sobre todo: ¿Debemos otros mil dólares?

—Vuelve a ser complicado —dijo Shevick.

Regresaron a la cocina. El horno estaba frío. Nada de cena. Ya habían comido una vez ese día. Todos se sentaron a la mesa. Shevick contó su parte de la historia. Fisnik no estaba. Había en su lugar un sustituto. Un extraño pálido y siniestro con un gran libro negro. Entonces Reacher se ofreció como intermediario.

La señora Shevick desvió su mirada a Reacher.

Que dijo:

—Estoy bastante seguro de que era ucraniano. Tenía en el cuello un tatuaje carcelario. Alfabeto cirílico, definitivamente.

—No creo que Fisnik fuera ucraniano —dijo la señora Shevick—. Fisnik es un apellido albanés. Lo busqué en la biblioteca.

—Dijo que Fisnik había sido reemplazado. Dijo que el asunto que quien fuera tuviese con Fisnik ahora lo tenía con él. Dijo que los clientes de Fisnik ahora eran sus clientes. Dijo que si le debías dinero a Fisnik ahora se lo debías a él. Aclaró el mismo punto muchas veces. Dijo que no era astrofísica.

—¿Pidió otros mil dólares?

—Sostuvo el libro abierto tan cerca del pecho que resultaba incómodo. Al principio no estuve seguro de por qué. Asumí que no quería que yo viera lo que ponía ahí. Me preguntó mi nombre, y dije Aaron Shevick. Bajó la vista al libro y asintió. Lo cual me pareció raro.

—¿Por qué?

—¿Qué probabilidades había de que tuviera el libro abierto en la página de la S? Una entre veintiséis. Posible, pero improbable. Así que empecé a pensar que estaba escondiendo el libro no porque no quisiera que yo viese lo que ponía ahí, sino porque no quería que yo viera lo que no ponía ahí. Porque ahí no ponía nada. Estaba en blanco. Esa fue mi suposición. Después él lo demostró. Me preguntó cuánto debía. Él no lo sabía. No tenía la información previa de Fisnik. No era el viejo libro de contabilidad de Fisnik. Era un libro nuevo en blanco.

—¿Y todo eso qué significa?

—Significa que no fue una reorganización rutinaria interna. No mandaron a Fisnik al banco y pusieron a un bateador de emergencia. Fue una usurpación hostil desde afuera. Ahora hay una gerencia completamente nueva.

Repasé las palabras del tipo. Su uso del lenguaje. Lo dejó claro. Alguien distinto se está metiendo en ese negocio.

—Espere —dijo la señora Shevick—. Lo escuché en la radio. La semana pasada, creo. Va a haber un comisario general de policía nuevo. Dice que en la ciudad hay bandas rivales de ucranianos y albaneses.

Reacher asintió.

—Ahí está —dijo—. Los ucranianos están interviniendo parte de los negocios albaneses. Ahora les toca tratar con gente nueva.

—¿Pidieron los mil dólares extra?

—Están mirando hacia delante, no hacia el pasado. Están dispuestos a condonar los viejos préstamos de Fisnik. Todos o parte de ellos. Porque es lo que les toca. No tienen opción. No Saben lo que debe cada persona. No tienen la información. ¿Y además por qué no los condonarían? No era dinero suyo. Quieren sus clientes. Eso es todo. Para el futuro. Quieren cubrir sus necesidades durante los próximos años.

—¿Pagó al hombre?

—Me preguntó cuánto debía y yo me arriesgué y le dije que mil cuatrocientos dólares. Miró a la página en blanco y asintió solemnemente y coincidió. Así que le pagué mil cuatrocientos dólares. Momento en el cual dijo que me podía ir y confirmó que el préstamo estaba pagado en su totalidad.

—¿Dónde está el resto del dinero?

—Aquí mismo —dijo Reacher. Sacó el sobre del bolsillo. Apenas más delgado de lo que era antes. Todavía había doscientos once billetes en el sobre. Veintiún mil cien dólares. Lo puso en la mesa, en el medio, equidistante. Shevick y su esposa lo miraron fijamente y no dijeron nada.

Reacher dijo:

—Este es un universo arbitrario. Una vez por cada luna azul las cosas salen bien. Como ahora. Alguien inició una guerra y ustedes son el opuesto exacto de daño colateral.

—No si Fisnik aparece la semana que viene queriendo todo esto más otros siete mil dólares.

—Eso no va a suceder —dijo Reacher—. Fisnik fue reemplazado. Algo que viniendo de un

gánster ucraniano con tinta carcelaria en el cuello casi seguro significa que Fisnik está muerto. O incapacitado de alguna otra forma. No va a aparecer la semana que viene. Ni ninguna semana. Y ustedes están en orden con los tipos nuevos. Eso es lo que dijeron. Están fuera de peligro.

Durante un largo rato se quedaron en silencio.

La señora Shevick miró a Reacher.

—Gracias —dijo.

Entonces sonó el teléfono de Shevick. Se fue renqueando hasta el pasillo y atendió la llamada. Reacher oyó un leve graznido plástico que salía del auricular. Una voz de hombre, le pareció. No pudo entender lo que decía. Un flujo largo de información. Oyó cómo respondía Shevick, alto y claro, a tres metros de distancia, balbuceando un consentimiento que sonó agotado y poco sorprendido, y así y todo decepcionado. Después Shevick formuló lo que fue inconfundiblemente una pregunta.

—¿Cuánto? —dijo.

Respondió el leve graznido plástico.

Shevick colgó el teléfono. Se quedó quieto por un momento, y luego regresó a la cocina renqueando y se volvió a sentar a la mesa. Cruzó las manos delante de sí. Miró el sobre. No con una mirada fija, tampoco contemplativa. Más bien agridulce. Equidistante. A la misma distancia de todas esas maneras de mirar.

—Necesitan otros cuarenta mil dólares —dijo.

Su esposa cerró los ojos y se apretó las manos contra la cara.

—¿Quién los necesita? —dijo Reacher.

—Fisnik no —dijo Shevick—. Tampoco los ucranianos. Ninguno de ellos. Es absolutamente el otro extremo de este asunto. La razón por la cual tuvimos que pedir el dinero prestado.

—¿Les están chantajeando?

—No, nada de eso. Ojalá fuera así de simple. Lo único que puedo decir es que hay unas facturas que tenemos que pagar. Una acaba de vencer. Ahora tenemos que encontrar otros cuarenta mil dólares. —Le volvió a echar un vistazo al sobre—. De los cuales una parte ya la tenemos, gracias a ti. —Hizo el cálculo mentalmente—. Técnicamente tenemos que conseguir otros dieciocho mil novecientos dólares.

—¿Para cuándo?

—Mañana por la mañana.

—¿Pueden conseguirlos?

—No podríamos conseguir ni dieciocho centavos.

—¿Por qué tan pronto?

—Algunas cosas no pueden esperar.

—¿Qué Van a hacer?

Shevick no respondió.

Su esposa se quitó las manos de la cara.

—Pedirlos prestados —dijo—. ¿Qué otra cosa podemos hacer?

—¿A quién se los van a pedir?

—Al hombre del tatuaje carcelario —dijo—. ¿Qué opción tenemos? En todos los demás lugares estamos en números rojos.

—¿Los van a poder devolver?

—Nos ocuparemos de eso a su debido tiempo.

Ninguno habló.

Reacher dijo:

—Siento no poder ayudarles más.

La señora Shevick lo miró.

—Sí puede —dijo.

—¿Puedo?

—De hecho lo va a tener que hacer.

—¿Sí?

—El hombre del tatuaje carcelario cree que usted es Aaron Shevick. Va a tener que ir a pedir el dinero por nosotros.

SIETE

Lo discutieron durante otros treinta minutos. Reacher y los Shevick, de un lado y del otro. Algunos hechos quedaron establecidos al principio. Los puntos fijos. Las cuestiones no negociables. Necesitaban el dinero sí o sí. Sin duda posible. Sin discusión posible. Lo necesitaban para la mañana siguiente sí o sí. Sin ningún margen. Sin ninguna flexibilidad.

De ninguna manera iban a decir por qué.

Ahorros ya no les quedaban. La casa ya no era de ellos. Habían acordado recientemente una venta de la nuda propiedad para personas mayores, por medio de la cual se les permitía vivir allí por el resto de sus vidas, pero el título de propiedad ya había pasado a manos del banco. La abultada suma que habían recibido ya la habían gastado. No se podía recaudar más. Sus tarjetas de crédito estaban en números rojos y habían sido canceladas. Habían pedido dinero usando como garantía sus pagos de jubilación de la Seguridad Social. Habían cobrado sus seguros de vida y habían dado de baja su teléfono de línea. Ahora que no tenían el coche ya habían vendido todas las cosas de valor. Lo único que les quedaba eran objetos personales. Entre sus propias cosas y las de la familia tenían cinco alianzas de nueve quilates, tres pequeños anillos de diamantes y un reloj de pulsera chapado en oro con una rajadura en el cristal. Reacher se figuró que en el día más feliz de su vida el prestamista más bondadoso del mundo les podría haber dado doscientos dólares. No más que eso. Quizás menos de cien en un mal día. Ni siquiera un grano de arena en el desierto.

Dijeron que habían recurrido por primera vez a Fisnik cinco semanas antes. El nombre les había llegado a través de un vecino. Como parte de un cotilleo, no una recomendación. Una especie de escándalo. Una historia indiscreta acerca del primo de la esposa del sobrino de otro vecino consiguiendo dinero prestado de un gánster en un bar. Llamado Fisnik, imagínese. Shevick había reducido el radio de búsqueda basándose en detalles y en rumores, y había empezado a revisar cada bar en el área prevista, uno por uno, ruborizado, avergonzado, observado, preguntándole a cada barman si conocía a un hombre llamado Fisnik, hasta que en su cuarta parada un hombre gordo de modales sarcásticos sacudió un dedo hacia la mesa de la esquina.

—¿Cómo fue? —preguntó Reacher.

—Muy fácil —dijo Shevick—. Me acerqué a la mesa, y me quedé ahí, mientras él me inspeccionaba, y después me indicó que me sentara, y eso hice. Supongo que al principio di unas

cuantas vueltas, hasta que en un momento simplemente le dije, mira, necesito un préstamo, y entiendo que tú prestas dinero. Me preguntó cuánto, y se lo dije. Me explicó los términos del contrato. Me enseñó las fotos. Vi el vídeo. Le di mi número de cuenta. Veinte minutos después el dinero estaba en mi banco. Lo transfirieron desde algún lugar imposible de rastrear vía una empresa en Delaware.

—Me imaginé una bolsa de dinero en efectivo —dijo Reacher.

—Nosotros lo tenemos que devolver en efectivo.

Reacher asintió.

—Dos cosas en una —dijo—. Las dos al mismo tiempo. Usura y lavado de dinero. Transfieren electrones sucios y a cambio reciben efectivo limpio de las calles. Más una buena tasa de interés, encima. La mayor parte del lavado de dinero incluye perder un porcentaje, no ganar un porcentaje. Supongo que esos chicos no eran tontos.

—No según nuestra experiencia.

—¿Crees que los ucranianos van a ser mejores o peores?

—Peores, imagino. La ley de la selva parece que ya lo está demostrando.

—¿Entonces cómo les van a devolver el dinero?

—De eso nos ocuparemos mañana.

—No les queda nada que vender.

—Algo puede llegar a aparecer.

—En sus sueños.

—No, en la realidad. Estamos esperando algo. Tenemos motivos para creer que va a venir muy pronto. Tenemos que mantenernos firmes hasta que llegue.

De ninguna manera iban a decir qué era lo que estaban esperando.

Veinte minutos más tarde Reacher descendió del bordillo más alejado, libre de cargas, y cruzó la calle en cuatro zancadas rápidas, y subió el bordillo más próximo, y tiró de la puerta del bar. El interior parecía estar más iluminado que antes, porque el exterior estaba más oscuro, y estaba algo más ruidoso, porque había más personas, incluyendo a un grupo de cinco hombres apretujados alrededor de una mesa para cuatro comensales, todos rememorando alguna cosa u otra.

El tipo pálido estaba todavía en la esquina de atrás al fondo.

Reacher anduvo hacia él. El tipo pálido lo miró durante todo el trayecto. Reacher se moderó un poco. Había que respetar las convenciones. Prestamista y prestatario. Caminó con lo que él consideraba que era su andar amigable, pura locomoción desinhibida, ninguna amenaza para nadie. Se sentó en la misma silla que había usado antes.

El tipo pálido dijo:

—Aaron Shevick, ¿no?

—Sí —dijo Reacher.

—¿Qué te trae de vuelta tan pronto?

—Necesito un préstamo.

—¿Ya? Acabas de cancelar una deuda.

—Surgió algo.

—Te lo dije —dijo el tipo—. Los perdedores como tú siempre regresan.

—Lo recuerdo —dijo Reacher.

—¿Cuánto quieres?

—Dieciocho mil novecientos dólares —dijo Reacher.

El tipo pálido negó con la cabeza.

—No puedo —dijo.

—¿Por qué no?

—Es un salto importante desde los ochocientos de la última vez.

—Mil cuatrocientos.

—Seiscientos de eso fueron tasas y cargos. El capital eran solo ochocientos dólares.

—Eso fue entonces. Esto es ahora. Es lo que necesito.

—¿Lo vas a poder pagar?

—Siempre pude —dijo Reacher—. Pregúntale a Fisnik.

—Fisnik es historia —dijo el tipo pálido.

Nada más.

Reacher esperó.

Después el tipo pálido dijo:

—Quizás haya una manera de ayudarte. Aunque tienes que entender que voy a estar asumiendo un riesgo, el cual va a tener que estar reflejado en el precio. ¿Te sientes cómodo con esa situación?

—Supongo —dijo Reacher.

—Y debo decirte que soy más bien una persona de números redondos. No puedo darte dieciocho novecientos. Tendríamos que decir veinte. De allí sacaría mil cien como tasa administrativa. Recibirías la cantidad exacta que necesitas. ¿Quieres escuchar las tasas de interés?

—Supongo —volvió a decir Reacher.

—Las cosas han seguido su curso desde los tiempos de Fisnik. Ahora estamos en una era de innovaciones. Operamos con lo que se conoce como tarifa dinámica. Ajustamos la tasa para arriba o para abajo, dependiendo de la oferta y la demanda y cosas por el estilo, pero también dependiendo de lo que pensamos del prestatario. ¿Será fiable? ¿Podemos confiar en él? Cuestiones como esas.

—¿Y yo dónde estoy? —preguntó Reacher—. ¿Arriba o abajo?

—Voy a empezar poniéndote bien arriba, en la cima de todo. Donde están los peores riesgos. Lo cierto es que no me caes muy bien, Aaron Shevick. No estoy teniendo una buena sensación. Te llevas veinte esta noche, me traes veinticinco, dentro de una semana a partir de hoy. Después de eso, los intereses siguen al veinticinco por ciento por semana o parte de una semana, más un cargo por mora de mil dólares por día, o parte de un día. Después del primer plazo, todos los montos están sujetos a ser pagados en su totalidad inmediatamente si son reclamados. Una negativa o una incapacidad de pago bajo demanda te pueden dejar expuesto a cosas desagradables de diferentes tipos. Tienes que entender eso por anticipado. Necesito escucharte decirlo, con tus propias palabras. No es el tipo de cosa que se puede escribir y firmar. Tengo fotos para que veas.

—Grandioso —dijo Reacher.

El tipo pulsó un poco su teléfono, menús, álbumes, presentaciones, y lo entregó de lado, en horizontal, no en vertical, lo cual fue apropiado, porque todos los sujetos de todas las imágenes estaban tumbados. En su mayoría estaban atados con cinta americana a una cama de hierro, en una habitación con paredes encaladas grises por el tiempo y la humedad. A algunos les arrancaban los ojos con una cuchara, y a algunos les habían hecho cortes con una sierra eléctrica, cada vez más profundos, y a algunos los habían quemado con una plancha, y a algunos los habían taladrado con herramientas eléctricas inalámbricas, que aparecían en las fotos como una prueba, amarillas y negras, pesadas en la parte de arriba y bamboleantes, con las brocas de dos tercios enterradas en la carne blanda.

Bastante feo.

Pero no lo peor que Reacher hubiera visto.

Aunque quizás sí lo peor que había visto todo junto en un solo teléfono.

Lo entregó de vuelta. El tipo pulsó un poco otra vez por los menús, hasta que llegó adonde quería. Asuntos serios ahora.

—¿Entiendes los términos del contrato? —dijo.

—Sí —dijo Reacher.

—¿Los aceptas?

—Sí —dijo Reacher.

—¿Número de cuenta?

Reacher le pasó los números de Shevick. El tipo los escribió, allí mismo en el teléfono, y después pulsó un rectángulo verde grande en la parte inferior de la pantalla. El botón de transferir.

—El dinero va a estar en tu banco en veinte minutos —dijo.

Después pulsó iconos a través de más menús, y de repente alzó el teléfono en función de cámara, y le sacó una foto a Reacher.

—Gracias, señor Shevick —dijo—. Un placer hacer negocios. Le veré otra vez exactamente en una semana.

Después se dio un golpecito en su cabeza hirsuta con su dedo blanco hueso, el mismo gesto que antes. Algo acerca de recordar. Alguna clase de insinuación amenazadora.

Como quieras, pensó Reacher.

Se puso de pie y se alejó andando, cruzó la puerta, salió a la oscuridad. Había un coche junto al bordillo. Un Lincoln negro, con el motor en marcha a la espera, y el conductor a la espera al volante, recostado en su asiento, la cabeza contra el respaldo, codos bien separados, rodillas bien separadas, como los chóferes de todas partes, tomándose un descanso.

Había un segundo tipo, en el exterior del coche, apoyado contra el guardabarros trasero. Estaba vestido igual que el conductor. Y que el tipo del interior del bar. Traje negro, camisa blanca, corbata negra de seda. A modo de uniforme. Tenía las rodillas cruzadas, y los brazos cruzados. Estaba esperando. Tenía el aspecto que tendría el tipo de la mesa de la esquina, después de más o menos un mes al sol. Blanco, no luminiscente. Tenía el pelo pálido rapado casi al ras del cuero cabelludo, y la nariz rota, y tejido de cicatrices en las cejas. No era un gran peleador, pensó Reacher. Obviamente le habían pegado mucho.

—¿Eres Shevick? —dijo el tipo.

—¿Quién pregunta? —dijo Reacher.

—La gente que te acaba de prestar dinero.
—Suenas a que ya sabes quién soy.
—Te vamos a llevar a tu casa en coche.
—¿Y qué tal si no quiero que me lleven? —dijo Reacher.
—Es parte del trato —dijo el tipo.
—¿Qué trato?
—Necesitamos saber dónde vives.
—¿Por qué?
—Como garantía.
—Búsqüenme.
—Ya lo hicimos.
—¿Y?

—No estás en la guía. No tienes ninguna propiedad a tu nombre.
Reacher asintió. Los Shevick habían dado de baja su teléfono de línea. El título de la casa ya había pasado a manos del banco.

—De modo que tenemos que hacer una visita personal —dijo el tipo.

Reacher no dijo nada.

—¿Hay una señora Shevick? —preguntó el tipo.

—¿Por qué?

—Quizás también la podríamos visitar un poco a ella, mientras miramos dónde viven. Nos gusta tener a nuestros clientes cerca. Nos gusta conocer a la familia. Nos resulta provechoso. Ahora sube al coche.

Reacher negó con la cabeza.

—No te enteras —dijo el tipo—. Esto no es una elección. Es parte del trato. Te prestamos dinero.

—Tu amigo blanco leche del interior me explicó el contrato. Repasó todos los términos, con un detalle considerable. La tasa administrativa, la tarifa dinámica, las sanciones. En cierto momento incluso se sirvió de ayuda visual. Después de lo cual preguntó si yo aceptaba los términos del contrato, y yo dije que sí, así que en ese momento el trato estaba cerrado. No pueden empezar a añadir cosas después, sobre llevarme a casa y conocer a mi familia. Tendría que haber aceptado eso por anticipado. Un contrato es una cosa de dos. Sujeto a negociación y consentimiento. No se puede hacer de manera unilateral. Es un principio básico.

—Te crees inteligente.

—Tengo esa esperanza —dijo Reacher—. A veces me preocupa ser solo un pedante.

—¿Qué?

—Puedes ofrecerte a llevarme, pero no puedes insistir en que acepte.

—¿Qué?

—Me has oído.

—Vale. Me estoy ofreciendo a llevarte. Última oportunidad. Sube al coche.

—Por favor.

El tipo hizo una pausa muy, muy larga. Dijo:

—Por favor sube al coche.

—Vale —dijo Reacher—. Dado que lo has pedido de manera tan amable.

OCHO

Poco más o menos la manera más segura de transportar un rehén indócil en un coche particular era hacerle conducir sin el cinturón de seguridad puesto. Los tipos del Lincoln no hicieron eso. Optaron en cambio por la segunda mejor opción convencional. Pusieron a Reacher atrás, detrás del asiento delantero vacío del copiloto, con nada a su frente a lo que atacar. El tipo que había hablado se subió a su lado, de la otra parte, detrás del conductor, y se sentó medio girado, atento.

—¿Adónde? —dijo.

—Da la vuelta —dijo Reacher.

El conductor giró en U a través del ancho de la calle, rebotando hacia arriba con la rueda delantera derecha en el bordillo más alejado, y bajando el bordillo de nuevo con un palmetazo.

—Sigue recto cinco manzanas —dijo Reacher.

El conductor hizo avanzar el coche. Era una versión del primer tipo en más pequeño. No tan pálido. Caucásico, seguro, pero sin deslumbrar. Llevaba el mismo pelo cortado al ras, dorado y brillante. Tenía una cicatriz de cuchillo en el dorso de la mano izquierda. Probablemente una herida defensiva. Por el puño derecho de la camisa le sobresalía un tatuaje desteñido y de trazos muy delgados. Tenía unas orejas grandes y rosas, que se le salían hacia afuera de los laterales de la cabeza.

Los neumáticos golpetearon sobre un asfalto roto y pedazos de adoquines. Después de las cinco manzanas avanzando recto llegaron al semáforo de la intersección. Donde Shevick había esperado para cruzar. Salieron del viejo mundo y se introdujeron en el nuevo. Terreno llano y abierto. Cemento y gravilla. Aceras anchas. Todo tenía un aspecto distinto en la oscuridad. La terminal de autobuses estaba más adelante.

—Recto —dijo Reacher.

El conductor cruzó en verde. Pasaron la terminal. Circularon alrededor, a una distancia amable por detrás de los distritos de altos ingresos. Un kilómetro después llegaron adonde el autobús se había salido de la carretera principal.

—Vete por la derecha —dijo Reacher—. Afuera hacia la autopista.

Vio que la calle de dos carriles para entrar a la ciudad se llamaba Center. Después se ensanchaba a cuatro carriles y llevaba como nombre el número de una carretera estatal. Después venía el supermercado gigante. Los parques empresariales estaban más adelante.

—¿Adónde mierdas estamos yendo? —dijo el tipo que iba atrás—. Nadie vive en esta zona.

—A mí me gusta —dijo Reacher.

La carretera era lisa y uniforme. Los neumáticos silbaban. Delante de ellos no había tráfico. Quizás algo detrás. Reacher no lo sabía. No se podía arriesgar a mirar.

—Decidme de nuevo por qué queréis conocer a mi esposa —dijo.

—Nos parece conveniente —dijo el tipo de atrás.

—¿En qué sentido?

—A un banco le devuelves un préstamo porque te preocupa el puntaje de crédito y tu buen nombre y tu reputación en la comunidad. Pero para ti todo eso ya no existe. Estás en la mierda. ¿Qué es lo que te preocupa ahora? ¿Qué es lo que va a hacer que nos devuelvas el dinero?

Pasaron los parques empresariales. Seguía sin haber tráfico. El concesionario de coches estaba más adelante a lo lejos. Un alambrado, filas de siluetas oscuras, banderines que brillaban grises a la luz de la luna.

—Suenan a amenaza —dijo Reacher.

—Las hijas también sirven.

Seguía sin haber tráfico.

Reacher le pegó al tipo en la cara. De la nada. Una explosión de músculo repentina y violenta. Sin ningún aviso. Un mazazo, con toda la velocidad y torsión que podía reunir en el reducido espacio disponible. La cabeza del tipo golpeó hacia atrás contra el marco de la ventanilla. El rocío de sangre de la nariz salpicó el cristal.

Reacher recargó y le pegó al conductor. La misma clase de fuerza. La misma clase de resultado. Inclinandose sobre el asiento, un gancho apaleando de forma directa a la oreja del tipo, la cabeza del tipo golpeándose de lado, rebotando contra el cristal, directa a un segundo golpe justo en la misma oreja, y un tercer golpe, que apagó las luces. El tipo cayó sobre el volante.

Reacher se apretujó en el espacio de atrás para los pies.

Un segundo después el coche se chocó contra el alambrado del concesionario a sesenta kilómetros por hora. Reacher oyó una explosión descomunal y un chillido de banshee y los airbags estallaron y su cuerpo se aplastó contra la parte de atrás del asiento que tenía enfrente, que cedió y colapso contra el airbag que ahora se desinflaba adelante, justo cuando el coche se estrellaba contra el primer vehículo en venta, en la punta más cercana de la larga hilera debajo de las banderas y los banderines. El Lincoln se chocó fuertemente contra él, de frente contra su flanco resplandeciente, y el parabrisas del Lincoln se hizo añicos y la parte de atrás se elevó por los aires, y se reventó contra el suelo al bajar, y el motor se detuvo, y el coche se quedó quieto y mudo, al completo, salvo por un silbido de vapor alto y furioso debajo del capó destrozado.

Reacher se desenrolló y trepó otra vez al asiento. Había recibido todos los estremecedores impactos en la parte alta de la espalda. Se sentía como había parecido sentirse Shevick en la acera. Conmocionado. Todo dolorido. *¿Lo normal, o peor?* Se figuró que lo normal. Movié la cabeza, el cuello, los hombros, las piernas. Nada roto. Nada desgarrado. Ni tan mal.

No se podía decir lo mismo de los otros dos tipos. El conductor se había estrellado la cara contra el airbag, y después la parte de atrás de la cabeza contra el otro tipo, que había salido disparado hacia delante desde el compartimento de atrás como una lanza, directo hacia el parabrisas hecho añicos, donde todavía estaba, doblado desde la cadera sobre el capó estrujado, boca abajo. Sus pies eran lo que estaba más cerca. No se movía. Tampoco el conductor.

Reacher abrió la puerta haciendo fuerza contra el chirrido del metal deformado, y se arrastró hacia afuera, y cerró la puerta con fuerza al salir. No había tráfico detrás de ellos. Nada tampoco más adelante, salvo luces delanteras titilantes y tenues, quizás a dos kilómetros de distancia. Viniendo hacia ellos. A poco más de un minuto, a cien kilómetros por hora. El vehículo contra el que había chocado el Lincoln era una furgoneta. Una Ford. Tenía todo el lateral abollado hacia dentro. Doblado como un plátano. Tenía un cartel en el parabrisas que decía *Sin Accidentes*. El Lincoln estaba totalmente estropeado. Estaba plegado como un acordeón hasta el parabrisas. Como en los anuncios de seguridad vial del periódico. Salvo por el hombre tendido arriba.

Las luces de cruce más adelante se estaban acercando. Y ahora por detrás en dirección a la ciudad había más. El alambrado del concesionario había quedado abierto como en los dibujos animados. Los jirones enrollados de alambre combados ordenadamente hacia los lados. Como si la estela del coche los hubiese hecho retroceder. El espacio abierto tenía más de dos metros de ancho. Básicamente toda una sección ya no existía. Reacher se preguntó si el alambrado tendría sensores de movimiento. Conectados a una alarma silenciosa. Conectada al departamento de policía. Quizás un requisito del seguro. Sin duda en el interior había muchas cosas que robar.

Hora de marcharse.

Reacher pasó por el hueco en el alambrado, agarrotado y dolorido, golpeado y maltrecho, pero funcionando. Se mantuvo alejado de la carretera. Avanzó a tropezones siguiéndola en paralelo, cruzando campos y terrenos baldíos, quince metros más allá, fuera del alcance lateral de las luces de cruce, mientras los coches pasaban a lo lejos, algunos despacio, algunos rápido. Quizás policías. Quizás no. Rodeó el primer parque empresarial por la parte de atrás, y el segundo, y después cambió el ángulo y se dirigió hacia el aparcamiento del supermercado gigante, aspirando a atravesarlo a pie y retomar la carretera principal a donde tenía salida.

Gregory recibió la noticia más o menos de manera inmediata, de un empleado que estaba limpiando en la sala de emergencias. Parte de la red ucraniana. El tipo se tomó una pausa para fumar y llamó inmediatamente. Dos de los hombres de Gregory, recién llegados en camillas. Luces y sirenas. Uno mal, otro peor. Los dos probablemente iban a morir. Se hablaba de un accidente automovilístico fuera de la concesionaria Ford.

Gregory llamó a sus cabecillas, y diez minutos después estaban todos reunidos, alrededor de una mesa en la sala trasera de la empresa de taxis. Su mano derecha dijo:

—Lo único que sabemos con seguridad es que hoy más temprano dos de los nuestros fueron al bar para hacer la corroboración de domicilio de uno de los clientes anteriores del negocio de crédito de los albaneses.

—¿Cuánto tarda una corroboración de domicilio? —dijo Gregory—. Deberían haber terminado hace rato. Esto tiene que ser algo totalmente distinto. Obviamente es algo aparte. No puede haber sido la corroboración de domicilio. Porque ¿quién vive por ahí donde está la concesionaria Ford? Nadie. Por lo cual dejaron al tipo en su casa y apuntaron la dirección, quizás hicieron una foto, y después se dirigieron hacia la concesionaria Ford. Debe de haber habido un motivo. ¿Y por qué se chocaron?

—Quizás los persiguieron en esa dirección. O los llevaron hasta ahí engañados. Después se chocaron y se salieron de la carretera. Está bastante desierto por ahí de noche.

—¿Crees que fue Dino?

—Uno no puede evitar preguntarse: ¿por qué ellos dos en particular? Quizás los siguieron desde la puerta del bar. Lo cual sería apropiado. Porque quizás Dino está queriendo decirnos algo con esto. Le robamos su negocio. Esperábamos algún tipo de reacción, después de todo.

—Después de que se diera cuenta.

—Quizás ya se ha dado cuenta.

—¿Cuánto más va a querer decir?

—Quizás esto es todo —dijo el tipo—. Dos hombres a cambio de dos hombres. Nosotros nos quedamos con el negocio de préstamos. Se estaría rindiendo con honor. Es un hombre realista. No tiene demasiadas opciones. No puede empezar una guerra, con los policías vigilando.

Gregory no dijo nada. La sala se quedó en silencio. Ningún tipo de sonido, salvo un parloteo apagado de la radio de los taxis en la oficina delantera. A través de la puerta cerrada. Solo ruido de fondo. Nadie le prestó ninguna atención. Si lo hubieran hecho, habrían escuchado a un conductor que llamaba para decir que había dejado a una señora mayor en el supermercado, y que iba a usar el tiempo en el que ella hacía las compras para ganar algún dólar extra llevando a un pasajero a su casa, hasta la vieja urbanización de casas idénticas al este del centro de la ciudad. El hombre estaba a pie, pero tenía un aspecto razonablemente civilizado y tenía dinero en efectivo. Quizás se le había averiado el coche. Eran seis kilómetros de ida y seis kilómetros de vuelta. Iba a haber terminado incluso antes de que la señora mayor saliera del sector de panadería. Si no hay daño, no hay delito.

En ese momento Dino estaba recibiendo una instantánea incompleta y mucho más temprana de una parte de las noticias. Había tardado una hora en viajar hasta la parte superior de la cadena. No incluía nada acerca del accidente automovilístico. La mayor parte del día la había invertido en deshacerse de Fisnik y de su mencionado cómplice. La reorganización se había dejado para muy tarde. Casi una idea del último momento. Habían enviado un reemplazo al bar, para retomar el negocio de Fisnik. El hombre al que eligieron había llegado allí un poco después de las ocho de la noche. Nada más llegar había visto a unos matones ucranianos en la calle. Custodiando el lugar. Un Lincoln Town Car, y dos hombres. Había ido a escondidas hasta la salida de incendios de la parte de atrás del bar, y había echado un vistazo al interior a escondidas. En la mesa de Fisnik en la esquina de atrás al fondo había un ucraniano, hablando con un tipo grande, con aspecto desaliñado y pobre. Obviamente un cliente.

En ese punto el reemplazo elegido se reorganizó y se retiró. Avisó. El tipo al que avisó llamó a otro tipo. Que llamó a otro tipo. Y así. Porque las malas noticias viajaban despacio. Una hora después Dino escuchó al respecto. Llamó a sus cabecillas, al almacén de maderas.

Dijo:

—Hay dos escenarios posibles. O la cuestión de la lista del comisario general de policía era verdad, y de manera oportunista y desleal usaron el desorden para meterse en nuestro negocio de préstamos de dinero, o no era verdad, y esto fue algo planeado desde el principio, y de hecho nos engañaron para que les despejáramos el camino.

—Supongo que tenemos que tener la esperanza de que sea la primera —dijo su mano derecha.

Dino se quedó en silencio por un largo rato.

Luego dijo:

—Me temo que tenemos que fingir que fue la primera. No tenemos otra alternativa. No podemos empezar una guerra. No ahora. Vamos a tener que dejar que se queden con el negocio de préstamos de dinero. No tenemos una manera práctica de recuperarlo. Pero lo vamos a entregar con honor. Tiene que ser dos a cambio de dos. No nos podemos permitir hacer menos. Maten a dos de sus hombres, y así quedamos en igualdad.

—¿Cuáles dos? —preguntó su mano derecha.

—No me importa —dijo Dino.

Después cambió de parecer.

—No, elegidlos con cuidado —dijo—. Tratemos de encontrar una ventaja.

NUEVE

Reacher bajó del taxi en la casa de los Shevick y recorrió el sendero estrecho de cemento. La puerta se abrió antes de que pudiera tocar el timbre. Shevick estaba ahí de pie, con la luz detrás de él y el teléfono en la mano.

—La transferencia del dinero llegó hace una hora —dijo—. Gracias.

—De nada —dijo Reacher.

—Llegas tarde. Pensamos que quizás no regresabas.

—Tuve que hacer un pequeño desvío.

—¿Adónde?

—Entremos —dijo Reacher—. Tenemos que hablar.

Esta vez usaron el salón. Las fotos en la pared, la televisión amputada. Los Shevick ocuparon los sillones y Reacher se sentó en el sofá.

Dijo:

—Fue bastante parecido a como fue entre tú y Fisnik. Salvo que el tipo me hizo una foto. Lo cual podría ser algo bueno, al fin y al cabo. Tu nombre, mi cara. Un poco de confusión nunca hace daño. Pero si yo hubiera sido un cliente de verdad, no me habría gustado. Ni un poco. Habría sido como un dedo huesudo tocándome el hombro. Me habría hecho sentir vulnerable. Después salí y había más. Dos tipos, que me querían llevar a casa, para ver dónde vivía, y con quién vivía. Mi esposa, si tenía. Lo cual era otro dedo huesudo. Quizás toda una mano huesuda.

—¿Qué ocurrió?

—Entre los tres negociamos un arreglo distinto. Para nada relacionado ni con tu nombre ni con tu dirección. De hecho bastante confuso en cuanto a lo que sucedió exactamente. Quise algo de misterio alrededor. Sus jefes van a creer que hay un mensaje, pero no van a estar seguros de parte de quién. Van a pensar que es de los albaneses, lo más probable. No tuyo, desde luego.

—¿Qué les sucedió a los hombres?

—Fueron parte del mensaje. Como diciendo esto es América. No envíes a un imbécil que en su última aparición quedó séptimo en las peleas de fondo de algún club de lucha en un sótano de Kiev. Al menos tómatelo en serio. Muestra un poco de respeto.

—Vieron tu cara.

—No se van a acordar. Tuvieron un accidente. Quedaron todo estropeados. Van a perder una o dos horas de memoria. Amnesia retrógrada, lo llaman. Bastante común, después de un trauma

físico. Es decir, eso si no mueren antes.

—¿Entonces está todo bien?

—En realidad no —dijo Reacher.

—¿Qué más?

—Esta no es gente razonable.

—Lo sabemos.

—¿Cómo les van a devolver el dinero?

No respondieron.

—Necesitan veinticinco mil dólares, en una semana a partir de ahora. No se pueden retrasar. También me enseñaron fotos. Las de Fisnik no pueden haber sido peores. Necesitan alguna clase de plan.

—Una semana es mucho tiempo —dijo Shevick.

—En realidad no —dijo Reacher otra vez.

—Podría llegar a suceder algo bueno —dijo la señora Shevick.

Nada más.

Reacher dijo:

—De verdad que tienen que decirme qué es lo que están esperando.

Tenía que ver con su hija, inevitablemente. La mirada de la señora Shevick deambuló por las fotos de la pared mientras contaba la historia. Su hija se llamaba Margaret, abreviado a Meg desde la infancia. Había sido una niña brillante y feliz, llena de encanto y energía. Le encantaban los demás niños. Le encantaba la guardería. Le encantaba la primaria. Le encantaba leer y escribir y dibujar. Sonreía y parloteaba todo el tiempo. Podía convencer a cualquiera de que hiciera cualquier cosa. Le podría haber vendido hielo a los esquimales, dijo su madre.

También le encantó el instituto, en todas sus etapas. Era popular. Caía bien a todo el mundo. Montaba obras de teatro y cantaba en el coro y corría en el equipo de atletismo y nadaba. Se sacó el graduado de secundaria, pero no fue a la universidad. Era buena en los estudios, pero esa no era su principal fortaleza. Tenía el don de gentes. Necesitaba ir de acá para allá, sonriendo, charlando, encantando a las personas. Sometiéndolas a su voluntad, para ser sinceros. Le gustaba tener un propósito.

Consiguió un empleo de nivel básico como representante empresarial, y brincó por toda la ciudad de una oficina de relaciones públicas a otra, haciendo para establecimientos locales cualquier cosa para la que tuvieran presupuesto. Trabajaba duro, y consiguió reconocimiento, y la ascendieron, y para cuando tenía treinta años ganaba más dinero del que su padre jamás hubiera hecho como maquinista. Diez años después, a los cuarenta, le seguía yendo bien, pero sentía que su trayectoria se había ralentizado. Su aceleración se había mitigado. Podía ver el techo que había por encima de ella. Se sentaba en su escritorio y pensaba: ¿esto es todo?

Decidió que no. Quería un último gran logro. Más grande que grande. Estaba en el lugar equivocado, lo sabía. Se iba a tener que mudar. San Francisco, probablemente, donde estaba el dinero de la tecnología. Donde se necesitaban personas para explicar las cosas complicadas. Antes o después se iba a tener que ir allí. O a Nueva York. Pero no se decidía. El tiempo pasaba. Entonces, sorprendentemente, San Francisco fue a ella. Por así decir. Más tarde supo que había

un juego perpetuamente en curso, alimentado por gente de los negocios inmobiliarios y contables del sector de las tecnologías, en el que el premio era prever de manera correcta cuál sería el Silicon Valley que vendría después del anterior. Con el objetivo de adelantarse. Por algún motivo su ciudad natal cumplía con todos los requisitos secretos. En plena revitalización, con la clase correcta de personas, los edificios correctos, y energía eléctrica, y una buena velocidad de internet. Los primeros exploradores ya andaban husmeando.

Meg consiguió que un amigo de un amigo le presentara a un tipo que conocía a un tipo, que arregló una entrevista con el fundador de una nueva empresa. Quedaron en una cafetería del centro de la ciudad. Tenía veinticinco años y acababa de bajar del avión que lo había traído de California. Una especie de genio de los ordenadores nacido en el extranjero. Con algo nuevo que tenía que ver con *software* médico y aplicaciones en los teléfonos de la gente. La señora Shevick admitió que nunca había estado del todo segura de qué era el producto, salvo que sabía que era la clase de cosa que hace rica a la gente.

A Meg le ofrecieron el trabajo. Vicepresidenta superior de Comunicaciones y Asuntos Locales. Era una empresa emergente y primeriza, con la tinta fresca, por lo que el salario no era grandioso. Apenas un poco más de lo que ya estaba ganando. Pero había un paquete entero y gigante de beneficios. Acciones, un plan de jubilación astronómico, un seguro de salud de los mejores, un coche cupé europeo para conducir. Más otras cosas raras de San Francisco, como *pizza* gratis y golosinas y masajes. Le gustaba todo. Pero las acciones eran lo más importante con diferencia. Un día podía ser multimillonaria. Literalmente. Así era como sucedían estas cosas.

Al principio anduvo bastante bien. Meg hizo un gran trabajo manteniendo los tambores en redoble, y dos o tres veces durante el primer año pareció que podían llegar a la cima. Pero no fue así. No precisamente. El segundo año fue lo mismo. Todavía brillante y glamuroso e innovador y la próxima gran empresa, pero no pasó nada. El tercer año fue peor. Los inversores se pusieron nerviosos. El caudal de dinero que entraba se redujo mucho. Pero no flaquearon. Alquilieron dos pisos de su edificio. No más *pizza* ni golosinas. Las camillas de masajes se plegaron y se guardaron. Trabajaban más duro que nunca, mano a mano en espacios reducidos, todavía decididos, todavía seguros.

Entonces a Meg le dio cáncer.

O, más exactamente, descubrió que tenía cáncer desde hacía aproximadamente seis meses. Había estado demasiado ocupada como para ir al médico. Pensaba que el peso que estaba perdiendo era porque trabajaba demasiado. Pero no. Era un mal diagnóstico. Era un cáncer agresivo, y estaba bastante desarrollado. El único rayo de esperanza era un puñado de tratamientos nuevos. Eran caros y exóticos, pero las pruebas habían sido prometedoras. Parecían funcionar. Su tasa de éxito estaba aumentando. No había otra opción, dijeron los doctores. Se despejaron las agendas y a Meg le dieron turno para la primera sesión a la mañana siguiente.

Que fue cuando empezaron los problemas.

—Algo fallaba en su seguro —dijo la señora Shevick—. Su número de cuenta daba error. Se estaba preparando para quimioterapia, y había gente que entraba y salía preguntándole su nombre completo y la fecha de nacimiento y su número de Seguridad Social. Fue una pesadilla. Estaban al teléfono con la aseguradora, y nadie sabía qué era lo que estaba pasando. Podían ver su historial y sabían que era cliente. Pero el código no autorizaba. Hacía aparecer un mensaje de error. Decían que era un problema del sistema. Nada importante. Decían que al día siguiente

estaría solucionado. Pero el hospital decía que no podíamos esperar. Nos hicieron firmar un formulario. Decía que nosotros pagaríamos los gastos si la aseguradora no respondía. Decían que era solo un formalismo. Decían que hay problemas en los sistemas todo el tiempo. Decían que todo se iba a arreglar.

—Imagino que no fue así —dijo Reacher.

—Llegó el fin de semana, lo cual eran dos sesiones más, y después ya era lunes, y entonces nos enteramos.

—¿Se enteraron de qué? —preguntó Reacher, aunque tuvo la sensación de que lo podía adivinar.

La señora Shevick negó con la cabeza y suspiró y agitó la mano frente a su cara, como si no pudiera formar las palabras. Como si ya hubiera terminado de hablar. Su marido se inclinó hacia delante, con los codos en las rodillas, y siguió el relato.

—El tercer año —dijo—. Cuando los inversores se pusieron nerviosos. Era incluso peor de lo que sabían. Era peor de lo que nadie sabía. Había cosas que el jefe no contaba. A nadie, incluida Meg. Detrás de bastidores todo se estaba viniendo abajo. No estaba pagando las cuentas. Ni un centavo. No renovó el plan de salud de la empresa. No pagó las cuotas. Simplemente las ignoró. El número de Meg daba error porque la póliza estaba cancelada. En su cuarto día de tratamiento nos enteramos de que no estaba asegurada.

—No era su culpa —dijo Reacher—. Sin ninguna duda. Fue una especie de fraude o incumplimiento del contrato. Tiene que haber un remedio.

—Hay dos —dijo Shevick—. Uno es un fondo de responsabilidad objetiva del gobierno, y el otro es un fondo de responsabilidad objetiva de la industria de seguros, los dos creados por este motivo en particular. Naturalmente nos fuimos directos hacia allí. De inmediato se pusieron a trabajar en cómo repartirse las responsabilidades, y apenas eso esté decidido van a reintegrarnos todo lo que hemos gastado hasta el día de hoy, y después se van a encargar de todo lo demás de ahí en adelante. Estamos esperando que llegue una decisión en cualquier momento.

—Pero no pueden detener el tratamiento de Meg.

—Necesita mucho. Dos o tres sesiones por día. Quimioterapia, radioterapia, cuidado y alimentación, escaneos de todo tipo, cuestiones de laboratorio de todo tipo. No puede acceder a beneficios públicos. Técnicamente todavía está en relación de dependencia, técnicamente con un buen salario. A ningún medio le interesa el caso. ¿Cuál es la historia? Hija necesita algo, sus padres están dispuestos a pagar. ¿Cuál es el gancho? Quizás no deberíamos haber firmado ese papel. Quizás se habrían abierto otras puertas. Pero lo firmamos. Ya es demasiado tarde. Obviamente el hospital quiere que le paguen. Esto no es algo de la sala de emergencias. No se puede condonar. Las máquinas cuestan un millón de dólares. Tienen que comprar cristales físicos de material radiactivo de verdad. Quieren el dinero por adelantado. Es lo que sucede en casos como este. Pago inmediato. Antes del pago no hay nada. No podemos hacer nada al respecto. Lo único que podemos hacer es aguantar hasta que aparezca alguien. Podría suceder mañana por la mañana. Tenemos siete oportunidades antes de que la semana se termine.

—Necesitan un abogado —dijo Reacher.

—No nos lo podemos permitir.

—Probablemente hay un principio importante por ahí en algún lado. Probablemente podrían conseguir alguien que no les cobre.

—Ya tenemos tres de esos —dijo Shevick—. Están trabajando a favor del interés público. Un grupo de chavales. Son más pobres que nosotros.

—Siete oportunidades antes de que termine la semana —dijo Reacher—. Suena como una canción de música *country*.

—Es lo que tenemos.

—Supongo que casi cualifica como plan.

—Gracias.

—¿Tienen un plan B?

—No como tal.

—Podrían intentar no hacerse ver demasiado. Yo me voy a haber ido hace rato. La foto que sacaron no les va a servir.

—¿Te vas a haber ido?

—No me puedo quedar en ningún lado más de una semana.

—Tienen nuestro apellido. Estoy seguro de que nos pueden rastrear. Todavía debe de haber papeles viejos dando vueltas. Un nivel por debajo de la guía telefónica.

—Cuéntenme de los abogados.

—Están trabajando gratis —dijo Shevick—. ¿Cuán buenos pueden ser?

—Suena como otra canción de música *country*.

Shevick no respondió. La señora Shevick alzó la mirada.

—Son tres —dijo—. Tres hombres jóvenes y agradables. De un proyecto *pro bono*. Haciendo lo correcto. Con buenas intenciones, estoy segura. Pero la ley se mueve despacio.

—El plan B podría ser la policía —dijo Reacher—. De aquí a una semana, si lo otro todavía no ha sucedido, podrían ir a la comisaría y contarles la historia.

—¿Cuánto nos protegerían? —preguntó Shevick.

—Supongo que no mucho —dijo Reacher.

—¿Y por cuánto tiempo?

—No mucho —dijo Reacher otra vez.

—Estaríamos quemando las naves —dijo la señora Shevick—. Si lo otro todavía no sucedió, entonces nosotros a esa gente la necesitamos más que nunca. ¿A quién más podemos recurrir cuando llegue la próxima factura? Ir a la policía nos dejaría sin acceso a nada.

—Vale —dijo Reacher—. Nada de policía. Siete oportunidades. Siento lo de Meg. De verdad. De verdad espero que salga bien de todo esto.

Se puso de pie, y se sintió grande en el pequeño espacio cuadrado.

—¿Te vas? —dijo Shevick.

Reacher asintió.

—Voy a ir a un hotel en el centro —dijo—. Quizás me doy una vuelta por la mañana. Para despedirme, antes de ponerme en marcha. Si no lo hago, fue un placer conocerles. Les deseo la mejor de las suertes con sus problemas.

Los dejó allí, sentados en silencio en el cuarto medio vacío. Llegó solo hasta la puerta delantera y salió, y recorrió el sendero estrecho de cemento hasta la calle, y más allá, pasando junto a coches aparcados y casas silenciosas y oscuras, y cuando llegó a la calle principal dobló en dirección al centro.

DIEZ

En el lado oeste de la calle Center había una manzana específica que tenía en un lateral dos restaurantes, uno al lado del otro, y un tercer restaurante en su lado norte, y un cuarto restaurante en el lado sur, y un quinto atrás, que daba a la calle siguiente. Los cinco funcionaban bien. Estaban siempre concurridos. Siempre animados. Siempre se hablaba de esos restaurantes. Eran el circuito *gourmet* de la ciudad, allí mismo, todos juntos. A los camiones de reparto de alimentos y a los servicios de limpieza les encantaba. Una parada, cinco clientes. Las entregas eran fáciles.

Lo mismo con las recaudaciones. Era una manzana ucraniana, dado que estaba al oeste de la calle Center. Pasaban a buscar el dinero por la protección otorgada puntuales como un reloj. Una parada, cinco clientes. Les encantaba. Pasaban al final del día, cuando las cajas estaban llenas. Antes de que pagaran a cualquier otro. Entraban al local, siempre dos tipos, siempre juntos, trajes oscuros y corbatas negras de seda y caras pálidas e inexpresivas. Nunca se decía nada. Técnicamente habría sido difícil demostrar la ilegalidad. De hecho nunca se había dicho nada, ni siquiera al principio, muchos años antes, salvo por una opinión estética subjetiva, y después un murmullo preocupado y solidario. *Qué bonito que es el restaurante. Sería una lástima si le pasara cualquier cosa.* Una conversación educada. Después de la cual se ofreció un billete de cien dólares, pero fue recibido diciendo que no con la cabeza, hasta que se añadió otro billete de cien, que fue recibido con un asentimiento. Después del primer encuentro el dinero por lo general se lo dejaban en un sobre, por lo general en el atril de recepción. Por lo general se lo entregaban sin decir nada. Técnicamente una actividad voluntaria. No se había efectuado ninguna petición explícita. No se había solicitado ninguna oferta. Mil dólares por un paseo alrededor de la manzana. Casi legal. Un buen trabajo si lo podías conseguir. Naturalmente había muchos interesados en obtenerlo. Naturalmente lo ganaban los peces gordos. Los lugartenientes más antiguos, en busca de una vida tranquila.

Ese día en particular no la tuvieron.

Habían aparcado el coche sobre la calle Center, y habían empezado por los dos locales de esa acera, que daban al frente, y después se habían movido por la manzana en el sentido contrario a las agujas del reloj, haciendo su tercera parada en el lado norte, y la cuarta en la calle trasera, y la quinta en el lado sur. Después de lo cual siguieron andando, con la intención de doblar en la última esquina, y así completar el cuadrado, y llegar de vuelta al coche.

Todo lo cual hicieron. Sin notar un par de cosas importantes. Más adelante en la calle siguiente había una grúa, mirando hacia el otro lado, aparcada, pero en marcha y con las luces de marcha atrás encendidas. Y más o menos a la misma altura de la grúa, en la otra acera, había un hombre con una gabardina negra, andando deprisa hacia ellos. ¿Qué significaba? No se lo preguntaron. Eran lugartenientes con antigüedad, en busca de una vida tranquila.

Se separaron a la altura del capó del coche, el copiloto yendo para un lado y el conductor yendo para el otro. Abrieron las puertas, no exactamente sincronizados, pero casi. Miraron a su alrededor, todavía de pie, una última vez, mentones arriba, por si alguien dudaba de a quién le pertenecía la manzana.

No se dieron cuenta de que la grúa se empezaba a mover, despacio, marcha atrás, directa hacia ellos. No se dieron cuenta de que el hombre de la gabardina se bajaba de la otra acera, en diagonal, directo hacia ellos.

Se deslizaron en sus asientos, culos, rodillas, pies, pero antes de que pudieran cerrar las puertas una silueta se había desprendido de las sombras de un lado, y el hombre de la gabardina había llegado por el otro, los dos con pistolas semiautomáticas pequeñas calibre 22 en la mano, las dos pistolas con silenciadores robustos atornillados a los cañones, que sonaron *blat blat blat* mientras les disparaban múltiples cartuchos de cerca a las cabezas sentadas, que estaban justo allí a la altura de la cintura. Los dos tipos del coche cayeron hacia delante y hacia dentro, en dirección contraria a las armas. Las cabezas destrozadas chocaron entre sí, cerca del reloj del salpicadero, como si se estuviesen peleando por el espacio.

Después las puertas fueron cerradas de un golpe. La grúa dio marcha atrás. La silueta en las sombras y el hombre de la gabardina se acercaron corriendo a la grúa. El conductor se bajó de un salto. Juntos se encargaron de enganchar el coche a la grúa. Los tres se subieron. Se alejaron, despacio y tranquilamente. Algo cotidiano. Un vehículo averiado, poco digno, remolcado al revés por las calles sobre sus ruedas delanteras, con la parte de atrás arriba en el aire. Por encima de la línea de la ventanilla no había nada visible. La gravedad se estaba encargando de eso. Para entonces los dos tipos estarían apiñados en los huecos de los pies. Blandos y flojos. El rigor estaba todavía a unas horas de distancia.

Fueron directos hacia el desguace. Desengancharon el coche y lo dejaron en un lugar del terreno empapado de aceite. Se acercó una retroexcavadora. En lugar de cucharón tenía un montacargas delantero gigante. Levantó el coche y lo llevó hasta la trituradora. Lo dejó sobre un suelo de acero en una caja de tres lados no mucho más grande que el coche. Se alejó de allí marcha atrás. El cuarto lado de la caja subió y se quedó en posición. La parte de arriba bajó.

Los motores retumbaron y las hidráulicas resonaron y los lados de la caja apretaron aplastando hacia adentro, implacablemente, chimando, crujiendo, arañando, rompiendo, ciento cincuenta toneladas de fuerza detrás de cada uno de los lados. Después se detuvieron, y volvieron ruidosamente adonde habían comenzado, y un pistón sacó hacia afuera un cubo de metal aplastado de más o menos un metro de lado. Durante un momento se quedó sobre una parrilla de hierro pesado. Para que drenaran los líquidos. Gasolina y aceite y líquido para frenos y lo que hubiera en el aire acondicionado. Más otros líquidos, en esta ocasión. Después vino una hermana de la primera retroexcavadora. En lugar de montacargas tenía una garra delantera. Recogió el cubo y se lo llevó y lo apiló en un muro de otros cien cubos.

Justo entonces el hombre de la gabardina llamó a Dino. Éxito total. Dos por dos. Estaban

igualados. Habían intercambiado efectivamente el negocio de préstamos de dinero por el circuito *gourmet*. Lo cual a corto plazo era una pérdida, pero quizás a largo plazo una ganancia. Era un pie en la puerta. Era una zona de aterrizaje que se podría primero defender, y después expandir. Por encima de todo era una prueba de que se podía volver a trazar el mapa.

Dino se fue a dormir contento.

A Reacher le había alegrado el taxi de la suerte en el aparcamiento del supermercado. En parte por el tiempo que se había ahorrado. Había asumido que los Shevick iban a estar inquietos. Y en parte por el esfuerzo que se había ahorrado, especialmente en ese momento, golpeado y maltrecho. Pero no le había ayudado en nada. Le había dejado encogido. Su caminata de vuelta a la ciudad fue difícil.

El sentido de la orientación le dijo que la mejor ruta era la que ya conocía. De nuevo pasar por el bar, pasar por la terminal de autobuses y seguir hasta la calle Center, donde estarían todas las cadenas hoteleras juntas, quizás un poco al sur, todas en una o dos manzanas. Conocía las ciudades. Anduvo más rápido de lo que quería, y le prestó atención a su postura, cabeza erguida, hombros hacia atrás, brazos sueltos, espalda derecha, localizando todos los dolores y padecimientos, combatiéndolos, expulsándolos, sin ceder nada.

No había nadie en la calle fuera del bar. Ningún coche aparcado, ningún matón insolente. Reacher retrocedió y miró por la ventana mugrienta. Del otro lado de las harpas y los tréboles polvorientos. El tipo pálido todavía estaba en la esquina de atrás. Todavía luminiscente. Estaba solo. Ningún cliente desgraciado en el hoyo.

Reacher retomó la marcha, soltándose más, andando mejor. Salió de las manzanas viejas donde el semáforo de la intersección, y siguió andando y pasó por la terminal de autobuses, mirando arriba hacia el cielo en busca del brillo de un neón. En busca de edificios altos con nombres encendidos. Que podían ser bancos o compañías de seguro o televisión local. U hoteles. O todo lo anterior. Había en total seis. Seis torres, erguidas con orgullo. El núcleo del centro de la ciudad. Una declaración audaz.

La mayor parte del brillo estaba en su mitad izquierda, que era al sur del oeste. Decidió cortar la esquina e ir directo hacia allí. Dobló una vez a la izquierda y cruzó la calle Center, una arteria central que en esencia no era mejor que la calle del bar, pero en la que se había invertido mucho dinero, y estaba muy bien arreglada. Las farolas funcionaban. El ladrillo estaba limpio. No había ninguna tienda tapiada. La mayoría eran oficinas de una u otra clase. No necesariamente proyectos comerciales. Mayormente causas dignas. Servicios municipales y cosas así. Un consejero familiar. La sede central local de un partido político. Todas estaban oscuras, salvo una. Cruzando la calle, en la esquina más alejada del bloque. Estaba muy iluminada. La habían reconstruido como un viejo escaparate tradicional. Tenía un cartel en la vidriera. Impreso en el cristal, con letras grandes, en un estilo anticuado, como las máquinas de escribir del Cuerpo de Marines de cuando Reacher era joven. El cartel decía: *Proyecto Pro Bono*.

Son tres, había dicho la señora Shevick.

Tres hombres jóvenes y agradables.

Del otro lado de la vidriera había un espacio de trabajo en madera de tonos claros, atiborrado de carpetas y papeles anticuados blanco y caqui. Había tres hombres sentados en escritorios.

Jóvenes, definitivamente. Reacher no podía saber si eran agradables. No estaba preparado para arriesgarse opinando. Iban todos vestidos iguales, con pantalones chinos marrones y camisas azules con botones en el cuello.

Reacher cruzó la calle. De cerca vio lo que eran presumiblemente sus nombres, impresos en el cristal de la puerta. El mismo estilo de máquina de escribir, pero más pequeño. Los nombres eran Julian Harvey Wood, Gino Vettoretto e Isaac Mehay-Byford. Algo que a Reacher le pareció que eran demasiados nombres, para solo tres tipos. Todos tenían muchas letras después de sus nombres. Toda clase de doctorados. Uno de Derecho en Stanford, otro de Harvard, otro de Yale.

Tiró de la puerta y entró.

ONCE

Los tres levantaron la vista, sorprendidos. Uno era moreno, otro era rubio, y otro estaba en el medio. Todos parecían tener poco menos de treinta años. Todos parecían cansados. Trabajo duro, hasta tarde, *pizza* y café. Como volver a hacer la carrera de Derecho.

El moreno dijo:

—¿En qué podemos ayudarle?

—¿Tú cuál eres? —dijo Reacher—. ¿Julian, Gino o Isaac?

—Gino.

—Encantado de conocerte, Gino —dijo Reacher—. ¿Existe la posibilidad de que conozcáis a una pareja de personas mayores de apellido Shevick?

—¿Por qué?

—Acabo de pasar un rato con ellos. Me contaron acerca de sus problemas. Me dijeron que tenían tres abogados de un proyecto *pro bono*. Querría saber si sois vosotros. De hecho asumo que sí. Me pregunto cuántos proyectos *pro bono* puede financiar una ciudad como esta.

—Si son nuestros clientes —dijo el rubio—, entonces obviamente no podemos discutir su caso.

—¿Tú cuál eres?

—Julian.

El que no era ni moreno ni rubio dijo:

—Y yo soy Isaac.

—Yo soy Reacher. Encantado de conocerlos. ¿Los Shevick son vuestros clientes?

—Sí —dijo Gino—. Por lo que no podemos hablar de ellos.

—Haced como si fuera un ejemplo hipotético. En un caso como el de ellos, ¿podría llegar a suceder que uno de los dos fondos de responsabilidad objetiva pague dentro de los próximos siete días?

—De verdad que no deberíamos hablar del tema —dijo Isaac.

—Solo de manera teórica —dijo Reacher—. Como una representación abstracta.

—Es complicado —dijo Julian.

—¿Qué es lo que lo complica?

—Me refiero a que teóricamente un caso como ese comenzaría de manera simple, pero después se complicaría mucho si miembros de la familia intervinieran para actuar como garantes.

Un movimiento en esa dirección bajaría de categoría la urgencia. Literalmente. La urgencia pasaría a tener una categoría menor. Los fondos de responsabilidad objetiva se ocupan de decenas de miles de casos. Quizás cientos de miles. Si están seguros de que un paciente está recibiendo los cuidados igualmente, le asignan un código distinto. Como de una categoría más baja. No exactamente el último lugar, sino algo así como en un segundo plano. Mientras que los asuntos más urgentes se tratan primero.

—Por lo que los Shevick cometieron un error al firmar el papel.

—No podemos hablar de los Shevick —dijo Gino—. Hay cuestiones de confidencialidad.

—Teóricamente —dijo Reacher—. Hipotéticamente. ¿Sería un error para padres hipotéticos firmar el papel?

—Por supuesto que sí —dijo Isaac—. Piénsalo desde el punto de vista de un burócrata. El paciente está recibiendo su tratamiento. Al burócrata no le interesa cómo. Lo único que sabe es que para él no hay una responsabilidad civil negativa. Por lo que se puede tomar su tiempo. Los padres hipotéticos se tendrían que haber mantenido firmes y haber dicho que no. Se deberían haber negado a firmar.

—Imagino que no se pudieron obligar a hacer eso.

—Estoy de acuerdo, habría sido duro, dadas las circunstancias. Pero habría funcionado. El burócrata se habría visto obligado a sacar el talón de cheques. En ese preciso momento y lugar. No habría tenido otra opción.

—Es una cuestión de educación —dijo Gino—. La gente tiene que conocer sus derechos antes de tiempo. No es algo que se pueda improvisar. Es tu hijo, acostado en una camilla. Demasiadas emociones.

—¿Va a pasar algo en los próximos siete días? —preguntó Reacher.

Ninguno respondió.

Lo cual a Reacher le pareció de por sí una respuesta.

Finalmente Julian dijo:

—El problema es que ahora tienen tiempo para discutirlo. El fondo del gobierno es dinero de los contribuyentes. La legislación no es muy popular. Por lo tanto el gobierno querrá que pague el fondo del seguro. El fondo del seguro es dinero de accionistas. Las bonificaciones dependen de su rendimiento. Por lo tanto el fondo del seguro va a hacer que vuelva al gobierno, una y otra vez, todo el tiempo que necesite.

—¿Para que pase qué?

—Para que el paciente muera —dijo Isaac—. Ese es el gran premio para el fondo del seguro. Porque a partir de ahí estamos en una discusión totalmente distinta. La relación contractual sustituía era entre el fondo de responsabilidad objetiva y la persona fallecida. ¿Qué hay que reintegrar allí? La persona fallecida no gastó ningún dinero. Su cuidado se financió gracias a la generosidad de sus familiares. Algo que sucede todo el tiempo. Donaciones médicas entre miembros de la familia son tan comunes que el fisco las clasifica bajo una categoría aparte. Pero no es como comprar acciones de una empresa. Uno no se beneficia con una eventual subida. Hay una pista en la denominación. Es una donación. Es un regalo, libremente otorgado. No se reintegra. Es una cuestión de principio legal. Los precedentes no son claros. Podría llegar hasta el Tribunal Supremo.

—¿De modo que nada para los próximos siete días?

—Nos alegraríamos si pasara algo en los próximos siete años.

—Están muy comprometidos con usureros.

—Al burócrata no le importa el cómo.

—¿A vosotros os importa?

—Nuestros clientes no nos van a dejar acercarnos para nada a sus asuntos financieros —dijo Julian.

Reacher asintió.

Dijo:

—No quieren que vosotros les queméis las naves.

—Exactamente esas fueron sus palabras —dijo Gino—. Dicen que atacar a los usureros les dejaría sin ningún tipo de acceso a dinero en el futuro, en caso de que lo necesiten, algo que la experiencia les dice que probablemente así sea.

—¿Tenéis algún otro tipo de solución legal por algún lado? —preguntó Reacher.

—Hipotéticamente —dijo Julian—. La estrategia obvia sería hacer una demanda civil contra el empleador deudor. No habría manera de que falle. Pero obviamente nunca se adopta en un caso como este, porque la misma causa ya va a haber expuesto al demandado como estafador, dejándolo así en bancarrota, dejando así al demandante exitoso sin bienes de ningún tipo de los cuales poder cobrarse.

—¿No hay ninguna otra cosa que podáis hacer?

—Presentamos a la corte una demanda a su favor —dijo Gino—. Pero dejaron de leer donde dice que ella está recibiendo tratamiento igualmente.

—Vale —dijo Reacher—. Crucemos los dedos. Alguien me acaba de decir que una semana es mucho tiempo. Gracias por vuestra ayuda. Se agradece enormemente.

Se retiró y empujó la puerta y salió a la calle. Se detuvo en la esquina para ajustar su dirección. Una a la derecha y una a la izquierda, pensó. Con eso debería estar bien.

Escuchó que la puerta se volvía a abrir detrás de él. Escuchó pasos en la acera. Se dio la vuelta y vio que Isaac andaba hacia donde él estaba. El que no era ni moreno ni rubio. Medía un metro setenta y cinco, quizás, y era macizo como una foca elefante. Llevaba los pantalones remangados.

—Soy Isaac, ¿te acuerdas? —dijo.

—Isaac Mehay-Byford —dijo Reacher—. *Juris Doctor* por la Facultad de Derecho de Stanford. Una universidad difícil. Felicitaciones. Pero deduzco que originalmente eres de la otra costa.

—Boston —dijo—. Mi padre era policía allí. Me recuerdas a él, un poco. Él también notaba cosas.

—Ahora me estás haciendo sentir viejo.

—¿Eres policía?

—Fui policía —dijo Reacher—. Érase una vez. En el Ejército. ¿Eso cuenta?

—Podría ser —dijo Isaac—. Me podrías dar algún consejo.

—¿Acerca de qué?

—¿Cómo conociste a los Shevick?

—Le ayudé a él con un asunto esta mañana. Se hizo daño en la rodilla. Lo acompañé a su casa. Me contaron la historia.

—Su esposa me llama de vez en cuando. No tienen muchos amigos. Sé lo que están haciendo para conseguir dinero. Antes o después se van a quedar sin margen.

—Creo que eso ya ha sucedido —dijo Reacher—. O va a suceder, en siete días.

—Yo tengo una teoría personal disparatada —dijo Isaac.

—¿Acerca de qué?

—O quizás solo me estoy engañando a mí mismo.

—¿Acerca de qué? —preguntó Reacher otra vez.

—Acerca de lo último que dijo Julian. Sobre la demanda civil, contra el empleador. No tiene sentido demandarlo porque los bienes no tienen ningún valor. Por lo general es un buen consejo. Es un buen consejo también en este caso, estoy seguro. Salvo porque de hecho no estoy seguro.

—¿Por qué no?

—El tipo fue famoso una temporada por aquí. Todo el mundo hablaba de él. Irónicamente Meg Shevick hizo un gran trabajo con las relaciones públicas. Mucha mitología en torno al sector de la tecnología, muchas cuestiones sobre el emprendedor joven, mucho sobre el giro de inmigración positivo, sobre cómo llegó al país sin nada y cómo había triunfado. Pero también escuché cosas negativas. Por aquí y por allí, fragmentos, chismes, comentarios, todo desconectado. Todo de oídas y sin confirmar, además, pero dicho por personas que en principio saben de lo que hablan. Me obsesioné de manera extraña intentando resolver cómo encajaban todas esas piezas, por detrás de la imagen pública. Parecía haber tres temas principales. No pensaba más que en sí mismo, era moralmente objetable y parecía tener mucho más dinero del que debería. Mi teoría personal disparatada era que si unías los tres puntos de la única manera en que se podían unir, entonces lógicamente te veías forzado a sacar la conclusión de que se estaba llevando la mejor parte. Lo cual habría sido fácil para una persona moralmente objetable. En ese momento había un tsunami de efectivo. Era una locura. Creo que fue irresistible. Creo que levantó millones de dólares del dinero de los inversores para ponerlos debajo del colchón donde duermo.

—Lo cual explicaría por qué la empresa se hundió tan rápido —dijo Reacher—. No tenía reservas. Se las habían robado. La hoja de balance era un desastre.

—El punto es que el dinero podría seguir estando ahí —dijo Isaac—. O la mayoría. O una parte. Todavía debajo de su colchón. En cuyo caso la demanda civil valdría la pena. Contra él personalmente. No contra la empresa.

Reacher no dijo nada.

Isaac dijo:

—El abogado en mí me dice que es una posibilidad de uno entre cien. Pero me molestaría mucho ver hundirse a los Shevick sin comprobarla. Pero no sé cómo hacerlo. Es sobre eso sobre lo que necesito consejo. Un estudio de abogados de verdad contrataría a un investigador privado. Localizarían al tipo y revisarían sus documentos. Dos días después lo sabríamos con seguridad. Pero el proyecto no tiene el presupuesto. Y a nosotros no nos pagan lo suficiente como para que juntemos dinero entre nosotros para eso.

—¿Por qué necesitaríais localizar al tipo? ¿Desapareció?

—Sabemos que sigue en la ciudad. Pero está escondido. Dudo de si lo podría encontrar yo mismo. Es muy inteligente, y si estoy en lo correcto además es muy rico. No es una buena combinación. Aumenta las probabilidades.

—¿Cómo se llama?

—Maxim Trulenko —dijo Isaac—. Es ucraniano.

DOCE

Gregory escuchó los primeros rumores sobre lo sucedido en el circuito *gourmet* una hora después de los acontecimientos. Su contable llamó para decir que su informe nocturno se iba a retrasar porque aún estaba esperando a dos recaudadores específicos que todavía no se habían presentado. Gregory preguntó qué dos, y el contador le dijo que los tipos a cargo de los cinco restaurantes. Al principio Gregory no le dio importancia. Eran adultos.

Después su mano derecha le llamó para decirle que los mismos dos recaudadores hacía un tiempo que no atendían el teléfono, y que su coche no estaba donde debería estar, así que se había procedido a avisar a la flota de taxis, con una descripción del coche, que por una vez había dado una respuesta instantánea. Dos conductores distintos dijeron exactamente lo mismo. Hacía un rato habían visto un coche igual a ese siendo remolcado. Las ruedas traseras levantadas del suelo, detrás de una grúa de tamaño mediano. Tres siluetas en la cabina de la grúa. Al principio Gregory no le dio importancia. Los coches se estropean.

Después preguntó:

—¿Pero por qué eso haría que no atendieran el teléfono?

Oyó en su cabeza la voz de Dino. *Tenemos un tipo en el desguace de coches. También nos debe dinero.* En voz alta dijo:

—Está haciendo que sean cuatro a cambio de dos. No dos a cambio de dos. Se debe de haber vuelto loco.

—La manzana de los restaurantes vale menos que el negocio de préstamos de dinero —dijo el tipo—. Quizás ese es el mensaje.

—¿Qué pasa, que ahora es contable público?

—No se puede permitir parecer débil.

—Tampoco yo. Cuatro a cambio de dos es una burrada. Haz que corra la voz. Quiero dos más de los suyos para mañana por la mañana. Esta vez que resulte decorativo.

Reacher dobló una vez a la derecha y una vez a la izquierda y salió a un triángulo sólido de tres hoteles de muchos pisos, todos cadenas nacionales de rango medio, dos al este de la calle Center y uno al oeste. Eligió uno al azar, y gastó cinco minutos enteros de su vida en el mostrador de recepción, usando el pasaporte como documento de identidad con foto y la tarjeta de débito como método de pago preferido, y después firmando con su nombre dos veces, en dos lugares distintos, en dos renglones distintos, por dos motivos distintos. Había entrado al

Pentágono de manera más fácil, en los viejos tiempos.

Cogió del vestíbulo un mapa de la ciudad y se subió a la habitación, que era un lugar insulso y simple sin nada que elogiar, pero tenía una cama y un baño, que era todo lo que necesitaba. Se sentó en la cama a mirar el mapa. La ciudad tenía forma de pera, reticulada con calles y avenidas, y como tirando hacia arriba en la parte más alta en dirección a la distante autopista. La concesionaria Ford y la maquinaria agrícola estarían justo en la punta, donde el tallo. Los hoteles estaban justo en el medio de la parte gorda. El distrito financiero. Había una galería de arte y un museo. La urbanización con la casa de los Shevick estaba a mitad de camino hacia el límite este. En el mapa parecía una huella de un pulgar diminuta y cuadrada.

¿Dónde elegiría esconderse alguien muy rico y muy inteligente?

En ningún lugar. Esa fue la conclusión de Reacher. La ciudad era grande, pero no lo suficientemente grande. El tipo había sido famoso. Había contratado a una vicepresidenta superior para las comunicaciones. Todos hablaban de él. Presumiblemente su foto había aparecido en el periódico todo el tiempo. ¿Podría una persona así convertirse de la noche a la mañana en un ermitaño instantáneo? Imposible. El tipo tenía que comer, como mínimo. Tenía que salir y comprar comida, o hacer que se la llevaran. De cualquiera de las dos maneras habría gente que lo vería. Lo reconocerían. Hablarían. Una semana después habría excursiones turísticas a su casa.

A menos que los que le llevasen la comida no hablasen.

La población de Ucrania era de alrededor de cuarenta y cinco millones de personas. Algunas de esas personas habían migrado a Estados Unidos. No había ningún motivo para creer que todos se conocían entre sí. No había ningún motivo para asumir una conexión. Pero en una ciudad de ese tamaño una conexión era la única manera de esconderse que tenía una persona. La única garantía de éxito era que te escondiera y te protegiera y te abasteciera una fuerza vigilante y leal. Como un agente secreto dentro de una casa segura. Mirando con anhelo por la ventana, mientras los mensajeros discretos iban y venían.

Siete oportunidades antes de que termine la semana, pensó.

Plegó el mapa y se lo metió en el bolsillo trasero. Bajó hasta el vestíbulo y salió a la calle. Tenía hambre. No había comido desde la comida con los Shevick. Un sándwich de ensalada de pollo, una bolsa de patatas fritas y una lata de refresco. No mucho, y hacía mucho tiempo. Dobló y caminó por la calle Center, y en una manzana y media se dio cuenta de que en términos de servicio de comida la mayoría de los lugares estaban cerrados. Era ya muy tarde de noche.

Lo cual estaba bien. No le apetecían la mayoría de los lugares.

Anduvo hacia al norte por la calle Center, hacia donde según su ojo mental la parte gorda de la pera empezaba a adelgazar, y después volvió hacia el sur y se sentó en el banco de una parada de autobús y observó las fluctuaciones frente a él. Era un ejercicio a cámara lenta. En esencia el lugar estaba vacío. Entre vehículo y vehículo había huecos largos y silenciosos. Iban y venían peatones, a menudo en grupos de cuatro o cinco, que basándose en la edad y el aspecto eran a veces los últimos clientes de restaurantes terminando y yendo a casa, y a veces los primeros en llegar elegantemente tarde a los locales que fuera que estuvieran de moda ahora. Los cuales parecían estar divididos más o menos mitad y mitad al este y al oeste de la calle Center, a juzgar por los flujos generales de gente. Que eran de hecho más que flujos. Acarreaban cierta energía. Cierta atracción.

También yendo en una dirección u otra estaba el solitario ocasional. Un hombre, siempre, algunos mirando hacia abajo a la acera, algunos mirando fijamente al frente, como si les avergonzara que los vieran. Todos ansiosos por llegar adonde estuvieran yendo.

Reacher se levantó del banco de la parada de autobús y empezó a seguir al flujo hacia el este. Más adelante vio a un cuarteto glamuroso entrar por una puerta a la derecha. Cuando llegó allí vio un bar decorado como para parecer una prisión federal. Los camareros llevaban puestos monos naranjas. El único miembro del personal que no llevaba disfraz era un tipo grande sentado en una banqueta por el lado de adentro de la puerta. Llevaba puesto unos pantalones negros y una camisa negra. Tenía el pelo negro. Albanés, sin duda alguna. Reacher conocía esa parte del mundo. Había pasado tiempo allí. El tipo parecía un trasplante reciente. Tenía en la cara una mirada engreída. Tenía poder, y lo disfrutaba.

Reacher siguió adelante. Doblando una esquina siguió a un hombre furtivo pero determinado y le vio entrar por una puerta sin identificar, justo cuando salía otro hombre, con la cara toda roja y feliz. Apuestas, pensó Reacher. No prostitución. Conocía la diferencia. Había sido policía militar durante trece años. Supuso que el tipo que entraba pensaba que estaba a punto de recuperar lo que había perdido el día anterior, y que el que salía acababa de ganar lo bastante como para pagar sus deudas, con un sobrante suficiente como para pagar un ramo de flores y una cena para dos. A no ser que el destino se viera más favorecido siguiendo la racha ganadora. Era una decisión difícil. Casi un dilema moral. ¿Y qué iba a hacer?

Reacher observaba.

El tipo optó por flores y cena.

Reacher siguió adelante.

Las recaudaciones albanesas tendían a hacerse más tarde por la noche, porque su ambiente tendía a empezar más tarde, lo cual significaba que las cajas se llenaban más tarde. Su método era completamente distinto al del otro lado de la calle Center. No entraban. Ninguna presencia amenazadora. Ningún traje oscuro. Ninguna corbata negra de seda. Se quedaban en el coche. Se les había pedido que no incomodaran a las diferentes clientelas de los diferentes establecimientos a los que les prestaban servicio. Se les podía confundir con policías o agentes de alguna otra clase. Malo para los negocios. No le convenía a nadie. En lugar de eso un recadero salía con el sobre, lo entregaba por la ventanilla del coche y se volvía a meter dentro. Miles de dólares, por una vuelta alrededor de la manzana. Un buen trabajo si lo podías conseguir.

Dos calles al este y una calle al norte del club de apuestas Reacher había visto un trío de establecimientos uno al lado del otro, todos propiedad de la misma familia. Primero un bar, después una tienda veinticuatro horas, y en tercer lugar una tienda de licores. Esas contribuciones las recaudaba una pareja veterana, matones retirados los dos, muy respetados los dos. Iban de puerta en puerta con ritmo experto. Había más o menos diez metros de una a otra. Uno conducía y el otro iba sentado detrás de él. Su método favorito. La ventanilla de atrás del otro lado iba cinco centímetros abierta. Pasaban el sobre a un vacío. Sin contacto. Sin nada demasiado cercano. Después apenas se apretaba el pedal, y una sacudida perezosa a través de la caja de cambios propulsaba el coche diez metros, hasta la puerta siguiente donde un sobre se pasaba a un vacío. Y así sucesivamente, salvo que esa noche en la tercera parada fuera de la tienda de licores

no fue un sobre. Fue un silenciador negro y grueso en la punta de un arma.

TRECE

El arma era un subfusil Heckler 8t Koch MP5, y evidentemente estaba en modo de tres disparos, porque eso fue lo que recibió el tipo que iba sentado atrás, apuntado a ciegas pero de manera inteligente, apenas hacia atrás, cosiendo desde abajo al medio, esperando encontrar piernas y brazos y quizás el pecho. Mientras tanto el conductor estaba recibiendo más de lo mismo desde el otro lado, pero principalmente en la cabeza, a través del cristal hecho añicos, por otro H8cK, danzando en su dirección desde la acera de enfrente.

Después de lo cual las puertas fueron abiertas con fuerza, casi simétricamente, el tipo de la otra acera empujando al conductor al asiento vacío de al lado, y ocupando su lugar, mientras que el tipo del lado de la tienda de licores se apiñó atrás. Cerraron de un golpe las puertas y el coche arrancó, con todos los asientos llenos, los ocupantes colocados en diagonal, dos tipos bastante satisfechos, más uno muerto y otro muriéndose.

Para entonces Reacher estaba a dos bloques del otro lado de la calle Center. Había resuelto cómo era la línea de demarcación entre el territorio albanés y el ucraniano. Había encontrado exactamente lo que estaba buscando. Estaba en un bar con mesas redondas pequeñas de *cabaret* y un escenario al fondo. En el escenario había un trío de guitarra, bajo y batería, y en las mesas había menús de bocadillos nocturnos. Había una máquina de expreso detrás de la barra. Había un tipo en una banqueta por el lado de adentro de la puerta. Traje negro, camisa blanca, corbata negra, piel blanca, pelo rubio. Ucraniano seguro.

Todo bien, pensó Reacher. Todo lo que necesitaba, y nada que no necesitara.

Eligió una mesa al otro lado del salón, más o menos en el medio, y se sentó de espaldas a la pared. En el rabillo izquierdo del ojo estaba el tipo de la banqueta, y en el rabillo derecho estaba la banda. Eran bastante buenos. Estaban tocando versiones de *blues* en un estilo *jazz* de los años cincuenta. Tonos suaves y redondos de guitarra, no demasiado fuertes, golpes leñosos de bajo, escobillas escabullándose sobre una caja. Sin voces. La mayor parte del público bebía vino. Algunos tenían *pizzas* más o menos del tamaño de un platillo de té. Reacher miró el menú. Se las llamaba de tamaño individual. Sin nada o con pepperoni. Nueve dólares.

Se acercó una camarera. La música de los años cincuenta le pegaba. Era pequeña y algo andrógina, quizás llegando a los treinta años, pulcra y esbelta y vestida toda de negro, con el pelo

oscuro corto y ojos vivaces y una sonrisa tímida pero contagiosa. Podría haber estado en una película en blanco y negro de las de antes, con *jazz* en la banda sonora. Probablemente la descarada hermana menor de alguien. Peligrosamente avanzada. Probablemente quería usar pantalones para ir a la oficina.

A Reacher le gustó.

Ella dijo:

—¿Qué le puedo traer?

Reacher pidió dos vasos de agua, dos expresos dobles y dos *pizzas* de pepperoni.

—¿Espera a alguien? —preguntó ella.

—Me preocupa la desnutrición —dijo él.

Ella sonrió y se fue y la banda empezó una versión melancólica del viejo tema «Killing Floor» de Howlin' Wolf. La guitarra hizo la línea de la voz, con una cascada de notas perladas que explicaban cómo él debería haberla dejado, desde su segunda vez, y haberse ido a México. Por la puerta seguía entrando gente, siempre dos o más juntos, nunca solos. Todos hacían una pequeña pausa, como antes había hecho Reacher, obedientemente, para el escrutinio del hombre de seguridad. Los miraba uno por uno, de arriba abajo y a los ojos, y los hacía pasar con un movimiento milimétrico de la cabeza, hacia la diversión más allá de su hombro. Pasaban andando por su lado y él cruzaba los brazos y se echaba hacia atrás en la banqueta.

Dos canciones después la camarera le trajo la comida. Lo colocó todo. Él dijo gracias. Ella dijo de nada. Él dijo:

—¿El tipo que está en la puerta alguna vez no deja entrar a alguien?

—Depende de quiénes sean —dijo ella.

—¿A quiénes no deja entrar?

—Policías. Aunque hace años que no vienen policías por aquí.

—¿Por qué policías?

—Nunca es una buena idea. Pase lo que pase, si cambia el viento, de repente es o soborno o corrupción o trampas tendidas por ellos o alguna otra cosa chungueta. Por eso los policías tienen sus propios bares.

—De modo que hace años que deja entrar a todos. Ahora me pregunto para qué está ahí, exactamente.

—¿Por qué preguntas?

—Soy curioso —dijo Reacher.

—¿Eres policía?

—Lo próximo que me vas a decir es que me parezco a tu padre.

Ella sonrió.

—Es mucho más bajito —dijo ella.

Se dio la vuelta con una última mirada, que no fue un guiño, pero que estuvo cerca. Después ya no estaba. La banda seguía tocando. El tipo de la puerta llevaba la cuenta, asumió Reacher. Era el cuco en nido ajeno. Lo más probable era que el dinero por protección se calculara en base a un porcentaje. El tipo contaba la cantidad de personas para que el dueño no pudiera falsear los números. Además quizás ofrecía una presencia de seguridad nominal. Para endulzar el acuerdo. Así todos se sentían mejor.

La camarera volvió antes de que Reacher hubiera terminado. Traía la cuenta en un porta

tarjetas de vinilo negro. Estaba por terminar su turno. Él redondeó la cuenta y agregó diez de propina y pagó en efectivo. Ella se fue. Él se terminó la comida pero se quedó un momento en la mesa, observando al tipo de la puerta. Después se puso de pie y anduvo hacia él. No había otra manera de salir del restaurante. Adentro por la puerta, afuera por la puerta.

Se detuvo a la altura de la banqueta.

Dijo:

—Tengo un mensaje urgente para Maxim Trulenko. Necesito que encuentres una manera de hacérselo llegar. Estaré aquí mañana, a la misma hora.

Después siguió andando, hacia fuera de la puerta, a la calle. A su derecha a seis metros de distancia la camarera salió por la puerta de personal. Exactamente en el mismo momento. Algo que él no había esperado.

Ella se detuvo en la acera.

Pequeña, algo andrógina, terminando su turno.

—Hola —dijo ella.

—Gracias de nuevo por atenderme —dijo él—, y espero que disfrutes del resto de la noche.

Él iba contando el tiempo mentalmente.

—Tú también —dijo ella—, y gracias por tu generosa propina.

Ella se quedó a más o menos dos metros de distancia, un poco tensa, un poco inclinada hacia delante. Todo tipo de lenguaje corporal en marcha.

—Trato de pensar en el tipo de propina que me gustaría, si yo fuese camarera —dijo él.

—Esa es una imagen que nunca se va a borrar de mi mente.

Él iba contando el tiempo mentalmente porque estaba por suceder una cosa de dos. O nada o algo. Quizás nada, porque quizás el nombre Maxim Trulenko no significaba nada para ellos. O quizás algo, porque quizás el nombre Trulenko estaba en lo más alto de la lista de sus clientes vip.

El tiempo lo diría.

La camarera preguntó:

—¿Qué eres entonces, si no eres policía?

—Estoy temporalmente desempleado, ahora mismo.

Si el nombre de Trulenko estaba en una lista, el protocolo probable era que el tipo de la puerta llamara o mandara un mensaje de texto para avisar, inmediatamente, y después, ya fuera por una orden dada en una respuesta inmediata o porque fuese en cualquier caso parte del protocolo, él saldría para detenerlo y retrasarlo, como pudiera, al menos el tiempo suficiente como para hacerle una foto con su teléfono, con suerte el tiempo suficiente como para que llegara una unidad de vigilancia. O una unidad de antidisturbios. Sin duda tenían muchos vehículos. Y un área no demasiado grande que patrullar. La mitad de una ciudad con forma de pera.

—Siento que estés en esa situación —dijo la camarera—. Espero que encuentres algo pronto.

—Gracias —dijo Reacher.

Al tipo del interior le llevaría quizás cuarenta segundos realizar la llamada, o mandar y recibir mensajes, y después prepararse, y respirar hondo, y salir por la puerta detrás de ellos. En cuyo caso estaba justo por suceder.

Si era algo.

Quizás no era nada.

La camarera preguntó:

—¿Qué tipo de trabajos te gustan?

El tipo salió por la puerta detrás de ellos.

Reacher se movió hacia el bordillo y se dio la vuelta, para formar un triángulo alargado, con la camarera ahora a su izquierda, y el tipo a la derecha, y un espacio vacío detrás.

El tipo miró a Reacher, pero habló a la camarera.

—Desaparece, niña —dijo.

Reacher la miró. Ella le dijo algo solo moviendo los labios. Podría haber sido: *Fíjate adónde voy*. Después desapareció. No literalmente. Se dio la vuelta y cruzó la calle a paso rápido, y Reacher miró por encima del hombro dos veces, brevemente, sin mucha distancia entre una y otra vez, como fotogramas en un vídeo, el primero de los cuales la mostraba a ella ya a media calle de distancia, avanzando hacia el norte por la otra acera, y en el segundo de los cuales ella ya no estaba. Por una entrada, por lo tanto. Hacia el final de la calle.

El tipo a su derecha dijo:

—Voy a necesitar tu nombre, antes de ponerte en contacto con Max Trulenko. Y quizás antes me vas a tener que explicar bien cómo fue que lo conociste, solo para que se quede tranquilo.

—¿Cuándo podríamos hacer eso? —preguntó Reacher.

—Lo podríamos hacer ahora mismo —dijo el tipo—. Ven para adentro. Te invito a un café.

Detenerlo y retrasarlo, pensó Reacher. Hasta que llegara la unidad de antidisturbios. Miró a izquierda y derecha a lo largo de la calle. Ningunas luces delanteras. Aún no.

—Gracias, pero acabo de cenar —dijo—. Ya estoy bien. Volveré mañana. Alrededor de la misma hora.

El tipo sacó su teléfono.

—Le podría mandar tu foto —dijo—. Como primer paso. Eso sería más rápido.

—No, gracias —dijo Reacher.

—Necesito que me digas de qué conoces a Max.

—Todo el mundo conoce a Max. Fue famoso una temporada por aquí.

—Dime el mensaje que tienes para él.

—Es solo para sus oídos —dijo Reacher.

El tipo no respondió. Reacher revisó la calle. En ambas direcciones. No venía nada. Aún no.

El tipo dijo:

—No deberíamos empezar con el pie izquierdo. Cualquier amigo de Max es amigo mío. Pero si conoces a Max, obviamente sabes que tenemos que hacer comprobaciones. No le desearías menos que eso.

Reacher revisó la calle. Ahora venía algo. Había un par de haces de luces delanteras que doblaban corcoveando y rebotando por la esquina noroeste de la manzana, a una mayor velocidad de la que podía aguantar cómodamente la suspensión delantera. Barrieron y se hundieron y se pusieron rectas y después se elevaron en lo alto cuando la parte de atrás del coche se apretó hacia abajo por la fuerte aceleración.

Directo hacia ellos.

—Te veré otra vez —dijo Reacher—. Espero.

Se dio la vuelta y cruzó la calle y fue hacia el norte, alejándose del coche. Y vio un segundo

coche que doblaba por la esquina noroeste de la manzana. Los haces de luz de los focos delanteros rebotando de la misma manera. Desde el otro lado. Una fuerte aceleración. Directo hacia él. Probablemente dos hombres en cada coche. Buenos números, y el tiempo de respuesta era rápido. Estaban en Alerta Roja. Por lo tanto Trulenko era importante. Por lo tanto sus normas serían más que nada las que ellos quisieran que fueran.

En ese momento Reacher era la carne en un sándwich de luz brillante.

Fíjate adónde voy.

Una entrada, hacia el final de la calle.

Se dio la vuelta, escondiéndose de la luz, y vio una entrada después de otra, destacándose por entre las filosas sombras en movimiento. La mayor parte de las puertas eran de comercios minoristas, dentro de los que solo había una penumbra gris polvorienta, como ocurre en las tiendas cerradas de cualquier parte, y algunas de las puertas eran más sencillas y hechas robustas y de madera, presumiblemente para residencias privadas arriba, pero ninguna estaba abierta, ni siquiera un tentador centímetro, y ninguna tenía un borde de luz alrededor. Se movió hacia el norte, porque la camarera había ido hacia el norte, y las sombras dejaban ver más puertas, una por una, pero estaban todas iguales a las anteriores, mudas y grises y tercamente cerradas.

Los coches se acercaban. Las luces se volvían más brillantes. Reacher dejó de prestar atención a las entradas. Asumió que había escuchado mal. O leído mal los labios de ella. A esas alturas su mente empezó a girar alrededor de distintos escenarios que incluían a dos tipos que llegaban desde el sur y dos que llegaban desde el norte, sin duda los cuatro armados, aunque probablemente no con escopetas, demasiado cerca del centro de la ciudad, así que solo armas cortas, posiblemente silenciadas, dependiendo de su arreglo *de facto* con el departamento de policía local. Como diciendo: no asustéis a los votantes. Pero contra cualquier instinto de precaución estaría la extrema reticencia de defraudar a sus jefes.

Los coches se detuvieron.

Reacher se quedó acorralado justo en el medio.

La regla número uno, grabada en piedra desde que era un niño, por aquella época en la que por primera vez se dio cuenta de que podía o estar asustado o asustar, era correr hacia el peligro, no en la dirección contraria. Que en ese momento le ofrecía la opción de adelante o atrás. Eligió adelante. Al norte, hacia donde siempre había estado yendo. Ninguna pausa en su andar. Ninguna inversión del impulso. Más rápido y más fuerte. Resplandor frente a él y resplandor detrás de él. Siguió avanzando. De manera instintiva, pero también era una buena táctica. La mejor posible, dadas las pésimas circunstancias. En el sentido de hacer lo mejor de una muy mala mano de *poker*. Estaba al menos distorsionando la escena. Lo que los expertos llamarían alterar el espacio de batalla. Los tipos que estaban delante sentirían cada vez más presión a medida que él se acercara. Los de detrás tendrían que disparar desde más lejos. Las dos cosas afectarían a la eficiencia. En último punto por debajo del cincuenta por ciento, con un poco de suerte. Porque a los de detrás les preocuparía el fuego amigo. Sus compañeros de más adelante estaban justo al lado del objetivo.

Los de detrás podían llegar a retirarse voluntariamente de la pelea.

Hacer lo mejor de una muy mala mano de *poker*.

Reacher se movió deprisa hacia delante.

Oyó que se abrían puertas de coches.

A su izquierda, mientras avanzaba, vio puertas de comercios minoristas saltando dentro y fuera de las sombras de las luces delanteras, una por una, todas ridículas y bien cerradas. Hasta que una no lo estaba. Porque no era una puerta. Era un callejón. A su derecha el bordillo de la calle seguía normalmente, pero a su izquierda había un hueco sombrío de dos metros y medio entre edificios, pavimentado de la misma manera que la acera municipal. Un paso peatonal de algún tipo. Público. ¿Qué llevaba adónde? No le importó. Estaba oscuro. Estaba garantizado que iba a salir a algún lugar mucho mejor que una calle vacía toda iluminada por cuatro luces delanteras de dos coches que estaban frente a frente.

Se metió en el callejón.

Oyó pasos que le empezaban a seguir.

Avanzó deprisa. Después de recorrer la distancia de fondo de un edificio el callejón se volvía del ancho de una calle estrecha. Todavía oscura. Los pasos detrás de él se seguían acercando. Se mantuvo cerca de los edificios, donde las sombras eran más densas.

Más adelante en la oscuridad se abrió una puerta.

Una mano le agarró del brazo y tiró de él hacia dentro.

CATORCE

La puerta se cerró de nuevo de manera suave y tres segundos después los pasos traquetearon por afuera, a un trote lento y cauteloso. Después volvió el silencio. La mano en el brazo de Reacher tiró de él llevándolo más hacia la oscuridad. Dedos pequeños, pero fuertes. Pasaron a un espacio distinto. Una acústica distinta. Un olor distinto. Un ambiente distinto. Oyó el rasguído de unos dedos, buscando un interruptor de luz en la pared.

Se encendió la luz.

Él parpadeó.

La camarera.

Fíjate adónde voy.

Un callejón, no una entrada. O un callejón que llevaba a una entrada. Un callejón que llevaba a una entrada con una puerta abierta un tentador centímetro.

—¿Vives aquí? —preguntó él.

—Sí —dijo ella.

Todavía llevaba puesta la ropa de trabajo. Pantalones vaqueros negros, camisa negra. Pequeña, algo andrógina, pelo corto negro, ojos llenos de preocupación.

—Gracias —dijo Reacher—. Por invitarme a pasar.

—Traté de pensar en el tipo de propina que me gustaría —dijo ella—. Si fuese un extraño al que el hombre de seguridad mira de manera sospechosa.

—¿Me miraba así?

—Debes de haber revuelto algo.

Él no respondió. La sala en la que estaban era un espacio acogedor con colores de tonos suaves, lleno de artículos usados y cómodos, algunos quizás de la casa de empeños, lavados y arreglados, y algunos hechos con restos de viejos componentes industriales. La estructura de alguna especie de máquina vieja le hacía de soporte a la mesa de centro. Lo mismo sucedía con la biblioteca. Y todo así. Reciclaje, lo llamaban. Había leído al respecto en una revista. Le gustaba el estilo. Le gustaba el resultado. Era una sala agradable. Después oyó una voz en su cabeza: *Sería una lástima si le pasara cualquier cosa.*

—Trabajas para ellos —dijo él—. No deberías estar ofreciéndome refugio.

—No trabajo para ellos —dijo ella—. Trabajo para la pareja que son los dueños del bar. El hombre de la puerta es el precio de hacer negocios. Pasaría lo mismo en cualquier lugar en el que

trabajase.

—Él parecía creer que te podía dar órdenes.

—Todos creen eso. Parte de invitarte a pasar es responderles a ellos.

—Gracias —dijo él de vuelta.

—De nada.

—Yo soy Jack Reacher —dijo él—. Encantado de conocerte.

—Abigail Gibson —dijo ella—. Me llaman Abby.

—A mí me llaman Reacher.

—Encantada de conocerte, Reacher —dijo ella.

Se dieron la mano, de manera bastante formal. Dedos pequeños, pero fuertes.

—Lo he revuelto a propósito —dijo él—. Quería ver si reaccionaban a algo y cuán rápido y cuán fuerte lo hacían.

—¿Qué era ese algo?

—El nombre Maxim Trulenko. ¿Has oído hablar de él?

—Claro —dijo Abby—. Se acaba de declarar en bancarrota. Una especie de quiebra punto com. Fue famoso por aquí una temporada.

—Lo quiero encontrar.

—¿Por qué?

—Le debe dinero a una gente.

—¿Eres cobrador de deudas? Me dijiste que no tenías trabajo.

—*Pro bono* —dijo Reacher—. Temporalmente. Para una pareja de gente mayor que conocí. De momento una cosa exploratoria. Solo ando probando el agua.

—No importa si le debe dinero a una gente. No tiene nada. Está en bancarrota.

—Hay una teoría de que escondió capital privado en efectivo debajo del colchón.

—Siempre hay una teoría como esa.

—Creo que en este caso podría ser cierta. Puramente como planteamiento teórico. Si estuviese en bancarrota, a estas alturas ya lo habrían encontrado. Pero a estas alturas todavía no lo han encontrado, por lo tanto no puede estar en bancarrota. Porque la única manera de no ser encontrado a estas alturas es pagar a los ucranianos para que lo escondan. Lo cual requiere dinero. Por lo tanto todavía tiene. Si lo encuentro pronto, puede que quede algo.

—Para tu pareja de gente mayor.

—Con suerte lo suficiente como para cubrir sus necesidades.

—La única manera de que no te encuentren es no estar en bancarrota —dijo ella—. Suena como una frase de una galleta de la suerte. Pero supongo que esta noche han demostrado que es cierta.

Reacher asintió.

—Dos coches —dijo—. Cuatro tipos. Está cotizando bien.

—No te deberías meter con esta gente —dijo Abby—. Los he visto de cerca.

—Tú te estás metiendo con ellos. Has abierto tu puerta.

—Eso es distinto. Nunca lo van a saber. Hay cien puertas.

—¿Por qué has abierto la puerta? —dijo él.

—Sabes por qué —dijo ella.

—Quizás solo querían tener una conversación amigable.

—No lo creo.

—Quizás lo único que hubiera recibido fuera una buena bronca.

Ella no respondió.

—Sabías que querían algo peor que eso —dijo él—. Por eso abriste la puerta.

—Los he visto de cerca —dijo ella otra vez.

—¿Qué habrían hecho?

—No les gusta que la gente se meta en sus asuntos —dijo ella—. Creo que te habrían hecho mucho daño.

—¿Has visto algo así ocurrir antes?

Ella no respondió.

—Como sea —dijo Reacher—. Gracias de nuevo.

—¿Necesitas algo?

—Debería irme yendo. Ya has hecho bastante por mí. Tengo una habitación de hotel.

—¿Dónde?

Se lo dijo. Ella negó con la cabeza.

—Eso es al oeste de la calle Center —dijo ella—. Tienen informantes ahí. Ya habrán enviado mensajes con tu descripción.

—Parece que se lo están tomando muy en serio.

—Te lo he dicho —dijo ella—. No les gusta que haya gente en sus asuntos.

—¿Cuántos son?

—Los suficientes —dijo ella—. Iba a preparar café. ¿Quieres?

—Claro —dijo Reacher.

Fueron hacia la cocina, que era pequeña y tenía una decoración que no hacía juego pero que estaba limpia y ordenada. Daba una sensación muy hogareña. Con unos golpes sacó el café viejo del filtro en forma de cesta, y enjuagó la jarra, y puso todo en marcha. La jarra borboteó y burbujeó y llenó el ambiente con un rico aroma.

—Me imagino que no te mantiene despierta —dijo Reacher.

—Esta es mi tarde —dijo ella—. Me acuesto cuando sale el sol. Después duermo todo el día.

—Tiene sentido.

Abrió una alacena de pared y cogió dos tazas blancas de porcelana.

—Me voy a dar una ducha —dijo ella—. Sírvete si está listo antes que yo.

Un minuto después escuchó que corría el agua, y después de eso la queja amable del secador de pelo. La cafetera tintineó y crepitó. Abby regresó justo cuando terminaba. Estaba rosa y húmeda y olía a jabón. Llevaba puesto un vestido hasta las rodillas que se parecía a una camisa de hombre con botones en el cuello, pero más larga y más delgada. Probablemente no llevaba mucho debajo del vestido. Definitivamente en los pies no llevaba nada puesto. Un atuendo para después del trabajo. Una tarde acogedora en casa. Se sirvieron café y fueron con sus tazas de vuelta al salón.

—No has respondido mi pregunta —dijo ella—. Supongo que no tuviste la oportunidad.

—¿Qué pregunta? —dijo él.

—¿Qué tipo de trabajo te gusta tener?

Como respuesta le contó su biografía condensada. Fácil de entender al principio, luego difícil más adelante. Hijo de un marine, infancia en cincuenta lugares distintos, después West Point,

después la Policía Militar en cien lugares distintos, después las reducciones en la fuerza cuando terminó la Guerra Fría, que llevaron directamente a su precipitada y repentina introducción a la vida civil. Una historia directa. Ni trabajo, ni hogar, siempre inquieto. Siempre en movimiento. Solo la ropa que llevaba puesta. Ningún lugar particular al que ir, y todo el tiempo del mundo para llegar allí. A algunas personas les resultaba difícil de comprender. Pero Abby pareció entenderlo. No hizo ninguna de las habituales preguntas tontas.

La historia de ella era más breve, porque era más joven. Nacida en un suburbio en Michigan, criada en un suburbio en California, le gustaban los libros y la filosofía y el teatro y la música y la danza y la experimentación y las artes performativas. Llegó a la ciudad como estudiante universitaria y nunca se fue. Un trabajo temporal de un mes atendiendo mesas se convirtió en diez años. Tenía treinta y dos. Más mayor de lo que parecía. Dijo que era feliz.

Fueron y volvieron a la cocina para volver a servirse café y terminaron el uno frente al otro en extremos opuestos del sofá, Reacher echado cómodamente, Abby sentada con las piernas cruzadas, con los faldones de su vestido-camisa metidos recatadamente entre sus pies descalzos. Reacher no sabía mucho de filosofía o teatro o danza o experimentación o artes performativas, pero leía libros cuando podía, y escuchaba música cuando podía, así que pudo seguir el ritmo. Un par de veces se encontraron con que habían leído las mismas cosas. Lo mismo con la música. Ella lo llamaba su período retro. Él dijo que le parecía ayer. Se rieron de eso.

Se hicieron las dos de la mañana. Él asumió que se podía conseguir una habitación en un hotel albanés. Una calle más hacia el este. Igual de bueno. Se podía permitir gastar lo que ya había desembolsado. Le molestaban más los cinco minutos de su vida. En el mostrador. Eso nunca lo iba a recuperar.

Abby dijo:

—Si quieres te puedes quedar.

Él estaba bastante seguro de que ahora había un botón más que no estaba abrochado, en la parte delantera de su vestido-camisa. Sintió que podía confiar en su opinión en el asunto. Era un hombre observador. Previamente había inspeccionado el hueco original muchas veces. Había sido muy atractivo. Pero el hueco nuevo era mejor.

—No he visto un cuarto de invitados —dijo él.

—No tengo cuarto de invitados —dijo ella.

—¿Esto sería un experimento de un estilo de vida?

—¿En lugar de qué?

—Las razones normales.

—Supongo que una mezcla.

—Por mí está bien —dijo Reacher.

QUINCE

Los dos tipos de Dino simplemente estuvieron desaparecidos toda la noche. Desde la tienda de licores en adelante, ni rastro. Sus teléfonos se habían muerto. Nadie había visto su coche. Se habían esfumado. Lo cual desde luego era imposible. Así y todo, nadie despertó a Dino. En lugar de eso se organizó una búsqueda a pequeña escala. Todos los vecindarios probables. Ningún resultado. Los dos tipos seguían desaparecidos. Hasta las siete de la mañana, cuando allí mismo en su propiedad, un hombre que apilaba maderas con un montacargas en un depósito lateral dio marcha atrás y se los encontró, detrás del último de los tablones de cedro de dos por diez pulgadas.

Entonces despertaron a Dino.

El depósito lateral estaba separado del acceso para trabajadores por un alambrado de dos metros y medio de alto. Habían colgado a los dos tipos cabeza abajo de lo más alto del alambrado. Los habían abierto de un tajo. La gravedad había hecho que sus tripas cayeran para afuera, sobre el pecho, sobre la cara, sobre el suelo debajo de ellos. Después de muertos, afortunadamente. Los dos tenían heridas de balas con costras de sangre. A uno prácticamente le faltaba la cabeza.

Ningún indicio del coche. Ninguna huella, nada.

Dino convocó una reunión en la sala de reuniones de las oficinas administrativas. A tan solo cincuenta metros del repugnante hallazgo. Como un general en el campo de batalla, a mano para examinar el terreno de cerca.

Dijo:

—Gregory debe de estar loco. Nosotros fuimos las primeras víctimas de esto, nos quedamos con la peor parte, ¿y ahora quiere restregárnoslo haciendo además que sean cuatro a cambio de dos? Eso es una burrada. ¿Cuán asimétrico quiere que sea? ¿En qué mierdas está pensando?

—¿Y además por qué hacerlo tan desagradable? —dijo su mano derecha—. ¿Por qué todo el drama de los intestinos colgando para afuera? Seguramente esa es la clave de todo esto.

—¿Sí?

—Tiene que serlo. Ya era gratuito. Esto era innecesario. Como si estuvieran enfadados con nosotros. Como una venganza por algo. Como si de alguna manera les hubiéramos ganado en algo.

—Bueno, no ha sido así.

—Quizás haya algo que no sabemos. Quizás de hecho de alguna manera sí hemos ganado algo, pero todavía no nos hemos dado cuenta.

—¿No nos hemos dado cuenta de qué?

—Todavía no lo sabemos. Ese es el punto.

—Lo único que tenemos es la manzana de los restaurantes.

—Pues quizás de algún modo sea especial. Quizás produce bien. Quizás nos da un mejor acceso a la gente. Todos los peces gordos deben de comer ahí. Con sus esposas y tal. ¿A qué otro lugar irían?

Dino no respondió.

Su hombre dijo:

—¿Por qué otro motivo se podrían enfadar tanto?

Dino siguió sin responder.

Después dijo:

—Quizás tienes razón. Quizás la manzana de los restaurantes vale más que el negocio de préstamos de dinero. Sinceramente eso espero. Tuvimos suerte, les molestó. Pero como sea, cuatro a cambio de dos es una burrada. No podemos vivir con eso. Haz que corra la voz. Iguaemos el resultado antes de que se haga de noche.

Reacher se despertó a las ocho de la mañana, abrigado, relajado, tranquilo, parcialmente entrelazado a Abby, que seguía durmiendo sin ningún tipo de alteración. Era diminuta junto a él. Era más de treinta centímetros más baja, y pesaba menos de la mitad. En reposo era frágil y delicada. En movimiento había sido dura y flexible y fuerte. Y definitivamente experimental. Su ejecución había sido un arte. No cabía ninguna duda. Era un hombre con suerte. Respiró hondo y dirigió su mirada a ese techo que no conocía. El yeso tenía grietas, como un sistema fluvial, pintado encima muchas veces, como con cicatrices ya curadas.

Se desenredó de manera amable y se deslizó fuera de la cama y caminó con cuidado y desnudo hacia el baño, y luego hacia la cocina, donde se puso a hacer café. Volvió al baño y se dio una ducha, y después recogió su ropa de todas partes del salón y se vistió. Cogió de la alacena de pared una tercera taza blanca de porcelana y se sirvió su primer café del día. Se sentó a una mesa diminuta junto a la ventana. El cielo estaba azul y el día estaba soleado. Era una mañana hermosa. Llegaban desde afuera sonidos suaves. Tráfico y voces. Gente ajetreándose, yendo a trabajar, empezando el día.

Se puso de pie y se volvió a servir y se volvió a sentar. Un minuto después apareció Abby, desnuda, bostezando, desperezándose, sonriendo. Se sirvió café y caminó con cuidado por la cocina y se sentó en su regazo. Desnuda, suave, tibia y oliendo bien. ¿Y qué iba a hacer? Un minuto después estaban de vuelta en la cama. Incluso mejor que la primera vez. Experimental en todos los aspectos. Veinte minutos completos, de principio a fin. Después se recostaron, agitados y jadeantes. Él pensó: no está mal para un viejo. Ella se acurrucó contra el pecho de él, agotada, respirando hondo. Él sintió la liberación física de ella. Algún tipo de satisfacción animal profunda. Pero también algo distinto. Algo más. Se sentía segura. Se sentía segura, y abrigada, y protegida. Estaba disfrutando de eso. Estaba celebrando el hecho de sentirlo.

—Anoche —dijo él—. En el bar. Cuando te pregunté sobre el tipo de la puerta, me

preguntaste si era policía.

—Eres policía —murmuró ella.

—Fui policía —dijo él.

—Bastante acertado para ser una primera impresión. Estoy segura de que el aspecto de policía nunca se pierde.

—¿Querías que fuera policía? ¿Esperabas que fuera policía?

—¿Por qué iba a esperar que fueras policía?

—Por el tipo de la puerta. Quizás pensaste que yo podía hacer algo al respecto.

—No —dijo ella—. Tener esa esperanza hubiese sido una pérdida de tiempo. Los policías no hacen nada con respecto a esos tipos. Nunca. Demasiado engorroso. Demasiado dinero cambiando de manos. Esos tipos están muy a salvo de la policía, créeme.

En la voz de ella había viejas decepciones.

A modo de experimento él le preguntó:

—¿Te habría gustado si yo pudiese haber hecho algo al respecto?

Ella se apretó más junto a él. Inconscientemente, él pensó. Lo cual supuso que tenía que significar algo.

—¿Al respecto de ese tipo en particular? —dijo ella.

—Era el que yo tenía enfrente.

Ella hizo una pausa.

—Sí —dijo ella—. Me habría gustado.

—¿Qué te habría gustado que le hiciera?

Sintió que el cuerpo de ella se tensionaba contra el de él.

—Supongo que me habría gustado que lo destrozaras.

—¿Mucho?

—Muchísimo.

—¿Qué tienes en contra de él?

Ella no respondió.

Después de un minuto él dijo:

—Anoche también mencionaste otra cosa. Dijiste que ya habrían enviado mensajes de texto, con mi descripción.

—Tan pronto como se dieron cuenta de que te habían perdido.

—A hoteles y esas cosas.

—A todos. Así es como funcionan ahora. Tienen sistemas automatizados. Son muy buenos con la tecnología. Están muy adelantados con los ordenadores. Están siempre probando estafas nuevas. Enviar un mensaje automático de captura es fácil en comparación.

—¿Y literalmente todos reciben el mismo aviso?

—¿En quién estás pensando?

—Potencialmente, en un tipo de otra división. En la sección de préstamos de dinero.

—¿Eso sería un problema?

—Tiene una foto mía. Un primer plano de mi cara. Va a reconocer la descripción, y como respuesta va a enviar la foto.

Ella se acurrucó aún más cerca. Otra vez tranquila.

—Realmente eso no importa —dijo ella—. De cualquier modo están todos buscándote. Tu

descripción es más que suficiente. Una foto de tu cara no añade mucho. No desde cierta distancia.

—Ese no es el problema.

—¿Cuál es?

—El tipo de los préstamos de dinero cree que mi nombre es Aaron Shevick.

—¿Por qué?

—Los Shevick son la pareja de gente mayor. Hice un negocio en nombre de ellos. En ese momento pareció una buena idea. Pero ahora está por ahí un nombre equivocado. Podrían ponerse a buscar una dirección. No me gustaría que se aparecieran en la casa de los Shevick, buscándome a mí. Eso podría llevar a toda clase de situaciones desagradables. Los Shevick ya tienen bastante con lo que tienen.

—¿Dónde viven?

—A mitad de camino hacia el límite este de la ciudad, en una vieja urbanización de posguerra.

—Eso es territorio albanés. Sería muy arriesgado ir allí para los ucranianos.

—Ya les quitaron el bar en el que hacían préstamos de dinero —dijo Reacher—. Eso era mucho más al este de Center. Ahora las líneas de combate parecen relativamente fluidas.

Abby asintió soñolientamente contra el pecho de él.

—Ya lo sé —dijo—. Todos están de acuerdo en que no pueden entrar en guerra, por el nuevo comisario general de policía, pero parece que están sucediendo todo tipo de cosas. —Después inhaló hondo y retuvo la inhalación y se sentó y se sacudió como para despertarse y dijo—: Ahora deberíamos marcharnos.

—¿Adónde? —preguntó Reacher.

—Deberíamos ir a asegurarnos de que la pareja de gente mayor está bien.

Abby tenía un coche. Estaba aparcado en un aparcamiento a una calle. Era un pequeño Toyota blanco sedán, con caja de cambios manual y sin tapacubos en las ruedas. Y bridas de seguridad sosteniendo uno de los guardabarros. Y una rajadura en el parabrisas que hacía que la vista delantera parecieran dos mitades superpuestas. Pero el motor arrancaba y las ruedas giraban y los frenos funcionaban. El cristal de las ventanillas era transparente, no polarizado, y Reacher sentía su cara cerca del cristal, claramente visible para los que estaban afuera, apretado como iba en un interior estrecho. Miraba a ver si veía Lincoln Town Cars, como el que había chocado en la concesionaria Ford, y los que había visto la noche anterior, yendo hacia él desde el norte y desde el sur de la calle, pero no vio ninguno, ni tampoco hombres pálidos en trajes oscuros, de pie en las esquinas, vigilando.

Fueron en coche por el mismo camino que él había hecho, pasando por la terminal de autobuses, cruzando el semáforo, por las calles más estrechas, pasando por el bar, y de nuevo fuera por los espacios más abiertos. La estación de servicio donde habían comprado los sándwiches estaba más adelante.

—Para ahí —dijo Reacher—. Deberíamos llevarles algo de comida.

—¿Están de acuerdo con eso?

—¿Importa? Tienen que comer.

Ella entró. El menú era el mismo. Ensalada de pollo o ensalada de atún. Compró dos de cada uno, más patatas fritas, más refrescos. Más una lata de café. Dejar de comer era una cosa. El café era otra cosa completamente distinta.

Llegaron a la zona de la urbanización y se abrieron camino lentamente doblando por las ajustadas esquinas en ángulo recto hasta la calle sin salida cerca del centro de la urbanización. Aparcaron junto a la valla de madera, con sus pujantes capullos de rosas.

—¿Esta es la casa? —dijo Abby.

—Ahora propiedad del banco —dijo Reacher.

—¿Por culpa de Max Trulenko?

—Y algunos errores bienintencionados.

—¿Van a poder recuperarla del banco?

—No sé mucho de esas cosas. Pero no veo por qué no. Es todo dinero y activos moviéndose de un lado al otro. Compra y venta. No veo por qué un banco se querría interponer en una cosa así. Estoy seguro de que de algún modo podría encontrar una manera de beneficiarse del negocio.

Recorrieron el sendero estrecho de cemento. La puerta se abrió antes de que llegaran a la entrada. Aaron Shevick estaba allí de pie. Su cara tenía un aspecto preocupado.

—Maria ha desaparecido —dijo—. No la encuentro por ningún lado.

DIECISÉIS

En un pasado distante Aaron Shevick podía haber sido un maquinista de primera, pero en el presente no era nada útil como testigo. Dijo que no había oído nada de tráfico fuera de la casa. No había visto coches en la calle. Se habían levantado a las siete de la mañana y habían tomado un pequeño desayuno a las ocho. Después él había ido andando hasta la tienda de alimentación a comprar un litro de leche, para pequeños desayunos futuros. Cuando volvió a su casa Maria no estaba por ningún lado.

—¿Cuánto tiempo estuviste fuera? —preguntó Reacher.

—Veinte minutos —dijo Shevick—. Quizás más. Todavía ando despacio.

—¿Y buscaste por toda la casa?

—Pensé que quizás se había caído. Pero no. Tampoco en el jardín. Por lo que salió a algún lado. O alguien se la llevó.

—Empecemos por que salió a algún lado. ¿Se ha llevado el abrigo?

—No lo necesitaba —dijo Abby—. Hace suficiente calor como para ir sin abrigo. Una pregunta mejor sería: ¿se ha llevado el bolso?

Shevick buscó en lo que llamaba los lugares habituales. Había cuatro. Un lugar específico en la encimera de la cocina, un lugar específico sobre un banquito del vestíbulo justo enfrente de la puerta de entrada, un perchero en particular en el armario de los abrigos, donde también colgaban los paraguas, y por último un lugar sobre el suelo del salón junto al sillón de ella.

El bolso no estaba.

—Vale —dijo Reacher—. Esa es una buena señal. Muy persuasiva. Quiere decir que lo más probable es que haya salido voluntariamente, sin ayuda de nadie, de manera ordenada, sin ninguna clase de pánico, y bajo ninguna clase de coerción.

—Puede haber dejado el bolso en algún otro lugar —dijo Shevick. Miró a su alrededor, desamparado. Era una casa pequeña, pero aún así escondía cientos de escondites.

—Mirémoslo por el lado positivo —dijo Reacher—. Ha cogido su bolso, se lo ha colgado del brazo y ha salido andando por el sendero.

—O la han metido en un coche. Quizás la han obligado a que se lleve el bolso. Quizás sabían lo que nosotros íbamos a pensar. Nos quieren despistar.

—Yo creo que se ha ido a la casa de empeños —dijo Reacher.

Shevick se quedó en silencio durante un rato. Luego levantó un dedo como diciendo «vuelvo

enseguida», y recorrió el pasillo renqueando hasta el dormitorio. Un minuto después renqueaba de regreso cargando una vieja caja de zapatos. Tenía franjas de color blanco y rosa pastel desteñido, y una etiqueta blanca y negra desteñida pegada en uno de los lados más pequeños, con el nombre del fabricante, y el croquis de un zapato, que era un zapato de mujer, alto con cordones, de tacón orgullosamente grueso, y una talla, que era cuatro, y un precio, que eran cuatro dólares menos un centavo. Quizás los zapatos con los que se había casado Maria Shevick.

—Las joyas de la familia —dijo Shevick.

Levantó la tapa. La caja estaba vacía. Ninguna alianza de nueve quilates, ningún anillo de compromiso con diamante, ningún reloj chapado en oro con una rajadura en el cristal.

—Deberíamos ir a buscarla —dijo Abby—. Si no va a ser una triste caminata de regreso a casa.

Las actividades básicas tradicionales del crimen organizado eran la usura, los estupefacientes, la prostitución, las apuestas y el chantaje. Por todas partes de su mitad de la ciudad los ucranianos llevaban a cabo todas ellas con gran habilidad y aplomo. A los estupefacientes les estaba yendo mejor que nunca. La marihuana en gran parte había desaparecido, dado que la legalización se iba expandiendo por todos lados, pero explotar la demanda de metanfetamina y oxicodina más que compensaba la diferencia. Las ganancias eran elevadísimas. Impulsadas incluso más por un porcentaje de regalías aplicado sobre toda la heroína mexicana que se vendía en la ciudad, desde el límite oeste hasta la calle Center. Hasta el último gramo. El éxito más grande de Gregory. Había negociado el acuerdo él mismo. Las bandas mexicanas estaban compuestas por bárbaros de muy mala fama, y se necesitó mucho para impresionarlos. Pero Gregory había insistido. Dos de los tipos de sus esquinas colgando cabeza abajo con las tripas afuera finalmente resolvieron el problema. Antes de morir, desafortunadamente. En ese momento los mexicanos habían empezado a temer por el reclutamiento futuro. Los tipos que trabajaban en la calle en las esquinas no ganaban mucho. Lo suficiente como para arriesgarse a recibir algún disparo, quizás, pero no lo suficiente como para arriesgarse a aparecer colgados cabeza abajo con un tajo desde la garganta hasta las ingles. Estando vivos. De ahí las regalías. Mantenían a todos contentos.

A la prostitución también le estaba yendo bien, mayormente por lo que Gregory consideraba una ventaja intrínseca. Las mujeres ucranianas eran muy hermosas. Muchas de ellas eran altas y delgadas y muy rubias. Ninguna de ellas tenía oportunidades de prosperar en su patria. En el viejo país no tenían nada delante de ellas salvo una vida de mugre y trabajo tedioso. Nada de ropa fina, nada de departamentos en pisos altos, nada de Mercedes-Benz. Eso lo sabían. Por lo que estaban contentas de venir a Estados Unidos. Entendían que el papeleo era complicado y que el proceso era caro. Sabían que iban a tener que devolver el dinero a quienes las ayudaban, con los gastos por adelantado, tan pronto como pudieran. Y definitivamente antes de dar el siguiente paso, hacia lo que fuera que viniese después, que con suerte incluiría ropa fina y departamentos en pisos altos y Mercedes-Benz. Les decían que todo eso llegaba pronto. Pero primero habría un breve período de trabajo. Solo después iban a tener acceso a todas esas relucientes oportunidades. Pero nada por lo que preocuparse. Ya había un sistema instalado. Estaba bien organizado. Era un trabajo agradable, y muy social. Principalmente solo entremezclarse con

gente. Estilo relaciones públicas. Lo iban a disfrutar. Incluso podían llegar a adelantarse y conocer a la clase de hombre correcto.

Las clasificaban nada más llegar. No porque alguna fuera fea. Gregory tenía mucho donde elegir. Siempre había cien mil listas para subirse al avión. Todas eran frescas y perfectas y olían bien. Sorprendentemente las máspreciadas no eran las más jóvenes. No en el mercado de más categoría. Definitivamente estaba lleno de tipos dispuestos a pagar para que se la chuparan niñas más jovencitas que sus nietas, pero la experiencia demostraba que a los tipos que realmente tenían mucho dinero ese extremo les parecía un poco desagradable. La experiencia demostraba que ese tipo prefería una mujer un poco mayor, quizás incluso de veintisiete o veintiocho, con un leve aire sofisticado y cosmopolita, con una insinuación de estar acercándose a la madurez, quizás con una arruga de expresión o dos, como para no sentirse un abusador. Así sentiría que estaba en su habitación con una colega más joven, quizás una ejecutiva prometedora, en busca de consejo o de un ascenso, parte de lo cual o todo lo cual ella podía llegar a conseguir, si jugaba bien sus cartas.

Una mujer con ese perfil por lo general permanecía cinco años en ese rol. Por algún motivo nunca llegaba a la ropa fina y a los departamentos en pisos altos y a los Mercedes-Benz. Por algún motivo nunca terminaba de pagar su deuda. Nadie había pensado en las tasas de interés. A veces una mujer con ese perfil trabajaba otros cinco años, si se mantenía bien, en la página de maduras del sitio web, y si no se mantenía bien entonces su precio iba a bajar un par de cientos de dólares la hora, y ella seguiría perseverando tan bien como pudiese, por tanto tiempo como pudiese. Después de eso, directamente la sacaban de la página web, y la mandaban a uno de sus muchos e ilegales salones de masajes en calles traseras, donde la cita más breve era de veinte minutos, y donde iba a estar vestida con una versión abreviada de un uniforme de enfermera, y guantes de goma, y donde la pondrían a trabajar dieciséis horas por día.

Cada uno de esos salones lo manejaba un jefe de salón, al que le asistía un jefe auxiliar de salón. Igual que las mujeres que trabajaban para ellos, no eran lo mejor de lo mejor. Pero por el lado positivo estaba el hecho de que el trabajo era muy sencillo. Tenían solo tres tareas. Tenían que despachar una cantidad fija de dólares a la semana. Tenían que mantener el entusiasmo entre el personal. Tenían que mantener el orden entre los clientes. Eso era todo. Ese tipo de requisito atraía a una clase particular de candidato. Lo suficientemente desagradable como para conseguir los dólares, lo suficientemente duro como para dominar a los clientes, lo suficientemente corrupto como para disfrutar del personal.

En un salón en particular dos calles al oeste de la calle Center sus nombres eran Bohdan y Artem. Bohdan era el jefe. Artem era el auxiliar. Hasta entonces el día estaba yendo bien. Habían recibido un mensaje de texto acerca de un tipo al que tenían que estar atentos. Con una breve descripción verbal, principalmente en torno a su altura y peso, características ambas que parecían impresionantes. Habían examinado su caudal de clientes. Ningún tipo como ese.

Pero muchos otros tipos. Hasta entonces todos bien educados. Todos satisfechos. Ningún problema con el personal, tampoco, más allá de una pequeña cosa por la mañana, cuando una de las más mayores llegó tarde, y después no se excusó lo suficiente por ello. Se le ofreció que eligiera entre distintos castigos. Eligió la pala de cuero, no bien terminara su turno de trabajo. Bohdan administraría el castigo, y Artem lo filmaría. Estaría en el portal de porno una hora después. Por la mañana ya podría haber llegado a facturar unos dólares. Un éxito. Todo bien.

Hasta entonces el día estaba yendo bien.

Luego entraron dos clientes que tenían un aspecto distinto. Pelo más bien oscuro, piel más bien oscura, gafas de sol. Gabardinas cortas y oscuras. Vaqueros negros. Casi como un uniforme. Algo que sucedía. Principalmente debido a la universidad. Había en la ciudad toda clase de gente. En su mayoría se vestían de acuerdo con el lugar del que venían. De ahí esos dos. Quizás eran académicos, de visita desde el extranjero. Quizás estaban probando los encantos ilícitos de la nación que los hospedaba, exclusivamente con fines de investigación. Exclusivamente para alcanzar un mejor entendimiento mutuo.

O no.

De debajo de sus abrigo gemelos sacaron armas gemelas. Dos subfusiles H&K MP5, con silenciadores integrados. De casualidad la misma marca y el mismo modelo que los ucranianos habían usado la noche anterior, en la puerta de la tienda de licores. Un mundo pequeño. Los dos tipos les dijeron con gestos a Bohdan y Artem que se juntaran, lado a lado, hombro con hombro. Los dos dispararon al suelo, para mostrar que sus armas estaban silenciadas. Los disparos sonaron como resoplidos. Altos, pero no lo suficiente como para que alguien se acercara a las corridas.

Dijeron en mal ucraniano, con fuerte acento albanés, que les ofrecían una opción. Había un coche afuera, y Bohdan y Artem podían ir y subirse, o les podían disparar en las tripas allí mismo, en ese mismo momento, habiendo demostrado que las armas eran lo suficientemente silenciosas como para no llamar la atención. Podían desangrarse en el suelo hasta morir, veinte minutos de agonía, y después los podían sacar arrastrados por los talones, y subirlos al coche de todos modos.

Su decisión.

Bohdan no respondió. No enseguida. Tampoco Artem. Estaban genuinamente indecisos. Habían oído hablar de los tormentos albaneses. Quizás que les dispararan en las tripas era mejor. No dijeron nada. El edificio estaba en silencio. Ni un ruido. Los cubículos de los masajes estaban todos en fila, en un largo pasillo, del otro lado de una puerta interior que estaba cerrada. El área del frente de la casa podría haber sido la sala de espera de un abogado. Cierta clase de acuerdo por debajo de la mesa con el gobierno de la ciudad. Ojos que no ven, corazón que no siente. No asustéis a los votantes. Gregory había cerrado el trato.

Entonces el silencio se rompió. Hubo un ruido. Un leve sonido de tacones en el pasillo interno. Tap, tap, tap. Tacones de aguja de trece centímetros, como los que todas tenían que usar. Plástico transparente, a veces. Zapatos de *stripper*. Los americanos tenían una palabra para todo. Tap, tap, tap. Una de ellas se estaba moviendo, quizás volviendo del baño a su cubículo. O yendo de un cubículo a otro. De un cliente al siguiente. Algunas de las chicas eran populares. Algunas estaban solicitadas.

Los tacones se seguían acercando.

Tap, tap, tap.

Quizás se dirigía a uno de los cubículos de más adelante.

Tap, tap, tap.

Se abrió la puerta interior. Una mujer la cruzó. Bohdan vio que era una de las más mayores. De hecho la castigada con recibir la pala cuando terminara con su turno. Como todas ellas, estaba vestida a medias con una versión de látex blanco brillante de un uniforme de enfermera de un

tamaño la mitad de grande, completado con un gorrito blanco en lo alto de la cabeza. El dobladillo de la falda estaba quince centímetros por encima del elástico de las medias. Alzó la mano, un dedo ligeramente por delante de los otros, como se suele hacer, simultáneamente como pidiendo disculpas por interrumpir y como introducción a una pregunta.

Nunca llegó tan lejos. El asunto trivial que fuera que tuviese en mente se quedó sin expresar. Más toallas, más loción, nuevos guantes de látex. Lo que fuera. La puerta que se abrió estaba a la izquierda del tipo que estaba a la izquierda, que disparó instantáneamente, una puntada de tres limpia y tranquila al centro de masa de ella. Sin ningún motivo. Alguna clase de estado de hipervigilancia. Alguna clase de frenesí. Un pequeño movimiento del cañón, un pequeño movimiento del dedo en el gatillo. No hubo eco. Solo el ruido sordo prolongado, irregular, plástico, carnoso de la mujer al caer.

—Dios mío —dijo Bohdan.

Eso cambió la discusión. Que les dispararan en las tripas ya no era una teoría. Se habían introducido ayudas visuales. El antiguo instinto humano se apoderó de la situación. Permanecer con vida un minuto más. Ver qué sucede a continuación. Se subieron al coche de manera voluntaria. Por casualidad cruzaron la calle Center y entraron en territorio albanés en el momento exacto en el que moría la mujer con el traje de enfermera. Estaba sola en el suelo del salón, mitad dentro y mitad fuera del pasillo de atrás. Todos los clientes habían huido. Habían saltado por encima de ella y habían salido corriendo. No quedaba ninguno. Murió sola, sintiendo dolor, sin reconfortar y sin consuelo. Se llamaba Anna Ulyana Dorozhkin. Tenía cuarenta y un años. Había llegado a la ciudad quince años antes, a la edad de veintiséis, muy emocionada con la idea de hacer una carrera en relaciones públicas.

DIECISIETE

Aaron Shevick no sabía dónde quedaban exactamente las casas de empeños de la ciudad. La conjetura de Reacher era que estarían en algún lugar dentro del radio de la terminal de autobuses. A una distancia prudente de los vecindarios elegantes. Conocía las ciudades. Las manzanas de la periferia estarían repletas de comercios de segunda categoría. Habría servicios de polarizado de cristales y lavanderías y viejas y polvorientas ferreterías familiares y repuestos de marcas genéricas para coches. Y casas de empeños. El problema era planear el itinerario. Querían poder recoger a la señora Shevick si ya había hecho su negocio y ya estaba de camino a casa. No saber adonde había ido lo volvía difícil. En respuesta condujeron trazando círculos bien amplios, encontraban una casa de empeños, revisaban el interior desde la vidriera, no la veían, volvían a ir en dirección a su casa hasta que estaban seguros de que ella no podía estar por delante de ellos, y después regresaban y volvían a empezar con el siguiente lugar que veían.

Al final la encontraron muy al oeste de la calle Center, saliendo de una mugrienta casa de empeños del otro lado de una calle estrecha frente a un operador de taxis y una oficina de servicios de fianza. La señora Shevick, tal cual, en persona, la cabeza erguida, el bolso colgada del brazo. Abby detuvo el coche junto a ella y Aaron bajó la ventanilla y la llamó. A ella le sorprendió mucho verlo, pero se sobrepuso rápido. Se subió al coche en seguida. Menos de diez segundos de principio a fin. Como si hubiera estado preparado.

Al principio se mostró avergonzada, frente a Abby. Una extraña. *Debe pensar que somos muy tontos*. Aaron le preguntó cuánto le habían dado por los anillos y el reloj, y ella simplemente negó con la cabeza y no respondió.

Después finalmente dijo:

—Ochenta dólares.

Nadie habló. Regresaron en el coche hacia el este, pasando junto a la terminal, cruzando el semáforo de la intersección.

En ese momento, en su oficina, Gregory estaba recibiendo las noticias de su salón de masajes. Por casualidad otro de sus hombres había pasado por allí por otros motivos. Había sentido que algo no andaba bien. Demasiado tranquilo. Había entrado. El lugar estaba totalmente vacío. Nada más que una puta mayor, muerta a tiros en el suelo, en un gran charco de sangre.

Nadie más. Ningún cliente. Aparentemente todas las demás putas se habían escapado. No había rastro ni de Bohdan ni de Artem. El teléfono de Artem estaba sobre su escritorio, y la chaqueta de Bohdan estaba todavía en el respaldo de su silla. No eran buenas señales. Significaba que no se habían ido de las instalaciones voluntariamente. Significaba que se habían ido bajo cierta forma de coerción.

Gregory reunió a sus cabecillas. Les contó los hechos. Después les dijo que pensarán bien durante sesenta segundos, y que le hicieran primero un análisis de la situación, y segundo que le dijeran qué mierdas hacer al respecto.

Su mano derecha habló primero.

—Esto es obra de Dino —dijo—. Creo que todos lo sabemos. Es un hombre en una misión. Le quitamos dos de sus hombres, con el truco del espía en la comisaría, así que él nos quitó dos de los nuestros, allí donde la concesionaria Ford. Lo cual era justo. No se puede discutir. Lo que se siembra, se cosecha. Salvo que evidentemente no le gustó perder el negocio de los préstamos, por lo que decidió castigarnos quitándonos dos más de los nuestros, en la manzana de los restaurantes. Así que nosotros le quitamos dos más suyos, anoche en la puerta de la tienda de licores. Lo cual era entonces cuatro a cambio de cuatro. Un intercambio justo. Fin de la historia. Salvo que aparentemente Dino no está de acuerdo. Aparentemente siente que tiene que dejar algo claro. Quizás una cuestión de ego. Quiere quedar dos por arriba en todo momento. Quizás eso le hace sentir mejor. Por lo cual ahora lo ha convertido en seis a cambio de cuatro.

—¿Qué deberíamos hacer al respecto? —preguntó Gregory.

Su hombre se quedó en silencio por un largo rato.

Luego dijo:

—No llegamos hasta aquí por ser estúpidos. Si hacemos que sea seis a cambio de seis, él lo va a llevar a ocho a cambio de seis. Y así, para siempre. Va a ser una guerra a cámara lenta. No podemos entrar en guerra ahora mismo.

—¿Entonces qué deberíamos hacer?

—Nos lo deberíamos de tragar. Estamos dos hombres por debajo y perdimos la manzana de los restaurantes, pero conseguimos en cambio el negocio de los préstamos. En total salimos ganando.

—Hace que parezcamos débiles —dijo Gregory.

—No —dijo su hombre—. Hace que parezcamos los adultos, apostando a largo plazo, con los ojos en el premio.

—Estamos dos hombres por debajo. Es humillante.

—Si hace una semana Dino nos hubiera ofrecido su negocio de los préstamos por dos de los nuestros y la manzana de los restaurantes, se lo habríamos quitado de las manos. Salimos ganando por mucho. Dino está humillado, nosotros no.

—Es raro, dejarlo pasar y ya está.

—No —dijo su hombre otra vez—. Es inteligente. Estamos jugando al ajedrez. Y ahora mismo vamos ganando.

—¿Qué les van a hacer a los nuestros?

—Nada agradable, estoy seguro.

Por un minuto nadie habló.

Después Gregory dijo:

—Tenemos que encontrar a las putas. No podemos dejar que se escapen. Es malo para la disciplina.

—Estamos en ello —dijo alguien.

Silencio otra vez.

Entonces sonó el teléfono de Gregory. Atendió y escuchó y cortó.

Miró fijamente a su mano derecha.

Sonrió.

—Quizás tienes razón —dijo—. Quizás tener el negocio de los préstamos nos ha colocado al frente.

—¿De qué manera? —preguntó su hombre.

—Ahora tenemos un nombre —dijo Gregory—. Y una foto. El tipo que preguntó anoche por Max Trulenko se llama Aaron Shevick. Es cliente. Actualmente nos debe veinticinco mil dólares. Estamos intentando conseguir su dirección. Aparentemente es un hijo de puta grande y feo.

Abby aparcó junto al bordillo frente a la valla de madera, y todos bajaron del coche y recorrieron el sendero estrecho de cemento. Maria Shevick sacó sus llaves del bolso que le colgaba del brazo y abrió la puerta. Entraron. Maria vio la lata de café sobre la encimera de la cocina.

—Gracias —dijo.

—Puro interés personal —contestó Reacher.

—¿Quiere?

—Pensé que no lo preguntaría.

Maria abrió la lata y puso la cafetera en marcha. Se unió a Abby en el salón. Abby estaba mirando las fotos de la pared.

Preguntó suave, amablemente:

—¿Cuáles son las últimas novedades de Meg?

—Es un tratamiento brutal —dijo Maria—. Está en una unidad especial de aislamiento, o loca por los tranquilizantes, o totalmente dormida, porque la tienen sedada. No la podemos visitar. Ni siquiera podemos hablar por teléfono.

—Eso es terrible.

—Pero los médicos son optimistas —dijo Maria—. Hasta el momento, por lo menos. Pronto sabremos más. Le van a hacer un escáner dentro de no mucho tiempo.

—Si lo pagamos primero —dijo su marido.

Seis oportunidades antes de que termine la semana, pensó Reacher.

Dijo:

—Nosotros pensamos que el viejo jefe de Meg todavía está en la ciudad. Pensamos que todavía tiene dinero. Los abogados de ustedes consideran que la mejor estrategia es demandarle a él directamente. Dicen que es imposible que falle.

—¿Dónde está? —preguntó Shevick.

—Todavía no lo sabemos.

—¿Lo puedes encontrar?

—Probablemente —dijo Reacher—. Ese tipo de cosas solían ser parte de mi trabajo.

—La ley se mueve despacio —dijo Maria, como ya había dicho una vez.

Se comieron la comida que habían comprado en la estación de servicio. En el salón, porque en la cocina había solo tres sillas. Abby se sentó en el suelo con las piernas cruzadas donde solía estar la televisión, y comió desde su regazo. Maria Shevick le preguntó de qué trabajaba. Abby se lo contó. Aaron habló de los viejos y buenos tiempos antes de que los ordenadores controlaran las herramientas mecánicas. Cuando todo se cortaba a ojo y al tacto, a una milésima de pulgada. Podían hacer cualquier cosa. Los trabajadores americanos. Alguna vez el mejor recurso natural del mundo. Ahora miren lo que ha sucedido. Una verdadera lástima.

Reacher oyó un coche en la calle. El suave silbido y el chapoteo de un sedán grande. Se puso de pie y fue hasta el vestíbulo y miró por la ventana. Un Lincoln Town Car negro. Con dos hombres. Rostros pálidos, pelo rubio, cuellos blancos. Estaban intentando dar la vuelta con el coche. Atrás y adelante, atrás y adelante, a través del estrecho ancho. Querían quedarse mirando en la dirección correcta. Para una huida veloz, quizás. El Toyota de Abby no ayudaba, estaba en el medio.

Reacher regresó al salón.

Dijo:

—Han encontrado la dirección de Aaron Shevick.

Abby se puso de pie.

—¿Están aquí? —dijo Maria.

—Porque alguien los ha enviado —dijo Reacher—. Eso es lo que tenemos que recordar. Tenemos alrededor de treinta segundos para resolver esta situación. Quien los haya enviado sabe dónde están. Si les sucede algo, esta casa se convierte en el centro de las represalias. De ser posible deberíamos intentar evitarlo. Si estuviésemos en algún otro lugar, sin problema. Pero aquí no.

—¿Entonces qué hacemos? —dijo Shevick.

—Deshazte de ellos.

—¿Yo?

—Cualquiera de ustedes. Pero yo no. Ellos se creen que yo soy Aaron Shevick.

Llamaron a la puerta.

DIECIOCHO

Llamaron a la puerta por segunda vez. Nadie se movió. Entonces Abby dio un paso, pero Maria le apoyó una mano en el brazo, y en lugar de Abby fue Aaron. Reacher se metió en la cocina, y se sentó allí, escuchando. Oyó cómo se abría la puerta, y después desde la entrada un compás faltante, solo silencio, como si los dos tipos se hubiesen detenido momentáneamente por el hecho de que el hombre que había abierto la puerta no era el hombre que estaban buscando.

Uno de ellos dijo:

—Necesitamos hablar con el señor Aaron Shevick.

El señor Aaron Shevick dijo:

—¿Con quién?

—Aaron Shevick.

—Creo que era el inquilino anterior.

—¿Usted alquila esta vivienda?

—Soy jubilado. Es demasiado caro comprar.

—¿Quién es el propietario?

—Un banco.

—¿Cómo se llama usted?

—No estoy seguro de querer decírselo, hasta que no me diga qué asunto les trae por aquí.

—Nuestro asunto es privado, entre nosotros y el señor Shevick. Es una cuestión muy sensible.

—Espere un minuto —dijo Shevick—. ¿Ustedes son del gobierno?

No hubo respuesta.

—¿O del fondo de seguros?

—¿Cómo se llama usted, abuelo? —dijo uno de los dos tipos.

Con una amenaza en la voz.

—Jack Reacher —dijo Shevick.

—¿Cómo sabemos que usted no es el padre de Aaron Shevick?

—Tendríamos el mismo apellido.

—Su suegro, entonces. ¿Cómo sabemos que él no está dentro de la casa en este mismo momento? Quizás usted se quedó con el alquiler y él está ocupando una habitación. Sabemos que no es que esté precisamente nadando entre dinero ahora mismo.

Shevick no dijo nada.

La misma voz dijo:

—Vamos a entrar a echar un vistazo.

Se oyó el ruido de cómo hacían a un lado de un empujón a Shevick, y luego los pasos en el vestíbulo. Reacher se puso de pie y se ubicó detrás de la puerta. Abrió un cajón, y otro, y otro, hasta que encontró un cuchillo de cocina. Mejor que nada. Oyó que Abby y Maria salían del salón hacia el pasillo.

Los pasos se seguían acercando.

Oyó que Abby decía:

—¿Ustedes quiénes son?

—Estamos buscando al señor Aaron Shevick —dijo uno de los tipos.

—¿A quién?

—¿Cómo te llamas?

—Abigail —dijo Abby.

—¿Abigail qué?

—Reacher —dijo ella—. Estos son mis abuelos, Jack y Joanna.

—¿Dónde está Shevick?

—Era el inquilino anterior. Se mudó.

—¿Adónde se fue?

—No dejó dirección de reenvío. Daba la impresión de que estaba teniendo serios problemas económicos. Creo que básicamente se fue de noche. Se escapó.

—¿Estás segura?

—Sé quién vive aquí, señor. Es una casa con dos dormitorios. Uno para mis abuelos, y uno para mí, cuando estoy aquí. Para invitados, cuando no estoy. No hay ningún ocupante ilegal. Creo que me habría dado cuenta.

—¿Lo conociste?

—¿A quién?

—Al señor Aaron Shevick.

—No.

—Yo lo conocí —dijo Maria Shevick—. La primera vez que vimos la casa.

—¿Qué aspecto tenía?

—Lo recuerdo alto y de porte fuerte.

—Es ese —dijo la voz—. ¿Hace cuánto que se fue?

—Alrededor de un año.

No hubo respuesta. Los pasos siguieron avanzando, hacia la puerta del salón. La voz dijo:

—¿Hace un año que están aquí y todavía no tienen televisión?

—Somos jubilados —dijo Maria—. Esas cosas son caras.

—Ajá —dijo la voz.

Reacher oyó un clic áspero y bajo. Después los pasos se retiraron. De regreso por el pasillo. A la puerta. A los escalones de la entrada. Al sendero estrecho de cemento. Reacher oyó cómo se ponía en marcha el coche, y luego cómo se alejaba. El suave silbido y el chapoteo de un sedán grande.

Volvió el silencio.

Puso el cuchillo en su lugar en el cajón, y salió de la cocina.

—Buen trabajo, gente —dijo.

A Aaron se lo veía tembloroso. A Maria se la veía pálida.

—Han hecho una foto —dijo Abby—. Una como de despedida.

Reacher asintió. El clic áspero y bajo. Un teléfono móvil, imitando una cámara.

—¿Una foto de qué? —dijo.

—De nosotros tres. En parte para su informe. En parte para su base de datos de por-si-las-dudas. Pero sobre todo para intimidar. Es lo que hacen. La gente se siente vulnerable.

Reacher asintió otra vez. Se acordó del tipo luminoso del bar. Levantando el teléfono. El ruidito *chti*. *Si hubiera sido un cliente de verdad, no me habría gustado.*

Los Shevick entraron a la cocina, para preparar más café. Reacher y Abby se fueron al salón, a esperar el café.

Abby dijo:

—La intimidación no es el único asunto con esa foto.

—¿Qué más? —dijo Reacher.

—Van a mandarse la foto por mensajes de móvil. Entre ellos. Es lo que hacen. Por si alguien puede añadir una pieza al rompecabezas. Tarde o temprano todos van a recibir el mensaje. El tipo de la puerta en mi trabajo lo va a recibir. Sabe que no soy Abigail Reacher. Sabe que soy Abby Gibson. Como también lo saben muchos otros tipos en muchas otras puertas, porque he trabajado en muchos otros lugares. Van a empezar a hacer preguntas. Ya de base no les caigo bien.

—¿Saben dónde vives?

—Estoy segura de que pueden hacer que mi jefe se los diga.

—¿Cuándo van a enviar el mensaje a los móviles?

—Estoy segura de que ya lo han enviado.

—¿Hay algún otro lugar en el que te podrías quedar?

Asintió.

—Tengo un amigo —dijo—. Al este de la calle Center. Territorio albanés, afortunadamente.

—¿Puedes trabajar allí?

—Lo he hecho en el pasado.

—Te pido mil disculpas por la disrupción.

—Lo estoy concibiendo como un experimento —dijo—. Alguien alguna vez me dijo que todos los días una mujer debería hacer algo que le dé miedo.

—Podría alistarse en el ejército.

—Necesitas hacer base al este de la calle Center de todos modos. Nos podemos quedar juntos. Al menos esta noche.

—¿A tu amigo le parecería bien?

—Espero que sí —dijo ella—. ¿Los Shevick estarán bien esta noche?

Reacher asintió.

—La gente cree lo que ven sus ojos —dijo él—. En este caso sus ojos eran los del tipo luminoso del bar. Él me conoció. Su teléfono me hizo la foto. Yo soy Aaron Shevick. Es así. En sus mentes Shevick es un hombre alto y grande de una generación más joven. Se vio en lo que dijeron. Acusaron a Aaron de ser el padre de Shevick, o el suegro, pero nunca lo acusaron de ser

Shevick. Así que estarán bien. Por lo que respecta a esos tipos, son solo una pareja de gente mayor de apellido Reacher.

Entonces Maria avisó en voz alta de que el café estaba listo.

El encargado de la mugrienta casa de empeños al otro lado de la calle estrecha frente al operador de taxis y la oficina de servicios de fianza salió por la puerta y esquivó una camioneta y se metió en el espacio de los taxis. Ignoró al tipo agotado que estaba a cargo de la radio y siguió para ir a la parte de atrás. A la oficina de Gregory, que estaba más lejos. La mano derecha de Gregory alzó la vista y le preguntó qué quería. Dijo que había pasado algo. Más rápido traerlo cruzando la calle que poniéndolo en un mensaje de texto.

—¿Poner qué en un mensaje? —preguntó la mano derecha.

—Esta mañana recibí una alerta y una foto acerca de un hombre de apellido Shevick. Un hijo de puta grande y feo.

—¿Lo has visto?

—¿Shevick es un apellido común en Estados Unidos?

—¿Por qué?

—Tuve un cliente de apellido Shevick esta mañana. Pero era una mujer mayor y de poca estatura.

—Posiblemente familiar. Posiblemente una tía anciana o prima.

El tipo asintió.

—Eso es lo que pensé —dijo—. Pero después recibí otra alerta, y otra foto. En esa foto aparece la misma mujer mayor. Pero su apellido es distinto. En la nueva alerta la llaman Joanna Reacher. Pero esta mañana para mí firmó como Maria Shevick.

DIECINUEVE

Reacher y Abby dejaron a los Shevick en la cocina y se dirigieron al exterior hacia el Toyota. Reacher ya tenía su equipaje listo. Su cepillo de dientes estaba en su bolsillo. Pero Abby quería pasar por su casa a recoger algunas cosas. Lo cual era razonable. A su vez Reacher decidió que quería pasar por el local de los abogados para que le respondieran una pregunta. Ambos destinos estaban en territorio ucraniano. Pero sería lo suficientemente seguro, pensó él. Probablemente. Por el lado negativo, había dos fotos dando vueltas, más potencialmente la descripción del Toyota y el número de matrícula. Por el lado positivo, estaban a plena luz del día, e iban a entrar y salir muy rápido.

Lo suficientemente seguro, pensó. Probablemente.

Entraron por las manzanas todavía destartalladas y se encontró otra vez con el local de los abogados, cerca de los hoteles, justo al oeste de la calle Center, al final de su zona gentrificada. Que de día tenía un aspecto distinto al que tenía de noche. Todas las demás oficinas estaban abiertas. La gente entraba y salía. Había coches aparcados junto a ambas aceras. Pero ningún Lincoln negro ni ningún inexplicable hombre pálido de traje.

Lo suficientemente seguro. Probablemente.

Abby retrocedió hasta una plaza libre y aparcó. Ella y Reacher se bajaron y caminaron hasta la puerta. Solo dos de los tipos estaban en sus escritorios. Ningún rastro de Isaac Mehay-Byford. Solo Julian Harvey Wood y Gino Vettoretto. Harvard y Yale. Suficientemente bueno. Saludaron a Reacher y le dieron la mano a Abby y dijeron que era un placer conocerla.

Reacher dijo:

—¿Qué pasa si Max Trulenko tiene dinero escondido en alguna parte?

—Esa es la teoría de Isaac —dijo Gino.

—Siempre corre algún rumor como ese —dijo Julian.

—Creo que esta vez es cierto —dijo Reacher—. Anoche le mencioné el nombre de Trulenko al vigilante de seguridad de la puerta de donde trabaja Abby. Más o menos tres minutos después aparecieron cuatro tipos en dos coches. Lo cual fue una respuesta bastante impresionante. Era protección nivel platinum. Estos tipos no hacen nada si no es a cambio de efectivo. Por lo cual Trulenko les está pagando. Mucho dinero, para tener a cuatro hombres en dos coches en tres minutos. De modo que todavía tiene dinero propio.

—¿Qué sucedió con los cuatro hombres? —preguntó Gino.

—Me perdieron la pista —dijo Reacher—. Pero por el camino creo que pueden haber demostrado el punto de Isaac.

—¿Sabes dónde está Trulenko? —preguntó Julian.

—No exactamente.

—Necesitaríamos una dirección, para entregar los papeles. Y para que le congelen su cuenta bancaria. ¿Cuánto dinero crees que tiene?

—No tengo ni idea —dijo Reacher—. Más que yo, seguro. Más que los Shevick, no tengo ninguna duda.

—Supongo que le podríamos demandar por cien millones de dólares, y arreglar por lo que sea que le quede. Con un poco de suerte va a ser suficiente.

Reacher asintió. Después preguntó lo que había ido a preguntar. Dijo:

—¿Cuánto tardaría todo eso?

—Nunca irían a los tribunales —dijo Gino—. No se lo pueden permitir. Saben que perderían. Llegarían a un acuerdo antes de ir a juicio. Nos rogarían que se lo permitiéramos. Sería de abogado a abogado, ida y vuelta, mayormente vía *e-mail*. La única cuestión sería permitir que Trulenko se quedase con algo, como para que no tenga que vivir debajo de un puente por el resto de su vida.

—¿Cuánto tardaría todo eso? —preguntó otra vez Reacher.

—Seis meses —dijo Julian—. Definitivamente no más que eso.

La ley se mueve despacio, había dicho Maria Shevick, más de una vez.

—¿No hay manera de acelerarlo?

—Eso es acelerarlo.

—Vale —dijo Reacher—. Salud a Isaac de mi parte.

Regresaron al Toyota a paso rápido. Estaba todavía allí. Inadvertido, inobservado, sin vigilancia y sin multa. Se subieron. Abby dijo:

—Es como si una película estuviera avanzando a cámara lenta, y la otra estuviera pasando a toda velocidad.

Reacher no dijo nada.

La casa de Abby estaba cerca en términos de distancia física, pero estaba a la distancia de tres lados de un cuadrado en términos de las calles con un solo sentido. Llegaron desde el norte.

Había un coche en la puerta.

Aparcado junto al bordillo. Un Lincoln negro, mirando hacia el lado contrario. Tenía cristales oscuros en el compartimento de atrás. Desde cierta distancia era imposible saber quién estaba en el interior.

—Detén el coche —dijo Reacher.

Abby lo detuvo treinta metros al norte del Lincoln.

Reacher dijo:

—En el peor de los casos hay dos tipos en el interior y apuesto a que el pestillo está echado.

—¿El Ejército qué te diría que hicieras?

—Hacer fuego con munición perforante en cantidades suficientes como para suprimir la resistencia. Y después hacer fuego con trazadoras al tanque de gasolina en cantidades suficientes como para suprimir la evidencia.

—No podemos hacer eso.

—Lamentablemente. Pero más vale que hagamos algo. Esa es tu casa. Están metiendo las narices donde no les corresponde.

—Es más seguro ignorarlos, sin duda.

—Solo a corto plazo —dijo Reacher—. No podemos permitir que todo sea como ellos quieren. Tenemos que enviar un mensaje. Se están pasando de la raya. Le sonsacaron tu dirección a una pareja inocente con gusto suficiente como para contratarte a ti y contratar a esa banda. Tienen que saber que hay ciertas cosas que no deberían hacer. Y tienen que saber que se están metiendo con la gente equivocada. Los tenemos que asustar un poco.

Abby se quedó un instante en silencio.

—Estás loco —dijo—. Eres uno solo. No puedes enfrentarte a ellos.

—Alguien lo tiene que hacer. Estoy acostumbrado. Fui policía militar. Me tocaban los peores trabajos.

Ella se quedó otro instante en silencio.

—Tu preocupación es que el pestillo esté echado —dijo ella—. Porque si es así, no puedes llegar hasta ellos.

—Correcto —dijo Reacher.

—Podría dar la vuelta a la manzana y entrar por la puerta trasera. Podría encender todas las luces del interior. Eso podría hacer que se bajaran del coche.

—No —dijo Reacher.

—Vale, podría dejar las luces apagadas y al menos coger mis cosas.

—No —dijo otra vez Reacher—. Por el mismo motivo. Ellos podrían estar esperando en el interior. El coche podría estar vacío. O uno y uno.

—Eso es siniestro.

—Te lo he dicho. Hay ciertas cosas que no deberían hacer.

—Podría vivir sin mis cosas. O sea, tú lo haces. Claramente es posible. Podría ser parte del experimento.

—No —dijo otra vez Reacher—. Este es un país libre. Si quieres tus cosas, deberías tenerlas. Y si ellos necesitan un mensaje, deberían recibirlo.

—Vale, por mí está bien. ¿Pero cómo lo hacemos?

—Eso depende de cuán experimental quieras ser.

—¿Qué quieres que haga?

—Estoy bastante seguro de que va a funcionar.

—¿Qué cosa?

—Pero probablemente haga que te preocupes antes de tiempo.

—Ponme a prueba.

—Idealmente me gustaría que condujeras el coche hasta detrás del Lincoln y que le dieras un pequeño empujón en el parachoques trasero avanzando más o menos a paso humano.

—¿Por qué?

—El pestillo se va a abrir. Para los servicios de emergencia. El coche va a creer que está en un accidente leve. Hay algún aparatito por ahí en algún lugar. Un mecanismo de seguridad.

—De modo que luego tú puedes abrir las puertas desde afuera.

—Ese sería el primer objetivo táctico. Todo lo demás vendría por añadidura.

—Podrían tener armas.

—Solo durante un tiempo limitado. Después del cual las tendría yo.
—¿Qué sucede si están dentro de la casa?
—Supongo que podríamos prender fuego al coche. Eso enviaría un mensaje.
—Eso es una locura.
—Hagamos las cosas de una en una.
—¿Mi coche se va a romper?
—Tiene parachoques reglamentarios. Debería bastar con ir a no más de diez kilómetros por hora. Es posible que necesites otra brida de seguridad.
—Vale —dijo ella.
—Recuerda mantener el pie en el embrague. La idea es que el coche no se apague. La idea es que estés lista para alejarte marcha atrás.
—¿Y después qué?
—Aparcas y vas a recoger tus cosas, mientras yo les digo a los tipos del coche qué es lo que tienen que hacer.
—¿Que es qué?
—Seguirte hasta algún lugar dudoso al este de la calle Center. Después de eso queda en sus manos.
Ella se quedó en silencio durante otro rato.
Después asintió. Un balanceo de su pelo corto negro. Un brillo en el ojo. Una sonrisa en los labios, medio seria, medio entusiasmada.
—Vale —dijo ella de nuevo—. Hagámoslo.

En ese momento la mano derecha de Gregory estaba repasando lo poco que sabía. Estaba en la oficina del interior, sentado en el escritorio al otro lado de su jefe. Un lugar que era intimidante. El escritorio era enorme, tallado decorativamente en madera color caramelo. La silla del escritorio era enorme, de cuero capitoné verde. Detrás de la silla había una biblioteca alta y grande, a juego con el escritorio. En conjunto imponente. No era un lugar cómodo en el cual estar, a la hora de contar una historia confusa.

Dijo:

—Ayer a las seis de la tarde Aaron Shevick era un don nadie grande, feo e inútil devolviendo un préstamo. A las ocho de la noche era un don nadie grande, feo e inútil obteniendo un nuevo préstamo. Pero a las diez era distinto. Era un hombre dando vueltas por la ciudad, disfrutando de una banda, ligando con una camarera, comiendo *pizzas* diminutas y bebiendo cafés de seis dólares. Después al salir del bar era distinto otra vez. Era un tipo duro hablando de Max Trulenko. Es como tres personas en una. No tenemos ni idea de quién es realmente.

—¿Tú quién crees que es? —preguntó Gregory.

Su hombre no respondió. En cambio dijo:

—Mientras tanto pudimos conseguir su último domicilio conocido. Pero no estaba allí. Se mudó hace un año. Los nuevos inquilinos son una pareja mayor de jubilados que se llaman Jack y Joanna Reacher. Su nieta estaba de visita. El nombre de ella es Abigail Reacher. Salvo que no lo es. Su nombre es Abigail Gibson. Es la camarera con la que estaba ligando Shevick anoche. Lo sabemos todo de ella. Es una persona problemática.

—¿En qué sentido?

—Hace más o menos un año le contó a la policía algo que vio. Lo arreglamos. Le mostramos el error en sus modos de proceder. Prometió cambiar, lo cual es la razón de que la dejáramos seguir trabajando.

Gregory flexionó el cuello hacia la izquierda, y lo mantuvo allí, y hacia la derecha, y lo mantuvo allí. Como si le doliera. Dijo:

—Pero ahora está ligando con Shevick, y se aparece en su último domicilio conocido con un nombre falso.

—Y la cosa empeora —dijo su hombre—. La abuela Reacher estuvo en nuestra casa de empeños esta mañana, pero firmó con el apellido Shevick.

—¿En serio?

—Maria Shevick.

—Y después apareció en el último domicilio conocido de Aaron Shevick.

—No tenemos ni idea de quiénes son realmente estas personas.

—¿Tú quiénes crees que son? —preguntó otra vez Gregory.

—No llegamos hasta aquí por ser estúpidos —dijo su hombre—. Deberíamos considerar cada una de las posibilidades. Empezar por Abigail Gibson. Vamos a tener un nuevo comisario general de policía. Quizás esté leyendo los expedientes por adelantado. El nombre de ella está ahí. Quizás se puso en contacto. Quizás puso al tío grande en la calle a trabajar con ella.

—No es comisario general todavía.

—Con más razón. Nosotros creemos que todavía estamos a salvo.

—¿Crees que Shevick es policía? —dijo Gregory.

—No —dijo su hombre—. Conocemos a los policías. Habríamos escuchado algo. Alguien nos lo habría contado.

—¿Entonces quién es?

—Quizás es del FBI. Quizás el departamento de policía pidió ayuda externa.

—No —dijo Gregory—. Un comisario general nuevo no haría eso. Querría que el trabajo lo hiciera su propia gente. Querría toda la gloria para él.

—Entonces quizás es un expolicía o un exFBI y Dino lo contrató para que se metiera en nuestros asuntos.

—No —dijo otra vez Gregory—. Es lo mismo que con el comisario general nuevo. Dino no contrataría ayuda externa. No confía en nadie lo suficiente. Como nosotros.

—¿Entonces quién es?

—Es un tipo que pidió dinero prestado y después preguntó por Max. Lo cual coincidió en que es una combinación rara.

—¿Qué quieres que hagamos con él?

—Vigilad la casa que habéis encontrado —dijo Gregory—. Si vive allí, va a aparecer antes o después.

Abby se dejó puesto el cinturón de seguridad. Reacher se quitó el suyo. Apoyó firmemente la mano contra el salpicadero. Ella metió la primera marcha en la palanca de cambios.

—¿Preparado? —dijo ella.

—A paso humano —dijo él—. Va a parecer muy rápido cuando estés ahí. Pero no desaceleres. Quizás mejor que cierres los ojos en el último tramo.

Ella se apartó del bordillo y avanzó calle abajo.

VEINTE

Por regla general se calcula que el paso humano es de más o menos unos cinco kilómetros por hora, que son ochenta y tres metros por minuto, por lo que al Toyota blanco y maltrecho le llevó veinte agonizantes segundos enteros cubrir la distancia hasta el Lincoln aparcado. Abby lo colocó en línea e inspiró de un modo nervioso y retuvo el aire y cerró los ojos. El Toyota avanzó sin control y chocó fuerte contra el parachoques trasero del Lincoln. A paso humano, pero pese a ello un impacto importante y ruidoso. Abby salió despedida hacia delante contra su cinturón de seguridad. Reacher colocó las dos manos sobre el salpicadero. El Lincoln se sacudió treinta centímetros hacia delante. El Toyota rebotó treinta centímetros hacia atrás. Reacher se abalanzó hacia fuera, un paso rápido, dos, tres, directo hacia la puerta trasera de la derecha del Lincoln. Tiró del tirador.

El aparatito de seguridad había cumplido su función.

La puerta se abrió. En el interior había dos tipos. Codo con codo en la parte delantera, sin cinturones de seguridad, reclinados, cómodos hacía poco, ahora un poco sacudidos y revueltos. Sus cabezas se habían vuelto a quedar en reposo sobre los respaldos de los asientos, lo cual las dejaba a la altura de la cintura de Reacher mientras se deslizaba detrás de ellos, algo que las hacía fáciles de coger, una en cada mano, lo cual las hacía fáciles de estrellar una contra la otra como hace el que está detrás en las orquestas con los címbalos. Y otra vez, después de rebotarlas un poco más, y a continuación con toda la potencia hacia delante, el tipo de la izquierda contra el borde del volante, y el tipo de la derecha contra la curva del salpicadero encima de la guantera.

Luego vinieron las dos manos dentro de sus americanas, inclinándose por encima de sus hombros desde el compartimento de atrás, buscando, encontrando correas de cuero, y sobaqueras, y pistolas, que cogió. No encontró nada más en las pretinas, y al inclinarse completamente hacia delante, no encontró nada más que estuviera sujeto en sus tobillos.

Se sentó. Las pistolas eran dos H&K P7. Equipamiento de policía alemana. Bellamente fabricadas. Casi delicadas. Pero también aceradas y con bordes duros. O sea que masculinas.

Reacher dijo:

—Ahora despiertaos, chicos.

Esperó. Por la ventanilla vio que Abby cruzaba la puerta y entraba a su casa.

—Despiertaos, chicos —dijo otra vez.

Y eso hicieron, más bien rápido. Volvieron en sí groguis y pestañeando, mirando alrededor,

intentando recomponer la situación.

—Este es el trato —dijo Reacher—. Viene con incentivo. Me vais a llevar hacia el este. Durante el recorrido os voy a hacer preguntas. Si me mentís, cuando lleguemos ahí os entrego a los albaneses. Si me decís la verdad, me bajo y me voy y os dejo dar la vuelta y volver a casa ilesos. Ese es el incentivo. O lo cogéis o lo dejáis. ¿Está claro?

Vio que Abby salía de su casa, con una mochila llena. La cargó a través de la acera hasta el coche. La echó en la parte de atrás. Se subió delante.

Dentro del Lincoln el tipo que estaba al volante se cogió de la cabeza y dijo:

—¿Estás loco? Ni siquiera veo bien. Ahora mismo no puedo llevarte a ningún sitio.

—No puedo no es una opción —dijo Reacher—. Mi consejo es que hagas tu mejor esfuerzo.

Bajó la ventanilla y sacó el brazo y le indicó a Abby que avanzara y se pusiera delante para que ellos la siguieran. Observó su maniobra dubitativa. El parachoques delantero del Toyota ya no estaba horizontal. Colgaba en diagonal, mucho más bajo de lo que debería haber estado. La esquina del lado del copiloto estaba a menos de cinco centímetros de ir rozando el asfalto. Quizás se iban a precisar dos bridas de seguridad. Probablemente tres.

—Sigue a ese coche —dijo él.

El tipo que iba al volante en el Lincoln arrancó tan torpemente como un principiante. A su lado su compañero giró la cabeza tanto como lo permitía un cuello acalambrado y miró por el rabillo del ojo, directo a Reacher.

Que no dijo nada. Por delante el Toyota blanco y maltrecho avanzaba a buen ritmo. Dirigiéndose hacia el este por las calles transversales. El Lincoln lo seguía por detrás. El tipo al volante empezó a conducir mejor. Mucho más regular.

Reacher dijo:

—¿Dónde está Max Trulenko?

Al principio ninguno de los dos habló. Después el tipo con el cuello dolorido dijo:

—Eres un tramposo de tres al cuarto.

—¿Y eso por qué? —dijo Reacher.

—Lo que nos harían los nuestros si te dijésemos dónde está Trulenko es peor que cualquier cosa que nos pudieran hacer los albaneses. Lo cual hace que sea una opción falsa. No es un incentivo. Además de que nosotros somos gente que se sienta en coches y vigila puertas. ¿Crees que les dirían a unos tíos como nosotros dónde está Trulenko? De modo que la verdadera respuesta es que no lo sabemos. Que tú dirás que es mentira. Lo cual lo convierte en otra opción falsa, no en un incentivo. Así que haz lo que tengas que hacer. Solo ahórranos por el camino las chorradas piadosas.

—Pero sabéis quién es Trulenko.

—Claro que lo sabemos.

—Y sabéis que alguien lo está escondiendo en algún lugar.

—Sin comentarios.

—Pero no sabéis dónde.

—Sin comentarios.

—Si vuestra vida dependiera de ello, ¿dónde buscaríais?

El tipo del cuello no respondió. Entonces sonó el teléfono móvil del conductor. En su bolsillo. Un tono alegre de marimba, retintineando, una y otra vez, amortiguado. Reacher pensó

en advertencias en código y alertas SOS secretas, y dijo:

—No contestes.

—Vendrán a buscarnos —dijo el conductor.

—¿Quiénes?

—Mandarán a un par de hombres.

—¿Cómo vosotros dos? Ahora sí que tengo miedo.

No hubo respuesta. El teléfono dejó de sonar.

Reacher preguntó:

—¿Cómo se llama vuestro jefe?

—¿Nuestro jefe?

—No el jefe de estar sentado en coches vigilando puertas. El mandamás. El *capo di tutti capí*.

—¿Eso qué quiere decir?

—Es italiano —dijo Reacher—. El jefe de todos los jefes.

No hubo respuesta. No al principio. Se miraron entre sí, como intentando compartir una decisión muda. ¿Hasta dónde podían llegar? Por un lado, *omertá*. También italiano. Un código de silencio absoluto. Un código según el cual se vive, y por el cual se muere. Por el otro lado, en ese momento estaban en serios problemas. Personal e individualmente. En el mundo real, aquí y ahora. Morir por un código estaba genial en la teoría. En la práctica las cosas eran distintas. En ese momento el número uno de su lista de cosas que hacer no era el sacrificio honorable o glorioso, sino vivir lo suficiente como para poder volver a casa.

—Gregory —dijo el tipo del cuello.

—¿Ese es su nombre?

—En inglés.

Después se volvieron a mirar entre sí. Unas miradas distintas. Una deliberación nueva.

—¿Hace cuánto que estáis por aquí? —preguntó Reacher. Porque los quería volver a encarrilar. Porque contestar preguntas después de un tiempo acababa volviéndose un hábito. Empiezas con las fáciles, y luego avanzas hacia las difíciles. Una técnica básica de interrogatorio. Otra vez los dos tipos compartieron una mirada, buscando el permiso del otro. Por un lado, y por el otro lado.

—Hace ocho años que estamos por aquí —dijo el conductor.

—Vuestro inglés es bastante bueno.

—Gracias.

Después sonó el teléfono del otro tipo. El tipo del cuello. También en su bolsillo. Igualmente amortiguado, pero un tono distinto. Una reproducción digital de la campanilla de un teléfono eléctrico viejo, como el del bar del préstamo de dinero, en la pared por detrás del tipo gordo, un repiqueteo largo y apagado y triste, y después otro.

—No atiendas —dijo Reacher.

—Nos pueden rastrear a través de los teléfonos —dijo el tipo.

—No importa. No pueden reaccionar lo suficientemente rápido. Mi conjetura es que en dos minutos esto ya va a haber terminado. Vosotros vais a estar camino a casa de todos modos.

Un tercer repiqueteo amortiguado, y un cuarto.

—O no —dijo Reacher—. Quizás en dos minutos os tengan los albaneses. Cualquiera de las

dos cosas va a suceder rápido.

Más adelante el Toyota desaceleró y aparcó junto al bordillo. El Lincoln se detuvo detrás. En un bloque de edificios de ladrillo viejo y aceras de ladrillo viejo y ladrillos viejos en la calle que se veían por los agujeros del asfalto. Dos tercios de los edificios estaban abandonados y tapiados, y el tercio abierto no parecía estar llevando a cabo ninguna clase de negocio respetable. *Algún lugar dudoso al este de la calle Center*. Abby había elegido bien.

El teléfono dejó de sonar.

Reacher se inclinó mucho hacia delante y apagó el motor y sacó la llave. Se volvió a sentar. Ellos se dieron la vuelta para mirarlo. Una P7 en la mano izquierda y la llave del coche en la derecha.

Dijo:

—Si vuestra vida dependiera de ello, ¿dónde buscaríais a Max Trulenko?

No hubo respuesta. Más miradas. De ambas clases. Primero ansiosas y frustradas, estilo entre la espada y la pared, como antes, y luego distintas. La nueva deliberación.

El tipo del cuello dijo:

—Sospecharán de nosotros. Querrán saber cómo ha sido que nos trajeron hasta aquí y después nos dejaron ir.

—Estoy de acuerdo, es un asunto de apreciación.

—Ese es el problema. Asumirán que entregamos algo a cambio.

—Decidles la verdad.

—Eso sería un suicidio.

—Una versión de la verdad —dijo Reacher—. Cuidadosamente seleccionada y comisariada. Con algunas partes eliminadas. Pero todo absolutamente cierto en sí mismo. Decidles que una mujer salió por la puerta que estabais vigilando, con una mochila, y se subió a un coche, y vosotros la seguisteis hasta aquí. Dadles cualquier dirección de este bloque. Decidles que supusisteis que si Gregory pensaba que valía la pena vigilar la casa, seguramente le gustaría saber dónde se estaba escondiendo ahora la ocupante desaparecida. Mostraos un poco inocentes. Recibiréis una palmadita en la cabeza y una estrellita por la iniciativa.

—¿Sin mencionarte a ti para nada? —dijo el conductor.

—Siempre es más seguro de ese modo.

Más miradas entre sí. Buscando huecos en la tapadera. Sin encontrar ninguno. Después dándose la vuelta y mirando otra vez a Reacher. El arma firme en su mano izquierda, la llave del coche diminuta en la derecha.

—¿Por dónde empezaría a buscar un tipo sensato? —dijo.

Los dos tipos se dieron la vuelta hacia delante y se volvieron a mirar entre sí, todavía inquietos, pero después con más coraje, y con más coraje todavía, mientras se convencían de hacerlo. No les estaban pidiendo hechos, después de todo. No les habían confiado hechos. No a gente servil como ellos. Se les estaba pidiendo una opinión. Eso era todo. ¿Dónde buscaría un tipo sensato? Pura especulación hipotética. Comentario de un tercero. Solo conversación amable, realmente. Y por supuesto halagador, para una persona servil, que se le pidiera una opinión.

Reacher observó el proceso. Vio cómo se formaba el coraje. Vio cómo se ponían firmes las mandíbulas, cómo se inhalaba el aire, cómo se llenaban los pulmones. Preparados para hablar, tanto física como figuradamente. Pero preparados también para otra cosa. Algo malo. La nueva

deliberación. Una idea loca. Salía de ellos como si fuese un olor. Todo era culpa suya. Completamente. Por dar una opción falsa. El tipo tenía razón. Y por la pregunta sobre el capo. Sin duda una figura temible, capaz de castigos tremendos. Y por el final feliz de la tapadera. La palmadita en la cabeza y la estrellita. Palabras equivocadas que decir a personas frustradas y ambiciosas. Les hizo pensar. Las palmaditas en la cabeza y las estrellitas estaban muy bien, pero estaban mejor todavía los ascensos y el estatus, y después de ocho largos años lo mejor de todo sería dejar de una vez por todas de estar sentados en coches vigilando puertas. Querían subir escalones. Para lo cual sabían que se necesitaría algo más que seguir a una chica a una dirección. Necesitarían un logro más grande.

Atrapar a Aaron Shevick cualificaría. Que era quien ellos creían que era, obviamente. Habían recibido mensajes al móvil, como todos. La descripción y la foto. No le habían preguntado quién era. La mayoría lo habría hecho. Dirían: ¿quién coño eres? ¿Qué quieres? Pero estos tipos no habían mostrado ninguna curiosidad. Porque ya lo sabían. Era un tipo sobre el cual habían recibido mensajes. Por lo tanto importante. Por lo tanto un premio. Por lo tanto ideas locas.

Era su culpa.

No lo hagáis, pensó.

En voz alta dijo:

—No lo hagáis.

—¿Que no hagamos qué? —dijo el conductor.

—No hagáis nada estúpido.

Hicieron una pausa. Supuso que iban a empezar diciéndole algo que fuera verdad. Demasiado complicado coordinar una mentira con miradas silenciosas. Sería como una trampa. Sería algo que requiriese un par de segundos de pensar, y después la cuidadosa formulación de la siguiente pregunta. Todo para tenerle momentáneamente preocupado. Para darles tiempo de echársele encima. El tipo del cuello aterrizaría desde delante con un movimiento de sacacorchos con el pecho sobre el brazo izquierdo de Reacher, y sus caderas sobre el brazo derecho, tras lo cual el conductor llegaría a la parte superior y atacaría su cabeza indefensa. Con el teléfono móvil, y el borde hacia delante, si tenía algo de juicio, y ningún tipo de inhibición en cuanto a hacer pedazos una pieza electrónica de precisión. Algo que la mayor parte de la gente estaba dispuesta a hacer, según la experiencia de Reacher, cuando sus vidas dependían de ello.

No lo hagáis, pensó.

En voz alta dijo:

—¿Dónde buscaríais a Max Trulenko?

—En el lugar en el que trabaja, por supuesto —dijo el conductor.

Reacher puso una cara inexpresiva por un momento, pero por dentro no estaba pensando en nada, ni formulando la siguiente pregunta. Simplemente estaba esperando. El tiempo pasaba en pulsos de un cuarto de segundo, como en un corazón acelerado, al principio nada, después todavía nada, después el tipo del cuello lanzándose, duro y torpe, los brazos hacia delante, los pies empujando el suelo, la espalda arqueada, aspirando a lograr que la mayor parte de su volumen pasara el punto de no retorno, como para que incluso si aterrizaba en el respaldo del asiento la gravedad hiciera el resto del trabajo, lanzándolo sobre el regazo de Reacher, de una manera poco digna pero igual de efectiva.

No llegó al punto de no retorno.

Reacher clavó el arma contra el respaldo y disparó al tipo a través del asiento. Después repelió con el codo el cuerpo que le caía. Una especie de golpe doble. Uno, dos, disparo, codo. El tiro sopó fuerte, pero no tremendo. El interior del grueso relleno del asiento del Lincoln había operado como un enorme silenciador. Lana y pelo de caballo de todo tipo allí dentro. Todo tipo de relleno de algodón. Absorción natural. Un problema menor. Parte de todo eso se había prendido fuego. Además el conductor se estaba inclinando hacia delante, hacia abajo, tanteando debajo del salpicadero cerca de sus espinillas. Para después volver a levantarse y girarse. En la mano tenía una diminuta arma de bolsillo. Quizás rusa. Bien asegurada con velero fuera de la vista. Reacher le disparó a través del respaldo de su asiento. Que también se prendió fuego. Un cartucho de nueve milímetros. El cañón firme contra el relleno, una explosión masiva de gases supercalentados. Quizás nunca tenido en cuenta, durante el proceso de diseño del Lincoln.

Reacher abrió la puerta y se deslizó afuera hacia la acera. Se guardó las armas en los bolsillos. El aire fresco se coló dentro del coche y los fuegos diminutos se avivaron. No había nada más un fuego leve. Había llamas de verdad. Pequeñas, como las uñas de una señora, bailando en el interior de los asientos.

—¿Qué ha pasado? —dijo Abby.

Estaba de pie junto a su coche, muy quieta, sobre la acera, mirando hacia dentro por el parabrisas del Lincoln.

—Demostraron una lealtad extraordinaria hacia una organización que no parece tratarles demasiado bien —dijo Reacher.

—¿Les has disparado?

—Defensa propia.

—¿Cómo?

—Pestañearon primero.

—¿Están muertos?

—Quizás tengamos que darles un minuto más. Depende de cuán rápido estén sangrando.

—Nunca antes me había pasado algo así —dijo ella.

—Lamento que te haya tenido que pasar —dijo él.

—Has matado a dos personas.

—Les advertí. Les dije que no lo hicieran. Todas mis cartas estaban sobre la mesa. Ha sido más bien como un suicidio asistido. Piensa en ello como algo así.

—¿Lo has hecho por mí? —preguntó ella—. Te dije que quería que los destrozaras.

—No tenía ningunas ganas de hacerlo —dijo él—. Quería mandarlos a sus casas, sanos y salvos. Pero no. Lo hicieron lo mejor que pudieron. Supongo que hicieron lo mismo que yo hubiera hecho. Aunque espero que yo lo hubiera hecho mejor.

—¿Qué deberíamos hacer al respecto?

Las llamas se alzaban hacia arriba. El vinilo de los respaldos burbujeaba y se resquebrajaba y se despellejaba, como la piel.

—Deberíamos subirnos a tu coche e irnos —dijo Reacher.

—¿Así tal cual?

—Para mí todo es cuestión de dar la vuelta la tortilla. ¿Qué harían por mí? Eso es lo que decide dónde está la vara de medir.

Ella se quedó un instante en silencio.

Después dijo:

—Vale, sube al coche.

Condujo ella. Él se sentó en el asiento del copiloto. Su peso extra en ese lado hacía que la suspensión bajara lo suficiente como para que el recién desprendido parachoques del viejo Toyota chocara contra el asfalto de vez en cuando, de manera impredecible e irregular, como un código Morse espaciado tocado con un bombo, a lo largo de todo su recorrido.

VEINTIUNO

A nadie se le ocurriría llamar a la policía por un coche incendiado en un bloque dos tercios abandonado en el lado este de la ciudad. Una cosa así era obviamente un asunto privado de alguna persona, y obviamente era mejor que se quedara así. Pero a mucha gente se le ocurriría llamar a la gente de Dino. Siempre. Con cualquier cosa que pudiera llegar a servir. Pero especialmente con noticias como esta. Les podía hacer avanzar. Les podía dar un nombre. Algunos hicieron peligrosas inspecciones desde muy cerca, resguardándose del calor. Vieron cuerpos que se calcinaban en el interior. Apuntaron la matrícula del vehículo, antes de que las llamas la consumieran.

Llamaron a la gente de Dino y les dijeron que era un coche ucraniano en llamas. Era la clase de Lincoln que usaban al oeste de Center. Hasta donde todo el mundo había podido ver los cuerpos que estaban en el interior tenían puestos traje y corbata. Lo cual era la práctica estándar por allí. Parecía que les habían disparado por la espalda. Lo cual era la práctica estándar en todas partes. Caso cerrado. Eran el enemigo.

Y en ese punto Dino mismo se hizo cargo.

—Dejad que arda —dijo.

Mientras el coche ardía, Dino reunió a su consejo interno. En la parte trasera del almacén de maderas. Lo cual a algunos de ellos no les gustó, porque la madera era combustible, y en algún lugar algo en ese momento estaba en llamas. Quizás echando chispas. Pero fueron todos. Su mano derecha, y sus otros cabecillas. No había opción.

—¿Hemos hecho esto nosotros? —preguntó Dino.

—No —dijo su mano derecha—. Esto no es nuestro.

—¿Estás seguro?

—A estas alturas ya todo el mundo sabe lo del salón de masajes. Todo el mundo sabe que estamos en cuatro a cambio de cuatro, estamos igualados, fin de la cuestión. No tenemos ningún rebelde, ni ningún disidente, ni asuntos privados. Lo garantizo. Habría escuchado algo.

—Entonces explicadme esto.

Nadie pudo.

—Al menos los detalles prácticos —dijo Dino—. Si no se puede explicar el significado concreto.

Uno de sus hombres dijo:

—Quizás vinieron a nuestro territorio a tener una reunión. Su contacto les estaba esperando en la acera. Se subió en el asiento de atrás para conversar. Pero en cambio les disparó. Quizás tiró un trapo en llamas al interior.

—¿Cómo que un contacto esperando en la acera?

—No sé.

—¿Alguien local?

—Probablemente.

—¿Uno de los nuestros?

—Podría ser.

—¿Una especie de chivato?

—Es posible.

—¿Tan anónimo que nunca antes nos dimos cuenta? ¿Tan furtivo que se escapó de nuestra mira todos estos años? No lo creo. Creo que un informante así de inteligente esperaría en una cafetería de la calle Center. Estaría hablando con un chico cualquiera con una sudadera con capucha. No dejaría que se le acercaran dos hombres de traje en un Lincoln Town Car. Ni siquiera a un millón de kilómetros. Sobre todo no tan al interior de esta parte de la ciudad. Sería lo mismo que publicar una confesión en el periódico. Así que no fue una reunión.

—Vale.

—¿Y por qué les dispararía?

—No sé.

—Entonces el que les disparó debe haber estado todo el rato en el asiento de atrás. Llegaron hasta aquí en el coche los tres juntos —dijo otro de los tipos.

—Por lo cual el que les disparó es uno de ellos.

—Tiene que serlo. No dejas que un hombre armado viaje detrás de ti a no ser que lo conozcas.

—¿Dónde está ahora?

—Se bajó y quizás un segundo coche lo recogió. Uno anónimo. No otro Lincoln. Alguien lo habría visto irse.

—¿Cuánta gente en el segundo coche?

—Dos, estoy seguro. Siempre trabajan en parejas.

—Por lo cual en conjunto no era una operación pequeña —dijo Dino—. Tiene que haber requerido una cierta cantidad de recursos, y planeamiento, y coordinación. Y discreción. Cinco hombres vinieron en coche hasta aquí. Asumo que dos no sabían lo que estaba por suceder.

—Supongo que no.

—¿Pero por qué sucedió? ¿Cuál era el objetivo estratégico?

—No sé.

—¿Por qué prendió fuego al coche?

—No sé —dijo otra vez el tipo.

Dino miró alrededor de la mesa. Preguntó:

—¿Estamos todos de acuerdo en que el que disparó estuvo todo el tiempo en el asiento de atrás, y que por lo tanto era uno de ellos?

Todos asintieron, la mayoría seriamente, como llegando a una conclusión importante vuelta inevitable por muchas horas de deliberación.

—Y luego, después de disparar a los hombres que iban delante, sabemos que prendió fuego al coche.

Más asentimientos, esta vez más rápidos y más bruscos, porque algunas cosas eran evidentes.

—¿Y todo eso por qué? —preguntó Dino.

Nadie respondió.

Nadie pudo.

—Da una sensación como de mito y leyenda —dijo Dino—. Da una sensación muy simbólica. Como cuando los vikingos quemaban a sus guerreros en sus barcos. Como una pira funeraria ceremonial. Como un sacrificio ritual. Da la sensación de que Gregory nos está haciendo una ofrenda.

—¿De dos de sus hombres? —preguntó su mano derecha.

—La cantidad es significativa.

—¿En qué sentido?

—Estamos por tener un nuevo comisario general de policía. Gregory no se puede permitir combatir una guerra. Sabe que ha ido demasiado lejos. Ahora se está disculpando. Está haciendo las paces. Sabe que se ha equivocado. Ahora está intentando hacer lo correcto. Está haciendo que sea seis a cambio de cuatro, a nuestro favor. A modo de gesto. Para que no lo tengamos que hacer nosotros. Está demostrando que coincide con nosotros. Coincide con que nosotros deberíamos de quedar por delante en la cuenta.

Nadie respondió.

Nadie pudo.

Dino se puso de pie y salió. Los otros oyeron el ruido de sus zapatos a través de la oficina de más afuera, y a través del galpón de chapa acanalada. Oyeron que su chofer ponía el coche en marcha. Oyeron cómo el coche se alejaba. El patio se quedó en silencio.

Al principio nadie habló.

Después alguien dijo:

—¿Una ofrenda?

Silencio por un momento.

—¿Lo ves de otra manera? —preguntó la mano derecha.

—Nosotros nunca haríamos algo así. Por lo tanto Gregory tampoco. ¿Por qué lo haría?

—¿Crees que Dino está equivocado?

Una pregunta enorme, peligrosa.

El tipo miró a todo su alrededor.

—Creo que Dino está perdiendo la cabeza —dijo—. ¿Una pira funeraria vikinga? Es un disparate.

—Esas son palabras fuertes.

—¿Estás en desacuerdo con esas palabras?

Silencio otra vez.

Entonces la mano derecha negó con la cabeza.

—No —dijo—. No estoy en desacuerdo. No creo que fuera un sacrificio o una ofrenda.

—¿Entonces qué fue?

—Creo que fue una intromisión externa.

—¿De quién?

—Creo que alguien mató a esos hombres aquí para que Gregory nos culpe a nosotros. Nos va a atacar, nosotros le vamos a responder. Vamos a terminar destruyéndonos los unos a los otros. En beneficio de alguna otra persona. Para que alguna otra persona empiece a operar en ambos territorios. Creo que esa podría ser la intención.

—¿Quién? —preguntó otra vez el tipo.

—No lo sé. Pero lo vamos a averiguar. Después los vamos a matar a todos. Se han pasado totalmente de la raya.

—Dino no autorizaría eso. Cree que es una ofrenda. Cree que ahora todo es pura dulzura.

—No podemos esperar.

—¿No se lo vamos a decir? —preguntó el tipo.

La mano derecha se quedó un instante en silencio.

Después dijo:

—No, aún no. Solo nos retrasaría. Esto es demasiado importante.

—¿Ahora eres el nuevo jefe?

—Quizás. Si Dino realmente ha perdido la cabeza. Que por otra parte es lo que tú has dicho en primer lugar. Todos te han oído.

—No he querido faltar al respeto. Pero este es un paso muy grande. Mejor que estemos seguros de saber lo que estamos haciendo. Si no, es una traición. Del peor tipo. Nos matará a todos.

—Es momento de decidir de qué lado estamos —dijo la mano derecha—. Es momento para todos nosotros de hacer nuestras apuestas. O son rituales vikingos o es la oferta de compra de algún forastero. Lo cual nos matará a todos más rápido de lo que podría matarnos Dino.

El tipo no habló durante diez largos segundos.

Después dijo:

—¿Qué deberíamos hacer primero?

—Apagar el incendio. Llevar los restos del coche al desguace. Después empezar a preguntar. Entraron dos coches. Uno era un Lincoln grande y brillante. Alguien se va a acordar del otro. Lo encontraremos, y encontraremos al hombre que iba en ese coche, y haremos que nos diga para quién trabaja.

En ese momento Reacher estaba a cuatro calles de allí, en un salón que daba a la fachada de una casa adosada maltrecha propiedad de un músico que se llamaba Frank Barton. Barton era el amigo de Abby al este de la ciudad. También presente en la casa estaba el inquilino de Barton, un hombre llamado Joe Hogan, en algún momento marino de los Estados Unidos, ahora también músico. Batería, para ser exactos. Su set ocupaba la mitad de la sala. Barton tocaba el bajo. Su equipo ocupaba la otra mitad. Cuatro instrumentos en sus soportes, amplificadores, altavoces gigantes. Por aquí y por allí en medio del desorden había unos sillones estrechos, apenas tapizados con unas telas manchadas y andrajosas. Reacher estaba en uno, Abby estaba en otro, y Barton estaba en el tercero y último. Hogan estaba sentado en la banqueta de su batería. El Toyota blanco estaba aparcado al otro lado de la ventana.

Barton dijo:

—Esto es una locura. Conozco a esos tipos. Toco en los clubs que hay por allí. Ellos jamás

olvidan. Abby no puede volver por allí, nunca más.

—A no ser que encuentre a Trulenko —dijo Reacher.

—¿Eso en qué puede ayudar?

—Creo que una derrota de esa magnitud puede cambiar las cosas un poco.

—¿Cómo?

Reacher no respondió.

—Quiere decir que el único camino para llegar a un objetivo importante como Trulenko va a ser accediendo directamente a los niveles más altos de la organización —dijo Hogan—. Por lo cual los supervivientes que queden después van a ser solo lacayos de bajo nivel corriendo por ahí como pollos sin cabeza. Los albaneses se los van a comer crudos. Se van a quedar con toda la ciudad. Lo que érase una vez importaba a los ucranianos ya no importará nada. Porque los ucranianos van a estar todos muertos.

En algún momento marine de los Estados Unidos. Buena comprensión de estrategia.

—Esto es una locura —dijo otra vez Barton.

Seis oportunidades antes de que termine la semana, pensó Reacher.

VEINTIDÓS

La mano derecha de Gregory llamó a la puerta de la oficina interior y entró y se sentó frente al enorme escritorio. Habían desplegado dos hombres fuera de la casa de Abigail Gibson. Estaban desaparecidos. No contestaban a los teléfonos. El coche ya no estaba donde debería estar.

—¿Dino? —dijo Gregory.

—Quizás no.

—¿Por qué?

—Quizás nunca fue Dino. No la primera vez, en todo caso. Supusimos ciertas cosas. Ahora tenemos que mirar los hechos desde una nueva perspectiva. Piensa en los dos primeros, los del accidente en la concesionaria Ford. ¿Quién fue su último contacto conocido?

—Estaban haciendo una corroboración de domicilio.

—De Aaron Shevick. ¿Y a quién se le vio ligando con la camarera frente a cuya casa acaban de desaparecer otros dos hombres?

—Aaron Shevick.

—Una cosa así no es coincidencia.

—¿Quién es?

—Alguien le está pagando. Para que Dino y tú os tiréis el uno al cuello del otro. Para que nos destruyamos entre nosotros. Para que ese alguien se quede a cargo.

—¿Quién?

—Shevick nos lo dirá. Cuando lo encontremos.

Los albaneses remolcaron los restos humeantes del coche hasta el desguace, y entonces empezaron a preguntar. El consejo interno. Los cabecillas. Que no estaban acostumbrados a andar haciendo encuestas. La pregunta era bastante simple. ¿Vieron un convoy de dos vehículos, de los cuales uno era un Lincoln Town Car? A ellos nadie les mentía. De eso estaban muy seguros. La gente había visto lo que les pasaba a quienes les mentían. En vez de eso todos se rebanaron los sesos. Pero los resultados fueron decepcionantes. En parte porque el concepto de convoy a veces era difícil de interpretar. Durante las horas punta, por ejemplo, no había convoyes de dos coches. Había convoyes de ciento dos coches. En cualquier lugar del centro de

la ciudad, en las mejores horas, quizás de veintidós coches. ¿Quién podía saber qué dos eran el convoy en cuestión? La gente no quería dar la respuesta incorrecta. No cuando los que preguntaban eran los cabecillas.

Por lo que se encontró una manera distinta de hacer la misma pregunta. Rápidamente se llegó al acuerdo de que entre el tráfico había habido un puñado de Lincolns. Probablemente seis en total. Tres de ellos eran del tipo inmenso que solían conducir los ucranianos. Los cabecillas incentivaron descripciones detalladas de qué había habido por delante de cada uno de esos coches, y de qué había habido por detrás. Hubo un convoy de dos coches por allí en algún lugar.

Tres testigos distintos recordaron un pequeño sedán blanco con el parachoques delantero colgando. En cada uno de los testimonios iba delante de un Lincoln en específico, que parecía ir atento a los cambios de carril del sedán blanco y esas cosas, definitivamente como si lo estuviera siguiendo. Saliendo del oeste de la ciudad, en dirección al este.

El convoy de dos coches.

El pequeño sedán blanco era quizás un Honda. O la otra H. Hyundai. O quizás Kia. ¿Había alguna otra marca nueva? O quizás no era una marca nueva, porque era un coche bastante viejo. Podría haber sido un Toyota. Sí, eso.

Un Toyota Corolla. Base. Esa era la conclusión final. Los tres testigos coincidieron.

Nadie lo había visto irse.

Los cabecillas hicieron correr la voz. Todo el mundo atento. Un Toyota Corolla sedán viejo, con el parachoques delantero colgando. Informar de inmediato.

A esas alturas ya era casi de noche, una hora decente para los músicos para empezar el día. Hogan entró en calor con un ritmo 4/4 estable, usando el hi-hat, marcando con el platillo. Barton enchufó un Fender maltrecho y encendió su amplificador, zumbando y resonando. Tocó una base, fluctuante y sinuosa, bien pegada al bombo, acentuando el dos y el cuatro, empezando otra vez en el uno del nuevo compás. Reacher y Abby escucharon por un momento, y después se fueron a buscar el cuarto de invitados.

Estaba escaleras arriba en la parte frontal de la casa, un espacio pequeño sobre la puerta de calle, con una ventana redonda de vidrio ondulado que podría haber tenido cien años. El Toyota estaba directamente abajo. La cama era una *queen size*. La mesilla era un amplificador de guitarra viejo apoyado de lado. No había armario. Había en cambio una hilera de ganchos de latón, atornillados a la pared. Los golpes de la batería y del bajo rugían a través del piso.

—No está tan bien como tu casa —dijo Reacher—. Lo siento.

Abby no respondió.

Reacher dijo:

—Les pregunté a los tipos del Lincoln dónde estaba Trulenko. No lo sabían. Así que después les pedí su opinión sobre cuál sería un buen primer lugar para empezar a buscar. Dijeron que donde él trabaja.

—¿Pero trabaja?

—Debo admitir que no lo había pensado.

—Quizás a cambio de que lo escondan. Quizás después de todo no le queda dinero. Quizás está trabajando para eso.

—Sería una lata eso —dijo Reacher.

—¿Por qué otro motivo trabajaría?

—Quizás se estaba empezando a aburrir.

—Es posible.

—¿Qué tipo de trabajo haría él?

—Nada físico —dijo Abby—. Parecía un tipo bastante pequeño. Su foto aparecía en el periódico todo el tiempo. Era joven pero estaba perdiendo pelo y usaba gafas. No va a estar picando piedras en una cantera. Estará en una oficina por algún lado. Organizando sistemas de datos o algo así. En eso es en lo que era bueno. Su producto nuevo era una aplicación para teléfonos que conectaba tus signos vitales directamente con tu médico. En tiempo real, por si acaso. O algo así. O quizás tu reloj se conectaba al teléfono, y de ahí al médico. Nadie lo entendía en realidad. Pero en cualquier caso, Trulenko es una persona de escritorio. Alguien que trabaja con la cabeza.

—O sea que está en una oficina por algún lado en la parte oeste de la ciudad. Con un alojamiento muy cerca o integrado. Con vigilancia. Quizás un búnker bajo tierra. Con una sola entrada con cuello de botella, muy defendida. Nadie entra ni sale salvo caras conocidas y de confianza.

—Por lo cual no puedes acercarte a él.

—Estoy de acuerdo con que habrá un elemento de desafío.

—Más bien de imposibilidad.

—Lo imposible no existe.

—¿Cómo de grande tendría que ser el lugar?

—No lo sé —dijo Reacher—. Dos docenas de personas, quizás. O más. O menos. Alguna clase de centro neurálgico. Donde mandan todos los mensajes de texto. Dijiste que eran buenos con la tecnología.

—No puede haber muchos lugares apropiados.

—¿Ves? —dijo Reacher—. Ya estamos progresando.

—Da lo mismo, si no hay dinero ya.

—La gente para la que trabaja tendrá algo. Nunca he conocido a un gánster pobre.

—Los Shevick no pueden demandar a la gente que acaba de contratar a Trulenko. No tuvieron nada que ver con el tema. No es su culpa.

—Para entonces el espíritu de la ley puede llegar a parecer más importante que la letra.

—¿Lo robarías?

Reacher fue hasta la ventana y miró hacia abajo.

—El capo por allí es un tipo que se llama Gregory —dijo—. Le pediría que lo considerara una donación de caridad. Para una historia de mala suerte sobre la que oí hablar. Podría exponer un par de argumentos. Estoy seguro de que estaría de acuerdo. Y si se está beneficiando de alguna manera del trabajo de Trulenko, entonces de todos modos es casi lo mismo que quedarse con el dinero de Trulenko.

Abby se quedó con la mirada ausente, y se llevó la mano a la mejilla, como de manera automática.

—Escuché de Gregory —dijo—. Nunca lo conocí. Nunca ni siquiera lo vi.

—¿Cómo escuchaste de él?

No contestó. Solo negó con la cabeza.

—¿Qué te pasó? —dijo él.

—¿Quién dice que me pasó algo?

—Acabas de ver a dos hombres muertos. Ahora estoy hablando de amenazar a gente y robarles su dinero. Soy esa clase de persona. Estamos de pie junto a una cama doble. La mayoría de las mujeres a estas alturas ya estarían arrimándose a la puerta para salir. Tú no. Esta gente no te gusta nada de nada. Tiene que haber una razón.

—Quizás tú me gustas mucho.

—Tengo la esperanza —dijo Reacher—. Pero soy realista.

—Te lo contaré más adelante —dijo ella—. Quizás.

—Vale.

—¿Y ahora qué?

—Deberíamos ir a buscar tu mochila. Y deberíamos ir a mover el coche. No quiero que esté aparcado justo afuera. Ya lo vieron en la casa de Shevick. Alguna otra persona puede haberlo visto hoy viniendo hasta aquí. Deberíamos ir a dejarlo en algún lugar aleatorio. Siempre es más seguro así.

—¿Cuánto tiempo vamos a tener que vivir de esta manera?

—Yo vivo así todo el tiempo. Estaría muerto hace rato si no lo hiciera.

—Frank dijo que nunca voy a poder volver a casa.

—Y Hogan vio la manera en que sí.

—Si atrapas a Trulenko.

—Seis oportunidades antes de que termine la semana.

Volvieron a bajar pasando por entre el ritmo hondo del bajo, y siguieron al exterior hasta el coche. Abby forcejeó para sacar la mochila del asiento de atrás y volvió cargándola hasta el pasillo. Tras dejarla allí cerraron la puerta y se subieron al coche. Arrancó en el segundo intento y arrastró el parachoques en el giro apretado que tuvo que hacer para salir del lugar en el que estaba encajado. Anduvieron en zigzag por una ruta al azar, por diferentes partes del vecindario, algunas escuálidamente residenciales, algunas comerciales, incluyendo dos fachadas enteras dedicadas al sector de la construcción, incluyendo un depósito de materiales eléctricos, y un depósito de materiales de fontanería, y un almacén de maderas. Después la decadencia iba apareciendo en etapas progresivas, hasta llegar a bloques abandonados iguales al lugar en el que se había incendiado el Lincoln.

—¿Por aquí? —preguntó Abby.

Reacher miró alrededor. Desolación por todas partes. Ningún propietario, ningún inquilino, ningún residente. Ninguna puerta inocente que tirar abajo, si el coche era detectado en la zona. Ningún riesgo de daño colateral.

—Por mí está bien —dijo.

Ella aparcó y se bajaron y ella cerró el coche y se alejaron andando. Volvieron más o menos por el mismo camino por el que habían ido, cortando las esquinas de algunos de los zigzags más abiertos de su anterior ruta al azar, pero siempre siguiéndola de cerca. Los alrededores se fueron volviendo más limpios y mejor mantenidos. Llegaron a las fachadas dedicadas al sector de la construcción. Lo primero que apareció al realizar el recorrido en dirección contraria fue el almacén de maderas. Había un tipo de pie en la bajada para coches entre la acera y la entrada. De

alguna manera haciendo de centinela. Quizás allí para controlar las cargas que entraban y salían. Aparentemente con la madera también se hacían fraudes y se la robaba como a cualquier otra cosa.

Pasaron junto al tipo y siguieron adelante, hacia el depósito de materiales de fontanería, el depósito de materiales eléctricos, y más adelante, por entre una maraña de calles. Oyeron el bajo y la batería a cien metros de distancia.

Los informes llegaron rápido, pero no lo suficientemente rápido. Uno después de otro los miembros del consejo interno recibieron en sus teléfonos móviles llamadas apresuradas. Un viejo Toyota Corolla blanco con el parachoques delantero colgando había sido visto avanzando por una calle, después otra, después otra. Sin ninguna lógica evidente en términos de dirección. Ningún destino obvio. En general parecía dirigirse hacia los vecindarios más en ruinas en los que ni siquiera vivían personas sin hogar.

Después llegó la llamada ganadora. Un hombre de confianza a cien metros de distancia vio que el coche desaceleraba, se detenía, aparcaba. Se bajaron dos personas. La que conducía era una mujer pequeña con pelo corto y oscuro. De veintialgo o treinta y algo de años, y toda vestida de negro. El copiloto era un tipo enorme, más o menos del doble del tamaño de ella. Era mayor que ella, fácilmente de un metro noventa y cinco de altura y ciento quince kilos de peso, de porte sólido y macizo, y vestido como un refugiado. Cerraron el coche y se alejaron andando juntos, y se perdieron de vista muy rápido, después de la primera esquina en la que doblaron.

Toda esa información se compartió de inmediato, mediante llamadas y mensajes de voz y de texto. Rápido, pero no lo suficientemente rápido. El mensaje le llegó al tipo que estaba en la entrada del almacén de maderas alrededor de noventa segundos después de que una mujer pequeña de pelo negro y un hombre grande y feo acabaran de pasar andando. Tan cerca que podría haberlos tocado. Pasaron más minutos todavía reuniendo coches, y después salieron todos en la dirección por la que la pareja había estado andando.

Ningún resultado. La mujer pequeña y el hombre grande hacía rato que ya no estaban. Habían desaparecido en algún lugar en un vecindario residencial lleno de gente, quizás de diez por diez manzanas de casas adosadas y destartalladas todas apretadas y juntas. Quizás cuatrocientos domicilios distintos. Más sótanos y subalquileres. Llenos de inútiles y gente rara, que o entraban y salían a cualquier hora o no salían para nada. Imposible.

Los cabecillas volvieron a hacer correr la voz. Todo el mundo atento. Una mujer pequeña de pelo negro, más joven, y un hombre grande y feo, mayor que ella. Informar de inmediato.

VEINTITRÉS

Ni Barton ni Hogan tenían que trabajar esa noche, por lo que concluyeron la improvisación cuando regresaron Reacher y Abby, y propusieron una noche tranquila en casa, quizás con comida china a domicilio, quizás una botella de vino, quizás un poco de marihuana, conversaciones, historias, ponerse al día. Quizás escuchar algunos discos. Todo bien, hasta que sonó el teléfono de Abby.

Era Maria Shevick, llamando desde el teléfono de Aaron Shevick. Ella y Abby habían intercambiado números. Por si acaso. Y esta parecía ser una situación de por si acaso. Maria dijo que en la puerta de la casa había un Lincoln Town Car aparcado. Dos tipos en su interior, vigilando. Habían estado allí toda la tarde. Parecía que estaban allí para quedarse.

Abby le pasó el teléfono a Reacher.

—Me están buscando a mí —dijo Reacher—. Porque mencioné a Trulenko. Eso les preocupó. Simplemente ignórenlos.

—¿Y qué tal si llaman a la puerta? —preguntó Maria.

Setenta años, encorvados, y hambrientos.

—Permítanles que inspeccionen la casa —dijo él—. Enséñenles lo que sea que quieran inspeccionar. Van a ver que yo no estoy allí, y van a volver al coche, y después de eso lo único que tendrán que hacer es vigilar la acera. Debería de ser relativamente sencillo.

—Muy bien.

—¿Novedades de Meg?

—Buenas y malas —dijo Maria.

—Primero las buenas —dijo Reacher.

—Me parece que por primera vez los médicos realmente creen que está mejorando. Lo noto en sus voces. No por lo que dicen, sino por cómo lo dicen. Sus palabras siempre son cautelosas. Pero ahora están emocionados. Creen que están ganando. Me doy cuenta.

—¿Cuál es la mala noticia?

—Lo quieren confirmar con tests y escáneres. Que vamos a tener que pagar por adelantado.

—¿Cuánto?

—Todavía no lo sabemos. Mucho, estoy segura. Ahora tienen unas máquinas increíbles. Ha habido avances impresionantes en el análisis de tejidos blandos. Es todo muy caro.

—¿Cuándo lo necesitarán?

—Obviamente una parte de mí quiere que sea lo antes posible. Y obviamente la otra parte no.

—Deberían hacer lo que sea correcto a nivel médico. El resto lo resolveremos sobre la marcha.

—No lo podemos conseguir prestado —dijo Maria—. Lo tendría que hacer usted en nuestro nombre, porque ellos creen que Aaron Shevick es usted. Pero ahora, para usted, eso sería meterse en una trampa. Porque preguntó por Trulenko.

—Aaron lo podría pedir usando mi nombre. O cualquier otro nombre. Para ellos esto es nuevo. No tienen un sistema con el cual comprobar los datos. No todavía, en todo caso. Es una opción. Si lo necesitan rápido.

—Usted dijo que podía encontrar a Trulenko. Dijo que solía ser parte de su trabajo.

—La pregunta es cuándo —dijo Reacher—. Me figuré que tenía seis oportunidades antes de que se terminara la semana. Ahora quizás no tantas. Tengo que pensar un plan más veloz.

—Le pido disculpas por mi tono.

—No es necesario —dijo Reacher.

—Es todo muy estresante.

—Me imagino —dijo Reacher.

Colgaron y Reacher le devolvió el teléfono a Abby.

—Esto es una locura —dijo Barton—. Lo voy a seguir diciendo, porque va a seguir siendo verdad. Conozco a esa gente. Toco en sus clubs. Vi lo que hacen. Una vez había un pianista que no les caía bien. Le rompieron los dedos con un martillo. El tipo nunca volvió a tocar. No puedes enfrentarte a ellos.

Reacher miró a Hogan y le preguntó:

—¿Tú tocas en sus clubs?

—Soy batería —dijo Hogan—. Toco donde me paguen.

—¿Has visto lo que hacen?

—Coincido con Frank. No son gente agradable.

—¿Qué haría el Cuerpo de Marines con ellos?

—Nada. Los expertos se los encargarían a las Fuerzas Especiales. Mucho más glamuroso. El Cuerpo ni siquiera se les acercaría.

—¿Qué harían las Fuerzas Especiales?

—Primero un montón de planificación. Con mapas y planos. Si asumimos que hay un búnker reforzado de algún tipo, buscarían salidas de emergencia, o muelles de entregas, o incursiones por sistemas de ventilación o cañerías o cloacas, y lugares por los que pudieran acceder demoliendo paredes entre estructuras adyacentes. Después planearían asaltos simultáneos desde todos los lugares posibles, al menos tres o cuatro lugares, con equipos de tres o de cuatro hombres en cada posición. Lo cual probablemente resolvería el problema, salvo porque podría llegar a ser difícil mantener vivos a todos los presuntos implicados. Habría mucho fuego cruzado. Dependería de las dimensiones y de la visibilidad.

—¿Qué fuiste, en el Cuerpo de Marines? —preguntó Reacher.

—Infantería —dijo Hogan—. Un infante de marina común y corriente.

—¿No un músico de la banda?

—Eso habría sido demasiado lógico para el Cuerpo.

—¿Siempre has sido batería?

—Tocaba de niño. Después lo dejé. Después empecé de nuevo en Iraq. Todas las bases grandes tenían un set tirado en algún lado. Me dijeron que disfrutaría creando patrones que solo yo pudiera controlar. Me dijeron que me resultaría beneficioso, dado que además ya sabía tocar un poco. También me dijeron que me quitaría la agresividad.

—¿Quién te dio esos consejos?

—Unos viejos matasanos. Al principio me lo tomé en broma. Pero después me encontré con que lo estaba disfrutando mucho otra vez. Me di cuenta de que debería de haber estado haciendo esto toda la vida. Desde entonces me he estado poniendo al día tocando. Intentando aprender. Me perdí algunos años.

—A mí me pareció que tocabas bastante bien.

—Estás hablando por hablar. E intentando cambiar de tema. Eres uno nada más. No eres un equipo de las Fuerzas Especiales.

—Ya llegaré a una solución. Por definición tiene que haber una docena de planes mejores que los que se le ocurrirían a la marina. Lo único que tengo que hacer es encontrar al tipo.

—No puede haber muchos lugares apropiados —dijo Abby otra vez.

Reacher asintió y se quedó en silencio. La conversación rebotaba a su alrededor. Los otros tres parecían ser buenos amigos. Habían trabajado juntos de vez en cuando, en el mundo fluido de los clubs, y de la música, y el baile, y de hombres de traje en las puertas. Todos tenían historias, algunas graciosas, y otras no. Parecía que no encontraban diferencias entre los ucranianos y los albaneses. Parecía que pensaban que trabajar al este o al oeste de la calle Center era igual de bueno e igual de malo.

Un chico en un coche trajo comida china. Reacher compartió sopa agripicante con Abby y pollo agridulce con Barton. Ellos bebieron vino. Él bebió café. Cuando terminó, dijo:

—Voy a salir a darme un paseo.

—¿Solo? —dijo Abby.

—No es nada personal.

—¿Adónde?

—Al oeste de Center. Tengo que acelerar las cosas. A los Shevick está por llegarles otra gran factura. No pueden esperar.

—Una locura —dijo Barton.

Hogan no habló.

Reacher se puso de pie y salió por la puerta de entrada.

VEINTICUATRO

Reacher caminó en dirección oeste, hacia el resplandor nocturno de los edificios altos del centro de la ciudad. Los bancos y las compañías de seguros y la televisión local. Y las cadenas hoteleras. Todos agrupados a uno y otro lado de la calle Center, todos intervenidos por una facción o la otra, todos probablemente sin estar al tanto de ello, a nivel gerencial, a no ser que el gerente fuera también el infiltrado. A lo largo del recorrido pasó por clubs y bares y restaurantes. Por aquí y por allá vio a hombres de traje en las puertas. Los ignoró. No eran de la facción en cuestión. Todavía estaba al este de la calle Center. Siguió andando.

Si hubiera tenido ojos en la nuca, habría visto que uno de los hombres de traje pensaba bien durante un segundo y después enviaba un mensaje de texto.

Siguió andando. Cruzó la calle Center tres manzanas hacia el norte del primer edificio alto, a un vecindario que no era distinto, con bares y clubs y restaurantes, algunos con hombres de traje en la puerta, lo mismo, salvo que los trajes eran distintos, y las corbatas eran de seda, y los rostros eran más pálidos. Esta vez los observó a todos con atención, desde las sombras cuando podía, buscando al tipo de hombre que quería. Que estuviera alerta, pero no tan alerta, y que fuera duro, pero no tan duro. Había varios candidatos. En particular tres parecían estar bien. Dos estaban en bares de vinos, y uno estaba en una especie de *lounge*. Quizás un club de comedia.

Reacher eligió al que estaba sentado más cerca de la puerta de calle. Una ventaja táctica. Era el *lounge*. El tipo estaba justo del otro lado del cristal. Reacher caminó hacia él, tres cuartos dentro de su campo de visión. El tipo notó el movimiento. Giró la cabeza. Reacher se detuvo. El tipo miró. Reacher avanzó otra vez. Directamente hacia él. El tipo se acordó. Mensajes, descripciones, fotos, nombres. Aaron Shevick. Estad atentos.

Reacher se detuvo otra vez.

El tipo sacó su teléfono, y empezó a pulsarlo.

Reacher sacó su arma, y apuntó. Una de las dos H&K P7 que se había quedado de los tipos del Lincoln. Antes de que ardiera. Bellamente fabricadas. Aceradas y con bordes duros. El tipo se quedó quieto. Reacher estaba a tres pasos de distancia. El tiempo suficiente. Tentador. El tipo dejó caer el teléfono y alzó la mano hasta debajo de su axila para sacar su propia arma.

Sin el tiempo suficiente.

El tipo estaba justo del otro lado de la puerta. Justo del otro lado del cristal. Reacher lo alcanzó antes de que la mitad de su arma estuviera desenfundada, y le apretó el cañón de la H&K

contra el ojo derecho, lo suficientemente fuerte como para que no se lo pudiera quitar de encima, lo suficientemente fuerte como para que le prestara atención, lo cual sucedió enseguida, porque el tipo se quedó de inmediato tranquilo y quieto. Con la mano izquierda Reacher le quitó el teléfono, y después le quitó el arma, que era otra H&K P7, igual que las dos que ya tenía. Quizás el equipamiento estándar al oeste de la calle Center. Quizás un pedido al por mayor, a un buen precio, a un poli alemán corrupto.

Con la mano izquierda guardó el teléfono y el arma en los bolsillos. Con la mano derecha apretó aún más su H&K contra el ojo del tipo.

—Vamos a dar una vuelta —dijo.

El tipo se levantó de la banqueta, incómodo, doblado hacia atrás por la presión del arma, y se movió despacio y salió por la puerta andando hacia atrás, a la acera, donde Reacher le hizo doblar a la derecha, y empujándolo le hizo andar hacia atrás otros seis pasos, y le volvió a hacer doblar a la derecha, andando hacia atrás por un callejón que olía a contenedor de basura y a puerta de cocina.

Reacher puso al tipo de espaldas contra la pared.

—¿Cuántas personas lo han visto? —dijo.

—¿Han visto qué? —dijo el tipo.

—A ti con un arma en la cabeza.

—Algunas, supongo.

—¿Cuántas han venido a ayudarte?

El tipo no respondió.

—Exacto, ninguna —dijo Reacher—. No le caes bien a nadie. Nadie te mearía encima si estuvieras en llamas. Así que ahora somos solo tú y yo. Nadie va a venir al rescate. ¿Está claro eso?

—¿Qué quieres?

—¿Dónde está Max Trulenko?

—Nadie lo sabe.

—Alguien lo tiene que saber.

—Yo no —dijo el tipo—. Lo prometo. Te lo juro por mi hermana.

—¿Dónde está tu hermana en este momento?

—En Kiev.

—Lo cual vuelve tu promesa más bien teórica. ¿No crees? Inténtalo de nuevo.

—Por mi vida —dijo el tipo.

—Que no es tan teórica —dijo Reacher. Presionó más con la H6cK. A través del acero sintió cómo se aplastaba el globo ocular. Sintió la gelatina.

El tipo cogió aire y dijo:

—Juro que no sé dónde está Trulenko.

—Pero escuchaste hablar de él.

—Por supuesto.

—¿Trabaja para Gregory ahora?

—Eso es lo que he oído.

—¿Dónde?

—Nadie lo sabe —dijo el tipo—. Es un gran secreto.

—¿Estás seguro?

—Por la tumba de mi madre.

—¿Qué está dónde?

—Me tienes que creer. Quizás unas seis personas saben dónde está Trulenko. Yo no soy una de esas personas. Por favor, señor. Soy solo un hombre de seguridad.

Reacher retiró el arma. Retrocedió. El tipo pestañeó y se frotó el ojo y miró a través de la oscuridad. Reacher le dio un fuerte golpe en las pelotas, y lo dejó ahí, doblado, emitiendo todo tipo de sonidos de arcadas y vómitos.

Reacher regresó a la calle Center sin ninguna dificultad por ningún lado. Sus problemas comenzaron inmediatamente después. Cuando estuvo al este de Center, lo cual no entendió para nada. No era la facción en cuestión, sin duda. Pero enseguida sintió que lo miraban. Sintió que había personas que le observaban. Sin bondad en la mirada. Eso lo supo con certeza. Sintió un escalofrío en el cuello. Alguna clase de instinto antiguo. Un sexto sentido. Un mecanismo de supervivencia, horneado en el fondo de su cerebro por la evolución. Cómo no ser comido. Millones de años de práctica. La tatarabuela cien mil de su tatarabuela, poniéndose rígida, cambiando de dirección, buscando los árboles y las sombras. Viviendo para luchar un día más. Viviendo para tener un hijo, que cien mil generaciones más tarde tuviera un descendiente que también estuviera buscando las sombras, no en las verdes sabanas sino en las grises calles nocturnas, mientras pasaba por clubs iluminados y bares y restaurantes.

Los que le miraban eran los hombres de traje. Tipos organizados. Mafiosos de pro, y otros en proceso de serlo. ¿Por qué? No lo sabía. ¿Había hecho enfadar también a los albaneses? No veía cómo. Más que nada les había hecho un favor, seguro, de acuerdo con los crudos cálculos de ellos. Deberían de estarle recibiendo con un desfile.

Avanzó.

Oyó un paso a lo lejos por detrás de él.

Siguió andando. El brillo de la calle Center había desaparecido hacía rato, literal y figuradamente. Las calles por delante eran estrechas y oscuras, y se volvían más descuidadas a cada paso. Había coches aparcados y callejones, y entradas profundas. Dos de cada tres farolas estaban rotas. No había peatones.

Su clase de lugar.

Detuvo la marcha.

Hay más de una manera de no ser comido. El instinto de la abuela era operativo para hoy. Cien mil generaciones después el instinto de su descendiente era operativo también para mañana. Y para siempre. Más eficiente. Selección natural, tal cual. Se quedó de pie en la semioscuridad por un minuto, y después retrocedió a la sombra profunda, y escuchó.

Oyó el roce diamantino de una suela de cuero sobre la acera. Quizás doce metros por detrás. Alguna clase de vigilancia organizada precipitadamente. Algún tipo, que de repente recibió la orden de levantarse de la banqueta y salir de noche. Para perseguir. ¿Pero durante cuánto tiempo? Esa era la pregunta crítica. ¿De vuelta a casa, o solo algo más allá, hasta donde hubiera una emboscada organizada precipitadamente?

Reacher esperó. Volvió a oír la suela de cuero. O su número opuesto, el del otro pie, dando

un paso cauteloso, avanzando. Se introdujo más en las sombras. En la entrada de un edificio. Se apoyó contra las costillas de piedra tallada. Era una entrada elegante. Una empresa caída en el olvido. Sin duda remunerativa mientras duró.

Volvió a oír el roce de la suela. Ahora quizás seis metros por detrás. Aproximándose. No oyó nada desde la otra dirección. Solo silencio urbano, y aire viejo, y el débil olor a hollín y ladrillos.

Volvió a oír el zapato. Ahora tres metros por detrás. Todavía aproximándose. Esperó. El tipo ya estaba al alcance. Pero un par de pasos más harían que todo fuera más cómodo. Bosquejó la geometría en su cabeza. Metió la mano en el bolsillo y encontró la H&K que había usado antes. Porque estaba seguro de que funcionaba. Siempre era una ventaja.

Otro paso. El tipo estaba quizás a menos de dos metros de distancia. No era pequeño. El ruido del zapato era un crujido suave, pesado, que trituraba, que se expandía. El ruido de un hombre grande, arrastrándose despacio.

Ahora a poco más de un metro de distancia.

Hora del espectáculo.

Reacher salió y se giró para quedar de frente al tipo. La H&K centelleó en la penumbra. La apuntó al rostro del tipo. El tipo se puso bizco, intentando mirarla con la pobre iluminación.

—No hagas ningún ruido —dijo Reacher.

El tipo no hizo ningún ruido. Reacher escuchó más allá de sus hombros. ¿Tenía refuerzos por detrás? Aparentemente no. No había nada que oír. Lo mismo por delante. Silencio urbano, y aire viejo.

—¿Algún problema entre nosotros? —dijo Reacher.

El tipo medía un metro ochenta y cinco y pesaba quizás cien kilos, tenía quizás cuarenta años, esbelto y duro, todo hueso y músculo y ojos oscuros desconfiados. Sus labios estaban apretados y estirados hacia atrás en una sonrisa rígida que podría haber sido de preocupación, o inquisitiva, o de desdén.

—¿Algún problema entre nosotros? —preguntó Reacher otra vez.

—Eres hombre muerto —dijo el tipo.

—No por el momento —dijo Reacher—. De hecho ahora mismo tú estás más cerca que yo de ese triste estado. ¿No crees?

—Métete conmigo y te estarás metiendo con mucha gente.

—¿Me estoy metiendo contigo? ¿O tú te estás metiendo conmigo?

—Queremos saber quién eres.

—¿Por qué? ¿Qué os he hecho?

—Por encima de mi remuneración —dijo el tipo—. Lo único que yo tengo que hacer es llevarte conmigo.

—Bueno, buena suerte con eso —dijo Reacher.

—Fácil de decir, con un arma en mi cara.

Reacher negó con la cabeza en la penumbra.

—Fácil de decir en cualquier momento —dijo.

Retrocedió un paso, y guardó el arma en el bolsillo. Se quedó ahí de pie, con las manos vacías, palmas hacia fuera, con los brazos separados de los flancos.

—Ya está —dijo—. Ahora puedes llevarme contigo.

El tipo no se movió. Era diez centímetros más bajo, pesaba quizás unos quince kilos menos,

quizás treinta centímetros menos de alcance. Evidentemente iba desarmado, porque si no su arma ya habría estado desenfundada y en su mano. Evidentemente alterado, también, por la mirada de Reacher, que era firme, y tranquila, y algo divertida, pero también innegablemente depredadora, e incluso un poco desquiciada.

No era la mejor situación en la que el tipo podía estar.

Reacher dijo:

—Quizás podríamos llegar al mismo lugar por un camino distinto.

—¿Cómo? —dijo el tipo.

—Dame tu teléfono. Dile a tu jefe que me llame. Yo le diré quién soy. Un toque personal siempre es mejor.

—No te puedo dar mi teléfono.

—Me lo voy a quedar de todos modos. Tú decides cuándo.

La mirada. Firme, tranquila, divertida, depredadora, desquiciada.

—Vale —dijo el tipo.

—Sácalo y déjalo en la acera —dijo Reacher.

El tipo lo hizo.

—Ahora date la vuelta.

El tipo lo hizo.

—Ahora corre tan lejos y tan rápido como puedas.

El tipo lo hizo. Salió disparado con una vigorosa carrera y se lo tragó inmediatamente la oscuridad urbana. Sus pasos siguieron resonando mucho después de que hubiera desaparecido de vista. Esta vez no hizo el intento de ser sigiloso. Reacher escuchó las bofetadas y los crujidos y el deslizamiento raudo hasta que el ruido se aquietó y se desvaneció. Después recogió el teléfono y siguió andando.

A tres manzanas de la casa de Barton, Reacher se quitó la chaqueta, y la dobló en un cuadrado, y enrolló el cuadrado como un tubo, y metió el tubo dentro de un buzón oxidado de fuera de un edificio de oficinas de un solo piso con ventanas tapiadas y el revestimiento dañado por el fuego. Anduvo el resto del trayecto solo en camiseta. El aire nocturno era fresco. Todavía era primavera. Todo el peso del verano aún estaba por llegar.

Hogan lo estaba esperando en la entrada de la casa de Barton. El batería. En algún momento marine de los Estados Unidos. Ahora disfrutando de patrones que solo él controlaba.

—¿Estás bien? —preguntó.

—¿Andabas preocupado por mí? —dijo Reacher.

—Curioso, en términos profesionales.

—No estaba tocando con los Rolling Stones.

—De mi profesión previa.

—Objetivo logrado —dijo Reacher.

—¿Que cuál era exactamente?

—Quería un teléfono ucraniano. Aparentemente se mandan muchos mensajes por el móvil. Pensé que podía mirar un poco hacia atrás y ver en qué punto están de todo esto. Quizás mencionan a Trulenko. Quizás pueda asustarles, y hacer que lo cambien de lugar. Ese sería el

momento de máxima oportunidad.

Abby apareció bajando las escaleras. Todavía vestida.

—Hola —dijo.

—Hola a ti —dijo Reacher.

—He oído todo. Buen plan. Salvo porque, ¿no desactivarán el teléfono de manera remota? No vas a tener noticias de ellos, y ellos no van a tener noticias tuyas.

—Elegí con bastante cuidado al tipo al que quitárselo. Era relativamente competente. Por lo tanto relativamente de confianza. Quizás relativamente de rango superior. Por lo tanto relativamente reacio a admitir que me quedé con el dinero de su comida. Lo dejé un poco avergonzado. No va a informar de nada de manera apresurada. Es una cuestión de orgullo. Creo que tengo unas horas, al menos.

—Vale, pues buen plan, salvo por nada.

—Salvo porque yo no soy muy bueno con los teléfonos. Puede que haya menús. Todo tipo de botones que apretar. Podría borrar algo sin querer.

—Vale, enséñamelo.

—E incluso si no los borro sin querer, los mensajes probablemente estén en ucraniano. Que no sé leer sin internet. Y realmente no soy muy bueno con los ordenadores.

—Ese sería el segundo paso. Necesitaríamos empezar por el teléfono. Enséñamelo.

—No lo traje aquí —dijo Reacher—. El tipo del Lincoln aseguró que se podían rastrear. No quiero a alguien tocando la puerta en cinco minutos.

—¿Y dónde está?

—Lo escondí a tres manzanas de aquí. Supuse que eso era lo suficientemente seguro. Pi por radio al cuadrado. Deberían buscar casi en un círculo de treinta manzanas. Ni siquiera lo intentarían.

—Vale, vayamos a echar un vistazo —dijo Abby.

—También conseguí un teléfono albanés. Un poco accidentalmente. Pero al fin y al cabo el mismo tipo de trato. Lo quiero leer. Quizás pueda descubrir por qué están enfadados conmigo.

—¿Están enfadados contigo?

—Hicieron que me siguiera un hombre. Quieren saber quién soy.

—Eso podría ser normal. Eres una cara nueva en la ciudad. Les gusta saber cosas.

—Quizás.

—Hay un amigo con el que deberías hablar —dijo Hogan.

—¿Qué amigo? —dijo Reacher.

—A veces viene a algunos de los trabajos que conseguimos. Un clásico soldado de infantería, como tú.

—¿Del Ejército de Tierra?

—Eso es lo que suele significar la expresión, no se refiere a los marines, de momento.

—En el sentido de que marine suele significar músculos obligatorios, cerebro opcional.

—Este amigo del que te hablo habla unos cuantos de los idiomas excomunistas. Fue comandante de sección al final de la Guerra Fría. Además también está al tanto de lo que pasa aquí en la ciudad. Podría ayudar. O al menos ser útil. Con los idiomas especialmente. No puedes confiar en la traducción de un ordenador. No para algo como esto. Podría llamarlo, si quieres.

—¿Lo conoces bien?

—Es fiable. Tiene buen gusto en música.

—¿Confías en él?

—Lo mismo que confío en cualquier soldado del Ejército de Tierra que no toca la batería.

—Vale —dijo Reacher—. Llámalo. No va a hacer daño.

Él y Abby salieron a la quietud de la noche, y Hogan se quedó, en el pasillo a medias iluminado, marcando su teléfono.

VEINTICINCO

Reacher y Abby recorrieron la distancia de tres bloques a través de una ruta indirecta. Obviamente si los teléfonos verdaderamente podían ser rastreados, podrían haber sido ya descubiertos, en lo que era claramente un escondite temporal, en cuyo caso se podría haber instalado vigilancia contra su eventual recuperación. Mejor proceder de manera segura. O tan segura como se pudiera, lo cual no era mucho. Había sombras y callejones y entradas profundas a edificios y dos de cada tres farolas estaban rotas. Había un montón de hábitats para observadores nocturnos escondidos.

Reacher vio el buzón oxidado más adelante. A mitad del bloque siguiente. Dijo:

—Finge que estamos teniendo algún tipo de conversación profunda, y cuando estemos al lado del buzón nos detenemos para marcar un punto especialmente importante.

—Vale —dijo Abby—. ¿Y después qué?

—Después ignoramos el buzón completamente y seguimos. Pero en ese momento muy en silencio. Nos alejamos despacio.

—¿Una conversación simulada de verdad? ¿O solo movemos los labios, como en una película muda?

—Quizás susurrada. Como si estuviéramos hablando de información secreta.

—¿Empezamos cuándo?

—Ahora —dijo Reacher—. Sigue andando. No desaceleres.

—¿Acerca de qué quieres susurrar?

—Supongo que de lo que sea que estés pensando.

—¿Lo dices en serio? Podríamos estar metiéndonos en una situación peligrosa. Eso es lo que estoy pensando.

—Dijiste que querías hacer una cosa al día que te diera miedo.

—Ya he sobrepasado la cuota.

—Y sobreviviste todas las veces.

—Podríamos estar metiéndonos en una lluvia de balas.

—No me van a disparar. Quieren hacerme preguntas.

—¿Estás absolutamente seguro?

—Es una dinámica psicológica. Como en el teatro. No es necesariamente el tipo de asunto con una respuesta de sí o no.

El buzón se estaba acercando.

—Prepárate para detenerte —susurró Reacher.

—¿Y darles un blanco fijo?

—Solo el rato que dura hacer una declaración imaginaria muy importante. Después seguimos andando. Pero muy en silencio, ¿vale?

Reacher se detuvo.

Abby se detuvo.

Ella dijo:

—¿Qué clase de declaración imaginaria muy importante?

—Lo que sea que se te pase por la cabeza.

Ella se quedó en silencio por un momento.

Luego dijo:

—No. Lo que se me está pasando por la cabeza es que no quiero hacer una declaración sobre qué se me está pasando por la cabeza. Aún no. Esa es mi declaración.

—Vamos —dijo él.

Siguieron avanzando. Tan en silencio como pudieron. Tres pasos. Cuatro.

—Vale —dijo Reacher.

—¿Vale qué? —dijo Abby.

—No hay nadie aquí.

—¿Y eso cómo lo sabemos?

—Dímelo tú.

Ella se quedó en silencio otro momento más, y luego dijo:

—Estábamos en silencio porque estábamos escuchando.

—¿Y qué escuchamos?

—Nada.

—Exacto. Hicimos una pausa justo al lado del objetivo, y no oímos a nadie ni acercándose ni poniéndose tenso, y entonces seguimos avanzando, y no oímos a nadie ni retirándose ni relajándose, o haciendo algún tipo de movimiento, esperando una señal de un plan B. Por lo cual no hay nadie aquí.

—Eso es genial.

—Por ahora —dijo Reacher—. ¿Pero quién sabe cuánto tardan estas cosas? No es mi área de especialización. Podrían estar aquí en cualquier momento.

—¿Entonces qué deberíamos hacer?

—Supongo que deberíamos llevar los teléfonos a algún otro lado. Deberíamos hacer que vuelvan a empezar la búsqueda.

Vieron que dos calles al sur aparecían por una calle transversal unas luces delanteras. Como una advertencia temprana y distante. Segundos después un coche doblaba a la izquierda y se dirigía hacia donde estaban ellos. Despacio. Quizás buscando. O quizás simplemente un conductor nocturno normal, preocupado por recibir una multa o por el control de alcoholemia. Difícil distinguirlo. Los focos delanteros estaban bajos y bien separados. Un sedán grande. Se seguía acercando.

—Estate preparada —dijo Reacher.

Nada. El coche siguió de largo, misma velocidad constante, misma dirección decidida. Un

viejo Cadillac. El conductor no miró ni a la izquierda ni a la derecha. Una señora mayor, observando por debajo del borde del volante.

Abby dijo:

—Lo que sea, mejor vamos a darnos prisa. Porque como tú dijiste, no sabemos cuánto tardan estas cosas.

Volvieron, cuatro pasos rápidos, y Reacher sacó del buzón oxidado su chaqueta enrollada.

Abby llevaba los teléfonos. Insistió en que así fuera. Anduvieron otras tres calles por otra ruta indirecta y se encontraron con una tienda de alimentación latina abierta hasta tarde. Ningún hombre de traje en la puerta. Ningún traje en ningún lado, de hecho. El empleado en la caja llevaba puesta una camiseta blanca. No había otros clientes. El espacio estaba repleto de refrigeradores zumbantes y brillante por las luces fluorescentes. Había una mesa para dos en el fondo, libre.

Reacher compró dos cafés en vasos desechables y los llevó de vuelta a la mesa. Abby había puesto los teléfonos uno al lado del otro. Los estaba mirando, conflictuada, como mitad ansiosa por empezar a revisarlos y mitad preocupada por tenerlos, como si estuviesen emitiendo al éter señales de SOS secretas. *Encontradme, encontradme*.

Lo cual estaban haciendo.

—¿Recuerdas cuál es cuál? —dijo ella.

—No —dijo él—. A mí todos me parecen iguales.

Encendió uno. No necesitaba clave. Para que fuera más rápido, y por arrogancia, y para facilitar las revisiones internas. Ella lo tocó y se deslizó por unas cuantas pantallas. Reacher vio un despliegue vertical de burbujas verdes de mensajes. Mensajes de texto. Palabras extranjeras ilegibles, pero en su mayoría letras normales, las mismas que en inglés. Algunas estaban dos veces seguidas. Algunas tenían acentos extraños arriba o abajo. Diéresis y cedillas.

—Albanés —dijo Reacher.

Fuera en la calle pasó un coche. Lentamente. El barrido de las luces delanteras restregó por la sala una fina aspa azul de luz. A lo largo de toda la pared de atrás, y después a lo largo de toda la pared del fondo, y después desapareció. Abby encendió con un botón el segundo teléfono. Sin clave. Encontró otra larga secuencia de mensajes de texto, de entrada y de salida. Burbujas verdes, una después de otra. Todas en alfabeto cirílico. Llamado así por san Cirilo, que trabajó con alfabetos en el siglo IX.

—Ucraniano —dijo Reacher.

—Hay cientos de mensajes aquí —dijo Abby—. Cientos literalmente. Quizás miles.

Otro coche pasó por fuera, a mayor velocidad.

Reacher dijo:

—¿Puedes ver las fechas?

Abby se deslizó por la pantalla y dijo:

—Hay al menos cincuenta desde ayer. Tu foto está en algunos.

Otro coche pasó por fuera. Esta vez más despacio. Luces encendidas muy brillantes. Buscando algo, o preocupado por una multa. Un atisbo del conductor. Un hombre con ropa oscura, la cara iluminada de forma aterradora por las luces del salpicadero.

—Hay al menos cincuenta mensajes albaneses también —dijo Abby—. Quizás más.

—¿Entonces qué hacemos con esto? —preguntó Reacher—. No podemos llevarnos los teléfonos a casa. No podemos copiar toda esta porquería en servilletas. Cometeríamos errores. Y tardaríamos una eternidad. No tenemos tiempo.

—Mírame —dijo Abby.

Sacó su teléfono. Colocó el teléfono ucraniano sobre la mesa. Puso su teléfono por encima del otro, paralelo, acercándose, alejándose, hasta quedar satisfecha.

—¿Sacas una foto? —preguntó Reacher.

—Vídeo —dijo ella—. Mira.

Sostuvo su teléfono con la mano izquierda, y con el dedo índice de la derecha se deslizó a través de una cadena larga y complicada de mensajes ucranianos en el teléfono capturado, a una velocidad moderada, sin detenerse, consistente, cinco segundos, diez, quince, veinte. Luego el final de la cadena rebotó al terminar y ella detuvo la grabación.

Dijo:

—Podemos verlo y pausarlo todo lo que queramos. Podemos congelar la imagen en cualquier parte. Tan bueno como tener los teléfonos.

Hizo lo mismo con el teléfono albanés. Cinco segundos, diez, quince, veinte.

—Buen trabajo —dijo Reacher—. Ahora deberíamos volver a mover los teléfonos. No los podemos dejar aquí. Este lugar no se merece una visita del escuadrón de matones.

—¿Y adónde?

—Yo voto que de vuelta al buzón.

—Pero eso es la zona cero de su búsqueda. Si van con algo de retraso, podrían estar llegando ahí más o menos ahora mismo.

—De hecho lo que yo esperaría es que al estar en una pequeña caja de metal se corten las transmisiones. Ni siquiera van a tener la posibilidad de buscar.

—Entonces nunca la tuvieron.

—Probablemente no.

—Entonces nunca hubo ningún peligro.

—Hasta que los sacamos.

—¿Cuánto tiempo tarda, algo así?

—Ya estuvimos de acuerdo, ninguno de los dos lo sabe.

—¿Tiene que ser ese buzón? ¿Por qué no el buzón que esté más cerca?

—Nada de daños colaterales —dijo Reacher—. Por si acaso.

—En realidad no lo sabes, ¿no?

—No es necesariamente el tipo de asunto con una respuesta de sí o no.

—¿Se cortan las transmisiones o no?

—Imagino que probablemente sí. No es mi área de especialización. Pero escucho hablar a la gente. Están todo el tiempo quejándose y renegando porque se les cortan las llamadas. Por razones de todo tipo, todas las cuales parecen mucho menos serias que un encierro en una pequeña caja de metal.

—Pero ahora mismo están aquí mismo, en la mesa, por lo que actualmente hay cierto grado de peligro.

Reacher asintió.

—Agrandándose cada minuto que pasa —dijo.

Esta vez Reacher llevó los teléfonos, por ninguna razón en particular más que la típica rotación regular de un escuadrón. Había un montón de coches alrededor. Un montón de haces de luces delanteras que rebotaban y cegaban. Todo tipo de marcas y modelos. Pero ningún Lincoln Town Car. Ningún cambio repentino de velocidad o dirección. Aparentemente ningún tipo de interés.

Pusieron los teléfonos en el buzón y chirrió cuando lo cerraron. Esta vez Reacher se quedó con la chaqueta. No solo por el abrigo. Por las armas en los bolsillos. Empezaron a andar de regreso a la casa de Barton. Llegaron a andar menos de una manzana y media.

VEINTISÉIS

Nada que ver con complejas triangulaciones de señales de móvil, o ubicaciones deladoras de GPS con precisión de medio metro. Mucho después Reacher se dio cuenta de que había sucedido a la vieja usanza. Un tipo cualquiera en un coche cualquiera se había acordado del parte de novedades. Eso fue todo. Estad atentos. Un hombre y una mujer.

Reacher y Abby doblaron a la derecha, con la intención de doblar la siguiente a la izquierda, lo cual implicaba caminar el largo de una calle de adoquines, por una acera estrecha, definida a mano derecha por una secuencia ininterrumpida de terminales de carga bordeadas de hierro en la parte trasera de los edificios de la calle siguiente, y a mano izquierda por una línea esporádica de coches aparcados junto al bordillo. No todos los espacios estaban ocupados. Quizás mitad sí y mitad no. Uno de los coches estaba aparcado mirando en sentido contrario. De frente. No tenía por encima rocío nocturno. En la décima de segundo que le llevó a la parte de atrás del cerebro de Reacher encender la de delante, la puerta del coche se abrió, y apareció el arma del conductor, seguida de la mano del conductor, y después el conductor mismo, en una cómoda y atlética posición agachada, escondido detrás de la puerta, apuntando apoyado a través de la ventanilla abierta.

A Reacher, primero. Después a Abby. Después al otro lado otra vez. Y otra vez. De un lado para otro. Como en un programa de televisión. El tipo estaba dejando claro que los estaba cubriendo a los dos. Llevaba puesto un traje azul. Una corbata roja, con el nudo ajustado.

No me van a disparar. Quieren hacerme preguntas.

Es una dinámica psicológica. Como en el teatro.

No es necesariamente el tipo de asunto con una respuesta de sí o no.

El arma era una Glock 17, un poco rayada y gastada. El tipo la sujetaba con las dos manos. Las dos muñecas estaban apoyadas en la goma de la ventanilla. El dedo del gatillo estaba en posición. El arma estaba firme. El arco izquierda-derecha estaba controlado y era solo horizontal. Competente, salvo porque la posición agachada era una posición inherentemente inestable, y además una posición sin sentido, porque la puerta de un coche no brindaba ninguna clase de protección significativa contra una bala. Mejor que el papel de aluminio, pero ni tanto. Un tipo inteligente se quedaría erguido de pie y apoyaría las muñecas en la parte superior de la puerta. Más imponente. Más fácil la transición hacia lo que viniera después, como andar o correr o pelear.

El tipo del arma dijo en voz alta:

—Poned las manos donde las pueda ver.

—¿Algún problema entre nosotros? —respondió Reacher también con voz fuerte.

—Yo no tengo ningún problema —dijo el tipo en voz alta.

—Vale —dijo Reacher—. Bueno es saberlo. —Se giró hacia Abby y dijo, en voz más baja—: Puedes volver hacia la esquina, si quieres. Te alcanzaría allí en un minuto. Este tipo me quiere hacer preguntas, eso es todo.

Pero el tipo dijo en voz alta:

—No, ella también se queda. Los dos.

Un hombre y una mujer.

Reacher giró para quedarse otra vez de frente, y usó la maniobra para ocultar medio paso de avance.

—¿Nos quedamos para qué? —dijo.

—Preguntas.

—Pregunta entonces.

—Es mi jefe el que va a preguntar.

—¿Dónde está?

—Viniendo.

—¿Qué tiene en mente?

—Muchas cosas, estoy seguro.

—Vale —dijo Reacher—. Guarda el arma y sal de allí y esperaremos todos juntos. Aquí mismo en la acera. Hasta que llegue.

El tipo se quedó detrás de la puerta en posición agachada.

El arma no se movió.

—De cualquier manera no la puedes usar —dijo Reacher—. A tu jefe no le gustaría llegar y encontrarnos muertos o heridos o en *shock* o en coma. O temblando por alguna clase de trastorno de estrés traumático. Quiere hacer preguntas. Quiere respuestas coherentes que tengan sentido. Además de que la policía no lo aceptaría. No me importa qué clase de acuerdo creéis que tenéis con ellos. Un disparo de noche en una calle de la ciudad va a generar una reacción.

—¿Te crees inteligente?

—No, pero tengo la esperanza de que tú sí lo seas.

El arma no se movió.

Lo cual estaba bien. El gatillo era lo importante. Específicamente el dedo. Que estaba conectado con el sistema nervioso central del tipo. Que se podía quedar congelado, aunque solo fuera temporalmente, con dudas y pensamientos y cuestionamientos.

O al menos desacelerarse un poco.

Reacher dio otro paso. Alzó a medias su mano izquierda, con la palma hacia afuera, acariciando el aire, un gesto conciliatorio, pero también urgente, como si hubiera un problema inmediato que resolver. La mirada del tipo siguió al objeto en movimiento, y pareció perderse la mano derecha de Reacher, que también se estaba moviendo, pero más despacio y más abajo. Se introdujo sutilmente en el bolsillo de la derecha, donde estaba la H&X, que sabía que seguro funcionaba.

—Esperamos en el coche. No en la acera —dijo el tipo.

—Vale —dijo Reacher.

—Con las puertas cerradas.

—Claro.

—Vosotros detrás, yo delante.

—Hasta que llegue tu jefe —dijo Reacher—. Después puede subir a la parte de delante contigo. Puede hacer sus preguntas. ¿Es ese el plan?

—Hasta entonces permanecéis en silencio.

—Claro —dijo Reacher otra vez—. Tú ganas. Tú eres el que tiene el arma, después de todo. Nos subimos al coche.

El tipo asintió, satisfecho.

Después de lo cual fue fácil. El tipo retiró de su agarre a dos manos los dedos de fuera, y los presionó con fuerza contra la goma de la ventanilla, separados, como un pianista tocando un acorde enfático, algo que podría haber sido una señal de que se había alcanzado un acuerdo concluyente, pero que era más bien física simple, mientras el tipo se preparaba para impulsarse y recuperar el equilibrio y levantarse de su posición agachada. La cual para entonces había durado un tiempo prolongado, con malas consecuencias, en términos de entumecimiento y hormigueo. En cualquier caso el arma pasó a estar bajo un control reducido, y la culata se movió hacia atrás y el cañón se movió hacia arriba, algo que también podría haber sido visto como un gesto, de que la amenaza inmediata estaba así formalmente retirada, a favor de una cooperación recién conseguida, pero que era más bien peso y equilibrio y una rotación natural hacia atrás alrededor del guardamonte.

Reacher dejó la H&K en el bolsillo.

Dio un paso largo hacia delante y golpeó suavemente la puerta del coche. La puerta se movió hacia atrás con un sonido metálico y vapuleó al tipo en las rodillas, y esa pequeña pulsación de fuerza le hizo rodar hacia atrás sobre la punta de los pies, agonizantemente lento, pero de un modo irresistible, hasta que finalmente el tipo cayó rodando de espaldas, indefenso, como una tortuga. Sus brazos se agitaron hacia arriba para contrarrestar la caída y la Glock todavía agarrada golpeó contra la acera con un sonido plástico y se soltó y se escabulló. Pero entonces el tipo se sacudió lateralmente y rodó una vez y se puso de pie de un salto, de horizontal a vertical casi instantáneamente, y sin aparente esfuerzo. Atlético, como lo había sido minutos antes, al salir del coche. Todo lo cual significaba que Reacher llegó allí medio paso tarde.

El tipo bailoteó hacia un lado, fuera del alcance del balanceo de la puerta del conductor todavía abierta, y después se adelantó con otro cambio de dirección instantáneo, inclinándose de repente y lanzando una derecha para apalea el rostro de Reacher, que Reacher vio venir, por lo cual la esquivó y girando la recibió en lo alto del hombro, todo nudillos punzantes, un golpe no tan fuerte, pero pese a ello la acción y reacción abrió un hueco ínfimo entre ellos, una milésima de segundo, que dada la velocidad del tipo significó que pudo alejarse otra vez bailoteando, moviendo los pies contra el suelo, mirando hacia abajo, buscando el arma.

Físicamente a Reacher también se le podría haber considerado atlético por derecho propio, pero atlético al estilo peso pesado, al estilo brutalidad de levantador de pesas, no al estilo ágil. Era rápido, pero no realmente rápido. No era capaz de invertir de manera instantánea el impulso. Lo cual significó que pasó específicamente medio segundo atrapado en una posición neutra, ni quieto ni avanzando, intervalo durante el cual el otro tipo lanzó un puñetazo más, que Reacher

esquivó y eludió otra vez, y como antes el tipo se alejó bailoteando hacia un lugar seguro y buscó un poco más desde otro radio, moviendo los pies, mirando hacia abajo en la oscuridad. Reacher siguió avanzando, dando medio paso cada vez, esquivando y zigzagueando, por un lado lento en comparación, pero por el otro lado difícil de detener, especialmente con la debilidad de los golpes intentados hasta entonces, además de que el tipo estaba cada vez más agotado, saltando de acá para allá y respirando agitado.

El tipo se alejó bailoteando.

Reacher siguió avanzando.

El tipo encontró el arma.

El lateral del zapato del tipo golpeó contra el arma y la hizo escabullirse un par de centímetros más, con un ruido plástico corto y de roce, inconfundible. El tipo se quedó inmóvil por un período imperceptible, un parpadeo de tiempo, pensando tan rápido como estaba a punto de actuar, y después se zambulló a toda prisa, girando, su mano derecha estirándose en un arco largo, con el propósito de alcanzar el arma y tomarla firme y rotarla hasta una posición de seguridad. Un cálculo instintivo, basado en el tiempo y el espacio y la velocidad, las cuatro dimensiones, sin duda teniendo en cuenta con precisión sus propias abundantes capacidades, y sin duda estimando las capacidades de su oponente cautelosamente, basándose en promedios calculados para el peor escenario, más un margen de seguridad, para fines de aritmética, que pese a todo ello daba mucho margen de tiempo para alguien tan veloz como él. El cálculo instintivo de Reacher llegó a la misma conclusión. Estuvo de acuerdo. No había manera de que él llegara allí primero.

Salvo porque algunas de sus desventajas tenían su propia compensación. Sus extremidades eran lentas porque eran pesadas, y eran pesadas porque eran no solo gruesas sino además largas. En el caso de sus piernas, muy largas. Se asentó fuerte con el pie izquierdo y golpeó con el derecho, estirándose hacia abajo, una envergadura enorme y violenta, apuntando a cualquier cosa, a cualquier parte del tipo, a cualquier parte de la zambullida, a cualquier ventana de tiempo, lo que se cruzara en el camino.

Lo que se cruzó fue la cabeza del tipo. Un resultado deforme. Geometría cuatridimensional equivocada. Su leve titubeo, el empuje primitivo de Reacher, desencadenado por el instinto, embebido en una antigua agresividad del todo o nada. El tipo decidió mantener la cabeza alta y el brazo estirado, lo mejor para alzar el arma y darse la vuelta y alejarse, pero Reacher ya estaba allí, como un bateador que se anticipa a una bola rápida, una bola nula seguro, y el tipo se chocó con los primeros centímetros del final de su movimiento, la sien sólidamente contra la vira del zapato de Reacher, no un impacto perfecto, pero cerca. El cuello del tipo se sacudió hacia atrás y su cuerpo rozó y retumbó con la mejilla contra la acera.

Reacher lo observó.

—¿Ves el arma por algún lado? —dijo.

El tipo no se movía.

—La veo —dijo Abby.

—Recógela. Dedo índice y pulgar, culata o cañón.

—Sé hacerlo.

—Solo lo comprobaba. Siempre es más seguro así.

Ella se lanzó hacia allí, se arrodilló, recogió la Glock y retrocedió.

El tipo todavía no se movía.

—¿Qué deberíamos hacer con él? —dijo Abby.

—Deberíamos dejarlo donde está —dijo Reacher.

—¿Y luego qué?

—Deberíamos robarle el coche.

—¿Por qué?

—Su jefe está de camino. Tenemos que dejar el tipo de mensaje adecuado.

—No les puedes declarar la guerra.

—Ya lo han hecho ellos. Me la declararon a mí. Sin ningún motivo aparente. Así que ahora les estoy ofreciendo una fuerte respuesta inicial. Les estoy diciendo que deberían reconsiderar sus políticas. Es un movimiento diplomático estándar. Como jugar al ajedrez. Les da la posibilidad de negociar, sin daño no hay delito. Espero que lo vean.

—Estamos hablando de la mafia albanesa —dijo Abby—. Tú eres uno solo. Frank tiene razón. Es una locura.

—Pero está sucediendo —dijo Reacher—. No podemos volver el tiempo atrás. No nos podemos quedar esperando. Tenemos que lidiar con esto lo mejor que podamos. Así que no podemos dejar el coche aquí. Demasiado sumiso y suave. Como si estuviéramos diciendo, ay, perdón. Como si lo hubiéramos hecho sin querer. Tenemos que dejarlo claro. Tenemos que decir: no os metáis con nosotros, o recibiréis un buen golpe en la cabeza y os quedaréis sin coche. Así se lo tomarán en serio. Van a actuar con un elemento de precaución táctica. Van a reunir equipos de gente más grandes.

—Eso no es bueno.

—Solo si nos encuentran. Asumiendo que no lo hagan, lo único que consiguen juntándose es dejar huecos más grandes en los demás lugares, para que nosotros podamos pasar.

—¿Podamos pasar adónde?

—Imagino que la meta final sería un encuentro cara a cara con el gran jefe. El equivalente de Gregory.

—Dino —dijo Abby—. Es una locura.

—Es uno solo. Igual que yo. Podríamos intercambiar puntos de vista. Estoy seguro de que es solo un malentendido.

—Yo tengo que trabajar en esta ciudad. A un lado de la calle Center o al otro.

—Me disculpo —dijo Reacher.

—Deberías.

—Pero esa es la razón por la cual tenemos que hacerlo bien. Tenemos que jugar para ganar.

—Vale, robamos el coche.

—O podemos prenderle fuego.

—Robarlo es mejor —dijo ella—. Quiero irme de aquí tan rápido como pueda.

Condujeron el coche a lo largo de cuatro bloques hasta un cruce de calles urbanas vacías y lo dejaron en una esquina, las llaves puestas, las cuatro puertas abiertas, más el capó, más el maletero. Simbólico de algún modo. Después volvieron andando a la casa de Barton, por una ruta larga y enrevesada, y revisaron los cuatro lados de la manzana antes de entrar por la puerta.

Estaba despierto, esperando, con Hogan.

Más un tercer hombre, al que Reacher no había visto nunca.

VEINTISIETE

El tercer hombre en el vestíbulo de Barton tenía la clase de pelo y la clase de piel que hacían que una persona pareciera diez años más joven de lo que realmente era, lo que por consiguiente en la práctica hacía que fuera más o menos de la generación de Reacher. Era más bajo y más pulcro. Tenía unos ojos agudos y atentos incrustados a ambos lados de una nariz afilada. Tenía un mechón de pelo largo y rebelde que le atravesaba la frente. Estaba vestido con un mínimo de estilo, con buenos zapatos y pantalones de pana y camisa y chaqueta.

Joe Hogan dijo:

—Esta es la persona de la que te hablé. El militar que sabe todos los idiomas excomunistas. Se llama Guy Vantresca.

Reacher estiró el brazo.

—Encantado —dijo.

—Igualmente —dijo Vantresca, y le dio la mano, y después volvió a hacer lo mismo, con Abby.

—Has venido rápido —dijo Reacher.

—Todavía estaba despierto —dijo Vantresca—. Vivo cerca.

—Gracias por ayudar.

—De hecho no es por eso por lo que estoy aquí. Vine a disuadirte. No puedes meterte con esta gente. Son demasiados, demasiado desagradables, demasiado protegidos. Esa sería mi evaluación.

—¿Fuiste de la Inteligencia Militar?

Vantresca negó con la cabeza.

—División blindada —dijo.

Un comandante de compañía al final de la Guerra Fría, había dicho Hogan.

—¿Tanques? —preguntó Reacher.

—Catorce —dijo Vantresca—. Todos míos. Todos mirando hacia el este. Días felices.

—¿Por qué aprendiste sus idiomas?

—Pensé que íbamos a ganar. Pensé que podía llegar a gobernar un distrito civil. O al menos pedir una botella de vino en un restaurante. O conocer chicas. Fue hace mucho tiempo. Además de que el Tío Sam pagaba los cursos. En aquel entonces al ejército le gustaba la educación. Todo el mundo hacía un posgrado.

—Demasiados y demasiado desagradables son juicios subjetivos —dijo Reacher—. Podemos hablar de eso más tarde. Pero demasiado protegidos es distinto. ¿Qué sabes de eso?

—A veces trabajo como consultor de empresas. Mayormente en la seguridad física de edificios. Pero oigo cosas, y me preguntan cosas. El año pasado un proyecto federal hizo un estudio comparativo de todo el país, y resultó que los dos grupos de habitantes más respetuosos con las leyes en Estados Unidos eran las comunidades ucraniana y albanesa de aquí de esta ciudad. Ni siquiera reciben multas de aparcamiento. Eso sugiere una relación muy cercana con todos los niveles de las fuerzas de seguridad.

—Pero tiene que haber un límite en algún lugar. Yo le dije a uno que un disparo de noche en las calles de la ciudad generaría algún tipo de reacción y el tipo no lo discutió. De hecho creo que coincidió conmigo, porque no apretó el gatillo.

—Además estamos por tener un nuevo comisario general de policía. Están nerviosos. Pero todavía hay un montón de asuntos aburridos e invisibles de su lado de la línea. Hablando en general, este tipo de historias no tienen que ver con balas en la calle. Tienen que ver con alguien teniendo una charla íntima con un testigo potencial, sin que nadie los vea, sin que nadie los oiga, probablemente en la misma casa del testigo, probablemente en algún lugar significativo, como la habitación de una hija todavía muy pequeña, acerca de qué cosa más rara que es la memoria, cómo va y viene, cómo aparece y desaparece, cómo engaña, y acerca de que no es para nada vergonzoso decir: mira, simplemente no lo recuerdo. Gente que conozco dice que este tipo de casos son muy difíciles de investigar y muy fáciles de enterrar.

—¿Cuántos son?

—Demasiados. Como te dije. Demasiados, demasiado desagradables, demasiado protegidos. Deberías olvidarte del tema.

—¿Dónde estaba tu compañía en el orden de batalla?

—Bastante cerca de la punta de lanza —dijo Vantresca.

—En otras palabras, irremediablemente superados en cantidad, desde el día uno y quizás para siempre.

—Entiendo lo que estás queriendo decir. Pero yo tenía catorce tanques Abrams. Eran los mejores vehículos de combate del mundo. Parecían salidos de un libro de ciencia ficción. No estaba andando por la Brecha de Fulda en pantalones y chaqueta.

—Como siempre hace la gente de las divisiones blindadas, sobrefetichizas la máquina. Dicho esto, tú claramente sentiste que erais más letales que ellos. Erais menos, pero más desagradables. Pero a su vez ellos estaban definitivamente protegidos, por toda una nación gigantesca. Uno de cada tres a tu favor. Dos de cada tres en contra. Pero aún así, hubieras encendido los motores, si te hubiesen dicho que lo hicieras.

—Entiendo lo que dices —dijo Vantresca.

—Y esperabas ganar —dijo Reacher—. Que es la razón por la cual aprendiste idiomas. Que son todo lo que necesito ahora mismo. Estoy yendo paso a paso. Primero necesito entender qué es lo que dicen en los mensajes, y después necesito usar lo que averigüe para entender qué hacer a continuación. No nos estamos preparando para el combate todavía. No son necesarias las advertencias.

—¿Y qué tal si lo que averiguas es que es imposible?

—No es un resultado aceptable. Solo puede ser un fallo en la planificación. Seguramente te

enseñaron eso en Alemania.

—Vale —dijo Vantresca—. Paso a paso.

Trabajaron en la cocina y empezaron con el idioma ucraniano. A Vantresca le gustó mucho la captura de vídeo de Abby. Inteligente, al grano y eficaz. Golpeaba con el dedo la pantalla, a un ritmo lento y sincopado, *play*, pause, *play*, pause, y leía en voz alta desde la imagen fija, al principio despacio y con breves interrupciones, y después por momentos directamente parando del todo el vídeo.

Porque lingüísticamente estuvo en problemas desde el inicio. Eran mensajes de texto, llenos de jerga desconocida, y abreviaciones de una sola letra, y acrónimos de uso interno, y también estaban llenos de lo que solo podían ser faltas de ortografía, a no ser que fueran de hecho simplificaciones deliberadas, quizás siguiendo una convención desarrollada especialmente para el medio. Nadie lo sabía. Vantresca dijo que la tarea le podía llevar un rato. Dijo que iba a ser como traducir una lengua extranjera difícil y simultáneamente como descifrar un código de espionaje. O quizás dos códigos, dadas las elisiones y alusiones oblicuas que se esperaban de cualquier gánster con amor propio.

Abby llevó su portátil y trabajó con él mano a mano, encarando palabras particulares en diccionarios online, o buscando abreviaciones de una sola letra, o acrónimos, en blogs de idiomas, y en sitios de frikis de las palabras. Tomaba notas en trozos de papel. Un par de cosas encajaron, pero incluso así el trabajo era lento. Nunca había salido tanto de tan poco. Ella había hecho el vídeo a toda velocidad, cinco, diez, veinte segundos, moviéndose rápido por la pantalla, pasando y pasando. Ahora ese borroneo vivido estaba soltando miles y miles de palabras, cada una un desafío y un rompecabezas, la mayoría con dos o tres soluciones plausibles.

Reacher los dejó trabajar. Se quedó en el salón que daba a la fachada, con Barton y Hogan, en el espacio entre la batería y los altavoces. Uno de los altavoces era gris y más o menos del tamaño de un frigorífico. Tenía ocho círculos sucios en la rejilla. Reacher se sentó en el suelo y apoyó la espalda ahí y el altavoz ni siquiera se movió. Barton se subió su Fender maltrecho al regazo y lo tocó desenchufado, apenas audible, con escalas ascendentes y descendentes de notas suaves y zumbantes.

—¿Crees que habríamos ganado? —dijo Hogan—. ¿Crees que Vantresca habría terminado utilizando esos idiomas?

—En general creo que habríamos prevalecido —dijo Reacher—. En el aspecto técnico creo que los habríamos desactivado antes de que ellos nos desactivaran a nosotros. Difícil llamar a eso ganar, dado el desastre que habría provocado. Pero independientemente de ello, la punta de lanza se habría evaporado mucho antes. Me temo que tu amigo perdió el tiempo en la escuela de idiomas.

Barton tocó un arpeggio descendente, alguna clase de acorde disminuido, y terminó con un golpe a la cuerda más grave al aire. Conectado, habría demolido la casa. Desconectado, la cuerda repiqueteó y retumbó contra los trastes, y no se oyó más que ese sonido. Barton miró a Reacher y dijo:

—Ahora tú eres la punta de lanza.

—No estoy buscando empezar una guerra —dijo Reacher—. Lo único que quiero es el

dinero de los Shevick. Si lo puedo conseguir de alguna manera fácil, lo voy a hacer sin dudar, créeme. No siento la necesidad de encontrarme con ninguno de ellos cara a cara en el campo de batalla. De hecho sería más feliz si no sucediera.

—No vas a tener alternativa. Deben de tener a Trulenko bien custodiado. Capas y capas. Los he visto hacerlo, cuando alguien conocido aparece por uno de los clubs. Tienen a un hombre en un rincón, y a un hombre en la puerta, y a un hombre en la puerta que le sigue, más un par de tipos extra dando vueltas por ahí.

—¿Qué recuerdas de Trulenko?

—Era un friki, como todos esos tipos. Recuerdo pensar que no debería terminar así. Yo era popular en la secundaria. Ahora los frikis son multimillonarios y yo vivo al día. Supongo que debería haber estudiado programación, no música.

—Si estuviera trabajando, ¿qué estaría haciendo?

—¿Está trabajando?

—Alguien usó esa palabra.

—Entonces con ordenadores, seguro. En eso es en lo que era bueno. Era uno de los mejores. Su aplicación tenía algo que ver con médicos, pero básicamente todas esas cosas son programas de ordenadores, ¿no?

Abby asomó la cabeza por la puerta.

—Lo hemos resuelto —dijo—. Estamos listos para empezar con el ucraniano. Mencionan a Trulenko dos veces.

VEINTIOCHO

Vantresca reinició el vídeo para que volviera a comenzar desde el principio, pero antes de ponerlo dijo:

—En conjunto algo raro pasa. Aparte de cualquier otra cosa, están alborotados porque están perdiendo gente. Dos tipos sufrieron un accidente en la concesionaria Ford. Después se llevaron a dos recaudadores en la manzana del circuito *gourmet*. Después sacaron a dos tipos de un salón de masajes. Después otros dos desaparecieron de la puerta de casa de Abby. Por ahora, vamos por ocho.

—Hay una carnicería ocurriendo allí afuera —dijo Reacher.

—Lo interesante es que por los seis primeros culpaban a los albaneses. Pero el lenguaje cambió con los dos últimos. Ahora te culpan a ti. Creen que eres parte de una plantilla secreta de Nueva York o Chicago, empleado de manera encubierta para agitar las cosas por aquí. Te tienen en una orden de captura. Con el nombre de Shevick. Algo que al final podría terminar siendo un problema más grande.

Vantresca hizo clic en el teléfono de Abby e inició el vídeo. Al principio lo dejó avanzar a la misma velocidad que ella lo había grabado. En la pantalla se veía la sombra de la punta del dedo de ella al lado derecho de la imagen, moviéndose hacia arriba, y hacia arriba, y hacia arriba. Después Vantresca le dio a pause y volvió a empezar y de nuevo le dio a pause, hasta que encontró la burbuja que buscaba. Tenía una foto por encima del mensaje. Aaron y Maria Shevick, y Abigail Gibson, en el pasillo de la casa de los Shevick, con aspecto de sorprendidos y un poco incómodos. Reacher recordó el ruido que oyó desde detrás de la puerta de la cocina. El clic áspero y bajo. El teléfono móvil, imitando una cámara.

Vantresca dijo:

—El texto debajo de la imagen dice que las personas que están en la foto son Jack, Joanna y Abigail Reacher.

Presionó *play* y pause, *play* y pause, en otras cuatro burbujas. Se detuvo en una quinta. Dijo:

—Aquí ya se dieron cuenta de que es Abby Gibson, no Abigail Reacher. En el siguiente mensaje ya están enviando a un tipo a su trabajo, para que consiga su dirección.

Hizo avanzar el vídeo.

—Y aquí tienen su dirección, y ahora están enviando un coche a su casa, con órdenes de llevársela si la encuentran.

—Bien está lo que bien acaba —dijo Reacher.

—La cosa empeora —dijo Vantresca. Volvió a hacer avanzar el vídeo, hasta una burbuja grande verde de ese mismo día más tarde, que tenía la misma foto, por encima de un bloque cargado de escritura cirílica. Vantresca leyó en voz alta—: Se ha informado de que la señora mayor llamada Joanna Reacher que aparece en la foto de arriba estuvo en nuestra casa de empeños, donde firmó con el nombre de Maria Shevick.

—Mierda —dijo Reacher—. ¿Ese negocio era de ellos?

—Ella debería habérselo imaginado. Casi todo es de ellos, en el lado oeste. El problema es que les dio su verdadero nombre. Lo cual hace que sea de alguna manera probable que además les diera su dirección verdadera y su verdadero número de Seguridad Social. Lo cual les deja a un paso de saber que es la esposa legal de Aaron Shevick. A partir de ese punto no va a ser astrofísica descubrir quién es quién realmente. Tras lo cual pueden actuar tan rápido como quieran. Ya están esperando en el exterior de la casa.

—Se van a meter de lleno en una crisis existencial. ¿Quieren al nombre Aaron Shevick, o a la persona física Aaron Shevick que les pidió dinero prestado y que aparentemente está aquí de encubierto para agitar las cosas? ¿Cuál es, después de todo, la naturaleza de la identidad? Es una pregunta con la que van a tener que lidiar.

—¿Fuiste a West Point?

—¿Cómo te has dado cuenta?

—Por el nivel de estupidez. Esto se pudo poner muy serio. Obviamente quieren a la persona física correcta, pero aborden del modo que aborden la captura, tienes que saber que algunos platos se romperán por el camino. Empezando justo por el interior de esa casa.

Reacher asintió.

—Lo sé —dijo—. Créeme. Ya es muy serio. Tienen setenta años. Pero no veo qué es lo que puedo hacer por su integridad física. No las veinticuatro horas del día. La única respuesta racional sería evacuarlos a una ubicación segura. ¿Pero dónde? No tengo los recursos. —Hizo una pausa. Después dijo—: Normalmente con este tipo de asunto yo diría: váyanse a estar con su hija. Estoy seguro de que les encantaría.

Vantresca movió el vídeo hasta una burbuja grande del día anterior tarde por la noche. Dijo:

—Aquí es cuando le mencionas el nombre Trulenko al vigilante de seguridad del lugar en el que trabajaba Abby. Desde este punto la conversación se separa en dos direcciones distintas. Primero, una acerca de ti. No pueden entender por qué haría esa pregunta una persona de pocos recursos que les solicita un crédito. Dos mundos distintos. De ahí desarrollan la teoría de que eres un provocador a pago de una organización externa.

—Y la segunda dirección es acerca del mismo Trulenko —dijo Abby—. Hay dos menciones separadas. Primero una verificación del estado de la situación y una evaluación de riesgos. Que resulta negativa. Todo seguro. Pero una hora después se empiezan a preocupar.

—Porque me escapé —dijo Reacher—. Cuando me arrastraste a tu casa. Sabían que todavía andaba suelto.

—Sacaron a cuatro equipos de sus tareas regulares y les dijeron que se reportaran para un servicio de guardia extra —dijo Vantresca—. Les dijeron a los que ya estaban de guardia que se retiraran y se volvieran a formar como custodia personal de Trulenko. A eso lo llaman Situación B, lo cual nosotros creemos que es algún tipo de nivel de alerta. Está claramente preparado,

probablemente ensayado, quizás incluso ya usado.

—Vale —dijo Reacher—. ¿Un equipo es qué, dos hombres en un coche?

—Tendrías que saberlo.

—Por lo tanto en total ocho tipos. ¿Reforzando a cuántos, para empezar? ¿A cuántos despliegan en una base diaria de amenaza cero? No a más de cuatro, probablemente, si también pueden cambiar después sin interrupciones a la custodia personal. O sea que cuatro se retiran y ocho se quedan a cargo del perímetro.

—Tú contra doce tipos.

—No si elijo el lugar adecuado del perímetro. Podría meterme por algún hueco.

—En el mejor de los casos, cuatro tipos.

—Irrelevante, a no ser que en el teléfono ponga exactamente dónde se tienen que reportar los ocho tipos, para su servicio de guardia extra. Una dirección podría ser de ayuda.

Vantresca no respondió.

Reacher miró a Abby.

—Dice exactamente dónde —dijo ella.

—¿Pero?

—Es una palabra increíblemente difícil. La busqué por todos lados. Originalmente parecía significar o una colmena o un nido o una madriguera. O las tres cosas. O algo en el medio. Para algo que podría haber zumbado o piado o escarbado. Como muchas palabras viejas era biológicamente inexacta. Ahora parece que se usa exclusivamente como metáfora. Como en las películas, cuando ves al científico loco en su laboratorio, lleno de máquinas encendidas y energía chispeante. Así es como se usa ahora la palabra.

—Como un centro neurálgico.

—Exacto.

—De modo que todo lo que dice el teléfono es: repórtense al centro neurálgico.

—Obviamente ellos saben dónde está.

—Los tipos con los que yo hablé no lo sabían —dijo Reacher—. Les pregunté, y les creí. Es información clasificada. Lo cual significa que los equipos a los que acaban de sacar de sus tareas regulares eran gente de mayor rango. Al tanto.

—Tiene sentido —dijo Vantresca—. Lo más selecto. Para la Situación B solo los mejores.

—Te lo dije —dijo Hogan—. El único camino es acceder directamente los niveles más altos de la organización.

—Una locura —dijo Barton.

Vantresca y Abby empezaron el trabajo con los mensajes albaneses, usando el mismo sistema de antes, uno al lado del otro en la mesa de la cocina. Vantresca estaba menos familiarizado con ese idioma, pero los mensajes eran más formales y gramaticales que sus contrapartes ucranianas, así que en general el trabajo fue más rápido. Y había mucho menos que hacer. Todo lo relevante estaba concentrado en las últimas pocas horas. Parte de ello era conocido. Una vez más a Reacher se le tomaba por un provocador pagado por fuerzas externas. Parte de ello era nuevo. Al Toyota blanco se lo había visto entrar en el territorio. A Reacher y a Abby los habían visto bajando juntos, después de aparcar muy lejos en los descampados. Una mujer pequeña y delgada

con pelo corto negro, y un hombre grande y feo con pelo corto claro. Estad atentos.

—Técnicamente creo que significa de rasgos normales —dijo Abby—. O atractivo de una manera poco común. No feo.

—No ofende quien quiere, sino quien puede —dijo Reacher.

—Ellos podrían —dijo Vantresca. Iba por el final del vídeo. El último mensaje en albanés. Dijo—: Te están buscando de manera activa. Están circulando una estimación de tu posición actual. Suponen que estás en algún lugar dentro de un rectángulo específico de doce manzanas.

—¿Y es así?

—No estamos lejos de su centro geográfico exacto.

—Eso no es bueno —dijo Reacher—. Parecen tener mucha información.

—Tienen mucho conocimiento local. Tienen muchas patas en muchas actividades, y muchos ojos detrás de muchas ventanas, y muchos coches en muchas calles.

—Suenan a que los has estado estudiando.

—Como he dicho, escucho cosas. Todo el mundo tiene alguna historia. Porque todo el mundo se topa con ellos, antes o después. Te dediques a lo que te dediques, es el precio de hacer negocios, al este de la calle Center. La gente se acostumbra. Lo terminan viendo como algo razonable. El diez por ciento, como lo que solía quedarse la iglesia, en los viejos tiempos. Como unos impuestos. Nada que se pueda hacer al respecto. Esa parte se vuelve bastante civilizada. Mientras pagues. Lo cual todo el mundo hace, por cierto. Es gente que da miedo.

—Suenan a experiencia personal.

—Hace un par de meses ayudé a una periodista de Washington DC con sus planes en la ciudad. Tengo una licencia de seguridad privada. Mi número de teléfono aparece en todas las guías nacionales. No sé sobre qué iba a tratar su artículo. No me lo dijo. Sobre crimen organizado, supongo, porque en eso es en lo que parecía estar interesada. En los albaneses y en los ucranianos. Más en los ucranianos, para ser sincero. Esa fue mi impresión. Pero de alguna manera debió de decir algo que no debía al este de la calle Center y su primer encuentro fue con los albaneses. Tuvieron una discusión cara a cara. Unos cuantos de ellos, y ella sola, por su cuenta, en la oficina trasera de un restaurante. Salió y me hizo que la llevara directa al aeropuerto. Ni siquiera primero al hotel. No quiso parar a recoger sus cosas. Estaba aterrada. Asustada hasta la médula. Actuaba como una autómatas. Se cogió el primer vuelo que salió y no volvió nunca más. Si pudieron hacer que sucediera eso solo hablando con ella, más te vale creer que pueden hacer que un montón de gente mantenga los ojos abiertos en busca de un par de extraños. Intimidación pura. Así es como consiguen la información.

—Eso tampoco es bueno —dijo Reacher—. No quiero traer mala suerte a este hogar.

Ni Barton ni Hogan comentaron nada, en ningún sentido.

—No podemos irnos a ningún hotel —dijo Abby.

—Quizás sí podemos —dijo Reacher—. Quizás deberíamos. Podría ser una manera de acelerar el proceso.

—No estás listo —dijo Hogan.

—Quedaos esta noche —dijo Barton—. Ya estáis aquí. Los vecinos no tienen visión de rayos X. Mañana tenemos un trabajo a la hora de comer. Si os tenéis que ir, podéis venir en la furgoneta. Nadie lo va a ver.

—¿Dónde es el trabajo?

—En un *lounge* al oeste de la calle Center. Más cerca de Trulenko de lo que estáis ahora.

—¿El *lounge* tiene un tipo en la puerta?

—Siempre. Probablemente sea mejor salir por el otro lado.

—O no, si quisiéramos acelerar el proceso.

—Nosotros tenemos que trabajar allí. Es un buen trabajo para nosotros. Haznos un favor y acelera el proceso en alguna otra parte. Si necesitas hacerlo. Lo cual espero que no sea el caso. Porque es una locura.

—Trato hecho —dijo Reacher—. Nos vamos con vosotros mañana. Muchas gracias. Y por vuestra hospitalidad esta noche.

Vantresca se fue diez minutos más tarde. Barton cerró las puertas con llave. Hogan se puso los auriculares y encendió un cigarro de marihuana del tamaño del pulgar de Reacher. Reacher y Abby se fueron para arriba, a la habitación con el amplificador de guitarra apoyado de lado a modo de mesilla. A tres manzanas de distancia un nuevo mensaje de texto no llegó al teléfono albanés en el buzón de metal abandonado. Un minuto después lo mismo sucedió con el teléfono ucraniano.

VEINTINUEVE

El nombre de pila de la mano derecha de Dino era Shkumbin, que era un precioso río en lo profundo de su preciosa patria. Pero no era un nombre fácil de usar en inglés. Al principio la mayoría de las personas lo pronunciaban *Scum Bin*, «Contenedor de Mugre», algunas de manera burlona, aunque esas solo lo hacían una vez. Cuando podían volver a hablar, después de meses de tratamientos dentales, parecían muy dispuestos a intentar con todas sus ganas el sonido de la sílaba inicial de su nombre. Aunque el trabajo de reconstrucción pudiera estar lejos de ser perfecto. Pero finalmente Shkumbin se cansó de hacerse daño en los nudillos, y se puso el nombre de su hermano muerto, en parte por comodidad, y en parte como homenaje. No el nombre de su hermano mayor muerto, que había sido Fatbardh, que quería decir «sea él el afortunado», que era otro nombre precioso, pero de nuevo, difícil de usar en inglés. En vez de ese ahora Shkumbin eligió el nombre de su hermano menor muerto, que era Jetmir, «aquel que vivirá una buena vida», otro cálido sentimiento, y esta vez fácil de decir en inglés, y memorable, bastante llamativo y futurista, incluso cuando en realidad fuera una bendición tradicional, incluso si sonaba un poco comunista, como un test para pilotos del Ejército Rojo en un cómic soviético, o un héroe cosmonauta en un cartel de propaganda. No es que a los americanos parecieran seguirles importando esas cosas. Historia antigua.

Jetmir entró a la sala de conferencias de la parte de atrás de la oficina del almacén de maderas y encontró al resto del consejo interno ya reunido. Excepto Dino, por supuesto.

Dino no había sido informado. No todavía. Era su segunda reunión sin él. Un paso grande. A una reunión se le podía dar una explicación. Explicar dos era exponencialmente más difícil.

Explicar tres sería imposible.

Jetmir dijo:

—El teléfono extraviado ha vuelto a tener cobertura durante casi veinte minutos. No ha enviado nada ni ha recibido nada. Después se ha vuelto a perder la señal. Como si se estuvieran escondiendo en el fondo de un sótano o algo, o en un depósito subterráneo, pero después salieran a la calle, por poco tiempo, quizás para ir hasta la tienda de la esquina y volver.

—¿Conseguimos una ubicación? —preguntó alguien.

—Logramos una triangulación bastante buena, pero es una zona muy poblada. Hay una tienda en cada esquina. Pero es exactamente donde pensamos que iban a estar. Cerca del centro del área que delineamos.

—¿Cuán cerca?

—Yo digo que nos olvidemos de las doce manzanas que asumimos antes. Podemos reducirlo a las cuatro del medio. Quizás las seis del medio, para estar seguros.

—¿En un sótano?

—O en algún lugar en el que no hay señal.

—Quizás le quitaron la batería. Y después se la volvieron a poner.

—¿Para hacer qué? Ya lo he dicho, ni hicieron ni recibieron ninguna llamada.

—Vale, un sótano.

—O un edificio con un armazón grueso de hierro. Algún lugar así. Sed imaginativos. Decídes a todos que se metan por todos lados. Inundemos la zona. Observad las luces de detrás de las cortinas. Observad los coches y los peatones.

Llamad a las puertas y haced preguntas de ser necesario.

En ese mismo momento el homólogo de Jetmir al otro lado de la calle Center también estaba en una reunión, también de su consejo interno, en la sala de la parte de atrás de la empresa de taxis, enfrente de la casa de empeños, al lado del negocio de fianzas. Pero en su caso su jefe estaba presente. Gregory estaba ahí, como siempre, en la cabecera de la mesa, presidiendo. Él mismo había organizado la reunión, justo después de enterarse de que Aaron Shevick había atracado a uno de sus hombres en el centro de la ciudad.

—Este último incidente me parece a mí completamente distinto —dijo—. No hubo ningún intento de engaño. No esperaba que responsabilizáramos a los albaneses. Fue completamente insolente, cara a cara. Aparentemente ha recibido órdenes de abandonar sus tácticas anteriores. En favor de una nueva fase. A mi juicio un error. Han revelado más de sí mismos de lo que van a descubrir de nosotros.

—El teléfono —dijo su mano derecha.

—Precisamente —dijo Gregory—. Que se quedara con el arma era esperable. Cualquiera lo haría. ¿Pero por qué la orden de quedarse con el teléfono?

—Es una pieza necesaria de su nueva estrategia. Van a intentar infligir daño electrónico. Para debilitarnos más. Van a tratar de meterse en nuestro sistema operativo a través de nuestros teléfonos.

—¿Quién en el mundo tendría las habilidades y la experiencia y la confianza natural y la arrogancia crédula de siquiera tener la esperanza de tener éxito en algo así?

—Solo los rusos —dijo su mano derecha.

—Precisamente —dijo Gregory de vuelta—. Su nueva táctica ha revelado su identidad. Ahora lo sabemos. Los rusos nos están interviniendo.

—Eso no es bueno.

—Me pregunto si también habrán capturado un teléfono albanés.

—Probablemente. A los rusos no les gusta compartir territorio. Estoy seguro de que planean reemplazarnos a los dos. Esto va a ser muy duro. Son muchos.

Hubo silencio por un largo rato.

Después Gregory preguntó:

—¿Les podemos ganar?

—No se van a meter en nuestro sistema operativo —dijo su mano derecha.
—No es lo que he preguntado.
—Bueno, llevemos lo que llevemos al combate, ellos van a llevar el doble de hombres, el doble de dinero, el doble de material.
—Son tiempos extraordinarios —dijo Gregory.
—Verdaderamente.
—Exigen medidas extraordinarias.
—¿Como qué?
—Si los rusos van a llevar el doble de lo que nosotros podemos llevar, entonces necesitamos reequilibrar la balanza. Tan simple como eso. Solo temporalmente. Solo de momento. Hasta que pase esta crisis.
—¿Cómo?
—Necesitamos formar una alianza defensiva de corto plazo.
—¿Con quién?
—Con nuestros amigos al este de la calle Center.
—¿Con los albaneses?
—Están en el mismo barco.
—¿Lo harían?
—Contra los rusos, lo necesitarán tanto como nosotros. Si unimos fuerzas, podríamos llegar a equiparlos. Si no, no podemos. Unidos venceremos, divididos caeremos.
Otra vez silencio.
—Sería dar un gran paso —dijo alguien.
—Estoy de acuerdo —dijo Gregory—. Incluso raro y demente. Pero necesario.
Nadie habló después de eso.
—Vale —dijo Gregory—. Voy a ir a hablar otra vez con Dino, a primera hora de la mañana.

Reacher se despertó en medio del resplandor gris de la noche, con el reloj de su cabeza dando las cuatro menos diez. Había oído un ruido. Un coche, en la calle, por fuera y por debajo de la ventana redonda. La mordida y el rechinar de los frenos, la compresión de los amortiguadores, la presión de los neumáticos. Un coche, deteniéndose.

Esperó. Abby seguía durmiendo a su lado, calentita, y suave, y cómoda. La vieja casa sonó y crujió. Había una franja de luz bajo la puerta hacia el pasillo. La lamparita de las escaleras todavía estaba encendida. Quizás también alguna otra lámpara, en una habitación de abajo. La cocina o el salón de la fachada. Quizás Barton o Hogan todavía estaban despiertos. O los dos, charlando. Cuatro menos diez de la mañana. Horarios de músicos.

Fuera en la calle el motor del coche marchaba en vacío. El débil roce de las correas, el zumbido de un ventilador, el frotamiento de los pistones golpeando hacia arriba y hacia abajo, estérilmente. Después un débil golpe apagado desde debajo del capó, y una sensación de nueva permanencia.

La caja de cambios había pasado a la posición REl motor se apagó.

Silencio de nuevo.

Se abrió una puerta.

Una suela de cuero crujió al apoyarse en la acera. Un resorte del asiento hizo clic al desprenderse del peso. Un segundo zapato se unió al primero. Alguien se irguió, con un mínimo jadeo de esfuerzo.

La puerta se cerró.

Reacher se deslizó fuera de la cama. Cogió sus pantalones. Cogió su camisa. Cogió sus calcetines. Se ató los cordones. Se puso la chaqueta. Un peso tranquilizador en los bolsillos.

Un piso más abajo hubo un golpe fuerte en la puerta de entrada. Un sonido resonante y a madera. Cuatro menos diez de la mañana. Reacher escuchó. No oyó nada. De hecho menos que nada. Ciertamente menos que antes. Una especie de hueco en el aire. Era el sonido negativo de dos tipos previamente charlando, ahora pasmados y mirando alrededor y pensando ¿qué mierdas? Barton y Hogan, todavía despiertos. Horarios de músicos.

Reacher esperó. *Encargaos vosotros*, pensó. *No me hagáis bajar*. Oyó que uno de ellos se levantaba. Pies arrastrándose de lado. Mirando por la ventana, probablemente, por un resquicio entre las cortinas, de lado, oblicuamente.

Oyó una voz baja que decía:

—Los albaneses.

Era la voz de Hogan.

—¿Cuántos? —respondió en un susurro la voz de Barton.

—Uno solo.

—¿Qué quiere?

—El día que enseñaron a predecir el futuro falté a clase.

—¿Qué deberíamos hacer?

Volvieron a golpear la puerta, bum, bum, bum, un sonido pesado y a madera.

Reacher esperó. Detrás de él Abby se revolvió en la cama y dijo:

—¿Qué pasa?

—Hay un soldado albanés en la puerta. Casi con seguridad buscándonos a nosotros.

—¿Qué hora es?

—Las cuatro menos ocho.

—¿Qué vamos a hacer?

—Barton y Hogan están abajo. Todavía no se han ido a dormir. Con suerte se pueden encargar ellos.

—Debería vestirme.

—Triste, pero cierto.

Se vistió como él lo había hecho, rápido, pantalones, camisa, zapatos. Después esperaron. Golpearon la puerta por tercera vez. *Bang, bum, bang*. El tipo de golpe que no se ignora. Oyeron que Hogan se ofrecía a ir. Oyeron que Barton aceptaba. Oyeron los pasos de Hogan por el suelo del pasillo, firme, determinado, implacable. El marine de los Estados Unidos. El batería. Reacher no estaba seguro de cuál de los dos contaba más.

Oyeron que se abría la puerta.

Oyeron que Hogan decía:

—¿Qué?

Después una voz nueva. Más baja, porque estaba fuera de la estructura, no dentro, y por el tono, que fue instantáneamente dos cosas en una, familiar y burlón. Amigable, pero no

realmente.

La voz dijo:

—¿Todo bien por ahí dentro?

—¿Por qué no lo estaría? —dijo Hogan.

—Vi la luz encendida —dijo la voz—. Me preocupó que estuvierais levantados de noche por alguna desgracia o alguna calamidad.

Hablaba bajo, pero pese a todo era una voz fuerte, llena de poder físico, de un pecho grande y un cuello ancho, y también llena de mando y arrogancia y privilegio. El tipo estaba acostumbrado a obtener lo que quería. Tenía la clase de voz que nunca decía por favor y nunca escuchaba un no por respuesta.

Encargaos vosotros, pensó Reacher. No me hagáis bajar.

—Aquí dentro estamos bien —dijo Hogan—. Nada de que preocuparse. Ninguna desgracia. Ninguna calamidad.

—¿Estás seguro? Ya sabes que nos gusta ayudar cuando podemos.

—No se precisa ayuda —dijo Hogan—. La luz estaba encendida porque no todo el mundo se duerme a la misma hora. No es un concepto difícil de entender.

—Ey, de eso sé mucho —dijo el albanés—. Aquí estoy, trabajando toda la noche, manteniendo seguro el vecindario. De hecho, me podrías ayudar con eso, si quieres.

Hogan no contestó.

—¿No quieres ayudarme? —dijo el tipo.

Siguió sin haber respuesta.

—Cada uno recibe lo que da —dijo el tipo—. Es esa clase de historia. Nos ayudas ahora, nosotros te ayudaremos, cuando llegue el momento. Podría ser importante. Podría ser justo lo que necesitas. Podría resolverte un gran problema. Por otro lado, si te interpones en nuestro camino ahora, podríamos hacerte las cosas difíciles más tarde. En el futuro, quiero decir. De muchas formas distintas. Por ejemplo, ¿en qué trabajas?

—¿Qué ayuda? —dijo Hogan.

—Estamos buscando a un hombre y a una mujer. Él es más viejo, ella es más joven. Ella es bajita y de pelo oscuro, él es grande y feo.

Encargaos vosotros, pensó Reacher. No me hagáis bajar.

—¿Por qué los buscan? —preguntó Hogan.

—Creemos que están en grave peligro —dijo el tipo en la puerta—. Les tenemos que advertir. Por su propio bien. Queremos ayudar. A eso nos dedicamos.

—No los hemos visto.

—¿Estás seguro?

—Cien por cien.

—Una cosa más que podrías hacer —dijo el tipo.

—¿Qué?

—Llámanos si los ves. ¿Harías eso por nosotros?

No hubo respuesta por parte de Hogan.

—No es mucho pedir —dijo el tipo—. O sientes que nos puedes ayudar con una llamada de diez segundos o no, supongo. De las dos formas está bien. Es un país libre. Tomaremos nota y nos iremos a otra cosa.

—Vale —dijo Hogan—. Llamaremos.

—Gracias. A cualquier hora, día o noche. Sin retrasos.

—Vale —dijo Hogan otra vez.

—Una última cosa.

—¿Qué?

—Otra manera en la que me podrías ayudar.

—¿Cómo?

—Obviamente voy a reportar esta dirección como lo que en nuestro negocio llamamos un lugar de preocupación cero. Los objetivos, claramente, no están allí, solo gente normal haciendo sus cosas normales, etcétera.

—Bien —dijo Hogan.

—Pero en nuestro negocio nos tomamos el procedimiento muy en serio. Nos gustan los números. En algún momento estoy seguro de que me van a preguntar con qué grado exacto de confianza hago esa evaluación.

—El cien por cien —dijo Hogan de vuelta.

—Entiendo, pero al final del día esa es solo una declaración verbal de una de las partes interesadas.

—Es todo lo que tienes.

—Ese es mi punto exactamente —dijo el tipo—. Realmente sería de gran ayuda para mí si pudiese pasar a tu propiedad y verlo por mí mismo. Así tenemos una base de evidencias sólida para seguir adelante. Caso cerrado. No vamos a necesitar molestarte de nuevo. Quizás recibes una invitación para el pícnic del 4 de Julio. Pasas a ser uno de la familia. Un tipo confiable que ayuda.

—No es mi propiedad —dijo Hogan—. Alquilo un cuarto. Creo que no tengo la autoridad.

—Quizás el otro caballero, en el salón.

—Tienes que confiar en lo que te decimos, y tienes que marcharte ya.

—No te preocupes por la marihuana —dijo el tipo—. ¿Es por eso? Se olía desde la calle. No me importa la marihuana. No soy policía. No estoy aquí para arrestarte. Soy un representante de la sociedad local de ayuda mutua. Trabajamos duro en la comunidad. Conseguimos resultados sorprendentes.

—Confía en lo que te decimos —dijo Hogan otra vez.

—¿Quién más hay en la casa?

—Nadie.

—¿Habéis estado solos toda la noche?

—Vino gente a cenar.

—¿Qué gente?

—Amigos —dijo Hogan—. Comimos comida china con un poco de vino.

—¿Se quedaron a dormir?

—No.

—¿Cuántos amigos?

—Dos.

—¿Un hombre y una mujer, de casualidad?

—No el hombre y la mujer que buscas.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque no pueden serlo. Son gente normal. Como tú dijiste.

—¿Estás seguro de que no se quedaron a dormir?

—Vi cómo se fueron.

—Bien —dijo el tipo—. Entonces no tienes nada de que preocuparte. Solo echaré un vistazo rápido. Lo sabré enseguida de todos modos. Tengo algo de experiencia en estas cuestiones. Era detective de policía cuando vivía en Tirana. Por lo general me parecía imposible que una persona estuviera en una casa sin dejar pruebas visibles en algún lugar, incluso acerca de quiénes eran, y por qué estaban allí.

Hogan no tuvo respuesta.

Reacher y Abby oyeron pasos en el pasillo justo debajo de ellos. El tipo había entrado.

Abby susurró:

—No puedo creer que Hogan le dejase entrar. Obviamente este tipo va a buscar por todas partes. No va a ser un vistazo rápido. Hogan ha caído.

—Hogan está haciendo las cosas bien —dijo Reacher—. Es marine. Tiene buena comprensión de estrategia. Nos dio un montón de tiempo para que nos vistiéramos e hiciéramos la cama y abriéramos la ventana, como para que más o menos ahora mismo, mientras entra el tipo, nosotros salgamos, y nos escondamos en el techo o en el patio, y el tipo no nos encuentre, y se vaya contento, todo sin ni un solo momento de enfrentamiento. Las mejores peleas son las peleas que no ocurren. Eso lo entiende incluso un marine.

—Pero no estamos saliendo por la ventana. Nos estamos quedando aquí. No estamos siguiendo el plan.

—Podría llegar a haber un acercamiento alternativo.

—¿Como qué?

—Quizás algo más del estilo Ejército de Tierra que del Cuerpo de Marines.

—¿Como qué? —dijo ella otra vez.

—Esperemos y veamos qué pasa —dijo él.

Debajo de ellos oyeron que el tipo se movía pesadamente hacia el salón de la fachada. Oyeron que decía:

—¿Sois músicos?

—Sí.

—¿Tocáis en nuestros clubs?

—Sí.

—Pues ya no, a no ser que mejore vuestra actitud.

No hubo respuesta. Silencio por un segundo. Después desde arriba oyeron que el tipo volvía por el pasillo, y seguía hasta la cocina.

—Comida china —oyeron que decía—. Muchas cajas. Has dicho la verdad.

—Más vino —dijo Hogan—. Como te he dicho.

Oyeron un tintineo. Dos botellas vacías, alzadas o chocadas entre sí o si no examinadas o inspeccionadas o agitadas.

Después silencio.

Después oyeron que el tipo decía:

—¿Esto qué es?

Oyeron cómo la sala se vaciaba de aire.

Ningún sonido.

Hasta que oyeron que el tipo respondía su propia pregunta.

Le oyeron decir:

—Es un trozo de papel en el que está escrita la palabra albanesa para decir feo.

TREINTA

Reacher y Abby salieron del dormitorio, hacia el pasillo de arriba. Por debajo de ellos en la cocina no había ningún ruido. Solo alguna forma de tensión silenciosa, silbando y rompiéndose desde los azulejos. Reacher se imaginó miradas preocupadas, de Barton a Hogan, de Hogan a Barton.

Abby susurró:

—Deberíamos bajar y ayudarles.

—No podemos —dijo Reacher—. Si ese tipo nos ve aquí, no podemos dejarle irse.

—¿Por qué no?

—Informaría. Esta dirección quedaría destruida para siempre. Barton podría tener toda clase de problemas en el futuro. No le dejarían tocar más en sus clubs, seguro. A Hogan tampoco. Mismo barco. Tienen que comer.

Después hizo una pausa.

—¿A qué te refieres con que no podemos dejarle irse? —dijo Abby.

—Hay varias opciones.

—¿Te refieres a tomarle prisionero?

—Quizás esta casa tiene un sótano.

—¿Cuáles son las otras opciones?

—Hay un rango. Yo soy más bien del tipo de hacer lo que vaya a funcionar.

—Supongo que esto es culpa mía —dijo Abby—. No debería haber dejado el papel.

—Me estabas defendiendo. Eso fue agradable por tu parte.

—Sigue siendo un error.

—Agua pasada —dijo Reacher—. Pasa página. No gastes energía mental.

Por debajo de ellos la conversación empezó otra vez.

Oyeron que el tipo preguntaba:

—¿Estáis aprendiendo un idioma nuevo?

No hubo respuesta.

—Probablemente sea mejor no empezar con el albanés. Y probablemente sea mejor no empezar con esta palabra en particular. Es bastante sutil. Tiene muchos significados. La usa la gente del campo. Supongo que originalmente era una vieja palabra tradicional, de hace mucho tiempo. Es bastante rara ahora. No se usa a menudo.

No hubo contestación.

—¿Por qué la escribisteis en un trozo de papel?

No hubo réplica.

—De hecho no creo que vosotros la hayáis escrito. Creo que esto es letra de mujer. Te lo he dicho, tengo experiencia en estas cuestiones. Fui detective de policía en Tirana. Me gusta mantenerme al tanto de la información relevante. Especialmente en lo que concierne a mi nuevo país. La mujer que escribió esto es demasiado joven como para haber aprendido caligrafía cursiva formal en la escuela. Tiene menos de cuarenta.

No hubo respuesta.

—Quizás es tu amiga, la que vino a cenar. Porque dejasteis el papel en la mesa entre las cajas de comida. En lo que se suele llamar la misma capa arqueológica. Lo cual quiere decir que fueron depositados al mismo tiempo.

Hogan no dijo nada.

El tipo preguntó:

—¿Tu amiga la que vino a cenar tiene menos de cuarenta años?

—Tiene alrededor de treinta, supongo —dijo Hogan.

—Y vino a comer comida china y tomar un poco de vino.

No hubo respuesta.

—Y quizás a fumar un poco de marihuana, y a contaros algún cotilleo sobre gente que conocéis los dos, y después a tener alguna conversación seria, sobre vuestras vidas, y el estado del mundo.

—Imagino —dijo Hogan.

—En medio de lo cual ella de repente se puso de pie de un salto y encontró un trozo de papel y anotó una única palabra rara y sutil en una lengua extranjera completamente desconocida para la mayoría de los americanos. ¿Me puedes explicar eso?

—Es una persona inteligente. Quizás estaba hablando de algo. Quizás era esa misma palabra exacta, si es tan rara y sutil. La gente inteligente hace esas cosas. Usan palabras extranjeras. Quizás la escribió para mí. Para que la pudiera buscar después.

—Es posible —dijo el tipo—. En alguna otra ocasión, podría haberme encogido de hombros y dejarlo pasar. Han sucedido cosas más extrañas. Salvo que no me gustan las coincidencias. Especialmente no cuatro juntas. La primera coincidencia es que ella no estuvo aquí sola. Tenía un compañero masculino. La segunda coincidencia es que vi mucho esa palabra en las últimas doce horas. En mensajes de texto en mi teléfono. En descripciones de nuestro fugitivo masculino. Como dije al principio, un hombre y una mujer. Dije que ella es pequeña y morena y él grande y feo.

Arriba en el pasillo Abby susurró:

—Esto va a terminar mal.

Como una camarera que huele que está por armarse una pelea.

—Probablemente —dijo Reacher.

Debajo de ellos oyeron que el tipo decía:

—La tercera coincidencia es que un teléfono con copia de esos mismos mensajes fue robado anoche. En algún momento hace poco estuvo encendido durante veinte minutos. No se hizo ni se recibió ninguna llamada. Pero veinte minutos es una cantidad de tiempo suficiente como para

leer muchos mensajes. Tiempo suficiente como para apuntar las palabras difíciles para trabajar con ellas después.

—Tranquilo —dijo Hogan—. Nadie tenía un teléfono robado.

—La cuarta coincidencia es que el teléfono robado lo robó el hombre grande y feo de la descripción. Eso lo sabemos con certeza. Recibimos un informe completo. El tipo estaba actuando solo en ese momento, pero se sabe que se asocia con una mujer pequeña y morena. Que era sin lugar a dudas tu invitada a la cena, porque escribió la palabra en el papel. Sin lugar a dudas la copió del teléfono robado. Porque, ¿de qué otro modo podría conocer esa palabra? ¿Por qué otra razón podría estar interesada en esa palabra justo ahora?

—No lo sé, tío —dijo Hogan—. Quizás estamos hablando de personas distintas.

—Él salió y robó el teléfono y se lo trajo a ella. ¿Ella le dijo que lo hiciera, previamente? ¿Es su jefa? ¿Le mandó a una misión?

—No tengo ni idea de lo que estás hablando, tío.

—Pues más te vale tenerla —dijo el tipo—. Acabáis de ser atrapados alojando a enemigos de la comunidad. No habla bien de vosotros.

—Lo que tú digas —dijo Hogan.

—¿Quieres mudarte a otro estado?

—Preferiría que te mudaras tú.

Silencio por un largo rato.

Después el tipo habló otra vez. Con cierta nueva amenaza en su voz. Cierta nuevo pensamiento. Dijo:

—¿Vinieron andando o en coche?

—¿Quiénes?

—El hombre y la mujer a los que estabais escondiendo.

—No hemos estado escondiendo nada. Vinieron amigos a cenar.

—¿Andando o en coche?

—¿Cuándo?

—Cuando se fueron de vuestra casa por la noche. Cuando no se quedaron.

—Se fueron andando.

—¿Viven cerca?

—No mucho —dijo Hogan, prudentemente.

—O sea que una caminata más o menos larga. Estamos vigilando estas manzanas con mucha atención. No vimos a un hombre y a una mujer andando de regreso a casa.

—Quizás tenían un coche aparcado a la vuelta de la esquina.

—Tampoco vimos a un hombre y a una mujer regresando a casa en coche.

—Quizás no os disteis cuenta.

—Creo que nos habríamos dado cuenta.

—Entonces no te puedo ayudar.

—Sé que estuvieron aquí —dijo el tipo—. Vi la comida que comieron. Tengo la nota que transcribieron del teléfono robado. Esta noche estas son las manzanas más vigiladas de la ciudad. No se los ha visto irse. Por lo que todavía están aquí. Creo que ahora mismo están arriba.

Silencio por otro largo rato.

Después Hogan dijo:

—Eres un coñazo, tío. Ve arriba y echa un vistazo. Tres habitaciones, todas vacías. Luego sal de la casa y no vuelvas. No envíes una invitación del pícnic.

En el pasillo de arriba Abby susurró:

—Todavía podemos salir por la ventana.

—No hemos hecho la cama —respondió susurrando Reacher—. Y decidí que necesitamos el coche de este hombre. En cualquier caso no podemos dejar que se vaya.

—¿Por qué necesitamos su coche?

—Por algo que me acabo de dar cuenta que necesitamos hacer.

Debajo de ellos los pasos del tipo cruzaron el pasillo. Hacia las escaleras. Un andar pesado. Que hizo que el suelo viejo rechinara y cediera. Reacher dejó el arma en el bolsillo. No la quería usar. *Un disparo de noche en una calle de la ciudad va a generar una reacción.* Demasiadas complicaciones. Evidentemente el albanés pensaba de la misma manera. Su mano derecha apareció serpenteando y se agarró del pasamanos. Sin arma. Después la mano izquierda. Sin arma. Pero eran manos grandes. Lisas y duras, anchas y descoloridas, dedos toscos y gruesos, con lo que parecía una manicura hecha con un martillo para carne.

El tipo puso el pie en el primer escalón. Zapato enorme. Talla grande. Horma ancha. Piernas gruesas y pesadas. Hombros cargados, una americana demasiado ajustada. Quizás un metro ochenta y ocho, quizás cien kilos. No un tipito camorrero del Adriático. Un buen pedazo de filete. Erase una vez detective de policía en Tirana. Quizás el tamaño era un requisito. Quizás producía mejores resultados.

El tipo siguió subiendo. Reacher retrocedió, hasta quedar fuera de vista. Se figuró que iba a dar un paso adelante y decir hola justo cuando el tipo llegara a lo alto de la escalera. Desde donde tenía la mayor longitud para caer. Todo el camino de vuelta hasta abajo. Distancia máxima. Mejor que simplemente caer al suelo. Más eficiente. Los pasos se siguieron acercando. Cada tablón chirriaba. Reacher esperó.

El tipo llegó a lo alto de la escalera.

Reacher avanzó.

El tipo lo miró.

Reacher dijo:

—Cuéntame acerca de la palabra rara y sutil.

Oyó que en el pasillo de abajo Hogan decía:

—Uf, mierda.

El tipo en lo alto de la escalera no contestó.

—Cuéntame de los muchos significados. Repulsivo a la vista, sin duda, desagradable de ver, espantoso, ofensivo, repugnante, vulgar, vil, repelente. Todas esas buenas cosas de hoy en día. Pero si originalmente es una vieja palabra tradicional de hace muchos años, entonces habla sobre todo del miedo. En la mayoría de los idiomas las palabras comparten raíces. A las cosas que temías las llamabas feas. La criatura que vivía en el bosque nunca era atractiva.

El tipo no contestó.

—¿Me tenéis miedo? —preguntó Reacher.

No hubo respuesta.

—Saca el teléfono y déjalo en el suelo junto a tus pies —dijo Reacher.

—No —dijo el tipo.

—Y las llaves del coche.

—No.

—Me los voy a quedar de todos modos —dijo Reacher—. Tú decides cuándo y cómo.

La misma mirada. Firme, tranquila, divertida, depredadora, desquiciada.

En ese momento el tipo tenía dos opciones básicas. Podía pensar en algo inteligente para responder, o podía saltarse por completo todo el festival verbal y pasar directamente a la acción. Reacher estaba genuinamente vacilante sobre cuál dirección elegiría. Abajo había parecido que le gustaba el sonido de su propia voz. Eso estaba claro. Erase una vez detective de policía. Le gustaba recibir atención. Le gustaba revelar cómo se resolvía el caso. Por otro lado, el parloteo en sí mismo no iba a asegurar el éxito. Eso lo sabía. Antes o después iba a haber que añadir a la mezcla algo de sustancia. ¿Por qué no empezar por el final?

El tipo se lanzó desde lo alto de la escalera, impulsado por unas piernas potentes, los hombros hacia arriba, la cabeza hacia abajo, apuntando a cargar, apuntando a plantar un hombro en el pecho de Reacher, apuntando a desbalancearlo y hacer que se cayera hacia atrás. Pero Reacher estaba por lo menos un cincuenta por ciento listo, y se sacudió hacia delante en dirección al tipo y lanzó un violento *uppercut* con la derecha, salvo que no vertical, sino más bien como en un ángulo de cuarenta y cinco grados, por lo que la cara del tipo cargando y agachándose lo recibió exactamente de lleno, y sus propios cien kilos avanzando se encontraron con los ciento quince de Reacher moviéndose en la dirección opuesta en una ruptura colosal de energía cinética, cara contra puño, suficiente para levantarle los talones y hacerle caer sobre el culo, salvo que el suelo no estaba ahí, por lo cual el tipo cayó escaleras abajo con un salto mortal hacia atrás, una convulsa rotación completa, amplia y con altura, y después se estrelló contra la pared de atrás en una salpicadura de extremidades.

Como un choque de trenes.

Y se puso de pie. Más o menos de manera inmediata. Parpadeó dos veces y se tambaleó una vez y después se irguió. Como en una película de las que ponen por las tardes. Como un monstruo que recibe un proyectil de artillería en el pecho, y que se frota distraídamente con la garra maltrecha un trozo de piel chamuscada, todo el tiempo mirando al frente de manera implacable.

Reacher empezó a bajar las escaleras. El pasillo de abajo era estrecho. Barton y Hogan estaban retrocediendo hacia el salón de la fachada. Cruzando la puerta abierta. El albanés estaba quieto y de pie. Alto y orgulloso y duro como una roca. Aparentemente resentido por el trato que acababa de recibir. Le sangraba la nariz. Difícil saber si estaba rota. Difícil saber si quedaba algo por romper. El tipo no era ningún polluelo. Había vivido una vida dura. Un detective de policía en Tirana.

El tipo dio un paso adelante.

Reacher hizo lo mismo. Los dos lo sabían. Más tarde o más temprano lo único que uno podía hacer era resolverlo a golpes. El tipo amagó a la izquierda y lanzó una derecha apresurada, baja, apuntando al centro de masa de Reacher, el camino más directo al objetivo, pero Reacher la vio venir y se giró y la recibió en una porción de músculo alto al costado, que dolió, pero no tanto como habría dolido en el lugar adonde iba dirigido antes. El giro fue una pura acción refleja, una respuesta automática de pánico por parte de su sistema nervioso autónomo, una repentina e impresionante bocanada de adrenalina, sin ningún tipo de delicadeza, ninguna modulación,

ninguna precisión, solo el máximo disponible de torque, aplicado instantáneamente, que era mucho, lo que significaba que había mucha energía almacenada quedándose simplemente ahí durante una milésima de segundo, como un resorte gigante bien comprimido, listo para descomprimirse de repente en la dirección contraria, con exactamente la misma fuerza y la misma velocidad violentas, una perfecta reacción igual y opuesta, pero esta vez controlada, y medida, y orientada, y elaborada. Esta vez con el codo que volvía emprendiendo un arco propio, como un misil teledirigido, ascendiendo, montando la rotación de su centro de masa hacia atrás, añadiendo su propia velocidad relativa extra, después talando fuerte contra el lateral de la cabeza del tipo, una fracción por encima y delante de su oreja, un golpe colosal, como ser golpeado con un bate de béisbol o con una barra de hierro. Habría reventado la mayoría de los cráneos a los que hubiese impactado. Habría matado a la mayoría de los tipos. Lo único que le pasó al albanés fue que rebotó contra el marco de la puerta del salón de la fachada y cayó de rodillas.

Y se puso de pie inmediatamente. Se irguió verticalmente estirando las piernas, las manos hacia afuera abiertas y en movimiento, como buscando un contrapeso extra, o el equilibrio, como nadando en un fluido denso y viscoso. Reacher avanzó y le volvió a pegar, el mismo codo, pero desde la otra dirección, con la palma en lugar de los nudillos, por encima del ojo izquierdo, hueso contra hueso, estremecedor, el tipo cayendo hacia atrás, los ojos en blanco, pero inevitablemente recuperándose, y pestañeando, y avanzando una vez más, esta vez sin detenerse, esta vez pasando directamente a un súbito gancho de derecha, apuntado al lado izquierdo de la cara de Reacher, pero sin llegar allí, porque Reacher se encorvó y lo dejó rebotar contra su hombro. Y esta vez Reacher tampoco se detuvo. Se estiró desde su posición encorvada, esta vez el que dirigió fue el codo izquierdo, inesperado, guadañando alrededor, apaleando hacia abajo, golpeando al tipo en la cara, por encima del ojo, al lado de la nariz, donde están las raíces de los dientes delanteros. Como fuera que se llamara esa parte.

El tipo se tambaleó hacia atrás y se aferró del marco de la puerta del salón de la fachada, y después un poco como que se cayó alrededor del mismo y dentro del espacio, como tropezándose con el marco, pero de manera vertical, girando de espaldas, indefenso. Reacher lo siguió, y vio cómo el tipo caía. Reboto contra la inmensa caja de ocho altavoces y dando un golpe cayó de espaldas al suelo.

Llevó su mano debajo de la americana.

Reacher se detuvo.

No lo hagas, pensó. Reacción. Complicaciones. *No me importa qué clase de acuerdo creéis que tenéis*. La ley se movía despacio, como bien sabía la señora Shevick. Ella no tenía tiempo para lo que va despacio.

—No lo hagas —dijo en voz alta.

El tipo no le prestó atención.

TREINTA Y UNO

La mano grande y tosca se deslizó más arriba por debajo de la americana, con la palma de la mano aplastándose, abriéndose, las puntas de los dedos buscando delante la culata del arma. Probablemente una Glock, como el otro tipo. Apuntar y disparar. O no, preferiblemente. Reacher evaluó el tiempo y el espacio y la distancia relativa. A la mano del tipo todavía le quedaban bastantes centímetros por recorrer, organizar el agarre, desenfundar, apuntar, todo estando de espaldas en el suelo, y quizás grogui por los golpes en la cabeza. En otras palabras lento, pero aun así más rápido de lo que Reacher podría ser, dadas las circunstancias, porque más allá de cualquier otra cosa, la mano del tipo ya estaba bastante arriba por debajo de la americana, lenta como era, mientras que las dos manos de Reacher estaban todavía por debajo de su cintura, a una baja altura y apartadas de los lados, las muñecas dobladas hacia atrás, en una especie de gesto de guau tranquilo no lo hagas.

Lejos de los bolsillos de la chaqueta.

No es que quisiera usar un arma.

No es que necesitara hacerlo.

Vio una mejor alternativa. De alguna manera improvisada. Bajo ningún punto de vista perfecta. Por el lado positivo, cumpliría con el cometido. De eso no había duda. Con un tiempo de despliegue extremadamente rápido, seguido de velocidad y eficiencia a partir de ahí. Esas eran las buenas noticias. Por el lado negativo, era casi con seguridad una violación maleducada de la etiqueta. Casi con seguridad profesionalmente ofensivo. También sin duda personalmente ofensivo. Como los sombreros de la gente en el lejano Oeste. Ciertas cosas simplemente no las tocas.

Ciertas cosas tienes que tocarlas.

Reacher cogió a toda prisa el bajo Fender de Barton del soporte en el que estaba y lo alzó verticalmente del mástil y al instante lo estrelló en línea recta hacia abajo, con el otro extremo en la garganta del albanés. Como incrustando una pala para cavar agujeros muy hacia el fondo en tierra muy compacta. El mismo tipo de acción, el mismo tipo de objetivo, el mismo tipo de fuerza violenta clavándose hacia abajo.

El albanés se quedó quieto.

Reacher volvió a colocar el bajo eléctrico en el soporte.

—Pido disculpas —dijo—. Espero no haberlo estropeado.

—No te preocupes —dijo Barton—. Es un Fender Precisión. Es un pedazo de madera de cuatro kilos y medio. Lo compré en una casa de empeños en Memphis, Tennessee, por treinta y cuatro dólares. Estoy seguro de que en su vida le han pasado cosas peores.

El reloj de la cabeza de Reacher daba las cuatro y diez de la mañana. El tipo en el suelo todavía respiraba. Pero de manera poco profunda y desesperada, con un resoplido plástico y aflautado, inspira y expira, inspira y expira, tan rápido como podía. Como jadeando. Pero sin llegar a ningún lado. Probablemente culpa del enganche de la correa en la punta del bajo, que debía de haber golpeado un par de centímetros por delante de la masa del cuerpo misma. Probablemente cortó algún componente vital. Laringe, o faringe, o alguna otra clase de estructura esencial, hecha de cartílago y compuesta por letras del final del abecedario. Los ojos del tipo estaban en blanco y hacia arriba. Sus dedos escarbaban ligeramente contra el suelo, como intentando agarrarse o asirse de algo. Reacher se puso de cuclillas y le revisó los bolsillos, y le quitó el arma, y el teléfono, y la cartera, y las llaves del coche. El arma era otra Glock 17, no muy nueva, usada, pero bien mantenida. El teléfono era una cosa negra y plana con pantalla de cristal, igual que los demás teléfonos. La cartera era un artículo de cuero negro moldeado por el tiempo en forma de patata. Estaba lleno de cientos de dólares en efectivo, y una pila de tarjetas, y un carnet de conducir local para utilizar dentro del estado, con la foto del tipo, y el nombre Gezim Hoxha. Tenía cuarenta y siete años. Conducía un Chrysler, según el logo en las llaves del coche.

—¿Qué vamos a hacer con él? —preguntó Hogan.

—No podemos dejar que se vaya —dijo Abby.

—No podemos mantenerle aquí.

—Necesita atención médica —dijo Barton.

—No —dijo Reacher—. Renunció a ese derecho cuando llamó a la puerta.

—Eso es duro, tío.

—¿Él me llevaría a mí al hospital? ¿O a ti? Dar la vuelta a la tortilla. Eso es lo que decide dónde está la vara de medir. De todos modos no podemos. Los hospitales hacen muchas preguntas.

—Podemos responder esas preguntas. Nosotros teníamos razón. Se metió en nuestra casa. Era un invasor.

—Intenta decirle eso a un policía que recibe mil dólares por semana por debajo de la mesa. Podría irse por cualquier lado. Podría llevar años. No tenemos tiempo.

—Podría llegar a morir.

—Lo dices como si fuera algo malo.

—Bueno, ¿no lo es?

—Yo lo cambiaría por la hija de los Shevick. Si me pides que le ponga un valor a las cosas. De cualquier forma, hasta ahora no se ha muerto. Quizás no esté en las mejores condiciones, pero está aguantando.

—¿Entonces qué vamos a hacer con él?

—Necesitamos esconderlo en algún lugar. Solo temporalmente. Ojos que no ven, corazón que no siente. Fuera de donde se le pueda hacer daño. Hasta que estemos seguros, de una manera u otra.

—¿Seguros de qué?

—De cuál es probable que sea su destino a largo plazo.

Silencio por un instante.

Después Barton preguntó:

—¿Dónde lo podemos esconder?

—En el maletero de su coche —dijo Reacher—. Ahí va a estar seguro y protegido. Quizás no sea muy cómodo, pero un calambre en el cuello ahora mismo es el menor de sus problemas.

—Podría salir —dijo Hogan—. Ahora tienen un dispositivo de seguridad. Un tirador de plástico, que brilla en la oscuridad. Abre el maletero desde el interior.

—No en un coche de gánsteres —dijo Reacher—. Estoy seguro de que se lo quitaron.

Levantó al tipo por debajo de los brazos, y Hogan le levantó de los pies, y se lo llevaron afuera hacia el pasillo, donde Abby se apresuró por delante y abrió la puerta de entrada. Asomó la cabeza y revisó a izquierda y derecha. Hizo con la mano una señal de todo despejado, y Reacher y Hogan salieron con el tipo a cuestas, cruzando la acera. El coche aparcado junto al bordillo era un sedán negro, con techo bajo y línea de cintura alta, lo que hacía que las ventanillas parecieran tener poco fondo de arriba abajo, como ranuras. A Reacher le recordaron a las mirillas que hay a los lados de un vehículo acorazado. Abby metió la mano en el bolsillo de Reacher y encontró la llave del tipo. La apretó y la puerta del maletero se abrió. Reacher soltó primero los hombros del tipo, y luego Hogan le dio la vuelta arrastrando los pies y dobló después las piernas del tipo en el interior. Reacher revisó todo el área de la parte interna del pestillo. Ningún tirador que brillara en la oscuridad. Lo habían quitado.

Hogan se alejó. Reacher miró hacia abajo al tipo. Gezim Hoxha. Cuarenta y siete años. Hace tiempo detective de policía en Tirana. Le cerró la puerta del maletero y se alejó para reunirse con los otros. Hace tiempo detective de policía en el Ejército de Estados Unidos.

Hogan dijo:

—No podemos dejar el coche aquí. No justo fuera de la casa. Especialmente no con su chico en el maletero. Antes o después van a pasar por aquí y lo van a ver y lo van a revisar.

Reacher asintió.

—Abby y yo lo necesitamos —dijo—. Lo aparcaremos en alguna otra parte cuando terminemos.

—¿Vais a moveros en coche con él en el maletero?

—Mejor tener cerca a los enemigos.

—¿Adónde vamos? —preguntó Abby.

—Cuando el tipo que está en el maletero habló de gente a la que le prohíben tocar en sus clubs, pensé, sí, eso es obviamente un problema, porque tienen que comer. Después me acordé de haberte dicho las mismas palabras antes una vez. Cuando pasamos por la tienda de alimentación de la estación de servicio, de camino a visitar a los Shevick. Me preguntaste si ellos estaban de acuerdo con eso. Tienen la despensa siempre vacía. Especialmente ahora. Apuesto a que no salieron desde que los ucranianos aparecieron afuera de la puerta de su casa. Sé cómo es la gente. Les daría vergüenza e incomodidad y miedo pasar andando por al lado del coche, y con seguridad ninguno dejaría que el otro lo hiciera solo, y no lo harían juntos, tampoco, porque entonces la casa se quedaría vacía, y ellos se quedarían pensando que los ucranianos se podrían meter y podrían hurgar en los cajones de la ropa interior. Así que en definitiva, apuesto a que no comieron nada ayer, y que no van a comer nada hoy. Tenemos que llevarles algo de comida.

—¿Qué hacemos con el coche afuera de la puerta de su casa?

—Entraremos por detrás. Probablemente cruzando el jardín de algún vecino. La última parte la haremos a pie.

Primero fueron hasta el supermercado gigante en la carretera a las afueras de la ciudad. Como la mayoría de esos lugares, estaba abierto toda la noche, frío, vacío, vasto, cavernoso, inundado de brillo y luz. Recorrieron los pasillos empujando un carrito del tamaño de una bañera, y lo llenaron con cuatro de cada una de las cosas que se les ocurrieron. Reacher pagó en la caja, todo en efectivo, todo de la cartera con forma de patata de Gezim Hoxha. Pareció lo mínimo que podía hacer el tipo, dadas las circunstancias. Acomodaron las provisiones con cuidado, en seis bolsas con el peso bien distribuido. Hacer la última parte a pie significaba cargarlas, quizás una distancia considerable, quizás teniendo que pasar por encima de portones y vallas.

Abrieron el Chrysler y alinearon las bolsas en el asiento trasero. No hubo ningún sonido proveniente del maletero. Ninguna conmoción. Nada de nada. Abby quiso comprobar que el tipo estuviera bien.

—¿Qué pasa si no lo está? —dijo Reacher—. ¿Qué vas a hacer al respecto?

—Nada, supongo.

—No tiene sentido comprobarlo, entonces.

—¿Cuánto tiempo lo vamos a dejar ahí adentro?

—Tanto como se necesite. Debería haber pensado en todo esto antes. No veo de qué manera su bienestar de repente se vuelve responsabilidad mía, solo porque decidió atacar mi bienestar primero. No me queda claro cómo funciona eso exactamente. Ellos empezaron. No pueden esperar que yo aporte un seguro médico.

—Deberíamos ser magnánimos en la victoria. Alguien dijo eso.

—Total transparencia —dijo Reacher—. Te lo dije antes. Soy cierta clase de persona. ¿El tipo que está en el maletero todavía respira?

—No lo sé —dijo Abby.

—Pero hay una posibilidad.

—Sí, hay una posibilidad.

—Ese soy yo siendo magnánimo en la victoria. Normalmente los mato, mato a sus familias y meo en las tumbas de sus ancestros.

—Nunca sé cuándo me hablas en broma.

—Supongo que eso es cierto.

—¿Estás diciendo que ahora no me estás hablando en broma?

—Estoy diciendo que en mi caso la magnanimidad escasea.

—Le estás llevando comida a una pareja de gente mayor en medio de la noche.

—Esa es otra palabra, no magnánimo.

—Igual es un gesto agradable.

—Porque un día podría ser ellos. Pero nunca voy a ser el tipo del maletero.

—Entonces es puramente tribal —dijo Abby—. Tu tipo de personas o el otro tipo de personas.

—Mi tipo de personas o el tipo de persona equivocado.

—¿Quién está en tu tribu?

—Casi nadie —dijo Reacher—. Vivo una vida solitaria.

Volvieron a conducir el Chrysler hacia el centro, y doblaron a la izquierda en la calle que los llevaba a la periferia de la parte este, por entre las manzanas originales de la ciudad, y al exterior hacia donde vivían los Shevick. La vieja urbanización de posguerra estaba más adelante. A esas alturas Reacher sentía que ya la conocía lo suficientemente bien. Se figuró que podían ir por una calle paralela sin que los ucranianos los vieran pasar, ni siquiera a la distancia. Podían introducirse a escondidas en la parte de atrás de la manzana y aparcar fuera de la casa del vecino de los Shevick que quedaba fondo con fondo. El Chrysler quedaría alineado con el Lincoln, más o menos de manera exacta, morro con morro y culo con culo, pero a alrededor de unos sesenta metros de distancia. La profundidad de las dos pequeñas parcelas residenciales. Dos construcciones en el medio.

Apagaron las luces y avanzaron por las calles estrechas, despacio, en la oscuridad. Doblaron a la derecha, antes de su giro habitual, y a la izquierda, y detuvieron el coche en lo que estuvieron seguros de que era el lugar indicado. Fuera de lo del vecino fondo con fondo de los Shevick. Una casa tipo rancho con revestimiento exterior claro y tejado asfáltico. Igual pero distinta. La mitad de la fachada de la estructura daba a un jardín delantero abierto. La parte de atrás de la estructura estaba incluida en un rectángulo grande delimitado por una valla de la altura de una persona, que rodeaba a todo el jardín del fondo. Para pasar la podadora del frente al fondo había una sección de valla plegable, a modo de portón.

La casa tenía cinco ventanas que miraban a la calle. Una tenía detrás unas cortinas bien cerradas. Probablemente un dormitorio. Gente durmiendo.

—¿Qué tal si nos ven? —dijo Abby.

—Están dormidos —dijo Reacher.

—¿Qué tal si se despiertan?

—No importa.

—Van a llamar a la policía.

—Probablemente no. Van a mirar por la ventana y van a ver un coche de la mafia. Van a cerrar los ojos y van a querer que se vuelva a ir. Por la mañana, si alguien les preguntara, van a haber decidido que el acercamiento más seguro es haberse olvidado de todo. Van a decir, ¿qué coche?

Reacher apagó el motor.

—Un perro sería un problema más grande —dijo—. Podría empezar a ladrar. Podría haber otros cerca. Podrían poner en marcha una gran conmoción. Los ucranianos podrían bajarse a revisar. De puro aburrimiento, por lo menos.

—Compramos filetes —dijo Abby—. En esas bolsas tenemos carne cruda.

—¿El sentido del olfato de un perro es mejor que el oído?, ¿o es al revés?

—Los dos son bastante buenos.

—Alrededor de un tercio de los hogares de Estados Unidos tienen un perro. Apenas por encima del treinta y seis por ciento, para ser preciso. Lo cual nos da una oportunidad un poco peor que dos entre tres de que estemos bien. Además de que quizás igual no ladra. Quizás los perros del vecindario son tranquilos. Quizás los ucranianos son demasiado holgazanes como para

bajarse a revisar. Demasiado a gusto, demasiado cómodos. Quizás están totalmente dormidos. Yo creo que es lo suficientemente seguro.

—¿Qué hora es? —preguntó Abby.

—Las cinco y veinte.

—Estuve pensando acerca de la línea de la que te hablé, acerca de hacer algo que te dé miedo, todos los días. Salvo que son solo las cinco y veinte de la mañana y ya voy por mi segunda cosa.

—Esta no cuenta —dijo Reacher—. Esta es un camino de rosas. Quizás literalmente. Quizás su paisajismo es agradable.

—También en el tema de las cinco y veinte de la mañana, seguro los Shevick no van a estar levantados.

—Podría ser que sí. No me los puedo imaginar durmiendo bien en este momento. Si estoy equivocado y están durmiendo bien, los puedes despertar. Les puedes llamar por teléfono cuando lleguemos allí. Les puedes decir que estamos afuera de la ventana de la cocina. Diles que no enciendan ninguna de las luces del frente. Lo que queremos es una visita tranquila.

Se bajaron del coche y durante un segundo se quedaron quietos en el silencio. La noche era gris y el aire estaba húmedo de neblina. Del maletero seguía sin venir ningún ruido. Ninguna patada, ningún golpe, ningún grito. Nada. Sacaron del asiento trasero las bolsas de la compra y se las repartieron. Dos y dos para Reacher, una y una para Abby. Ninguna sobrecarga o desequilibrio. Listos.

Entraron al jardín delantero del vecino.

TREINTA Y DOS

Estaba demasiado oscuro como para distinguir si el paisajismo era agradable, pero por el olfato y el tacto y el contacto físico involuntario pudieron distinguir que el jardín tenía una plantación convencional, con las cosas normales en los lugares normales. Al principio sintieron un césped mullido y resistente debajo de los pies, quizás alguna variedad híbrida nueva, resbalosa y fría por la humedad de la noche. Después vino un área crujiente, alguna clase de teja o pizarra partidas, quizás un sendero, quizás algún abono, y más adelante vinieron los setos junto a los cimientos, arbustos puntiagudos y de coníferas, que arañaron las bolsas haciendo ruido al rozarlas.

Después vino la sección plegable de la valla, que juzgando por el estado del césped se abría y se cerraba al menos una vez cada par de semanas, durante toda la temporada. Pese a ello, estaba dura y era ruidosa. En un punto al principio del recorrido dejó salir un sonido de madera contra madera en algún lugar entre un chillido y un ladrido y un aullido y un quejido. Breve, pero fuerte.

Esperaron.

Ninguna reacción.

Ningún perro.

Se apretaron por entre el hueco que habían abierto, avanzando de lado, provisiones por delante, provisiones por detrás. Cruzaron el jardín trasero. Más adelante en la penumbra estaba la valla trasera. Que era también la valla trasera de los Shevick. Al revés. Una imagen en espejo. Teóricamente. Si estaban en el lugar correcto.

—Vamos bien —susurró Abby—. Es esto. Tiene que ser. No puede salir mal. Es como contar los cuadros de un tablero de ajedrez.

Reacher se estiró de puntillas y miró por encima de la valla. Contempló la vista gris nocturna de la parte trasera de una casa tipo rancho con revestimiento exterior claro y tejado asfáltico. Lo mismo pero distinto. Pero el lugar correcto. Lo reconoció por la manera en que parte del césped se unía con la pared trasera de la casa. Era el lugar en el que se habían hecho las fotos familiares. El soldado y la chica con el miriñaque, con tierra sin césped a sus pies, la misma pareja sobre un césped de un año con un bebé, la misma pareja ocho años más tarde con una Maria Shevick de ocho años, sobre un césped ya para entonces abundante y espeso. La misma porción de césped. La misma fracción de pared.

La luz de la cocina estaba encendida.

—Están despiertos —dijo Reacher.

Tregar la valla fue difícil, porque estaba en malas condiciones. El procedimiento racional habría sido atravesarla rompiéndola, o tirarla abajo a patadas. Lo cual descartaron por cuestiones éticas. En cambio gastaron más de la mitad de su energía de escalada luchando para mantener el equilibrio, intentando mantener el peso vertical, no hacia el lado. Se tambalearon adelante y atrás como en un número circense. Presintieron un punto más allá del cual todo se vendría abajo, como una larga cortina ondulante y podrida, quizás todo el ancho del jardín. Abby fue primero, y lo logró, y Reacher le pasó las seis bolsas con la compra, una a una, trabajosamente, alzando cada una en lo alto, por encima de la valla, y después haciéndola bajar tanto como podía, con la parte de arriba de los tablones de cedro clavándosele en el hueco del codo, hasta que quedaba lo suficientemente baja como para que ella pudiera estirarse y cogerla de forma segura.

Entonces le llegó a él el turno de tregar. Era dos veces más pesado y tres veces más torpe. La valla se balanceó y dio un bandazo de un metro hacia un lado y después de un metro hacia el otro. Pero la estabilizó y la mantuvo firme, y después cayó un poco rodando, con una maniobra poco elegante que lo dejó de espaldas sobre un parterre de flores, pero que también dejó la valla todavía en pie.

Llevaron las provisiones hasta la puerta de la cocina, y dieron unos golpecitos en el cristal. Momento de infarto, potencialmente, para los Shevick, pero sobrevivieron. Hubo un poco de respiración agitada y de dedos temblorosos y de abanicarse para recuperar el aliento, y un poco de incomodidad por los albornoces, pero se recuperaron lo suficientemente rápido. Miraron las bolsas de la compra con una mezcla de emociones en la cara. Vergüenza y orgullo perdido y estómagos vacíos. Reacher les puso a preparar café. Abby llenó el frigorífico y ordenó su despensa.

Maria Shevick dijo:

—Estamos en pie porque recibimos una llamada del hospital. Funciona las veinticuatro horas, obviamente. Les dijimos que nos llamen a cualquier hora, día o noche. Está en nuestros papeles, imagino. Llamaron para decir que quieren realizar otro escáner, mañana a primera hora de la mañana. Todavía están entusiasmados.

—Si pagamos —dijo Aaron Shevick.

—¿Cuánto esta vez? —preguntó Reacher.

—Once mil.

—¿Cuándo?

—Los necesitamos hoy para el cierre de operaciones.

—Imagino que ya habéis buscado por debajo de los cojines del sofá.

—Encontré un botón. De un par mío de pantalones. Estuvo extraviado ocho años. Maria se lo cosió de vuelta.

—Todavía es temprano —dijo Reacher—. Todavía quedan muchas horas hasta el cierre de operaciones de hoy.

—Esta vez nos lo íbamos a saltar —dijo Aaron—. Después de todo, ¿qué nos va a decir? Si son buenas noticias, nos pondrán contentos, claro, pero eso es autocomplacencia, no medicina. Si son malas noticias, no queremos saberlas, en todo caso. O sea que no estábamos muy seguros de qué íbamos a recibir, por nuestros once mil dólares. Pero luego los médicos han dicho que

necesitan saber cuál es el alcance del progreso. Han dicho que necesitan calibrar una nueva dosis basada en los resultados. Ya sea mayor o menor. Con una cierta cantidad de coordinación y precisión. Han dicho que proceder de cualquier otra forma sería peligroso.

—¿Normalmente cómo les pagan?

—Con una transferencia bancaria.

—¿Aceptan efectivo?

—¿Por qué?

—Por lo general el efectivo es lo más rápido de juntar, cuando no hay mucho tiempo.

—¿De dónde?

—Cada día presenta oportunidades distintas. En el peor de los casos, podríamos vender el coche. Quizás por ahí donde la concesionaria Ford. Oí decir que su lote de coches usados necesita existencias.

—Sí, aceptan efectivo —dijo Shevick—. Como en los casinos. Tienen una línea de cajeros detrás de cristales blindados.

—Vale —dijo Reacher—. Bueno es saberlo.

Salió hacia el pasillo a oscuras, y se puso en línea a cierta distancia de una ventana de la fachada. Miró hacia afuera a la calle. El Lincoln todavía estaba allí. El mismo. Grande y negro, ahora inerte y con rocío encima. Dos siluetas vagas en su interior. Cabezas y hombros, echadas en la penumbra. Armas bajo sus brazos, sin duda. Carteras en los bolsillos, casi con seguridad. Probablemente llenas de efectivo, si eran similares a su homólogo de Tirana; Quizás cientos de dólares. Pero probablemente no once mil.

Volvió a la cocina. Maria Shevick le dio una taza de café. Su primera del día. Les pidió que se quedaran a desayunar. Ella prepararía el desayuno. Podían comer todos juntos, como si fuera una fiesta. Reacher quiso decir que no. La comida era para ellos, no para invitados casuales. Además de que quería irse de allí antes de que saliera el sol. Mientras todavía estuviera oscuro. Era probable que fuese un día atareado. Había muchas cosas que hacer. Pero la idea del desayuno parecía ser importante para los Shevick, y a Abby le pareció bien, así que dijo que sí. Mucho después se preguntó cuán distinto habría resultado el día exactamente si hubiese dicho que no. Pero no lo pensó mucho tiempo. Agua pasada. Energía desperdiciada. Sigue adelante.

Maria Shevick hizo beicon a la plancha y frío huevos y tostó pan y preparó una segunda jarra de café. Aaron entró tambaleándose con el taburete del tocador de la habitación, para tener un cuarto asiento. Maria tenía razón. Al final el desayuno se convirtió en una fiesta. Una especie de secreto en la oscuridad. Abby contó un chiste de un tipo con cáncer. Por un momento podría haber pasado cualquier cosa. Pero su instinto de *performer* era firme y auténtico. Después de un segundo de silencio Aaron y Maria estallaron en risas, fuerte, sacudiendo los hombros, sin parar, algún tipo de alivio reprimido que les salía, algún tipo de catarsis. Maria dio golpes con la mano en la mesa, tan fuerte que se derramó su café, y Aaron tamborileó con los pies en el suelo, tan fuerte que se volvió a hacer daño en la rodilla.

Reacher vio cómo salía el sol. El cielo se puso gris, después dorado. El jardín al otro lado de la ventana cobró forma. Unas siluetas vagas surgieron de la oscuridad. La valla. La joroba distante del tejado asfáltico del vecino fondo con fondo.

—¿Quién vive allí? —preguntó—. ¿De quién es el jardín que cruzamos?

—Pues justo es la mujer que nos habló de Fisnik —dijo Aaron—. Nos contó la historia del primo de la esposa del sobrino del otro vecino que le pedía dinero prestado a un gánster en un bar. Tengo la sensación de que ella también fue a verlo, un poco después. De repente arregló su coche. Ningún otro tipo de recurso a la vista.

Maria preparó una tercera jarra de café. Reacher pensó qué diantres. El sol ya estaba por encima del horizonte. Se quedó en su asiento y bebió su parte. Después de alguna manera la conversación volvió al tema del dinero, y de repente todos parecieron oír el mismo reloj haciendo tictac. El cierre de operaciones, cada vez más cerca.

—Salvo que el efectivo sirve durante toda la noche —dijo Reacher—. ¿No? El cierre de operaciones es solo por las transferencias bancarias. Mientras tengan una caja abierta, no tendríamos problemas hasta el momento en que la pongan en la camilla.

—¿De dónde? —dijo Aaron—. Once mil son muchos cojines de sofá.

—Crucemos los dedos —dijo Reacher.

Él y Abby se fueron por donde habían venido, esta vez con las manos vacías, y con la luz del final del amanecer, por lo que más rápido, pero no mucho más fácil. La valla seguía siendo difícil. La sección plegable seguía estando dura y siendo ruidosa.

El coche no estaba.

TREINTA Y TRES

El Chrysler negro, con su techo bajo, y su línea de cintura alta, y sus ventanillas de poco fondo, y su puerta del maletero cerrada. Ya no estaba allí. El espacio junto al bordillo estaba vacío.

—El tipo ha salido —dijo Abby.

—No veo cómo podría haberlo hecho —dijo Reacher.

—¿Entonces qué ha pasado?

—Ha sido mi culpa —dijo Reacher—. Lo pensé al revés. El tema de la respuesta pública. La mujer miró por la ventana y vio un coche de la mafia y no se puso nerviosa. En vez de eso llamó a su cuartel general. Quizás esté obligada a hacerlo. Quizás fue parte de su trato con Fisnik. Cuando arregló su coche. Dicen que tienen ojos en todas partes. Quizás esa sea la manera de tenerlos. De modo que ella les llamó y vinieron a revisar enseguida.

—¿Abrieron el maletero?

—Operativamente tenemos que asumir que lo hicieron. Del mismo modo tenemos que asumir que el tipo sigue en funcionamiento. Lo cual pone a Barton y a Hogan en un peligro inmediato. Probablemente ahora estén completamente dormidos. Más vale que los llames.

—Si están dormidos van a tener los teléfonos apagados.

—Inténtalo de todos modos.

Lo hizo.

Los teléfonos estaban apagados.

—El tipo de los idiomas —dijo Reacher—. El tanquista. ¿Te dio su teléfono?

—¿Vantresca?

—Sí.

—No.

—Vale —dijo Reacher—. Nos vamos a ir de aquí pie. No hay alternativa. La mujer pequeña y delgada y el hombre grande y feo. A plena luz del día. Ojos por todas partes. Probablemente ya no va a ser un camino de rosas. Probablemente sea tu segunda cosa del día.

—¿De regreso a casa de Frank Barton?

—Les tenemos que advertir de algún modo.

—Seguiré probando con el teléfono. Pero van a estar durmiendo hasta las diez. Ya sabes cómo va esto. Su trabajo empieza a las doce.

—Espera —dijo Reacher—. Puedes encontrar a Vantresca con el teléfono. Dijo que tenía una licencia de seguridad privada, y que su número estaba en las guías telefónicas nacionales.

Abby buscó. Tecleó y pasó y pulsó y deslizó.

—Aquí está —dijo.

Después dijo:

—Parece solo el teléfono de línea de una oficina. No estará allí todavía.

—Inténtalo de todos modos.

Lo hizo. Puso el teléfono en modo altavoz y lo sostuvo apoyado en la palma de la mano. Oyeron una serie de clics, como si la llamada estuviese pasando de un lugar a otro.

—Quizás fuera del horario se conecta con su casa —dijo ella.

Hizo exactamente eso. Vantresca respondió. Se le escuchaba bien. Se le escuchaba fresco, y alerta, y alegre. Y corporativo. Dijo:

—Seguridad Vantresca, ¿cómo le puedo ayudar?

—Guy, habla Reacher —dijo Reacher—. El policía militar. Abby y yo conseguimos tu teléfono a través de una de las guías. En esa cosa de la que todo el mundo habla.

—¿Internet?

—Eso. Pero esto no es oficial, ¿vale? No es para pasarte el informe posterior de actividades.

—Vale.

—Además es más bien algo del tipo disparar primero. Solo hazlo, ahora, y ya preguntas después.

—¿Hacer qué ahora?

—Ve a comprobar que tu amigo Joe Hogan esté bien. Y Frank Barton.

—¿Por qué no estarían bien?

—Dije que preguntas después.

—Esta ahora.

—Los albaneses puede que estén cerca de confirmar dónde estuvimos anoche. Puede que ya lo hayan confirmado. Hogan y Barton no atienden sus teléfonos. Esperamos que sea porque están dormidos.

—Vale, voy para allá.

—Sácalos de allí, incluso si por ahora están bien. La cosa podría irse a pique en cualquier momento.

—¿Adónde van a ir?

—Pueden quedarse en mi casa —dijo Abby—. Ya nadie la está vigilando.

—¿Por cuánto tiempo tienen que desaparecer?

—Un día —dijo Reacher—. Parece que así es como sopla el viento. No hay necesidad de hacer una gran maleta.

Vantresca colgó. Abby guardó su teléfono. Reacher redistribuyó las cosas en sus bolsillos, para equilibrar la carga. Abby se abrochó el abrigo. Empezaron a andar. Una mujer pequeña y un hombre grande. A plena luz del día. Ojos por todas partes.

Gregory había dicho que iba a ir a hablar con Dino otra vez, a primera hora de la mañana, y lo que Gregory decía, Gregory lo hacía. Se levantó temprano, y se vistió de la misma manera que

se había vestido antes, en su visita previa. Pantalones ajustados, camiseta ajustada. Nada que esconder.

Ningún arma, ningún cuchillo, ningún micrófono, ninguna bomba. Necesario, pero no cómodo. El aire del amanecer era demasiado fresco como para llevar una sola capa. Esperó a que hiciera un poco de calor, y hasta que hubo sombras. Quería las horas con luz del día para ser visible por el camino. Era un hombre de energía y vigor, tan fresco como el nuevo día, haciéndose cargo, pasando a la acción, a la luz y temprano. No un merodeador nocturno intempestivo que llegaba saliendo de la penumbra.

Una vez más condujo hasta el garaje sobre la calle Center. Después caminó. Una vez más le siguieron durante todo el camino. Una vez más se anticiparon realizando algunas llamadas. Cuando llegó adonde iba se encontró a las mismas seis figuras, en el mismo semicírculo entre la acera y la persiana del almacén de maderas. Como piezas de ajedrez. La misma formación defensiva.

Una vez más una de las seis figuras dio un paso adelante. Era Jetmir. Una vez más en parte haciendo una maniobra de bloqueo, y en parte dispuesto a escuchar.

Gregory le dijo:

—Necesito hablar con Dino.

—¿Por qué? —preguntó Jetmir.

—Tengo una propuesta.

—¿De qué tipo?

—En este punto es para que la escuche solamente él.

—¿Sobre qué tema en general?

—Un asunto de urgente interés mutuo.

—Mutuo —dijo Jetmir—. Un concepto que últimamente escasea.

Una impertinencia, dada la disparidad de rangos. Solo a un paso de distancia, pero era el paso más grande de todos.

Pero Gregory no reaccionó.

—Creo que nos engañaron a los dos —dijo.

Jetmir hizo una pausa.

—¿En qué sentido? —dijo.

—Le echaron la culpa al zorro, pero en verdad fue el perro el que lo hizo. Probablemente hay una fábula así en vuestra cultura. O algún dicho similar.

—¿Quién es el perro? —preguntó Jetmir.

Gregory no respondió de manera directa.

En cambio dijo:

—Eso es para que lo escuche solamente Dino.

—No —dijo Jetmir—. Dada la historia de los últimos días, entenderás que Dino no va a sentirse en disposición de tener una reunión contigo en este momento. No sin una extensa exposición preliminar del tema, y una explicación, ambas por parte mía. Estoy seguro de que tú te manejarías de la misma manera, bajo las mismas circunstancias. Para algo tienes un equipo. Lo mismo Dino.

—Dile que nosotros no empezamos matando a su gente, y que no creo que vosotros hayáis empezado matando a la nuestra. Pregúntale si podría estar de acuerdo con esa teoría —dijo

Gregory.

—¿Y si puede qué?

—Pregúntale qué significa.

—¿Qué significa?

—Eso basta como exposición preliminar. Ahora pido la amabilidad de una reunión.

—¿Entonces quién ha matado a nuestra gente? ¿Y a la vuestra? ¿Estás diciendo que alguien estuvo llevando a cabo una operación con bandera falsa contra los dos al mismo tiempo?

Gregory no dijo nada.

—Una respuesta de sí o no —dijo Jetmir—. ¿Crees que hubo interferencia externa?

—Sí —dijo Gregory.

—Entonces deberíamos hablar. Dino delegó el asunto en mí.

—Esto está por encima de tu remuneración. Con respeto. Hay un motivo por el cual los equipos tienen jefes.

—Dino no está aquí —dijo Jetmir.

—¿Cuándo llega?

—Ha estado más temprano. Pero ya se ha ido.

—Hablo en serio —dijo Gregory—. Esto es muy urgente.

—Entonces habla conmigo. Dino te diría que lo hicieras de todos modos. Ahora mismo estás perdiendo el tiempo.

—¿Os han quitado teléfonos a vosotros? —dijo Gregory.

Jetmir hizo una larga pausa.

Dijo:

—Lo preguntas porque claramente a vosotros os han quitado los teléfonos, lo cual indicaría un inminente ataque de datos, lo cual reduce el campo, en lo que se refiere a adversarios potenciales.

—Creemos que lo reduce del todo hasta el único que se atrevería.

—Dino dirá que los ucranianos siempre estáis obsesionados con los rusos. Es un hecho bien conocido. Les acusaríais de cualquier cosa.

—¿Qué tal si esta vez es cierto?

—Ninguno de nosotros puede ganar a los rusos.

—No separados.

—¿Esa es tu propuesta? Me aseguraré de que Dino la reciba.

—Hablo en serio —dijo Gregory otra vez—. Esto es muy urgente.

—Me lo estoy tomando en serio. Dino te responderá en cuanto pueda. Quizás vaya él mismo hasta allí andando para verte. A la oficina de taxis.

—Donde será tratado con la misma amabilidad que he recibido aquí.

—Quizás nos acostumbremos a confiar los unos en los otros —dijo Jetmir.

—Solo el tiempo lo dirá —dijo Gregory.

—Quizás nos hagamos amigos.

Gregory no recibió respuesta a eso. Se alejó de allí. Fuera de la cuesta de los coches, recto por la acera, y al oeste, hacia la calle Center. Jetmir se quedó donde estaba y miró cómo se iba. Luego se dio la vuelta y se agachó para volver a entrar, por la puerta pequeña de la persiana, hacia el galpón bajo de chapa acanalada, con el olor a pino y el chirrido de sierras.

Donde sonó su teléfono. Con malas noticias. Habían encontrado semimuerto a un miembro de la mafia de la guardia nocturna llamado Gezim Hoxha, en el maletero de su propio coche, abandonado bien lejos en el margen de una vieja urbanización de casas todas iguales. El aviso había llegado a través de una llamada de una cliente del negocio de préstamos de dinero que tenían antes, con la esperanza de que le bajaran puntos en su próximo préstamo. A esas alturas todavía no se había identificado ningún sospechoso. Pero se estaba realizando una búsqueda minuciosa en la zona. Había coches adicionales en las calles. Había muchos ojos bien abiertos.

Reacher y Abby enfilaron su camino de salida de la urbanización de los Shevick siguiendo el camino por el que habían entrado pero en sentido contrario, manteniéndose bien fuera de la vista del coche ucraniano aparcado, quedándose en calles secundarias siempre que fuera posible, hasta último momento, cuando tuvieron que doblar a la derecha y sumarse a la arteria principal, que pasaba junto a la estación de servicio con la tienda de alimentación y seguía hacia el centro de la ciudad. Hasta ese momento se sintieron bastante bien. Pero de allí en adelante la exposición era despiadada. El sol brillaba. El aire estaba despejado. No había posibilidad de ocultarse. Era un paisaje urbano estándar. A la izquierda, una fachada de dos pisos de ladrillo, con ventanas polvorientas y puertas miserables. Después una acera de ladrillo, y un bordillo de piedra, y una calle de asfalto, y un bordillo de piedra, y una acera de ladrillo. A la derecha, una fachada de dos pisos de ladrillo, con ventanas polvorientas y puertas miserables. Por ningún lado ningún escondite más alto que una boca de incendio, o más ancho que un poste de luz.

Solo era cuestión de tiempo.

Sonó el teléfono de Abby. Ella atendió. Vantresca. Le puso en el altavoz. Caminó con el teléfono hacia delante frente a ella, horizontal sobre la mano. Parecía una figura de una vieja tumba egipcia.

Vantresca dijo:

—Encontré a Barton y Hogan. Están bien. Están aquí conmigo en el coche. Me contaron lo que pasó anoche. No ha aparecido nadie por su casa desde ese momento.

—¿Dónde estáis ahora? —preguntó Reacher.

—Estamos saliendo hacia casa de Abby, como ella dijo. Barton sabe dónde está.

—No, primero venid a busquemos.

—Me dijisteis que teníais coche.

—Desafortunadamente nos lo acaban de decomisar. Con el tipo todavía en el maletero. Que es la razón por la cual yo estaba preocupado por la dirección de Barton.

—No ha aparecido nadie por su casa —dijo Vantresca otra vez—. No hasta ahora. Claramente el tipo todavía no ha hablado. Quizás no pueda. Barton me contó lo del bajo Precisión.

—Un instrumento brusco —dijo Reacher—. Pero la cuestión es que ahora mismo nosotros estamos andando. Ahora mismo estamos completamente expuestos. Necesitamos un punto de encuentro para una evacuación de emergencia.

—¿Exactamente dónde estáis?

Una pregunta difícil. No había carteles con nombres de calles legibles. O estaban borrados u oxidados o directamente no estaban. Quizás tumbados por un tranvía, el año en que se hundió el

Titanic. El día que abrió el campo de béisbol Fenway Park. Abby hizo algo con el teléfono. Mantuvo a Vantresca en línea, y apareció con un mapa. Había cursores y flechas y esferas azules parpadeantes. Leyó en voz alta la calle y la calle transversal.

—Cinco minutos —dijo Vantresca—. Quizás diez. Falta poco para la hora punta de la mañana. ¿En qué ubicación exacta os buscamos?

Otra buena pregunta. No se podían quedar de pie en la esquina como si estuvieran parando un taxi. No si la exposición era su preocupación principal. Reacher miró a su alrededor. Poco prometedor. Pequeñas empresas comerciales, todavía cerradas. Todas ligeramente sórdidas. El tipo de lugares en los que individuos de caras grises se perdían puertas adentro alrededor de las diez de la mañana, después de una última mirada furtiva hacia atrás. Reacher conocía las ciudades. En la manzana siguiente pudo ver que en la acera había una pizarra de caballete de dos caras, de más o menos un metro de alto, lo cual probablemente indicaba una cafetería, la cual estaría abierta a esa hora, pero quizás fuera inhóspita. Ningún hombre en la puerta, en un lugar así y en una calle así, pero quizás sí un simpatizante en la máquina de café, con la esperanza de que le bajaran puntos a su préstamo.

—Allí —dijo.

Señaló un edificio estrecho al otro lado de la calle, alrededor de diez metros más adelante. La fachada estaba apuntalada con unos bloques de madera en un ángulo muy abrupto. Como si estuviese en peligro de venirse abajo. Los soportes de madera estaban cubiertos por una red negra gruesa. Quizás una norma local. Quizás a la ciudad le preocupaban los trozos de ladrillo viejo que se pudieran desprender de golpe de la deficiente pared, en detrimento de los transeúntes, o de quienes pudieran estar ahí de pie. Fuera cual fuera el motivo, el resultado en términos prácticos podía ser utilizado como un semiescondite improvisado, porque una persona se podía colar por detrás de la red, y quedarse ahí, semioculto.

Quizás oculto al sesenta por ciento. Era una red gruesa.

Quizás al cuarenta por ciento. Era una mañana soleada.

Mejor que nada.

Abby transmitió la información.

—Cinco minutos —dijo Vantresca otra vez—. Quizás diez.

—¿Qué clase de coche es? —le preguntó Reacher—. No queremos salirnos de allí y que sea la gente incorrecta.

—Es un S-type R de 2005 de color antracita sobre carbón.

—¿Te acuerdas de lo que dije acerca de la gente de las divisiones blindadas?

—Que glorificamos las máquinas.

—No he entendido nada de lo que significan esas palabras.

—Es un Jaguar moderadamente viejo —dijo Vantresca—. La versión deportiva dura de la primera actualización del modelo retro que diseñaron a fines de los noventa. Con los seguidores de leva mejorados y el motor potenciado. Y con sobrealimentación, obviamente.

—Eso no ayuda —dijo Reacher.

Vantresca dijo:

—Es un sedán negro.

Colgó. Abby se guardó el teléfono. Empezaron a cruzar la calle, en una diagonal poco acentuada, en dirección al edificio apuntalado.

Apareció un coche doblando por la esquina.

Rápido.

Un sedán negro.

Demasiado pronto. Cinco segundos, no cinco minutos.

Y no un Jaguar viejo.

Un Chrysler nuevo. Con un techo bajo, y una línea de cintura alta, y ventanillas de poco fondo. Como ranuras. Como las mirillas a los lados de un vehículo acorazado.

TREINTA Y CUATRO

El Chrysler negro avanzó hacia ellos, después desaceleró un paso, después arrancó de nuevo. Como sufriendo un traspíe. Como haciendo el equivalente automotriz de un doble movimiento. Como si el mismo coche no se pudiese creer lo que estaba viendo. Una mujer pequeña y delgada y un hombre grande y feo. De repente justo allí en esa calle. De frente y en el centro del parabrisas. A tamaño real. Estad atentos.

El coche clavó los frenos y se abrieron las puertas delanteras. Las dos. A seis metros. Dos tipos. Dos armas. Las armas eran dos Glock 17. Los tipos eran diestros. Más bajos que Gezim Hoxha, pero más altos que la media. No tipitos camorreros del Adriático. Eso seguro. Los dos llevaban puestos pantalones negros y camisetas negras. Y gafas de sol. Ninguno de los dos se había afeitado. No había duda de que les habían sacado de la cama y los habían mandado a patrullar inmediatamente después de que se encontrara el coche de Hoxha.

Dieron un paso hacia delante. Reacher miró a la izquierda y miró a la derecha. Ningún escondite más alto que una boca de incendio o más ancho que un poste de luz. Metió la mano en el bolsillo. La H&K, la que estaba seguro de que funcionaba. Que también estaba seguro de no querer usar. Un disparo de noche en una calle de la ciudad generaría una reacción. Diez veces peor a la inocente luz del sol matutino. Habría más oficiales en el turno de día que en el turno de noche. Todos se desplegarían. Habría decenas de coches, luces destellando, sirenas sonando. Habría helicópteros de las noticias y vídeos de móvil. Habría papeleo. Habría cientos de horas en una sala con un policía y una mesa atornillada al piso. El archivo del teléfono de Abby implicaría a Barton y a Hogan y a Vantresca. El desastre se extendería a lo largo y a lo ancho. Podría llevar semanas resolverlo. Semanas que Reacher no quería, y que los Shevick no tenían.

Los tipos con las Glock dieron otro paso. Se acercaban a lo ancho, alrededor de las puertas abiertas, armas primero, arrastrando los pasos, cogiendo firmes las armas con ambas manos, mirando hacia delante concentrados y con los ojos entrecerrados.

Otro paso. Y otro. Entonces el tipo a la derecha de Reacher, que había sido el conductor, siguió avanzando, pero el otro se detuvo. El copiloto. La jugada de la rueda. Como perros pastores. Querían que uno de ellos se diera la vuelta y se quedara atrás, para llevar a Reacher y a Abby hacia el otro, hacia la otra acera, hacia la pared de dos pisos, donde finalmente se quedarían sin espacio. Una táctica obvia, instintiva.

Que dependía en primer lugar de que Reacher y Abby se quedaran donde estaban, y de que

después rotaran resignados en el lugar, y de que después anduvieran hacia atrás como pudieran. No iba a suceder.

—Abby, da un paso hacia atrás —dijo Reacher—. Conmigo.

Él dio un paso hacia atrás. Ella dio un paso hacia atrás. La geometría del conductor quedó distorsionada. Su curva se amplió. Ahora tenía que ir más lejos.

—Otra vez —dijo Reacher.

Él dio un paso hacia atrás. Ella dio un paso hacia atrás.

—Quietos —dijo el conductor—. O disparo.

Reacher pensó ¿lo harás? Era una de las grandes preguntas de la vida. El tipo tenía todas las mismas restricciones estructurales que Reacher. Las decenas de patrulleros, con sus luces destellando y las sirenas sonando. Los helicópteros de las noticias y los vídeos de móvil. El papeleo. Las horas en la sala con un policía. Lo cual produciría un resultado incierto para el tipo. Inevitablemente. Podía pasar cualquier cosa. No había garantías. *No asustéis a los votantes*. Un nuevo comisario general de policía estaba en camino. Además de que el tipo tenía obligaciones profesionales a tener en cuenta. Había preguntas que responder. Creían que Reacher era un agitador externo. *Queremos saber quién eres*. Habría puntos extra si lo capturaban con capacidad de habla. Habría castigos si lo entregaban muerto o comatoso o mortalmente herido. Porque los muertos y los comatosos no podían hablar, y los mortalmente heridos no duraban demasiado como para hablar, cuando sacaban las cucharas, y las sierras eléctricas, y las planchas, y las herramientas eléctricas inalámbricas, o cualquier otro procedimiento grotesco que favorecieran al este de la calle Center. Por lo que ¿dispararía el tipo? Poco esperable, pensó Reacher. Probablemente no. Pero siempre posible. ¿Estaba preparado para apostar su vida a eso? Probablemente sí. Lo había hecho antes. Había apostado y ganado. Diez mil generaciones después sus instintos todavía eran operativos. Se había marchado, y había vivido para contar la historia. En cualquier caso se sentía fundamentalmente indiferente. Nadie vivía para siempre.

Pero ¿estaba preparado para apostar la vida de Abby a eso?

El conductor dijo:

—Muéstrame las manos.

Lo cual habría sido el fin de la cuestión. El punto de no retorno, tal cual. Que se estaba acercando de todos modos. La geometría había salido mal. El conductor y el copiloto se habían quedado a más o menos sesenta grados de separación. Estaban bien posicionados para tiro de enfilada. La secuencia probable de acontecimientos era fácil de predecir. Reacher dispararía a través del bolsillo y le daría al conductor. Uno menos. Ningún problema. Pero después el giro de sesenta grados hacia el copiloto sería lento y torpe, porque su mano todavía estaría toda enganchada dentro del bolsillo, lo cual le daría al copiloto el tiempo para disparar, quizás dos o tres cartuchos, que le darían a Abby, o a Reacher, o a los dos, oerrarían. Casi con seguridad lo último, pensó, en el mundo real. El tipo ya estaba nervioso. Para entonces estaría sobresaltado y asustado. La mayoría de los cartuchos de armas cortas erraban el blanco bajo las mejores circunstancias.

Pero ¿apostarí la vida de Abby a eso?

—Muéstrame las manos —dijo el conductor otra vez.

—¿Reacher? —dijo Abby.

Diez mil generaciones decían mantente vivo y fíjate en qué trae el próximo minuto.

Reacher sacó la mano del bolsillo.

—Quítate la chaqueta —dijo el conductor—. Puedo ver el peso desde aquí.

Reacher se quitó la chaqueta. La dejó caer sobre el asfalto. Las armas en los bolsillos golpearon contra el suelo con un sonido metálico. Las H&K ucranianas, las Glock albanesas. Su arsenal entero.

Casi.

—Ahora subid al coche —dijo el conductor.

El copiloto retrocedió hasta el Chrysler. Reacher pensó que iba a abrir la puerta de atrás para ellos, como un tipo en la puerta de un hotel elegante. Pero no lo hizo. En cambio abrió el maletero.

—A Gezim Hoxha le valió —dijo el conductor.

—¿Reacher? —dijo Abby.

—Estaremos bien —dijo él.

—¿Cómo?

No respondió. Él se subió primero, cruzado, apoyado de lado formando una U, y después Abby se puso en el espacio que él había dejado por delante, hecha un ovillo de lado y en posición fetal, como si estuvieran haciendo cucharita en la cama. Salvo que no era el caso. El copiloto cerró la puerta del maletero con un sonido metálico barato. El mundo se quedó a oscuras. Ningún tirador con luz. Lo habían quitado.

En ese momento Dino estaba hablando por teléfono con Jetmir. Una citación, a una reunión en la oficina de Dino, justo entonces, de inmediato. Claramente Dino tenía algo en mente. Jetmir llegó allí en tres minutos y se sentó frente al escritorio. Dino estaba mirando el teléfono. La larga secuencia de mensajes de texto sobre Gezim Hoxha, hallado medio muerto en el maletero de su propio coche, junto a una vieja urbanización.

—La relación entre Hoxha y yo viene de muy lejos —dijo Dino—. Lo conocí cuando él era policía en Tirana. Una vez me arrestó. El cabrón más péfido de Albania. Me gustaba. Era un hombre sólido. Razón por la que le di un trabajo aquí.

—Es un buen hombre —dijo Jetmir.

—No puede hablar —dijo Dino—. Quizás nunca más pueda. Tiene una herida seria en la garganta.

—Tenemos que cruzar los dedos.

—¿Quién hizo esto?

—No lo sabemos.

—¿Dónde sucedió?

—No lo sabemos.

—¿Exactamente cuándo sucedió?

—Lo encontraron al amanecer —dijo Jetmir—. Obviamente el ataque fue previo a eso, una o dos horas, posiblemente.

—Eso es lo que no entiendo —dijo Dino—. Gezim Hoxha es un hombre con una experiencia valiosa, por haber sido policía en Tirana, y por lo tanto es un hombre de mucha importancia en nuestra organización, y yo le di su trabajo personalmente, y ha estado con nosotros durante

mucho tiempo, y ha cumplido bien, y por lo tanto en conjunto aquí es considerado una figura de rango muy alto. ¿Estoy en lo correcto?

—Sí.

—¿Entonces por qué estaba haciendo recados en el medio de la noche?

Jetmir no respondió.

Dino dijo:

—¿Yo le pedí que hiciera algo? ¿Me he olvidado?

—No —dijo Jetmir—. No creo.

—¿Tú le pediste que hiciera algo?

Observad las luces de detrás de las cortinas. Llamad a las puertas y haced preguntas de ser necesario.

—No —dijo Jetmir.

—No lo entiendo —dijo Dino—. Yo no ando dando vueltas en el medio de la noche. Tengo gente para eso. Hoxha debería haber estado metido en la cama. ¿Por qué no lo estaba?

—No sé.

—¿Quién más estaba dando vueltas en el medio de la noche?

—No sé.

—Deberías saberlo. Eres mi jefe de personal.

—Podría preguntar.

—Yo ya pregunté —dijo Dino. Su tono cambió—. Resulta que eran muchos los que estaban dando vueltas en el medio de la noche. Claramente en conexión con algo lo suficientemente serio como para dejar a un cabrón perverso como Hoxha con la garganta abierta. Dados los intereses implicados y las cantidades implicadas, a mí me suena a algo importante. Suena a algo en lo que yo debería de haber estado involucrado. En las etapas de las discusiones, al menos. Suena a algo que debería haber tenido mi aprobación personal. Así es como hacemos las cosas aquí.

Jetmir no contestó.

Dino se quedó en silencio por un buen rato.

Después finalmente dijo:

—También oí que Gregory pasó por aquí esta mañana. Nos volvió a hacer otra visita oficial. Naturalmente me estoy preguntando por qué no he sido informado.

Jetmir no contestó. En lugar de eso los inevitables párrafos restantes de la conversación se reprodujeron dentro de su cabeza, deprisa, abreviados, como en una partida de ajedrez rápido. De un lado al otro. Dino iría hachando piezas de manera implacable, incesante, hasta que la traición quedara completamente revelada, en todos sus detalles condenatorios. Quizás ya lo sabía. *Podría preguntar. Yo ya pregunté.* Algo sabía, como mínimo. Jetmir se paralizó. De repente pensó que tal vez ya era demasiado tarde. Después se recuperó y pensó que tal vez no. Simplemente no lo sabía. En cuyo caso, más valía prevenir que curar. Un instinto antiguo. Diez mil generaciones de su estirpe deslizaron su mano por debajo del abrigo, uno, y la sacaron con el arma, dos, y dispararon a Dino en la cara, tres. A una distancia de un metro, desde el otro lado del escritorio. La cabeza de Dino se sacudió hacia atrás un par de centímetros y la pared por detrás de él recibió una bofetada de sangre y trozos de seso y fragmentos de huesos. El cartucho de nueve milímetros sonó fuerte en la pequeña sala de madera. Colossalmente fuerte. Como una bomba. Después de eso hubo durante un segundo largo un silencio silbante, y después la gente irrumpió. Todo tipo

de gente. Miembros de la mafia que estaban en oficinas cercanas, tipos del consejo interno, trabajadores del aserradero cubiertos de polvo, hombres de seguridad, recaudadores, matones, todos gritando y corriendo y sacando armas, como en una película, cuando bajan al presidente. Confusión, locura, caos, pánico.

En ese momento el Chrysler negro se detenía en la persiana del almacén de maderas, con Reacher y Abby en el maletero.

TREINTA Y CINCO

El conductor hizo una pausa dejando el pie en el freno. La entrada estaba abierta pero no había nadie vigilando. Lo cual era inusual. Pero al tipo le entusiasmaba entrar y exhibir su premio, por lo que no pensó demasiado al respecto. Simplemente condujo y se abalanzó y se dirigió marcha atrás hacia la persiana enrollable. El copiloto se bajó y le dio un golpe con la palma de la mano a un botón verde con forma de hongo. La puerta subió despacio, con el repiqueteo de las cadenas y el ruido de los listones de metal. El conductor pasó por debajo de la puerta marcha atrás. Apagó el motor y se bajó y se unió al copiloto frente a la parte trasera del coche. Sacaron sus armas y se retrocedieron bastante.

El conductor presionó el botón de su mando a distancia.

La puerta del maletero se abrió, despacio, amortiguada, majestuosa.

Esperaron.

Nada.

Había olor a pino, pero ningún chirrido de sierras. El galpón bajo de chapa acanalada estaba en silencio. No había nadie allí. Entonces de algún lugar muy al fondo oyeron unas voces, apagadas por paredes y puertas, pero pese a ello fuertes y alarmadas y confusas. Y pasos también, insistentes, agitados, pero que no iban a ningún lado. Solo se movían en el mismo lugar. Como si estuviera pasando algo raro en una de las oficinas interiores.

Escucharon.

Quizás era en la misma oficina de Dino.

Más o menos los primeros ocho hombres en entrar a la habitación vieron exactamente lo mismo. Dino, detrás de su escritorio, derrumbado en su silla, suelto y hecho un charco, con la cabeza reventada. Y Jetmir, en una silla frente al escritorio, con una Glock en la mano. Literalmente un arma humeante. Pudieron ver la voluta de humo y oler la pólvora quemada. Tres de los primeros ocho eran del consejo interno, que tenían al menos una pista parcial de lo que podía haber sucedido. Los otros cinco eran hombres de bajo nivel. No tenían ni idea. Se quedaron atrapados en un bucle mental que no tenía sentido. No cuadraba. Jetmir era el segundo hombre más importante del mundo. Su palabra era ley. Era intachable. Era obedecido y admirado y reverenciado. Se contaban historias. Estaba en la cima. Era una leyenda. Pero había matado a

Dino. Y Dino era el jefe. El primer hombre más importante del mundo. Solo a él se le debía toda la lealtad y fidelidad que uno tuviese. Ese era su código. Una especie de pacto de sangre. Como un reino medieval. Un asunto de deber absoluto.

Uno de los que no tenían ni idea era un matón de una ciudad llamada Pogradec, en las costas del lago Ohrid, de cuya hermana había abusado una vez un miembro del partido. Dino había recuperado el honor de la familia. El matón era un hombre sencillo. Era tan fiel como un perro. Quería a Dino como a un padre. Y le encantaba que él le quisiera. Le gustaban la estructura y la jerarquía y las reglas y los códigos y la certeza de hierro que le daban a su vida. Le gustaba todo eso, y todo eso regía su vida. Sacó su arma y disparó a Jetmir en el pecho, tres veces, ensordecedoras en el espacio atestado, y después instantáneamente a él le dispararon dos tipos de manera simultánea, uno era un recaudador que parecía estar actuando única y puramente en piloto automático, defendiendo al nuevo jefe, pese a que el nuevo jefe acabara de matar al viejo jefe, y el otro que disparó era un miembro del consejo interno, que tenía algún indicio sobre de qué iba todo aquello, y alguna esperanza de salvar algo del naufragio. Pero una esperanza vana, porque su segundo cartucho atravesó el cuerpo de lado a lado y mató al recaudador que estaba de pie detrás del matón, y el hombre de seguridad aplastado detrás del recaudador respondió con otro disparo por un puro reflejo de pánico, y le dio al tipo del consejo interno en la cabeza, por lo que un segundo tipo del consejo interno disparó al hombre de seguridad como represaba, y un encargado del almacén de maderas que tenía un desacuerdo con el consejo le respondió con un disparo, y erró, pero le dio al tercer tipo del consejo en un rebote, pura casualidad, en la parte de arriba del brazo, quien aulló y respondió con varias descargas, múltiples cartuchos, el cañón de su Glock danzando y sacudiéndose sin control, las balas yendo hacia todas partes, a la masa de más hombres apiñados, que se caían, patinaban, se deslizaban sobre el suelo resbaloso de sangre, desplomándose, hasta que la Glock del tipo del consejo empezó a hacer clic al quedarse sin balas, y retornó una versión del silencio silbante, rugiente, tamboreando y zumbando en el aire, pero no fue un silencio total, porque en ese mismo momento y lejos otro sonido fuerte empezó a atravesar el aire.

El sonido nuevo eran más disparos. Solo dos cartuchos. Deliberados. Minuciosamente espaciados. Un arma corta nueve milímetros. Atenuada por la distancia. Quizás de tan lejos como el frente del galpón. Quizás cerca de la persiana enrollable.

El conductor y el copiloto estaban posicionados de pie lejos del maletero del Chrysler, con sus armas todavía apuntadas hacia allí, en la misma firme postura de dos manos y pies separados que habían utilizado antes, pero con los cuellos girados, cómicamente, casi hasta el máximo de sus posibilidades. Estaban mirando por detrás del hombro izquierdo, hacia la esquina de atrás al fondo del galpón, muy a lo lejos, por donde un pasillo llevaba a la zona administrativa. Donde estaba sucediendo la conmoción.

Entonces allí atrás empezó el tiroteo. Lejos, amortiguado, sordo, contenido. Primero fueron tres cartuchos en solitario, un triple rápido, tum tum tum, y después una granizada de más disparos todos al mismo tiempo, y más, y más, y después finalmente el ruido sordo de un arma corta siendo disparada sin apuntar y con furia, hasta que se vació.

Después hubo un segundo de silencio.

El conductor y el copiloto se volvieron a girar hacia el Chrysler.

Todavía nada. La puerta del maletero, abierta. Ninguna señal de los ocupantes.

Se volvieron a girar hacia la esquina.

Otro segundo de silencio.

De vuelta hacia el Chrysler. Todavía nada. Ninguna cabeza levantada, ninguna mirada hacia afuera. Ningún signo de vida. El conductor y el copiloto se miraron entre sí. De pronto preocupados. Quizás había gases de escape en el maletero. Quizás había una pérdida. Una tubería rota. Quizás el hombre y la mujer se habían asfixiado.

El conductor y el copiloto dieron un cauteloso paso hacia delante.

Y otro.

Todavía nada.

Volvieron a revisar la esquina de atrás al fondo. Todavía el silencio. Dieron otro paso. Hasta donde pudieron ver dentro del maletero. Miraron hacia dentro, nerviosos. Lo que vieron estaba todo distinto. El hombre y la mujer se habían intercambiado posiciones. Originalmente él se había subido a la parte del fondo, y ella se había hecho un ovillo en el espacio que él había dejado por delante. Ahora él estaba delante, y ella estaba detrás de él. Protegida por él. Originalmente él se había subido con la cabeza hacia la izquierda, y ahora su cabeza estaba a la derecha. Lo que quería decir que estaba apoyado sobre su hombro izquierdo. Lo que quería decir que su brazo derecho se podía mover sin problemas. Y se estaba moviendo. Muy rápido. En su mano había una pequeña automática de acero. Detuvo su movimiento al apuntar a la cabeza del conductor.

Reacher disparó al conductor en la frente, y apuntó más hacia la derecha y disparó al copiloto en el ojo izquierdo. Con la H&K ucraniana que tenía en la bota. De cuando había redistribuido el peso de sus bolsillos, antes de que se fueran de la urbanización donde vivían los Shevick. Dos en la izquierda, dos en la derecha, y una en un calcetín. Siempre era una buena idea.

Se levantó un par de centímetros y miró hacia fuera con cuidado. Vio un galpón de chapa acanalada largo y de poca altura, lleno de olor a madera blanda en bruto, pero sin gente. No había nadie allí. Presumiblemente algún tipo de cuartel general. Quizás el almacén de maderas que habían visto antes. Una vez desde el coche, otra vez a pie. Una tapadera. El metal opaco parecía el mismo. Como el del depósito de materiales eléctricos y el del depósito de materiales de fontanería.

Se sentó y observó mejor. Aún no había gente. Aún nadie por allí. Rodó hacia afuera y se puso de pie. Después ayudó a salir a Abby. Ella miró a los hombres muertos desparramados por el suelo. No era agradable. Uno tenía un ojo. Y el otro tenía tres.

Ella recorrió con la mirada el galpón vacío.

—¿Dónde estamos? —dijo.

Pero él no tuvo la oportunidad de decirle lo que pensaba, porque en ese momento pasaron dos cosas. Apareció un grupo de hombres que venían corriendo desde algún lado y se precipitaron hacia la esquina de atrás al fondo del galpón, donde había una especie de arco, que parecía llevar a otras salas más allá. Y simultáneamente otro grupo de hombres salía corriendo de allí en la otra dirección, cruzando el arco desde esas otras salas, hacia la planta principal del

galpón. Tenían aspecto salvaje. Las armas desenfundadas, las caras blancas, todos acelerados y temblorosos por algún tipo de adrenalina loca. Los dos grupos colisionaron. Hubo alaridos descontrolados y se gritaron preguntas y se espetaron respuestas incoherentes, todo en un idioma extranjero que Reacher asumió que era albanés. Entonces un tipo empujó del pecho a otro, y el otro le devolvió el empujón, y alguien disparó su arma, y el primer tipo cayó, y otro más apoyó el cañón de su arma en la sien del que había disparado y apretó el gatillo, a quemarropa, una especie de castigo, como llevando a cabo una ejecución, y la cabeza del que había disparado explotó, tras lo cual toda la situación pareció que se iba a convertir rápidamente en un caos, salvo porque alguien gritó fuerte y señaló con urgencia, hasta el fondo de la distancia en diagonal, y todos los demás se callaron y se dieron la vuelta para mirar.

Una mujer pequeña y delgada y un hombre grande y feo.

Una vez Reacher había leído un libro en una edición de bolsillo que había encontrado en un autobús, acerca de cómo a la gente le gusta cuestionarse a sí misma durante horas o días, cuando en realidad saben la verdad en un abrir y cerrar de ojos. Le gustó el libro porque coincidía con él. Había aprendido a confiar en su primer chispazo de instinto. De modo que supo que en ese momento las apuestas ya estaban cerradas. Nadie preguntaría nada. *Queremos saber quién eres*. Ya no. Ahora estaban atrapados en alguna clase de agitación demente y sed de sangre. Ya no iba a haber puntos extra por capturarlo con capacidad de habla. Esa opción ya se había quedado lejos de su fecha de caducidad.

Así que incluso antes de que el grito del que les había señalado se muriera en un eco Reacher disparó tres veces a la masa de figuras distantes. Tres caídos seguro. No podía fallar. El resto se desperdigó como cucarachas. Reacher se echó hacia atrás y cogió a Abby del codo y la arrastró detrás del coche. Detrás de la parte trasera. Miró hacia los lados, afuera de la persiana enrollable. Reconoció la entrada, y la bajada para coches, y la calle. Sabía dónde estaba.

La persiana estaba abierta.

Susurró:

—Vete rápido por el lateral y entra por la puerta del copiloto. Después pasa al otro lado y sácanos de aquí. Es todo recto. Aprieta el acelerador y ni siquiera mires. Mantente agachada en el asiento.

—¿Qué hora del día es? —dijo Abby.

—Esto no cuenta. La gente paga por este tipo de cosas.

—Donde quedan todos salpicados con pintura, no con balas.

—Pues esto es más auténtico. Así que pagarían más.

Abby avanzó agachada al lado del coche, y alcanzó el tirador desde abajo, y deslizó sus dedos por entre la rendija de la puerta, y la abrió, apenas lo suficiente como para subirse, torciéndose, reptando bajo, su tripa apretada contra el asiento.

—No están las llaves —susurró.

Una de las figuras distantes disparó una vez. Pasó treinta centímetros por encima de la puerta del maletero, sesenta centímetros por encima de la cabeza de Reacher. El ruido seco del disparo se transformó en un estruendo, por el techo de metal que vibró como un parche gigante de batería.

Abby susurró:

—Se llevaron la llave con ellos. Piénsalo. Deben de haber abierto el maletero con el mando a

distancia.

—Maravilloso —dijo Reacher—. Supongo que voy a tener que ir a cogerlo.

Llevó su mejilla contra el cemento y miró por debajo del coche a lo largo de la extensión del galpón. Vio a cinco tipos en el suelo. Dos de la disputa interna inicial, y tres de sus primeros tres cartuchos. Dos de ellos estaban inmóviles, y uno se estaba moviendo. Pero solo un poco. Ningún gran vigor o entusiasmo. No podría contribuir demasiado por un día o dos. Había nueve tipos todavía en pie, agazapados detrás de lo que hubieran podido encontrar. Que no era mucho. Había una pirámide de tambores químicos. Conservante, quizás. Había unas pilas bajas de maderas, pero no muchas. Las existencias eran escasas. Era una tapadera. Ningún propósito serio de negocios.

Reacher rodó sobre su espalda y sacó el cargador de la H&K y contó cuántos cartuchos le quedaban. Dos, más uno en la recámara, hacían un total de tres. No muy alentador. Colocó otra vez el cargador y rodó hasta quedarse de lado y se retorció a lo largo del lateral del coche hasta que estuvo otra vez en la parte del maletero. El conductor y el copiloto estaban en el suelo a más o menos un metro y medio de distancia. Un ojo y tres ojos. Las cabezas en medio de charcos de sangre. El conductor estaba más cerca, lo cual era bueno, porque había parecido ser el que estaba a cargo. El de rango superior. Él tendría la llave. En el bolsillo de la americana, probablemente. A la izquierda. Porque era diestro. Habría cogido el arma con la derecha y accionado el mando a distancia con la izquierda.

Pasó otra bala y golpeó contra la pared del fondo, treinta centímetros por encima. El sonido seco del disparo, el estruendo del techo, el eco metálico, otra vez el silencio. Los pasos. Marcados, apresurados, tentativos. Alguien se estaba colocando. Se estaba acercando. Reacher volvió a revisar el lugar, por debajo del coche. Los nueve tipos vivos estaban haciéndose gestos y agitando los brazos y señalando. Haciendo indicaciones con las manos. Estaban coordinando un avance. Estaban buscando acercarse por etapas, de uno en uno, de dos en dos, de una parada a la siguiente. El que lideraba era un tipo ancho que parecía un pequeño Gezim Hoxha. Más o menos la misma edad, más o menos la misma constitución física. Se estaba disponiendo a salir, con el objetivo de separarse de los tambores químicos y llegar hasta una pila de tablas envueltas en plástico, quizás unos cinco metros más adelante. Los otros le seguirían después. Su tasa de avance probable era rápida. No enfrentaban ningún impedimento estructural.

Momento de desacelerarlos.

Solo había una manera infalible.

Reacher enderezó su brazo debajo del coche y apuntó con mucho cuidado. Como en la clásica posición de tiro con una sola mano, salvo que con una rotación de noventa grados, porque estaba apoyado de lado en el suelo. Esperó hasta que la pierna trasera del tipo se afirmó para entrar en acción, y entonces disparó, entre tres y cinco centímetros por delante del objetivo, y el tipo avanzó directo hacia la bala. Le atrapó en el pecho, al lado izquierdo. Lo cual estaba bien. Todo tipo de cosas vitales en ese área. Arterias, nervios, venas. El tipo cayó y el avance se detuvo. Los ocho de atrás se retrajeron como tortugas. Solo había una manera infalible, que era aplicar un castigo ejemplar al líder, justo delante de sus ojos.

Quedaban dos cartuchos. No muy alentador.

Reacher se revolvió alrededor y rodó hasta quedar de cara al suelo y se arrastró hasta que su cabeza quedó a la altura del parachoques trasero. La parte más cercana del conductor era su pie

derecho. Reacher se aplastó contra el suelo y estiró el brazo hacia afuera. Se quedaba corto por más o menos un metro. Pero ya tenía el plan. Mejor primero arrastrar al tipo detrás del coche, y después revisarle los bolsillos. Más seguro así. Reacher inhaló y se deslizó rápido hacia afuera y cogió el tobillo del tipo y tiró fuerte. En un segundo estuvo de nuevo en lugar cubierto. La cabeza del tipo dejó un rastro de sangre en el cemento. La breve exposición de Reacher desencadenó una furiosa descarga de cuatro cartuchos rápidos de los que estaban en cuclillas, pero todos reaccionaron tarde y todos fallaron.

Reacher se quedó agachado y arrastró al conductor un metro más. Lo giró. Entonces dos procesos simultáneos se desencadenaron en paralelo. Reacher empezó a buscar la llave del coche, y los ocho albaneses con vida empezaron a pensar en qué estaba haciendo y en por qué lo estaba haciendo. Y evidentemente no eran tontos. Lo descubrieron bastante rápido. Más o menos al mismo tiempo que Reacher metió la mano en el bolsillo izquierdo del abrigo del conductor, los albaneses empezaron a disparar al coche. Era un objetivo grande. De casi cinco metros de largo. Lo hicieron pedazos. Primero todas las ventanillas del lado del conductor se hicieron añicos, y otras balas perforaban y hacían resonar la chapa, y después todo el coche se desplomó hacia la izquierda cuando dispararon a los neumáticos, y por debajo empezó a gotear un fluido verde y aceitoso. Reacher se arrastró hasta donde Abby estaba mitad dentro y mitad fuera del asiento del copiloto. La sacó de allí y cerró la puerta y la empujó hasta donde estaba la rueda delantera, detrás del bloque del motor, que era el lugar más seguro. Relativamente hablando. Dadas las circunstancias. El ruido era ensordecedor. Las balas atravesaron las ventanillas rotas del otro lado e hicieron añicos las ventanillas del lado de ellos. Llovieron pedacitos de cristal. Más balas impactaron e hicieron crujir la carrocería. Cada vez de más cerca. Estaban avanzando de nuevo.

A Reacher le quedaban dos cartuchos.

No muy alentador.

Miró hacia el otro lado de la persiana enrollable. Una mañana brillante y soleada. La persiana, abierta. La calle, vacía. Quizás treinta metros hasta la bajada para coches. Quizás setenta más hasta la primera esquina. Diez segundos para un deportista. Al menos veinte para él. Quizás más. Con ocho tipos persiguiéndolo de cerca. No tenía buena pinta. Salvo que quizás para Abby fueran menos de veinte segundos. Ella podía llegar a ser más veloz. Ella podía llegar a ser un blanco pequeño alejándose en la distancia por delante de un blanco mucho más lento y mucho más grande. Ella podía llegar a estar bien. Si estuviese de acuerdo en correr por delante. Lo cual él sabía que no sería así. Habría una discusión. Perderían lo que probablemente sería una oportunidad única. Inevitable. La naturaleza humana. La mayoría estupideces, pero a veces tenían sentido.

El portón estaba abierto.

La naturaleza humana. El conductor había ingresado durante lo que obviamente había sido un tumulto. Pese a todo había proseguido y había abierto el maletero. Porque estaba excitado. No podía esperar. Quería los elogios y los aplausos. Quería ser el hombre del momento. En otras palabras había sacrificado una apropiada cautela táctica en favor de su ego. Había sido apresurado y descuidado. Reacher se acordó de cuando se quitó la chaqueta. Se acordó de cuando la dejó caer en la calle. Se acordó de las armas en los bolsillos golpeando con un sonido metálico contra el asfalto. Las dos H&K ucranianas y las dos Glock albanesas. Todas cargadas.

Probablemente más de cuarenta cartuchos en total.

¿Qué haría un tipo apresurado y descuidado con una chaqueta tirada en la calle?

Reacher se arrastró de vuelta hasta la puerta trasera del lado del copiloto y la abrió de la misma manera que Abby había abierto la de delante, agarrando el tirador desde abajo, tirando del borde inferior, separándolo con cuidado. Cayó una cascada de trocitos de cristal. Por el aire flotaban trozos del relleno del tapizado.

Su chaqueta estaba tirada en el asiento trasero.

Tiró de la chaqueta hacia él. Resultaba pesada. En parte por los fragmentos de ventanilla que tenía encima, que le agregaban peso, pero sobre todo por el metal en los bolsillos. Seguía todo aún allí. Dos H&K, dos Glock. Apoyó la espalda en la rueda trasera y las revisó. La H&K que estaba seguro de que funcionaba tenía un cartucho en la recámara y seis más en el cargador. La otra H&K tenía un cartucho en la recámara y el cargador lleno. Lo mismo las dos Glock. Un total de cincuenta y dos cartuchos, todos ellos pequeños y gruesos *Parabellum* nueve milímetros, parpadeando a la humeante luz. Contra ocho adversarios, los cuales a esas alturas estarían ya todos bajos de municiones, después de inutilizar al Chrysler con semejante entusiasmo desatinado.

Más alentador.

Pasó un dedo a modo gancho a través de los cuatro guardamontes y se arrastró de vuelta hacia Abby.

TREINTA Y SEIS

Abby estaba sentada con la espalda contra el neumático delantero, abrazándose las rodillas, la cabeza metida entre las piernas tanto como le era posible. Directamente detrás de ella estaba el gran bloque de motor V-8, de más de cien kilos de hierro, casi un metro de largo y medio metro de alto. Sin duda un tanquista como Vantresca lo habría ridiculizado como armadura defensiva, pero dadas las circunstancias era lo mejor que podían conseguir. Contra unas balas de armas de mano cumpliría su cometido.

Reacher se ubicó dos metros y medio por detrás, en una posición que el Ejército llamaba sentada modificada. El culo se apoyaba en el cemento. La pierna izquierda estaba flexionada, como una V del revés, y lo mismo la pierna derecha, pero estaba doblada hacia abajo pegada contra el suelo, como un triángulo apuntando hacia afuera, en otra dirección, con la suela de la bota encajada contra los glúteos. El codo izquierdo estaba apoyado sobre la rodilla izquierda, y la mano izquierda sostenía el antebrazo derecho, que salía desde el hombro directo hacia delante. En conjunto era una cúpula geodésica humano, apuntalada y rígida en cada uno de los distintos vectores. Razón por la cual la postura gustaba tanto al Ejército como para ponerle un nombre. La posición de dos metros y medio por detrás también era de manual. Significaba que se podía mantener muy abajo. Del otro lado del coche lo único que se veía por encima la línea del capó sería el cañón del arma, sus ojos y la parte alta de su cabeza. Podía hacer pasar sus balas exactamente nueve milímetros por encima de la chapa y mantener las trayectorias planas y niveladas. Todo bien. Salvo que eso significaba que iba a estar disparando justo por encima de la cabeza de Abby. Ella iba a sentir la estela de aire en el pelo.

Empezó con una Glock. Parecía lo apropiado. Era un arma albanesa. Y estaba llena. Un total de dieciocho cartuchos. Supuso que ese arma sola podía cumplir el objetivo. Pero igualmente colocó las otras, en forma de abanico junto a su rodilla derecha. Esperando lo mejor, pero preparado para lo peor. En parte para probar el arma y en parte para empezar la fiesta lanzó un disparo a la pirámide de tambores químicos. Segunda fila desde arriba, lo que sería el centro de masa en un hombre de pie. Se oyó un crac y un bum y un clang, y un líquido marrón espeso empezó a borbotear del agujero en el tambor, que apareció más o menos donde él lo esperaba. La Glock funcionaba bien.

Un tipo a la derecha se estiró hacia arriba y disparó una vez desde detrás de una pila de tablas, después se volvió a agachar. La bala dio en el coche. Quizás en la puerta del conductor.

Mala puntería. Arrebatado y nervioso. Un tipo a la izquierda intentó hacerlo mejor. Se asomó y apuntó. Estuvo estático y expuesto por medio segundo. Error. Reacher le dio en el pecho, y de nuevo en la cabeza, después de que hubo caído, para asegurarse. Tres cartuchos usados. Siete tipos en pie. Todos habían retrocedido un metro. Quizás reconsiderando todo su enfoque. Hubo cierta cantidad de conversación en voz baja. Mucho murmullo de acá para allá. Preparando alguna clase de plan. Reacher se preguntó cuán bueno sería. Probablemente no muy bueno. La jugada obvia era separarse, en dos escuadrones, y enviar uno al exterior por una puerta trasera, y alrededor del edificio, y de vuelta al interior por la persiana enrollable. Lo que le pondría a Reacher frente a un problema de dos frentes. Era lo que él habría hecho. Pero los siete tipos restantes parecían no tener líder. Su estructura de mando parecía haberse desmoronado. Quizás alguna clase de golpe. O un golpe fallido. Un golpe palaciego. Había oído el tiroteo amortiguado cuando llegaron. Primero doblemente amortiguado por la puerta del maletero, después más nítido cuando estuvo abierta. Estaba claro que mucha gente estaba siendo castigada. A lo lejos en las oficinas de atrás, donde vivían los peces gordos.

El plan resultó ser un asalto convencional de infantería basado en disparar y moverse. En otras palabras, unos dispararían y otros correrían, y después los que habían corrido se tirarían al suelo y dispararían, y los que habían disparado se pondrían de pie de un salto y correrían. Como en etapas, con balas. Pero no muchas. Estaban bajos de municiones. Lo cual mejoraba la situación. El fuego de cobertura se suponía que tenía que ser lo suficientemente intenso como para distraer o anular o intimidar o confundir. O al menos preocupar. Pero Reacher fue más o menos capaz de ignorarlo. Diez mil generaciones le gritaban que se pusiera a cubierto, pero la parte delantera de su cerebro estaba contraatacando con las herramientas nuevas, matemática y geometría y probabilidad, calculando cuán probable era que siete tipos cualquiera le pudieran acertar a un blanco tan pequeño como los ojos de un hombre y la parte alta de su cabeza, a tanta distancia, con armas cortas, estando inquietos, y el fuego de cobertura fue tan débil que los reflejos antiguos perdieron la discusión, y quedaron embalados y guardados, dejando que el hombre moderno hiciera su trabajo letal sin molestias. Fue como disparar a los patos de una caseta de tiro en algún parque de atracciones. Los tipos de la derecha se encargaron de disparar, y dos de los tipos de la izquierda se pusieron de pie y fueron a la carga.

Reacher le dio al primero.

Le dio al segundo.

Golpearon contra el cemento, lo cual pareció encender cierto tipo de obediencia literal hacia la parte del plan acerca de levantarse cuando los otros iban al suelo, porque inmediatamente dos tipos de la derecha se pusieron de pie de un salto y corrieron, de manera completamente prematura y sin que los cubrieran.

Reacher le dio al primero.

Le dio al segundo.

Cayeron, resbalándose, despatarrándose, quedándose ahí tirados.

Quedaban tres tipos.

Como en una caseta de tiro de un parque de atracciones.

Después dejó de serlo. Después fue algo que Reacher no había visto nunca. Fue algo que nunca quiso volver a ver. Más tarde se sintió agradecido de que Abby tuviera la cabeza metida entre las piernas y los ojos bien cerrados. Hubo un largo, largo momento de silencio ominoso, y

después los tres tipos que quedaban se pusieron de pie de un salto simultáneamente disparando sin control, rugiendo, gritando, las cabezas echadas hacia atrás, los ojos saliéndoseles de la cara, dementes, primitivos, como *berserkers* de una leyenda antigua, como derviches de un mito antiguo. Dirigieron el ataque hacia el coche, todavía rugiendo, todavía gritando, todavía disparando sin control, una especie de gesto épico loco, como una caballería atacando a tanques, tres hombres lunáticos yendo hacia una muerte segura, sabiéndola, queriéndola, necesiéndola, buscándola, exigiéndola.

Reacher acertó al primero.

Acertó al segundo.

Acertó al tercero.

El galpón largo y bajo se quedó en silencio.

Reacher deshizo su posición contorsionada y se puso de pie. Vio un total de doce cuerpos tendidos, en una línea irregular que se extendía hacia atrás a lo largo de quince metros. Vio sangre sobre el cemento. Vio un charco grande de conservante marrón. Todavía goteaba desde el tambor.

Plinc, plinc, plinc.

—Todo bien ahora —dijo.

Abby lo miró desde abajo.

No habló.

Él sacudió los trozos de cristal de su chaqueta y se la puso. Guardó las armas en los bolsillos. Hizo una nota mental: quedaban cuarenta y cuatro cartuchos.

—Deberíamos ir a revisar las oficinas de atrás —dijo él.

—¿Por qué? —dijo ella.

—Podría llegar a haber dinero.

Reacher y Abby avanzaron y caminaron con cuidado alrededor de los cuerpos y la sangre y el derrame químico, hasta el fondo de la esquina más lejana. Delante de ellos al otro lado del arco había un pasillo largo y estrecho. Puertas a la izquierda, puertas a la derecha. Lo primero a la izquierda era una sala sin ventanas con cuatro mesas laminadas y puestas cabecera con cabecera. Como una sala de conferencias. Lo primero a la derecha era una oficina común y corriente con un escritorio y una silla y archiveros. Ninguna pista acerca de su función. No había dinero en los archiveros. Tampoco nada en el escritorio, salvo basura normal de oficina y una docena de cigarros y una caja grande de cerillas. Siguieron adelante. No encontraron nada interesante, hasta la última puerta del lado izquierdo.

Allí había una oficina exterior y una oficina interior. Una especie de *suite*. Un estilo de distribución como de ceo. Como de un comandante y el segundo a cargo. En la puerta entre las dos había una pila alta de cuerpos. Había más en la sala al otro lado. Doce en total. Incluyendo a un tipo detrás de un escritorio grande, con un disparo en la cara, y un tipo en una silla, con tres disparos en el pecho. Un cuadro raro y estático. Infinitamente quieto. Absolutamente mudo. Era imposible reconstruir lo que había sucedido. Parecía como si todos se hubieran disparado entre ellos. Algún tipo de inexplicable arrebato de violencia.

Abby se quedó fuera de la oficina interior. Reacher entró. Se sujetó con las manos de la parte

alta de los lados del marco de la puerta y trepó por encima de los cuerpos apilados. Pisó espaldas y cuellos y cabezas. Una vez dentro dio la vuelta pisando cuidadosamente hasta llegar al otro lado del escritorio. El tipo al que le habían disparado en la cabeza estaba desplomado en una silla de cuero con meditas. Reacher lo quitó de en medio. Revisó los cajones del escritorio. Enseguida en el de más abajo a la izquierda encontró una caja de caudales metálica, más o menos del tamaño de una Biblia familiar, pintada con colores metalizados sobrios, como algo salido de una vieja sociedad de ahorros y préstamos rural. Estaba cerrada con llave. Acercó otra vez la silla y tanteó los bolsillos del tipo muerto. Sintió unas llaves en los pantalones, lado derecho. Un buen manojo. Las sacó, con el pulgar y el índice. Algunas eran grandes, otras eran pequeñas. La tercera llave pequeña que probó abrió la caja.

En la caja había una bandeja desmontable arriba del todo, con un puñado de billetes grasientos de uno y de cinco, y algunas monedas de cinco y diez centavos. No tenía buena pinta. Pero mejoró. Debajo de la bandeja había un ladrillo de billetes de cien dólares con una faja. Nuevo. Intacto. Fresco del banco. Cien billetes. Diez mil dólares. Casi lo que necesitaban los Shevick. Faltaban mil, pero peor es nada.

Reacher se guardó el dinero en el bolsillo. Recorrió el camino hasta la puerta. Otra vez trepó por encima de los cuerpos.

—Me quiero ir —dijo Abby.

—Yo también —dijo Reacher—. Solo una cosa más.

La llevó hasta la primera oficina que habían visto. A la derecha, enfrente de la sala de reuniones. El fumador de cigarros. Recién muerto, asumió Reacher. Pero no por fumar. Cogió del escritorio la caja grande de cerillas. Y papel, de todos los lugares en los que encontró. Raspó un cerilla y encendió una hoja. La sostuvo hasta que la llama se hizo grande. Después la tiró en una papelería.

—¿Por qué? —preguntó Abby.

—Nunca es suficiente simplemente con ganar —dijo él—. Al otro tiene que quedarle bien claro que perdió. Además de que es más seguro así. Estuvimos aquí. Probablemente dejamos rastros. Mejor evitar cualquier clase de confusión más adelante.

Rasparon una cerilla detrás de otra y encendieron una hoja detrás de otra. Las tiraron en todas las salas. Cuando salieron del pasillo ya se levantaban nubes de humo gris. Encendieron el papel film que envolvía las pilas de tablas. Reacher tiró una cerilla en el charco de conservante, pero se apagó de inmediato. No inflamable. Lo cual tenía sentido, en una maderería. Pero la gasolina era inflamable. De eso no había ninguna duda. Reacher abrió la tapa del tanque de gasolina del coche hecho añicos y tiró adentro la última hoja de papel en llamas.

Después se movieron deprisa. Treinta metros hasta la bajada para coches, setenta más hasta la primera esquina, y después ya no estaban.

El teléfono de Abby estaba lleno de llamadas perdidas de Vantresca. Decía que estaba esperando enfrente del edificio apuntalado, con la red gruesa negra. Decía que había estado esperando allí durante mucho tiempo. Decía que no sabía qué hacer a continuación. Abby le llamó. Entre los dos acordaron un nuevo punto de encuentro. Él conduciría en una dirección y ellos andarían en la otra dirección, y se verían unos a otros en algún lugar del camino. Antes de

emprender la marcha Reacher miró hacia atrás por donde habían venido. A unos ochocientos metros había un hilo de humo en el cielo. Cuando volvió a comprobarlo era una columna de humo, ya a un kilómetro y medio. Después era una distante masa negra hirviendo con llamas danzando en la base. Oyeron sirenas de camiones de bomberos, resonando y rugiendo, cada vez más sirenas, hasta que el sonido lejano se volvió un continuo lamento de bajo. Oyeron sirenas de coches de policía resonando por las calles del lado este.

Después Vantresca apareció en un coche negro. Era ancho y achatado y potente. Tenía un ornamento cromado en el capó, con la silueta de un gato grande saltando. Un jaguar, presumiblemente, de Jaguar. Por dentro era pequeño. Conducía Vantresca. Hogan estaba a su lado en la parte delantera. Barton estaba en la parte trasera. Solo quedaba un lugar. Abby se tuvo que sentar en el regazo de Reacher. Algo con lo que él no tuvo ningún problema.

—Algo está en llamas por allí —dijo Hogan.

—Culpa tuya —dijo Reacher.

—¿Cómo?

—Tú dijiste que si los ucranianos caían, los albaneses se quedarían con toda la ciudad. Yo no quería que sucediera eso. Parecía que iba a ser una situación de uno gana el otro pierde.

—¿Y qué es lo que se está prendiendo fuego?

—El cuartel general albanés. Está en la parte de atrás de un almacén de maderas. Debería de arder por días.

Hogan no dijo nada.

Barton dijo:

—Algún otro se quedará con todo.

—Quizás no —dijo Reacher—. El comisario general nuevo empezará de cero. Quizás impedir que entre gente nueva sea más fácil que sacar a la gente vieja.

—¿Cuál es el próximo paso? —dijo Vantresca.

—Tenemos que encontrar el centro neurálgico ucraniano.

—Claro, ¿pero cómo?

—Supongo que necesitamos saber exactamente qué actividad lleva a cabo. Eso nos podría decir qué buscar. Hasta cierto punto viene primero la función y después la forma. Por ejemplo, si fuera un laboratorio de drogas, necesitaría extractores, y gas y agua, y así.

—Yo no sé qué actividad lleva a cabo —dijo Vantresca.

—Llama a la periodista —dijo Reacher—. La mujer a la que ayudaste. Ella podría llegar a saberlo. Al menos podría llegar a saber en qué están metidos. De ser necesario lo podríamos deducir al revés, sabiendo qué tipo de lugar necesitarían.

—No va a hablar conmigo. Estaba aterrada.

—Dame su número de teléfono —dijo Reacher—. Yo la llamo.

—¿Por qué hablaría contigo?

—Tengo una personalidad más agradable. La gente habla conmigo todo el tiempo. A veces no los sé parar.

—Tendría que pasar por mi oficina.

—Pasa por casa de los Shevick primero —dijo Reacher—. Tengo algo para ellos. Ahora mismo necesitan tranquilidad.

TREINTA Y SIETE

Gregory compuso la historia con información temprana que recibió de tres formas distintas, de un policía al que tenía a salario, y de un tipo en el departamento de bomberos que le debía dinero, y de un chivato que tenía detrás de la barra de un bar del lado este. De inmediato organizó una reunión con su consejo interno. Se juntaron, en la oficina en la parte de atrás del operador de taxis.

—Dino está muerto —dijo Gregory—. Jetmir está muerto. Todo su consejo interno está muerto. Los veinte más importantes ya no están, así como así. Quizás más. Ya no son una fuerza efectiva. Ni lo volverán a ser, nunca más. No tienen ninguna perspectiva de liderazgo. El superviviente más antiguo es un viejo matón de apellido Hoxha. Y no lo mataron simplemente porque estaba en el hospital. Porque no puede hablar. Vaya líder que sería.

—¿Cómo sucedió? —preguntó alguien.

—Los rusos, obviamente —dijo Gregory—. Sorpresa y conmoción al este de la calle Center, limpiando la mitad del campo, anticipándose a una posible alianza defensiva, antes de dirigir toda su potencia contra nosotros solos.

—Buena estrategia.

—Pero mal ejecutada —dijo Gregory—. Se comportaron de manera torpe en el almacén de maderas. Todos los policías y todos los bomberos de la ciudad están allí. El lado este no le va a servir a nadie durante meses. Demasiado escrutinio. Los sobornos llegan solo hasta cierto punto. Algunas cosas no se pueden ignorar. Apuesto a que todo aquello ya está en la televisión. En el punto de mira, literalmente. Donde nadie quiere estar. Lo cual hace que todo el pastel ahora esté en el lado oeste. Ahora lo van a querer más que nunca.

—¿Cuándo van a venir a por nosotros?

—No lo sé —dijo Gregory—. Pero vamos a estar preparados. Empezando por ya mismo, pasaremos a la Situación C. Intensificar la guardia. Adoptar posiciones defensivas. No dejar pasar a nadie.

—No podemos sostener la Situación C indefinidamente. Necesitamos saber cuándo van a venir.

Gregory asintió.

—Aaron Shevick debe de saberlo —dijo—. Deberíamos preguntarle.

—No podemos encontrarlo.

—¿Tenemos gente todavía en la casa de la vieja?

—Sí, pero Shevick ya no aparece por allí. Probablemente la vieja le advirtió. Obviamente es su madre o su tía o algo.

Gregory asintió de nuevo.

—Vale —dijo—. Con eso lo has dicho todo. Llama a nuestros hombres y diles que la traigan. Ella puede comunicarse con él por teléfono, mientras nosotros nos ocupamos de ella. Vendrá corriendo, con una vez que la oiga gritar.

Se subieron al coche de Vantresca a poco más de un kilómetro y medio del almacén de maderas, lo cual significaba que la casa de los Shevick estaba a otro kilómetro y medio más adelante, hacia el sudoeste, como los dos lados de un triángulo. El Jaguar negro avanzó por las calles emitiendo un ruido sordo. Para entonces era media mañana. El sol estaba en lo alto. El vecindario resultaba áspero con las luces y las sombras. Reacher le pidió a Vantresca que se detuviera en la estación de servicio con la tienda de alimentación. Aparcaron por detrás, al lado del túnel de lavado de coches. Un sedán blanco asomaba el morro adentro del túnel, debajo de los cepillos que ya lo empezaban a azotar. Había espuma azul y burbujas blancas por todos lados.

Reacher dijo:

—Supongo que ahora podemos alojar a los Shevick en un hotel del lado este. Ya no hay necesidad de esconderse. No queda nadie a quien le pueda importar si nos ven andando con ellos.

—No pueden pagarlo —dijo Abby.

Reacher revisó la cartera con forma de patata de Gezim Hoxha.

—No necesitan hacerlo —dijo.

—Estoy segura de que preferirían gastárselo todo en Meg.

—Es como una gota en el océano. Y esto no es una democracia. No se pueden quedar más en su casa.

—¿Por qué no?

—Tenemos que poner todo esto en marcha. Quiero a su capo inquieto. Gregory, ¿no? Quiero que nos oiga llamando a su puerta. Podríamos empezar aquí mismo, con los tipos de fuera de la casa. Ya llevan demasiado rato dando la lata. Pero podría generar una respuesta. Por lo que los Shevick se tienen que ir. Solo por el momento.

—No hay espacio en el coche —dijo Barton.

—Usaremos el Lincoln de ellos —dijo Reacher—. Llevaremos a los Shevick a un hotel elegante en el asiento trasero de un Town Car. Les podría llegar a gustar.

—Viven en una calle sin salida —dijo Vantresca—. Nosotros vamos a llegar de frente. Ningún factor sorpresa.

—En vuestro caso, quizás —dijo Reacher—. Yo entraré otra vez por la parte de atrás, y saldré por la entrada de la casa. Por detrás de ellos. Mientras ellos intentan entender quién dantes sois vosotros. Esa debería ser una sorpresa.

El Jaguar volvió a salir a la calle principal, y dobló a la derecha antes del giro de siempre, y a la izquierda, y se detuvo en el mismo lugar en el que Reacher y Abby habían aparcado el Chrysler, antes del amanecer, en el exterior de la casa de la vecina fondo con fondo de los Shevick. Fuera de la casa de la informante, cuyas llamadas de aquí en adelante no serían

atendidas, porque el instrumento del otro lado de la línea se había derretido hacía mucho. Como lo había estado el Chrysler, el Jaguar estaba alineado exactamente en paralelo con el Lincoln, morro con morro y culo con culo, a unos sesenta metros de distancia, la profundidad de dos parcelas residenciales pequeñas, con dos construcciones en el medio. Pero solo por un momento. Reacher se bajó, y el Jaguar siguió su camino.

Reacher cruzó el jardín delantero de la vecina y tirando con fuerza abrió la sección plegable de la valla. Cruzó el jardín trasero de la vecina. Hasta llegar a la desvencijada valla de atrás. La cual era de la vecina, o de los Shevick, o compartida. No tenía muchas ganas de treparla otra vez. Así que la tiró abajo a patadas. Si era de los Shevick, entonces Trulenko les podría comprar una nueva. Si era de la vecina, entonces mala suerte, por ser una informante. Si era compartida, entonces mitad de cada cosa.

Cruzó el jardín trasero de los Shevick, pasando por delante del lugar en el que se habían hecho las fotos, hasta la puerta de la cocina. Golpeó con cuidado en el cristal. No hubo respuesta. Volvió a golpear, un poco más fuerte. Siguió sin haber respuesta.

Probó con el picaporte. Cerrado, desde dentro. Miró por la ventana. Nada que ver. No había nadie. Solo las encimeras con las líneas ondulantes como de monitor cardíaco y la mesa atómica y las sillas de plástico. Dio la vuelta, pasando por delante del lugar de las fotos, hasta la siguiente ventana. El dormitorio de ellos. No había nadie. Solo una cama tendida y una puerta de armario cerrada.

Pero una puerta de habitación abierta. Más allá de la cual vio una sombra en movimiento por fuera en el pasillo. Una silueta complicada de dos cabezas y cuatro piernas. La mitad alta, la mitad baja. Un movimiento leve, como de un esfuerzo poco entusiasta y de una coerción blanda.

Reacher metió la mano en el bolsillo. Eligió la Glock sin usar. Diecisiete cartuchos, más uno en la recámara. Regresó a la puerta de la cocina acelerando el paso. Respiró hondo una vez, y otra, y rompió el cristal con el codo, e introdujo la mano y giró la llave, un movimiento fluido, y entró. Ruidoso, obviamente, lo cual implicó que justo a tiempo se asomara una cabeza, por la puerta que llevaba al pasillo, para ver qué demonios estaba sucediendo. Una cara pálida, ojos pálidos, pelo claro. Americana negra, camisa blanca, corbata negra de seda. Reacher apuntó unos dos centímetros por debajo del nudo de la corbata, pero era un hombre de justicia, por lo que no disparó hasta que no vio que una mano con un arma se balanceaba en el aire despejado, en un arco rápido un metro por debajo del rostro, tras lo cual apretó el gatillo y le abrió un agujero al tipo lo suficientemente grande como para meter el pulgar dentro. La bala entró por un lado y salió por el otro y golpeó contra la pared que estaba más allá. El tipo cayó verticalmente, como una marioneta con los hilos cortados.

El rugido del disparo se desvaneció.

Silencio desde el pasillo.

Después un leve gemido amortiguado, como el de una persona vieja y débil intentando gritar, con la mano de un hombre fuerte tapándole la boca. La boca de él o la boca de ella. Después el roce de un zapato, desesperado, sin ir a ninguna parte. Resistencia simbólica. El tipo muerto estaba chorreando sangre sobre el parqué. Se estaba introduciendo en las uniones. Un desastre. Reacher se descubrió pensando que se iban a tener que reponer un par de metros. Podría pagarlo Trulenko. Más yeso, para el agujero de bala en la pared. Y pintura. Más un cristal nuevo para la ventana de la cocina. Todo bien.

Silencio desde el pasillo. Reacher retrocedió hasta la puerta principal. *La jugada obvia era separarse, en dos escuadrones, y enviar uno al exterior por una puerta trasera, y alrededor del edificio.* Esquivó el cristal roto y salió al jardín. Giró a la derecha, y a la derecha, y a la derecha otra vez. Hizo una pausa al llegar al frente de la casa. Vio el Lincoln, aparcado en la calle, sin nadie adentro. Ninguna señal del Jaguar. No todavía. Trazó su itinerario en la cabeza. Al norte en la siguiente transversal importante, al oeste en la calle principal, al sur en el giro de siempre, y después entrar en la urbanización, con sus calles estrechas y sus esquinas apretadas en ángulo recto. Cinco minutos, quizás. Seis máximo. No se perderían. Abby conocía el camino.

Avanzó a lo largo del frente de la casa, sobre el césped, a un metro de la pared, debido a los setos junto a los cimientos. Miró por la ventana del vestíbulo en un ángulo cerrado. Vio a un segundo tipo de cara pálida y traje negro. La gruesa palma de su mano izquierda tapaba la boca de Mana Shevick. En la mano derecha sostenía un arma, con el cañón apretado con fuerza contra el lado de la cabeza de ella. Otra H&K P7, acerada y delicada. Su dedo estaba firme en el gatillo. Aaron Shevick estaba de pie a un metro de distancia, rígido, los ojos bien abiertos, claramente aterrado. Tenía los labios apretados. Claramente le habían dicho que se quedara callado. Claramente no iba a arriesgarse a desobedecer. No con un arma en la cabeza de su esposa.

Reacher volvió a revisar el final de la calle sin salida. Seguía sin aparecer el Jaguar. El tipo que tenía aferrada a Maria miraba hacia el interior en dirección a la puerta de la cocina. Esperando que quien estuviera allí dentro saliera. Metido en un duelo clásico. *Suelta el arma o mato a la anciana.* Salvo que el tipo no podía matar a la anciana, porque una milésima de segundo después de apretar el gatillo le volarían la cabeza a él. Un duelo clásico. Un triángulo permanente. Los vectores en riesgo no pararían de dar vueltas y vueltas, como un bucle de retroalimentación, aullando y gritando.

Reacher calculó los ángulos. El tipo le sacaba una cabeza a Maria Shevick. En sentido literal. La tenía aferrada contra sí mismo, la espalda de ella contra su pecho, la mano izquierda tapándole la boca, y la parte alta de la cabeza de ella ajustada perfectamente debajo de su barbilla. Después venía su propia cabeza. En ese momento Reacher la estaba mirando de lado. Una mejilla blanca y viscosa, una oreja rosa y pequeña, pelo claro cortado al ras brillando sobre ondulaciones de hueso. Tenía más de treinta años, pero quizás no llegaba todavía a los cuarenta. ¿Tenía el rango suficiente como para saber dónde estaba su centro neurálgico? Esa era la pregunta principal de Reacher.

Y la respuesta era no, pensó. Como antes. *Somos tipos que se sientan en coches y vigilan puertas. ¿Crees que le dirían a gente como nosotros dónde está Trulenko?* El tipo no servía para nada.

Una pena.

Especialmente para él.

Reacher se tiró cuerpo a tierra y reptó hacia el sendero estrecho de cemento, y por encima del sendero, y más allá. La puerta principal estaba abierta. El tipo seguía mirando hacia la cocina. Todavía esperando. Reacher se movió hasta que su ángulo de visión a través de la puerta abierta fue un cuarto de círculo distinto de su mirada oblicua al mirar por la ventana. Ahora estaba mirando la parte de atrás de la cabeza del tipo. Un cuello blanco y ancho, rollos apretados de carne dura, el corte al ras brillante sobre protuberancias de hueso. Lo estaba mirando todo desde un ángulo muy bajo. Estaba en posición prono, en el exterior y al nivel del suelo, por debajo del

escalón, por debajo del umbral, por debajo del suelo del vestíbulo. Estaba apuntando la Glock hacia arriba en un ángulo pronunciado. Al punto en el que la columna vertebral del tipo se juntaba con su cráneo. Que era lo más alto que se atrevía. Quería que la bala se quedara dentro, no que saliera. Lo cual sucedía, a veces, con ángulos cerrados. Algunas personas tenían cráneos como de cemento.

Contó hasta tres, y exhaló, largo y despacio.

Apretó el gatillo. La cabeza del tipo se partió como una sandía soltada al suelo y la bala salió por la parte alta del cráneo y se alojó en el techo directamente arriba de él. El aire se llenó instantáneamente de una rociada rosa y púrpura. Muerte cerebral instantánea. Caótico, pero necesario, con un dedo firme en un gatillo. La única manera segura. Médicamente comprobado.

El tipo se fue para abajo desde detrás de Maria Shevick como si ella se estuviese desprendiendo de un pesado abrigo de invierno y dejándolo flotar hacia el suelo. Se quedó de pie sola, a un metro de su marido, ambos mudos y rígidos. El estruendo del disparo se desvaneció en silencio. La rociada rosa se iba depositando, infinitamente lenta.

Entonces apareció el Jaguar.

El plan de Reacher había sido presentar la idea del hotel como una aventura divertida, y después rematarla dándoles los diez mil dólares en billetes de cien, todo frescos y nuevos y con olor dulce. No salió así. Maria Shevick tenía sangre y trozos de hueso en el pelo. Aaron estaba temblando. Estaba a punto de perder la cabeza. Vantresca los llevó fuera y los sentó en la parte de atrás de su Jaguar. Abby hizo una mochila con sus cosas. Fue de una habitación a otra, juntando lo que ella pensaba que necesitarían. Reacher y Hogan sacaron los cuerpos al exterior y los pusieron en el maletero del Lincoln, menos su dinero, sus armas y sus teléfonos. Un trabajo habitual, a esas alturas. Reacher le dio a Vantresca efectivo de la cartera con forma de patata de Gezim Hoxha, para pagar la habitación de hotel de los Shevick. Vantresca dijo que los llevaría hasta allí y los registraría en el hotel. Subiría con ellos y los dejaría instalados. Reacher dijo que los otros cuatro se quedarían y arreglarían el tema del Lincoln.

—¿Qué hacemos con ese coche? —preguntó Barton.

—Lo conducimos —dijo Reacher.

—¿Adónde?

—Vosotros tenéis que trabajar hoy. Necesitamos ir a buscar tu furgoneta y cargar vuestras cosas.

—¿Con ellos en el maletero?

—¿Alguna vez has estado en un avión?

—Claro.

—Probablemente había un ataúd en la bodega de equipaje. Todo el tiempo se están repatriando muertos.

—Sabes que el trabajo de hoy es al oeste de la calle Center. Reacher asintió.

—En un *lounge* —dijo—. Con un tipo en la puerta.

TREINTA Y OCHO

La furgoneta de Barton estaba aparcada en un terreno vacío detrás de una valla con alambre de púas y una cadena en el portón. Él y Hogan la sacaron y Reacher y Abby los siguieron hasta su casa en el Lincoln. La furgoneta era un vehículo como de madre dedicada y de clase media, pero maltrecho y de tercera mano, sin asientos traseros y con las ventanillas tapadas con plástico negro. Reacher les ayudó a cargar las cosas. Había hecho muchos trabajos raros desde que había dejado el Ejército, pero nunca antes había sido *roadie* de una banda de *rock*. Cargó el Precisión letal de Barton en una funda rígida, más un instrumento de repuesto, más un cabezal de amplificador del tamaño de la maleta de un hombre rico, y después finalmente la inmensa caja de ocho altavoces. Cargó el set de batería de Hogan desmontado. Lo subió todo a la furgoneta.

Después él y Abby volvieron a seguir a la furgoneta, en el Lincoln, dirigiéndose hacia el oeste a territorio ucraniano. Se aproximaba el mediodía. El día estaba a medio de camino de terminarse. Condujo Reacher. Abby contó el dinero que les habían quitado a los tipos del maletero. No mucho. Un total de doscientos diez dólares. *Somos tipos que se sientan en coches*. Sus teléfonos tenían el mismo torrente de mensajes de texto que habían visto antes, más una tira completa de mensajes nuevos. Todos en ucraniano. Abby reconoció las formas de algunas de las palabras, de su curso acelerado de la noche previa, con Vantresca.

—Están cambiando de situación otra vez —dijo ella.

—¿A qué? —preguntó Reacher.

—No lo puedo leer. No sé qué letra es. Presumiblemente hacia arriba a la C, o hacia abajo a la A.

—Probablemente no hacia abajo —dijo Reacher—. Dadas las circunstancias.

—Creo que les están echando la culpa a los rusos. Creo que están diciendo que Aaron Shevick es ruso.

—¿De dónde llegan los mensajes?

—Todos del mismo número. Probablemente de un sistema automático de distribución.

—Probablemente en un ordenador en el centro neurálgico.

—Probablemente.

—Revisa el registro de llamadas del teléfono.

—¿Qué busco?

—La llamada que les dijo que fueran a buscar a Maria Shevick.

Tocando y desplazándose por la pantalla Abby se movió hasta una lista de llamadas recientes.

—La última entrante fue hace alrededor de una hora —dijo—. Cincuenta y siete minutos, para ser exacta.

Reacher calculó el tiempo de todo lo que había pasado, pero al revés, como un cronómetro en cuenta atrás. Siguiendo la furgoneta hacia el oeste, cargando la furgoneta, yendo a buscar la furgoneta, yéndose de la casa, alrededor de cuatro minutos y treinta segundos en la casa, cruzando el jardín de los Shevick, cruzando el jardín de la vecina, bajándose del coche. Del Jaguar, que estaba alineado en paralelo con el Lincoln, morro con morro y culo con culo, pero a alrededor de sesenta metros de distancia. Cincuenta y siete minutos. Los dos tipos podrían haber estado bajándose de su propio coche exactamente en el mismo momento.

—¿De dónde salió la llamada? —dijo él.

Ella lo comprobó.

—Un número de móvil raro —dijo ella—. Probablemente un teléfono desechable.

—Probablemente una figura de rango superior. Quizás incluso el mismo Gregory. Fue una decisión estratégica importante. Quieren saber cuándo van a llegar los rusos. Creen que yo se lo puedo decir. Querían a Maria para presionarme. Deben pensar que somos familiares.

—¿Qué clase de presión?

—La equivocada. Llama a ese número.

—¿De verdad?

—Hay cosas que tienen que ser dichas.

Abby puso el teléfono en modo altavoz y eligió una opción del menú del registro de llamadas. Un tono de marcado llenó el coche. Después atendió una voz, con una palabra extranjera que podría haber sido hola, o sí, o qué, o dime, o lo que sea que diga la gente cuando atiende el teléfono.

—Habla en inglés —dijo Reacher.

—¿Quién eres? —dijo la voz.

—Tú primero —dijo Reacher—. Dime tu nombre.

—¿Eres Shevick?

—No —dijo Reacher—. En eso estáis confundidos. Estáis confundidos en muchas cosas.

—¿Entonces quién eres?

—Tú primero —dijo Reacher otra vez.

—¿Qué quieres?

—Tengo un mensaje para Gregory.

—¿Quién eres?

—Tú primero —dijo Reacher, por tercera vez.

—Mi nombre es Danilo —dijo el tipo.

Abby se quedó rígida en su asiento.

—Soy el jefe de personal de Gregory —dijo el tipo—. ¿Cuál es tu mensaje?

—Es para Gregory —dijo Reacher—. Transfiere la llamada.

—No hasta que sepa quién eres. ¿De dónde eres?

—Nací en Berlín —dijo Reacher.

—¿Eres alemán del Este? ¿No ruso?

—Mi padre era un marine de los Estados Unidos. Fue designado a nuestra embajada. Yo nací allí. Un mes después estaba en algún otro lado. Ahora estoy aquí. Con un mensaje para Gregory.

—¿Cómo te llamas?

—Jack Reacher.

—Ese es el viejo.

—Te lo he dicho, en eso estáis confundidos. No soy tan joven como antes, pero todavía no soy viejo. En conjunto estoy bien. Ahora transfiere la llamada.

El tipo llamado Danilo se quedó en silencio por un largo rato. El jefe de personal. Una gran decisión. El segundo. No molestabas al oficial a cargo con cosas que no eran importantes, pero tenías que estar muy seguro de saber qué cosas no importantes eran en realidad cosas importantes disimuladas. Y después, la regla burocrática más grande de todas: si tienes dudas, ve sobre seguro.

Danilo fue sobre seguro. Hubo un clic, y un rato largo de aire muerto, y otro clic, y después se oyó otra voz, con una palabra extranjera que podría haber sido hola, o sí, o qué, o dime, o lo que fuera.

—Habla en inglés —dijo Reacher.

—¿Qué quieres? —dijo Gregory.

—¿Tienes identificador de llamadas?

—¿Por qué?

—Así puedes saber quién te está llamando.

—Le dijiste a Danilo que te llamas Reacher.

—¿Pero de quién es el teléfono desde el que estoy llamando?

No hubo respuesta.

—Están muertos —dijo Reacher—. Eran unos inútiles. Como toda tu gente lo ha sido. Están cayendo como moscas. Muy pronto no te va a quedar nadie.

—¿Qué quieres?

—Voy a por ti, Gregory. Ibas a hacer daño a Maria Shevick. No me gusta la gente como tú. Te voy a encontrar, y te voy a hacer llorar como una niña pequeña. Después te voy a arrancar la pierna desde la cadera y la voy a usar para matarte a golpes.

Gregory hizo una pausa y dijo:

—¿Crees que puedes hacer eso?

—Estoy muy seguro.

—No si yo te veo primero.

—No lo harás —dijo Reacher—. Todavía no lo has hecho. Nunca lo harás. No puedes encontrarme. No eres lo suficientemente bueno. Eres un *amateur*, Gregory. Yo soy un profesional. No me vas a ver venir. Puedes hacer todo el recorrido hasta la Situación Z e igualmente no te sería de ayuda. Mi consejo ahora mismo es que te despidas y hagas tu testamento.

Cortó la llamada y tiró el teléfono por la ventanilla.

—Danilo —dijo Abby.

Una vocecita. Vacilante.

—¿Qué pasa con él? —dijo Reacher.

—Fue él —dijo ella.

—¿Fue él qué?

—El que me hizo aquello.

TREINTA Y NUEVE

Abby comenzó su historia en un semáforo en rojo y continuó contándola durante tres más. Habló en voz baja y suave. Reticente, insegura, llena de dolor y vergüenza. Reacher escuchó, principalmente sin responder nada. Le pareció lo mejor.

Ella dijo que trece meses atrás había estado trabajando como camarera en un bar al oeste de la calle Center. Era nuevo y estaba de moda y facturaba mucho dinero. Una empresa importante. Como tal siempre tenía un hombre en la puerta. Estaba ahí sobre todo para recolectar el porcentaje de Gregory, pero a veces asumía un rol de seguridad. Una especie de gorila. Que era como Gregory hacía las cosas. Le gustaba ofrecer la ilusión de algo a cambio. Abby dijo que ella no tenía ningún problema con todo eso, en principio. Había trabajado en bares toda su vida adulta, y sabía que los pagos por extorsión eran una realidad inevitable, y sabía que un gorila tenía un valor ocasional, cuando los tíos borrachos le tocaban el culo y le hacían insinuaciones groseras. La mayor parte del tiempo estaba conforme con hacer un pacto con el diablo. Seguía la corriente para que siguiera la corriente, y a veces miraba para otro lado, y otras veces se beneficiaba de alguna intervención.

Pero una noche en el bar había un chico joven, de veintialgo, en una celebración de cumpleaños. Era un tipo como friki de los ordenadores, desenfrenado, siempre en movimiento, riéndose fuerte un poco por cualquier cosa. Pero totalmente inofensivo. Dijo que para ser sincera, ella se preguntó si no tendría cierto retraso mental. Algún tornillo flojo, que le hacía estar sobreexcitado. Porque estaba sobreexcitado, era innegable. Aún así, nadie objetó nada realmente. Salvo un tipo con un traje de mil dólares, que quizás había estado esperando otra clase de ambiente. Quizás más sofisticado. Estaba con una mujer con un vestido de mil dólares, y entre ellos desplegaban todo tipo de lenguaje corporal de insatisfacción, telegrafándolo, haciendo señas, resoplando, poniéndose cada vez más exagerados, hasta que incluso el seguridad de la puerta lo notó.

Tras lo cual el guarda de seguridad hizo lo que se suponía que debía hacer, que era observar a las partes interesadas, y evaluarlas cuidadosamente, en términos de cuál era probable que tuviera un valor futuro mayor, en términos de un ingreso futuro contante y sonante. Que era obviamente la pareja con prendas de vestir de mil dólares. Estaban tomándose unas bebidas sofisticadas. Su cuenta iba a ser de un par de cientos de dólares. El friki de los ordenadores de veintialgo estaba bebiendo cerveza nacional, muy despacio. Su cuenta iba a ser de alrededor de doce dólares. Por

lo que el seguridad le pidió al friki que se fuera.

Abby dijo:

—Algo con lo que yo tampoco tuve problemas, a esas alturas. O sea, sí, era triste, y no estaba bien, pero ese es el mundo real. Todo el mundo trata de mirar por su negocio. Pero cuando estuvieron cara a cara, pude ver que el guarda odiaba genuinamente al chico. Creo que era por la cuestión mental. Definitivamente el chico estaba un poco ido. El guarda reaccionó a eso. Fue primitivo. Como si el chico fuera la otredad, y tuviera que ser extirpado. O quizás el guarda en el fondo estaba asustado. A algunas personas les pasa, con las enfermedades mentales. Pero como fuera, lo sacó a rastras por la puerta de atrás, no por la principal, y le pegó hasta casi matarlo. O sea, muy, muy feo. Cráneo, brazo, costillas, pelvis, pierna, todo roto. Algo con lo que sí tuve problemas.

—¿Qué hiciste al respecto? —dijo Reacher.

—Fui a la policía. Obviamente sabía que Gregory tenía sobornado a todo el departamento, pero me imaginé que tenía que haber una línea en algún lado que no le dejarían cruzar.

—No asustéis a los votantes.

—Pero claramente esto no los asustaba. Porque nunca pasó nada. Los policías me ignoraron completamente. Sin duda Gregory lo arregló todo detrás de bambalinas. Probablemente con una llamada telefónica. Mientras tanto yo me quedé a la intemperie. Sola y expuesta.

—¿Qué pasó?

—Nada, el primer día. Después me convocaron a un tribunal disciplinario. Les encantan esas cosas. El crimen organizado es más burocrático que la oficina de correos. Había cuatro hombres en una mesa. Danilo presidía la reunión. No habló nunca. Solo miraba. Al principio yo tampoco hablaba. O sea, era una estupidez. No trabajo para ellos. A mí no me ponen las reglas. En lo que me concernía, podían agarrar su tribunal y metérselo por donde no brilla el sol. Entonces me explicaron la realidad. Si no cooperaba, no volvería a trabajar nunca más, al oeste de la calle Center. Que es donde están la mitad de los trabajos que consigo, obviamente. No me podía permitir perderlos. Me habría muerto de hambre. Tendría que haberme ido de la ciudad y empezar de cero en otra parte. Así que al final dije vale, lo que sea.

—¿Cómo fue?

Se encogió de hombros y negó con la cabeza y no respondió la pregunta de manera directa. No con una descripción de una sola palabra. En cambio dijo:

—Tuve que confesar mi falta, detalladamente. Tuve que explicar mis motivos, y demostrar dónde me había dado cuenta después de que había estado equivocada. Me tuve que disculpar muy sinceramente, una y otra vez, por ir a la policía, por criticar al hombre de seguridad, por pensar que yo tenía las cosas más claras. Les tuve que prometer que era una persona reformada. Les tuve que garantizar que era seguro que me dejaran seguir trabajando. Tuve que hacer una solicitud formal. Tuve que decir: por favor, señor, déjeme trabajar en su mitad de la ciudad. Con voz amable. Como una niña buena.

Reacher no dijo nada.

Abby dijo:

—Después pasamos a la fase del castigo. Explicaron que tenía que haber una sanción. Algo que demostraría mi sinceridad. Trajeron una cámara de vídeo con un trípode. Me tuve que poner de pie, el mentón levantado, los hombros hacia atrás. Dijeron que me iban a abofetear la cara.

Esa era la sanción. Cuarenta veces. Veinte del lado izquierdo, veinte del derecho. Lo iban a grabar. Me dijeron que tenía que parecer fuerte e intentar no llorar. Me dijeron que no me encogiera de miedo, sino que me ofreciera con orgullo y bien predispuesta, porque me lo merecía.

Reacher no dijo nada.

Abby dijo:

—Pusieron la cámara a grabar. Fue Danilo el que me pegó. Fue horrible. Con la mano abierta, pero fuerte de verdad. Me noqueó media docena de veces. Me tuve que levantar y sonreír y decir disculpe, señor. Me tuve que volver a poner en posición, predispuesta y con ganas. Tuve que contar. Uno, señor, dos, señor. No sé qué fue peor, si el dolor o la humillación. Se detuvo a la mitad. Dijo que podía renunciar si quería. Pero perdería el trato. Me tendría que ir de la ciudad. Así que dije que no. Me hizo que lo pidiera en voz alta. Tuve que decir por favor, señor, quiero que me siga abofeteando en la cara. Cuando terminó yo estaba toda roja e hinchada y me zumbaba la cabeza y me sangraba la boca. Pero en lo que pienso ahora es en la cámara. Era para internet, estoy segura. Tuvo que serlo. Algún sitio porno. El subgénero de abuso y humillación. Ahora mi cara va a estar ahí afuera para siempre, siendo abofeteada.

Más adelante, la furgoneta de Barton aminoró la marcha.

—Vale —dijo Reacher—. Danilo. Bueno es saberlo.

CUARENTA

El *lounge* estaba ubicado en el sótano de un ancho edificio de ladrillos sobre una calle decente a tres manzanas de las primeras torres del centro de la ciudad. Había cafeterías y *boutiques* en la planta baja, y otros negocios por arriba. Quizás doce en total. Todos compartían una entrada de cargas en la parte de atrás, donde Barton aparcó. Reacher colocó el Lincoln al lado de él. Entre ellos cargaron las cosas en el ascensor. Después apareció Vantresca, en su Jaguar. Aparcó del otro lado de la furgoneta y se bajó y dijo:

—Estoy con la banda.

Barton y Hogan bajaron en el ascensor con sus equipos. Reacher y Abby se quedaron en la calle. Abby le preguntó a Vantresca por los Shevick.

—Están ahí resistiendo —dijo Vantresca—. Están en un piso alto. Da la impresión de ser seguro y remoto. Se duchan y duermen la siesta. Les enseñé cómo funciona el servicio de habitaciones. Van a estar bien. Parecen bastante fuertes. Son demasiado viejos como para ser blanditos. Al menos ahora pueden ver la televisión. Eso les puso contentos. Intentaban no demostrarlo.

Abby le dio el segundo teléfono ucraniano. El que Reacher no tiró por la ventanilla del coche. Vantresca leyó la columna de mensajes nuevos. Dijo:

—Saben que borrarón a los albaneses. Creen que a los dos los está atacando el crimen organizado ruso. Pasaron a la Situación C. Están reforzando la guardia. Están adoptando posiciones defensivas. Están diciendo: no dejen pasar a nadie. Con signos de exclamación. Muy dramático. Suena a un eslogan de un cartel de propaganda del viejo Bloque del Este.

—¿Alguna mención de Trulenko? —preguntó Reacher.

—Nada. Aparentemente es parte de reforzar la guardia.

—Pero no le están eximiendo de su tarea.

—No dice algo así.

—Por lo tanto lo que hace no se puede interrumpir. Ni siquiera por una guerra con el crimen organizado ruso. Eso nos debería decir algo.

—¿Qué?

—No lo sé —dijo Reacher—. ¿Has pasado por tu oficina?

Vantresca asintió. Sacó un trozo de papel del bolsillo trasero de los pantalones. Lo entregó. Un nombre, y un número. Barbara Buckley. El *Washington Post*. Un código de área de DC.

—Una pérdida de tiempo —dijo Vantresca—. No hablará contigo.

Reacher le quitó el teléfono capturado. Marcó el número. El teléfono sonó. Atendieron la llamada.

Dijo:

—¿Señora Buckley?

—No está aquí —dijo una voz—. Pruebe más tarde.

El teléfono volvió a quedarse en silencio. Casi las doce. Ya se había ido la mitad del día. Bajaron al sótano en el ascensor de carga vacío, donde encontraron a Barton y a Hogan preparándose. Estaban con otros dos amigos en el escenario. Un hombre que tocaba la guitarra, y una mujer que cantaba. Un día en el que todos comían a la hora de comer, una vez a la semana.

Reacher se quedó en las sombras. La sala era grande, pero de techo bajo. Sin ventanas, porque era un sótano. Había una barra a lo largo de toda la pared de la derecha, y una pista de baile que era un rectángulo de parqué, y algunas sillas y mesas, y un espacio que era solo para estar de pie. Dentro ya había quizás sesenta personas. Con más entrando. Pasando junto a un tipo de traje en una banqueta. Estaba en la esquina izquierda al otro lado de la sala. No era exactamente un puerta de discoteca. Más bien algo así como un final-de-la-escalera de discoteca. Pero su función era idéntica. Contar cabezas, y tener aspecto recio. Era un individuo grande. Hombros robustos, cuello ancho. Traje negro, camisa blanca, corbata negra de seda. En la esquina izquierda más cercana había un pasillo de ancho doble, que llevaba a los baños, y una salida de emergencia, y el ascensor de carga. Era el lugar por el que habían entrado. En el techo había unos aros grandes con reflectores de colores, todos apuntando al escenario. No mucho más en cuanto a la iluminación. Un cartel tenue de salida de emergencia al principio del pasillo, y otro detrás del hombre de la banqueta.

Todo bien.

Reacher fue hasta el escenario. Los equipos ya estaban todos preparados. Zumbaban y resonaban suavemente. El bajo Precisión de Barton estaba apoyado contra el altavoz gigantesco. Listo para la acción. Su instrumento de repuesto estaba al lado en un soporte. Listo para las emergencias. Barton estaba en una mesa cercana. Comiendo. Una hamburguesa. Dijo que a la banda le daban comida gratis. Lo que quisieran del menú, hasta un máximo de veinte dólares.

—¿Qué tipo de música vais a tocar? —le preguntó Reacher.

—Más que nada versiones —dijo él—. Quizás un par de temas nuestros.

—¿Sonáis muy alto?

—Si queremos.

—¿La gente baila?

—Si queremos.

—Haced que bailen con el tercer tema —dijo Reacher—. Que suene muy alto. Todas las miradas en vosotros.

—Esa parte por lo general va al final.

—No tenemos tiempo.

—Tenemos un popurrí de *rock and roll*. Todo el mundo baila con eso. Supongo que lo podemos tocar antes.

—A mí me sirve —dijo Reacher—. Gracias.

Todo bien.

Plan listo.

Las luces del local se apagaron y las luces del escenario se encendieron y la banda comenzó con su tema de apertura, que era un tema roquero en tempo medio con una letra triste y un estribillo exuberante. Reacher y Abby se alejaron hasta la esquina derecha de la sala, cerca de ellos, en la diagonal contraria al hombre de la banqueta. Avanzaron por entre la gente en la barra, siguiendo la pared de la derecha, en dirección hacia la esquina derecha del otro lado. Llegaron allí justo cuando la banda empezaba con su segundo tema, que era más rápido y más subido que el primero. Estaban haciendo entrar en calor a la gente. Preparándolos para el popurrí de *rock and roll* que vendría a continuación. Lo hacían muy bien. Estaban dando en el clavo. Absurdamente Reacher quiso frenar y bailar. Algo en el latido del pulso. Pudo ver que Abby sentía lo mismo. Andaba delante de él. Lo podía ver en sus caderas. Quería bailar.

Así que, absurdamente, lo hicieron. En la oscuridad, más allá del borde del público, cerca de la pared, avanzaron bailoteando, manteniendo cierto elemento de progreso lineal, un poco a la manera de dos pasos para adelante, uno para atrás, pero básicamente divirtiéndose nada más. Algún tipo de descarga, supuso Reacher, o alivio, o distracción, o consuelo. O normalidad. Lo que dos personas que se acaban de conocer deberían de estar haciendo.

A todo su alrededor otras personas también lo estaban haciendo. Cada vez más. Por lo que para cuando empezó el tercer tema el lugar explotó, con gente lanzándose hacia el suelo de parqué, dando saltos, más un amplio halo de otro tanto sobre la alfombra, chocando mesas, volcando tragos, volviéndose locos. *Haced que bailen. Que suene muy alto. Todas las miradas en vosotros. Barton había cumplido a lo grande.*

Reacher y Abby dejaron de bailar.

Avanzaron sigilosamente el resto del camino junto a la pared del fondo, detrás de la masa de bailarines, hacia la esquina izquierda al otro lado, por donde llegaron directamente detrás del hombre de la banqueta. Esperaron en la penumbra a dos metros de distancia, hasta que un grupo de impuntuales empezó a bajar la escalera. El hombre de la banqueta los miró desde abajo. Reacher se ubicó detrás de él y le puso la mano en la parte baja del hombro. Una especie de saludo amigable. O una sorpresa fingida, bromeando, como hacen algunas personas. Reacher supuso que eso fue lo único que vieron los impuntuales. Lo que no vieron fueron sus dedos metiéndose por debajo del cuello de la camisa del tipo, retorciéndolo, apretándolo. Lo que tampoco vieron fue su otra mano, por detrás y muy abajo, clavando fuerte el cañón de un arma contra la base de la columna del tipo. Muy fuerte. Lo suficientemente fuerte como para provocar una herida punzante, incluso sin apretar el gatillo.

Reacher se inclinó hacia delante y habló al tipo al oído. Dijo:

—Vamos a dar un paseo.

Tiró con la mano izquierda y empujó con la derecha e hizo bajar al tipo de la banqueta hacia atrás. Le hizo ponerse de pie y lo estabilizó. Retorció aún más el cuello de la camisa. Abby se adelantó y le tanteó los bolsillos y sacó el teléfono y el arma. Otra P7 de acero. La banda entró de lleno en la segunda canción del popurrí. Más rápido y más fuerte. Reacher se inclinó hacia delante otra vez.

Gritó:

—¿Escuchas la batería? Te podría disparar un tiro al compás de cada golpe del tambor y nadie aquí notaría absolutamente nada. Así que haz exactamente lo que te digo.

Empujó al tipo a lo largo de la pared de la izquierda, rígido, incómodo, a cuatro patas, como la sombra que había visto en el pasillo de los Shevick. Abby le siguió el paso a un metro de distancia, a modo de escolta. Moviéndose hacia detrás y hacia delante. Esquivando hacia arriba y hacia abajo. La banda entró de lleno en la tercera parte del popurrí. Más rápido y más fuerte todavía. Reacher empujó al tipo con más fuerza aún. Le empujó a lo largo del pasillo hasta la entrada. Hasta el ascensor de carga. Hacia arriba a la calle. Hacia afuera a la dársena. Afuera a la luz del sol. Lo arrastró alrededor de la parte trasera del Lincoln. Le puso recto y le hizo mirar.

Abby apretó el botón del llavero.

El maletero se abrió.

Dos tipos muertos. Mismos trajes, mismas corbatas. Flácidos, sangrientos, infectos.

El tipo miró para otro lado.

Reacher le dijo:

—Ese eres tú, de aquí a un minuto. A no ser que respondas mis preguntas.

El tipo no dijo nada. No podía hablar. El cuello de la camisa estaba retorcido demasiado apretado.

—¿Dónde trabaja Maxim Trulenko? —preguntó Reacher.

Aflojó un centímetro el agarre. El tipo cogió aire un par de veces. Miró hacia la izquierda, hacia la derecha, miró al cielo hacia arriba, como si estuviera considerando sus alternativas. Como si tuviera alternativas que considerar. Después miró hacia abajo. A los tipos muertos en el maletero.

Después se quedó mirando fijamente.

—Ese es mi primo —dijo.

—¿Cuál? —preguntó Reacher—. ¿Al que disparé en la cabeza o al que disparé en la garganta?

—Vinimos aquí juntos. De Odessa. Llegamos a Nueva Jersey.

—Me debes de estar confundiendo con algún otro. A mí me importa una mierda. Te he hecho una pregunta. ¿Dónde trabaja Maxim Trulenko?

El tipo dijo la palabra que habían visto en el mensaje de texto. Biológicamente inexacta. O una colmena o un nido o una madriguera. Para referirse a algo que zumbaba o piaba o escarbaba.

—¿Dónde está? —dijo Reacher.

—No lo sé —dijo el tipo—. Es un negocio secreto.

—¿Cuán grande es?

—No lo sé.

—¿Quién más trabaja allí?

—No lo sé.

—¿Danilo y Gregory trabajan allí?

—No.

—¿Dónde trabajan ellos?

—En la oficina.

—¿Está separada?

—¿De qué?

—De la palabra que usaste. La colmena.

—Claro.

—¿Dónde está la oficina?

El tipo mencionó una calle, y una calle transversal. Dijo:

—Detrás de la empresa de taxis, enfrente de la casa de empeños, al lado de las fianzas.

—Hemos estado allí mismo —dijo Abby.

Reacher asintió. Deslizó la mano por debajo del cuello de la camisa del tipo, desde la parte de atrás, hacia el lado. Escarbó con los dedos hasta que sintió la cara interna del nudo de la corbata del tipo en el centro de la palma de la mano. La sintió a través del algodón del cuello de la camisa. Una corbata de seda, a esas alturas unos cuatro centímetros desajustada. Más fuerza de tensión que el acero. La seda centelleaba porque sus fibras eran triangulares, como prismas estirados, lo cual producía efectos bonitos con la luz, pero también se ajustaba de una manera tan precisa que era prácticamente imposible de romper de una punta a la otra. Un cable de acero cedería mucho más rápido.

Reacher cerró el puño. Ocupó todo el espacio que había. Al principio su mano estaba de frente. Todos sus nudillos estaban alineados en paralelo con el borde aplastado del cuello de la camisa. Como si estuviera colgando con una mano del peldaño de una escalera. Después rotó el pulgar hacia sí mismo, y el nudillo del dedo meñique hacia el otro lado. Como si estuviera tratando de hacer girar la escalera, como la hélice de un avión. O como retorciendo las riendas, para hacer girar a un caballo. Todo lo cual llevó el nudillo de su dedo meñique al lado del cuello del tipo. Lo cual a su vez ajustó la correa más fuerte que el acero contra el otro lado de su cuello. Reacher lo sostuvo así un momento, y después giró su mano otro ángulo pequeño más. Y después otro. El hombre de seguridad estaba tranquilo. Toda la presión era de lado a lado, no de adelante hacia atrás. No se estaba ahogando por falta de aire. No escarbaba de pánico desesperado. En su lugar las arterias del cuello se habían bloqueado y no le llegaba la sangre al cerebro. Relajado. Apacible. Una especie de sedante. Cálido y cómodo.

Soporífero.

Casi allí.

Casi listo.

Reacher lo sostuvo un minuto entero más, solo para estar seguro, y después puso al tipo en el maletero con su primo, y cerró la puerta. Abby lo miró. Como preguntando: ¿los vamos a matar a todos? Pero no con desaprobación. No acusando. Simplemente una solicitud de información. Él pensó para sí mismo: eso espero.

En voz alta dijo:

—Debería de probar con el *Washington Post* otra vez.

Ella le pasó el teléfono del tipo muerto. Había en la pantalla un mensaje recién enviado. Como tal sin leer. Aparecía su foto en una burbuja verde grande. El retrato sorpresa del bar de préstamo de dinero. El tipo pálido, levantando su teléfono. Debajo de la foto había un bloque de escritura en cirílico. Un tocho largo sobre alguna que otra cosa.

—¿Cuál es su problema ahora? —dijo.

—Vantresca nos lo dirá —dijo ella.

Marcó de memoria el número del *Washington Post*, habiéndolo hecho hacía no mucho. Una vez más el teléfono sonó. Una vez más atendieron la llamada.

Una vez más él dijo:

—¿Señora Buckley?

—¿Sí? —dijo una voz.

—¿Barbara Buckley?

—¿Qué quieres?

—Tengo dos cosas para usted —dijo Reacher—. Un poco de buenas noticias, y una historia.

CUARENTA Y UNO

Al fondo del otro lado de la línea Reacher oyó que había mucho ajetreo. Un espacio grande y abierto. Quizás un techo bajo y rígido. El repiqueteo de teclados. Muchas conversaciones. Dijo:

—Supongo que está en un escritorio en una redacción.

—No me digas, Sherlock —dijo Barbara Buckley.

—Supongo que tienen teletipos e informativos de canales de cable en pantallas a todo su alrededor.

—Cientos.

—Quizás ahora mismo una de esas pantallas está pasando la cobertura local de un incendio en un almacén de maderas en una ciudad que usted conoce.

No hubo respuesta.

Reacher dijo:

—La buena noticia es que el almacén de maderas era el cuartel general de la banda albanesa. Se está quemando hasta los cimientos. La mayoría de ellos están muertos en su interior. El resto han huido. Son historia. Las cosas que le dijeron ya no aplican. De cuando tuvo aquella reunión, hace un par de meses. En la trastienda del restaurante. Esas amenazas dejaron de existir para siempre. A partir de hoy. Creemos que era importante que lo supiera lo antes posible. Es parte de nuestro protocolo de derechos para víctimas.

—¿Estoy hablando con el departamento de policía?

—En sentido estricto, no.

—¿Pero son parte de las fuerzas de seguridad?

—Que tienen muchos niveles.

—¿Ustedes qué nivel son?

—Señora, con el mayor de los respetos posible, usted es periodista. Hay cosas que es mejor no decir en voz alta.

—¿Te refieres a que me lo podrías decir, pero que entonces tendrías que matarme?

—Señora, realmente no decimos esas cosas.

—¿Me estás llamando desde allí?

—Preferiría no discutir ubicaciones específicas. Pero le diré que aquí hace mucho calor.

—Espera —dijo ella—. ¿Cómo me encontraste? Yo no informé de las amenazas a nadie.

Reacher respiró hondo, listo para lanzarse a la segunda parte de su guión, pero ella se le

anticipó, como la reportera de investigación que él suponía que era, con una cadena de fuego rápido de conexiones veloces y suposiciones y especulaciones, todo lo cual terminó bastante cerca de donde él hubiera querido, de todas maneras. Ella dijo:

—Espera, la única persona que podría haber sabido algo sobre esto fue el hombre que me llevó al aeropuerto después, que era el que contraté para que me ayudara allí, que era exmilitar, de un rango bastante elevado, algo que sé con seguridad porque obviamente lo busqué, por lo que debe haber sido él el que informó al respecto, presumiblemente a un amigo o a un socio con algún interés en particular, posiblemente en el Pentágono, que es probablemente de donde ustedes vienen. Alguna agencia secreta de tres letras de la que nunca nadie oyó hablar.

—Señora, preferiría no confirmar ni negar —dijo Reacher.

—Está bien —dijo ella. Después respiró hondo y su voz cambió un poco. Dijo—: Agradezco la llamada. Gracias. Su protocolo funciona bien.

—¿Se siente mejor?

—Me dijiste que tenías una historia para mí. ¿Es esa? ¿Que los albaneses han desaparecido?

—No —dijo Reacher—. Algo distinto. Que la involucra a usted.

—No quiero que se haga público. Abandoné la historia. No es lo que se supone que hace una periodista valiente.

—Esta es la otra cara de la moneda —dijo Reacher—. Donde la periodista valiente resuelve el caso. Por la investigación que hizo. Usted vino aquí por algo. Que no eran los albaneses. Usted dio la impresión de estar mucho más interesada en los ucranianos. Nos ayudaría conocer las bases de ese interés.

—No lo entiendo.

—¿Qué pensaba que estaban haciendo los ucranianos?

—Entendí la pregunta. Lo que no he entendido es por qué la estaba haciendo. Ustedes son una agencia secreta de tres letras. Sin duda saben por qué están allí. ¿O esto es lo que hacen ahora? ¿Subcontratan a los periódicos la parte investigativa real de sus investigaciones?

Reacher respiró hondo, y lanzó la tercera parte de su guión. Dijo:

—Claramente usted obtuvo información de algún lado. Igual que nosotros, por supuesto. Pero su algún lado no fue el mismo lugar que nuestro algún lado. Eso prácticamente lo puedo garantizar. De modo que si la convertimos en la estrella del programa, nosotros nos mantenemos en las sombras. Lanzamos sospechas en la dirección equivocada. Protegemos a nuestras fuentes. Sobreviven. Lo cual podría llegar a ser importante. Pero las normas requieren que antes de proceder oigamos una acusación creíble por parte de una persona creíble. No podemos simplemente inventárnoslo. Está sujeto a comprobación.

—¿Están grabando esto?

—Necesitaría su permiso.

—¿Admitirían que yo resolví el caso?

—Creo que estaríamos obligados a hacerlo ir para ese lado. Es lo mejor en todos los sentidos. Nadie miraría a los nuestros. Además de que no nos importa. Yo no quiero salir en la televisión.

—Soy periodista —dijo Buckley—. Nadie diría que soy creíble.

—Esos son solo casillas que hay que marcar. Lo mismo nos podría servir un tarotista.

—Comenzó con un rumor que escuché de un amigo de un amigo. La historia era que, se dijera lo que se dijera a nivel político, los profesionales de Inteligencia ya habían de hecho

rastreado las *fake news* de internet, hasta llegar al gobierno ruso en Moscú, y también que se habían vuelto bastante buenos en bloquearlas, salvo porque de repente sufrieron un revés. El rumor era que de algún modo los rusos habían entrado. Estaban operando desde dentro de Estados Unidos, y el bloqueo ya no funcionaba.

—Vale —dijo Reacher.

—Pero yo me puse a pensar. Obviamente nada salía de su embajada, porque lo hubiéramos sabido. Ese lugar lo tenemos completamente controlado, electrónicamente. Y no habían mudado todo el proyecto aquí, porque no es que solo se estén metiendo con nosotros. Están hackeando el mundo. O sea que obviamente subcontrataron la parte americana del proyecto a alguien que ya se encontraba aquí. Una especie de acuerdo de negocios. Como una franquicia. ¿Pero de quién? La mafia rusa en Estados Unidos no es lo suficientemente buena, y de todos modos en ningún caso el gobierno ruso querría hacer negocios con ellos. Intenté resolverlo. Tenía información. Los frikis de los ordenadores aquí en el periódico siguen estas cosas. Tienen tablas de ligas, como las de la NFL. Todos esos viejos Estados soviéticos son muy buenos con la tecnología. Estonia, por ejemplo. Y Ucrania, supusieron. Pero Moscú y Kiev no se hablan. Están en conflicto permanente. Pero Moscú puede hablar con la mafia ucraniana de Estados Unidos. La misma gente, el mismo talento, pero un lugar distinto. Y sería un encubrimiento perfecto. Es un vínculo muy improbable. Y los frikis decían que los ucranianos eran casi lo suficientemente buenos como para hacerlo, en sentido tecnológico. Así que me figuré que eso era lo que había sucedido. Un contrato anual, entre el gobierno ruso y el crimen organizado ucraniano de América, probablemente por un valor de al menos decenas de millones de dólares. No tengo pruebas, pero apuesto a que estoy en lo cierto. Llámalo corazonada de periodista.

—Vale —dijo Reacher otra vez.

—Pero entonces hace un par de meses de repente se volvieron mucho mejores. Fueron mucho más allá de ser simplemente lo suficientemente buenos. Sucedió más o menos de un día para el otro. De repente estaban haciendo cosas de verdad inteligentes. Los frikis de los ordenadores dijeron que debían haber incorporado algún nuevo talento. No había otra manera de hacerlo. Quizás un consultor de Moscú. Así que fui para allá a comprobarlo. Inocentemente, pensé que podría llegar a ver a un ruso andando por la ciudad, con aspecto de perdido.

—Por lo que ya apuntaba a dar la primicia.

—Pero no lo hice.

—¿Dónde habría buscado?

—No tenía ni idea. Ese iba a ser mi siguiente paso. Pero nunca llegué hasta ahí.

—Vale —dijo Reacher—. Gracias.

—¿Con esto basta?

—Persona creíble, motivo creíble. Las casillas están marcadas.

—Gracias otra vez, por la primera parte de la llamada. Sí que me siento mejor.

—Es una gran sensación —dijo Reacher—. ¿No? Usted está viva, y ellos no.

Al terminar su hora Barton y Hogan subieron a la calle, sudados del esfuerzo, cargados con equipos. Vantresca los estaba ayudando. Leyó el mensaje nuevo. La foto, en la burbuja grande verde. Dijo:

—Esto es absurdo.

—Me cogió por sorpresa —dijo Reacher.

—No la foto. El mensaje es de Gregory. Dice que eres la vanguardia de un ataque que viene de una dirección que ya no puede discernir de manera confiable. Es incluso posible que seas un agente del gobierno de Kiev. Por lo tanto debes ser capturado a cualquier precio. Debes ser entregado a él con vida.

—Mejor que la alternativa, supongo.

—¿El de seguridad te dijo algo?

—Mucho —dijo Reacher—. Pero la periodista me dijo más.

—¿Habló contigo?

—Tiene que ver con las *fake news* de internet. Venían de Rusia. Ahora están en Estados Unidos. Ya no se pueden bloquear. Ella asumió que Moscú contrató a los ucranianos como representantes. Después, hace dos meses el estándar subió mucho. Dijo que los frikis de la informática del periódico llegaron a la conclusión de que los ucranianos debían de haber incorporado algún nuevo talento. Ninguna otra manera de explicarlo.

—Trulenko pasó a estar escondido hace unos dos meses.

—Exacto —dijo Reacher—. Es bueno con los ordenadores. Está dirigiendo el proyecto. El gobierno ruso le está pagando a Gregory, y Gregory le está pagando a Trulenko. Después de coger un saludable porcentaje para sí mismo, estoy seguro. Se debe sentir como en la mañana de Navidad. La periodista dijo que el contrato puede ser por un valor de decenas de millones de dólares.

—¿Qué te dijo el hombre de seguridad?

—Es un negocio secreto satélite físicamente separado de la oficina central. No sabía dónde está, ni cuán grande es, ni quién trabaja allí, ni cuántos.

—¿Llamas a eso haberte dicho mucho?

—Si juntamos las dos cosas, podemos empezar a deducir qué necesitan. Seguridad, alojamiento, energía eléctrica confiable, velocidad de internet confiable, un lugar aislado, pero lo suficientemente cerca para un fácil abastecimiento y reabastecimiento.

—Podría ser cualquier sótano de la ciudad. Podrían haber tendido un cableado nuevo y podrían haber puesto un par de catres.

—Más que catres —dijo Reacher—. Este es un contrato anual. Sin duda renovable. Podría ser un proyecto a largo plazo.

—Vale, igual que con el cableado, también llevaron pladur y pintura y pusieron alfombras en el suelo. Quizás camas *king size*.

—Más vale que empecemos a buscar —dijo Abby.

—Antes una cosa más —dijo Reacher—. La foto horrible me hizo acordarme. Quiero ir a visitar a ese tipo. Son más de las doce. Apuesto a que ya recibió una buena cantidad de pagos. Los Shevick necesitan dinero hoy. Todavía nos faltan mil dólares.

Esta vez condujo Abby. Reacher podía sentir el peso de la parte de atrás. El extremo trasero del coche se iba hacia abajo y se arrastraba. Había cerca de trescientos kilos en el maletero. Quizás nunca tenidos en cuenta, durante el proceso de diseño del Lincoln.

Se detuvieron antes de llegar al bar, en una calle lateral. ¿La Situación C demandaba guardias extra en todas partes? Reacher supuso que no en todas partes. Personal insuficiente. Juntarían sus recursos solo donde más importaran. En sus objetivos de alto valor. ¿El negocio de préstamos de dinero calificaba? No estaba seguro. Se bajó y miró desde la esquina, asomando un ojo por el ladrillo.

La calle estaba vacía. No había nada aparcado en la puerta del bar. No había tipos de traje apoyados en las paredes.

Se subió de nuevo al coche y avanzaron, cruzando la calle del bar, y dando la vuelta hacia el callejón de atrás. Era la parte vieja de la ciudad, construida más o menos en la época en la que Alexander Graham Bell estaba inventando el teléfono, por lo que todo lo que era más nuevo estaba injertado, como una ocurrencia tardía. Había postes de luz torcidos que cargaban gruesos manojos caídos de cables y alambres, enroscándose aquí, enroscándose allá. Había medidores de agua y medidores de gas y medidores de electricidad, atornillados a las paredes sin ningún concierto. Había contenedores de basura tan altos como una persona.

Había un Lincoln negro aparcado detrás del bar. Vacío. El transporte del tipo pálido, sin duda. Listo para el regreso a casa, al final del día. Abby detuvo el coche detrás del Lincoln.

—¿Puedo ayudar? —preguntó.

—¿Quieres? —preguntó él como respuesta.

—Sí —dijo ella.

—Ve hacia la puerta principal del bar. Entra como una persona normal. Haz una pequeña pausa. El tipo se sienta en la esquina de atrás a la derecha. Anda hacia la pared del fondo.

—¿Por qué?

—Quiero que el tipo esté distraído. Te va a mirar todo el tiempo. En parte porque quizás seas una clienta nueva, pero principalmente porque eres lo más atractivo que va a haber visto en todo el día. Quizás en toda su vida. Ignora al barman, diga lo que diga. Es un imbécil.

—Entendido —dijo ella.

—¿Quieres un arma?

—¿Debería?

—Daño no te va a hacer —dijo él.

—Vale —dijo ella.

Le dio la H&K del hombre de seguridad de la puerta del *lounge*. Parecía minúscula en la mano de él y enorme en la de ella. La sopesó un par de veces, y se la puso en el bolsillo. Se alejó por el callejón. Reacher fue hasta la puerta trasera del bar. Era un panel liso de acero, opaco y viejo, con marcas y abollado en la parte inferior, por los carritos que cargaban barriles de cerveza y cajas. Probó el picaporte. Estaba sin cerrar. Sin duda una norma de la ciudad. Era también una salida de emergencia.

Reacher se introdujo en el bar. Estaba en el extremo al otro lado de un pasillo corto. Baños a la derecha y a la izquierda. Después una puerta solo para empleados. Una oficina, o un depósito. O las dos cosas. Después el otro extremo del pasillo, y el salón, visto del revés. La barra cuadrada estaba ahora en la esquina derecha de este lado, el pasillo central desgastado se alejaba en la otra dirección, entre las largas filas de mesas para cuatro. Lo mismo que antes. La luz seguía siendo tenue y el aire seguía oliendo a cerveza derramada y desinfectante. Esta vez había cinco clientes, una vez más cada uno de ellos en una mesa distinta, defendiendo sus bebidas, con

aspecto miserable. Detrás de la barra estaba el mismo tipo gordo, ahora con una barba de seis días, pero con un trapo limpio colgando del hombro.

El tipo pálido estaba en la mesa de atrás a la izquierda de Reacher. Lo mismo que antes. Luminiscente en la penumbra. Cabello brillante. Muñecas blancas y gruesas, manos blancas y grandes, un libro de contabilidad grueso y negro. El mismo traje negro, la misma camisa blanca, la misma corbata negra de seda. El mismo tatuaje.

Abby entró por la puerta principal. Se quedó quieta mientras se cerraba detrás de ella. Arte de *performance*. Todas las miradas estaban en ella. Estaba suavemente iluminada desde atrás por el neón opaco de las ventanas. Bajita y algo andrógina, pulcra y esbelta, toda vestida de negro. Pelo corto oscuro, ojos vivaces oscuros. Una sonrisa tímida pero contagiosa. Una desconocida, pasando por allí, esperando una bienvenida.

No recibió ninguna. Los cinco clientes miraron hacia otro lado. Pero el barman no. Tampoco el tipo pálido. Ella empezó a andar y la miraron todo el rato.

Reacher avanzó un paso. Estaba dos metros por detrás del tipo pálido, y dos metros hacia el lado, sin duda en su rabillo del ojo, pero con suerte Abby lo estaba ocupando por completo. Ella se siguió acercando, y él avanzó otro paso.

—¡Ey! —dijo el barman con voz fuerte.

Había estado en el rabillo del ojo del barman, también. Dos metros por detrás, dos metros hacia el lado. Todo tipo de cosas pasaron a continuación. Una especie de *ballet* complejo. Como un *triple play* en béisbol. El tipo pálido miró hacia atrás, comenzó a ponerse de pie, Reacher se alejó, en dirección a la barra, donde agarró la cabeza gorda del barman con las dos manos, y saltó y la empujó hacia abajo y la estrelló contra el caoba, como volcando una pelota de baloncesto cuando está muy arriba en el aire, y usó el rebote del aterrizaje para pivotar de vuelta hacia el tipo pálido, un paso, dos, y le golpeó con un colosal directo de derecha, toda su masa en movimiento detrás de sí, en el centro de la cara del tipo mientras se levantaba de la silla, y el tipo desapareció hacia atrás como si le hubiesen disparado desde un cañón. Se resbaló y se despatarró en el suelo, tirado sobre su espalda, con sangre saliéndole de la nariz y de la boca.

Los cinco clientes se pusieron de pie y se apresuraron a salir por la puerta. Quizás una respuesta local tradicional, en situaciones así. En cuyo caso Reacher aplaudía la costumbre. Hacía que no hubiera testigos. Había sangre y dientes sobre la barra, pero el barman se había caído hacia atrás y había quedado fuera de vista.

—Supongo que no me miró todo el tiempo —dijo Abby.

—Te lo dije —dijo Reacher—. Es un imbécil.

Se agacharon junto al tipo pálido y le sacaron de los bolsillos el arma y el teléfono y las llaves del coche y lo que parecían alrededor de ocho mil dólares. Tenía la nariz completamente reventada. Estaba respirando por la boca. En las comisuras de los labios le burbujeaban manchas de sangre. Reacher lo recordó dándose golpecitos en su cabeza brillante con el dedo blanco hueso. Alguna clase de insinuación amenazadora. Pensó: cómo caen los poderosos.

Dijo:

—¿Sí o no?

Abby se quedó un instante en silencio.

—Sí —dijo después.

Reacher apretó su mano sobre la boca del tipo. Difícil mantenerla allí, porque estaba

resbalosa por la sangre. Pero él prevaleció. El tipo desperdició el tiempo escarbando en su bolsillo, buscando su arma, que ya no estaba allí, y después desperdició el resto de su vida haciendo repicar sus suelas contra el suelo y agarrando inútilmente la muñeca de Reacher. Finalmente fue perdiendo fuerza, y después se quedó quieto.

Se llevaron el Lincoln del tipo pálido, porque el maletero estaba vacío. Iba mucho mejor. Fueron hasta el centro de la ciudad y aparcaron junto a una boca de incendio a la vuelta del hotel de los Shevick. Abby revisó el teléfono nuevo. Ningún mensaje nuevo. Nada desde la teoría conspirativa de Gregory.

—¿Lo envió desde su propio número? —preguntó Reacher.

Abby lo comparó con mensajes anteriores.

—Supongo —dijo—. No es el número habitual.

—Deberíamos llamarle de nuevo. Mantenerlo actualizado.

Abby marcó un atajo desde la pantalla con los mensajes de texto y puso el teléfono en modo altavoz. Oyeron cómo sonaba. Oyeron cómo descolgaban. Gregory dijo una palabra, breve y urgente, probablemente no hola. Probablemente dime, o sí, o qué.

—Habla en inglés —dijo Reacher.

—Tú.

—Acabas de perder a dos más. Voy a por ti, Gregory.

—¿Quién eres?

—No soy de Kiev.

—¿De dónde entonces?

—Del 110 especial de la Policía Militar.

—¿Qué es eso?

—Ya lo descubrirás, muy pronto.

—¿Qué quieres de mí?

—Cometiste un error.

—¿Qué error?

—Cruzaste una línea. Así que prepárate. Llegó el momento de rendir cuentas.

—Eres americano.

—Como la tarta de manzana.

Gregory hizo una larga pausa. Sin duda pensando. Sin duda acerca de su gran red de sobornos pagados, y manos untadas, y espaldas rascadas, y favores debidos, y sofisticados sistemas de advertencia anticipada cuidadosamente dispuestos. Alguno de los cuales o todos los cuales deberían de haberle advertido hacía tiempo. Pero no había recibido ni una palabra. De ningún lado.

—No eres policía —dijo—. No eres un hombre del gobierno. Estás por tu cuenta. ¿No?

—Lo cual estoy seguro de que te lo va a hacer mucho más difícil, cuando tu organización esté en ruinas, y todos tus hombres estén muertos, salvo tú, cuando seas el último que esté con vida, y entonces yo entre por tu puerta.

—No vas a llegar a estar cerca de mí.

—¿Cómo voy por ahora?

No hubo respuesta.

—Prepárate —dijo Reacher—. Voy a por ti.

Después cortó la llamada y tiró el teléfono por la ventanilla. Siguieron adelante, dieron la vuelta en la esquina, y aparcaron en la entrada del hotel de los Shevick en un área donde estaba permitido dejar el coche diez minutos.

CUARENTA Y DOS

Reacher y Abby subieron en el ascensor hasta el piso de los Shevick, que era bajo o intermedio para los estándares de Nueva York o Chicago, pero que para los estándares locales era probablemente el punto más alto en cientos de kilómetros a la redonda. Encontraron la puerta indicada. Maria Shevick los observó por la mirilla, y los dejó pasar. La habitación era una *suite*. Tenía un salón aparte. Era luminosa y fresca y nueva y limpia. Había dos ventanales enormes del suelo al techo, dispuestos en ángulo recto en la esquina derecha. Eran las primeras horas de la tarde y estaba soleado y el aire estaba despejado. Las vistas eran espectaculares. La ciudad se extendía a sus pies. Como el mapa del hotel, que Reacher se había estudiado, y que ahora cobraba vida.

Abby mostró el dinero. Los diez mil con la faja, del osario en la parte trasera del almacén de maderas, y los casi ocho mil del bar de préstamo de dinero. Era tanto que golpeó y rebotó sobre la mesa, y una parte voló hacia el suelo. Los Shevick prácticamente rieron de alegría. El problema del día resuelto. Aaron decidió que lo depositaría en el banco, y después haría una transferencia al hospital a la manera formal de siempre. Un último jirón de dignidad. Abby le ofreció acompañarlo, a la sucursal del centro de la ciudad. Solo para hacerle compañía. Sin ningún otro motivo. No había necesidad de que hubiera uno. A esas alturas Aaron estaba andando mucho mejor, y el este de la calle Center era tan seguro como estar en casa. Por lo que solo era por gusto. Se fueron juntos, y Reacher volvió a los ventanales. De vuelta a la vista. Maria se sentó detrás de él en un sillón estrecho.

—¿Tienes hijos? —dijo.

—No creo —dijo Reacher—. Ninguno del que yo sepa, en todo caso.

Miraba la ciudad a sus pies. La parte grande de la forma de pera. Los ventanales de la esquina le mostraban la totalidad del cuadrante noroeste. Desde más o menos las nueve de una esfera de reloj, hasta las doce. Podía ver la calle Center más o menos directamente debajo. Cerca y algo más allá, hacia su mitad izquierda, había dos torres de oficinas y otra torre de un hotel. Parecían nuevas. Se lanzaban valerosamente hacia arriba desde una alfombra uniforme y extendida de edificios de dos y tres pisos, en su mayoría viejos, en su mayoría de ladrillo, en su mayoría descuidados. Tenían techos planos, emparchados y pintados de plateado. La mayor parte tenían unidades exteriores de aire acondicionado apoyadas en estructuras de hierro en ángulo recto. Había chimeneas de metal que salían de las cocinas de los restaurantes, y antenas

parabólicas del tamaño de camas elásticas, y aparcamientos con las plantas de arriba al aire libre. Las calles eran estrechas, en algunos lugares rebosantes de tráfico, en otros vacías y tranquilas. Había personas diminutas andando, doblando a la izquierda, doblando a la derecha, entrando y saliendo de entradas de edificios. La panorámica continuaba en la distancia difusa.

Podría ser cualquier sótano de la ciudad había dicho Vantresca.

—¿Estás casado? —preguntó Maria.

—No —dijo Reacher.

—¿No te quieres casar?

—La decisión es solo un cincuenta por ciento mía —dijo—. Supongo que eso lo aclara.

Se dio la vuelta y observó las vistas. Como había observado el mapa. ¿Dónde escondería un negocio secreto satélite un comandante competente? ¿En qué tipo de lugar? Seguridad, alojamiento, energía eléctrica, internet, aislamiento, fácil abastecimiento y reabastecimiento. Buscó posibilidades. La alfombra de edificios bajos y marrones. Los techos parpadeantes. El tráfico.

—A Abby le gustas —dijo Maria.

—Quizás —dijo Reacher.

—¿No quieres admitirlo?

—Estoy de acuerdo en que está poniendo bastante esfuerzo en todo esto. Asumo que hay un motivo.

—¿No crees que el motivo eres tú?

Reacher sonrió.

—¿Qué eres, mi madre? —dijo.

No hubo respuesta. Reacher siguió observando. Como siempre la respuesta dependía. Si el cuadrante sudoeste era igual que el noroeste, entonces o había menos de diez o más de cien lugares posibles. Dependía de los estándares. Dependía de qué parte de la seguridad, el alojamiento, la energía eléctrica, el internet, el aislamiento y el fácil abastecimiento una persona no entendiese.

—¿Cuáles son las novedades sobre Meg? —dijo.

—El ánimo sigue siendo bueno —dijo ella—. El escáner de mañana debería de confirmarlo. Todos piensan eso. Personalmente siento que estamos haciendo una apuesta. Seguramente ahora esta va a ser la que cuente. O ganamos algo muy, muy grande, o perdemos de manera devastadora.

—Yo aceptaría esas opciones. Ganar o perder. Me gustan las cosas simples.

—Es brutal.

—Solo si pierdes.

—¿Tú siempre ganas?

—De momento.

—¿Cómo puedes ganar siempre?

—No puedo —dijo Reacher—. No puedo ganar siempre. Un día voy a perder. Lo sé. Pero no hoy. Eso también lo sé.

—Desearía que fueras médico.

—Ni siquiera tengo un título de posgrado.

Ella hizo una pausa, y dijo:

—Me dijiste que podías encontrarlo.

—Voy a encontrarlo —dijo Reacher—. Hoy. Antes del cierre de operaciones.

Se volvieron a encontrar todos en casa de Frank Barton, muy al interior de lo que solía ser territorio albanés. Todavía había humo en el cielo, del incendio del almacén de maderas. Barton y Hogan acababan de regresar de su trabajo, y Vantresca estaba allí pasando el rato, y Reacher y Abby venían de visitar a los Shevick. Se juntaron todos en el salón que daba a la fachada. Estaba otra vez lleno de equipos. No podían quedarse en la furgoneta. Los robarían.

Hogan dijo:

—La clave de esto es que primero tienes que saber si estás descifrando a un tipo inteligente, o a un tipo muy inteligente, o a un genio. Porque dependiendo de eso son tres ubicaciones distintas.

—Gregory parece lo suficientemente inteligente —dijo Reacher—. Estoy seguro de que tiene cierto grado de astucia de rata. Pero dudo de que esto haya sido decisión suya. No si fue un contrato oficial, por un valor de decenas de millones de dólares, con el gobierno de un país extranjero. Yo diría que algo así hace que la oferta quede por debajo de las exigencias de la demanda. Apuesto a que hubo toda clase de cláusulas y condiciones e inspecciones y aprobaciones. Moscú habría querido lo mejor de lo mejor. Y allí no son tontos. Saben reconocer una mala idea cuando la ven. Por lo que en términos de ubicación, sugiero que empecemos a descifrar al nivel de genio.

—Seguridad, alojamiento, energía eléctrica, internet, aislamiento, facilidad de abastecimiento —dijo Vantresca.

—Empecemos por el final —dijo Reacher—. Facilidad de abastecimiento. ¿A cuántas manzanas de su oficina sería fácil?

—Más bien en qué tipo de bloque o de manzana —dijo Hogan—. Yo supondría que en todo el centro de la ciudad. El distrito de negocios. En cualquier lugar con zonificación comercial. Van y vienen cosas raras todo el tiempo. Nadie presta atención. No como en un vecindario residencial. Yo diría que el borde del centro es el límite natural. Al oeste de la calle Center.

—Eso no es aislado —dijo Barton—. Está en el medio de todo el lío.

—Es como esconderse a plena vista. Quizás no físicamente aislado, pero muy anónimo, de todas formas. Hay todo tipo de idas y venidas, y nadie ve nada. Nadie sabe el nombre de nadie.

—¿Qué necesitan para el internet? —preguntó Reacher.

—Una conexión mecánicamente robusta a un cable ISP o a un satélite, probablemente el satélite, porque sería más difícil de rastrear —dijo Vantresca.

—La ciudad está llena de antenas parabólicas.

—Mucha gente las usa.

—¿Qué necesitan para la energía eléctrica?

—Una instalación reciente, acorde con las normas vigentes, con un exceso de capacidad como margen de seguridad, y un generador automático de reserva por si hay un corte en la red. No se pueden permitir interrupciones. Podría llegar a estropearles los equipos.

—¿Qué hay del alojamiento?

—Dormitorios, baños, un comedor, quizás una sala de televisión, quizás una sala de juegos.

Ping-pong, o algo así.

—Suenan a prisión federal.

—Yo creo que con ventanas —dijo Abby—. No un sótano. Podría ser un contrato por mucho tiempo. Trulenko es una superestrella. Quizás ahora esté en un mal momento, pero aun así tiene sus estándares. Querrá vivir de la manera más parecida a lo normal. Exigirá eso.

—Vale, ventanas —dijo Reacher—. Lo cual nos lleva a la seguridad.

—Rejas de hierro en las ventanas —dijo Barton.

—O anonimato —dijo Hogan—. Hay un millón de ventanas. A veces las luces están encendidas, a veces están apagadas. A nadie le importa.

—Necesitan un único punto de entrada controlable —dijo Vantresca—, probablemente con un primer filtro en algún lugar al principio, y un último refuerzo un poco más al final. Quizás se ingresa por un sótano, y después se sube por las escaleras de atrás. Algo así. Bajo vigilancia todo el tiempo. Como cruzando un túnel largo. Metafórica, si no literalmente.

—¿Entonces dónde?

—Hay mil edificios así. Los has visto.

—No me gustan —dijo Reacher—. Porque están todos juntos. Por las Fuerzas Especiales de la Marina. Hogan lo expuso todo, al principio. Buscarían salidas de emergencia, y zonas de entrega, y conductos de ventilación y cañerías de agua y alcantarillas y así, pero sobre todo buscarían lugares a los que pudieran acceder demoliendo paredes entre estructuras adyacentes. Ya sabéis cómo funciona eso. Despiertan a un empleado viejo de las oficinas del catastro, y él les encuentra un plano viejo y polvoriento, que muestra que el sótano de este tipo se conecta con el sótano de aquel tipo, salvo porque algún otro tipo levantó una pared entre ellos en 1920, pero una pared delgada, y de mala calidad. Basta con soplarla para tirarla abajo. O podrían entrar por otro lado, por una pared de la planta baja. O por una ventana. O por el piso más alto. O podrían bajar desde el techo haciendo rapel. No olvidemos que esta decisión la tomó el gobierno de Moscú. Era un asunto importante. Tal vez un contrato válido para muchos años. Por lo que querían exactamente la ubicación adecuada. La cual están más que calificados para evaluar. Saben todos nuestros trucos. Saben que nuestras fuerzas especiales entrenan todo el tiempo en ambientes urbanos exactamente como este.

—Pero fuera de la ciudad no es fácil el abastecimiento. Es imposible tener las dos cosas al mismo tiempo.

—Lo imposible no existe. Simplemente es un fallo de planificación. Yo creo que consiguieron lo que querían. Muy a mano, como para que no fuera un problema pasar por allí para dejarles una taza con azúcar. Pero también seriamente aislado. Potencialmente a más de cien metros de la persona más cercana. Infraestructura sólida en términos de extensiones y cables y generadores automáticos y conexiones mecánicamente robustas. Un alojamiento de lujo inundado de sol y luz natural. Rotundamente imposible de penetrar desde los lados. O incluso de acercarse. O desde abajo. O desde arriba. Cero penetración significativa por cañerías de agua o conductos de ventilación. Una sola entrada controlable, llena de oportunidades para avisar de inmediato desde el principio, y tantos refuerzos defensivos como quisieran. Creo que Moscú especificó el lugar de sus sueños, y creo que lo encontraron.

—¿Dónde? —dijo Abby.

—Justo lo estaba observando, por el ventanal del hotel. Con Maria Shevick. Cuando me

preguntó si me quería casar.

—¿Con ella?

—Creo que en general.

—¿Qué le dijiste?

—Le dije que se necesitan dos para bailar un tango.

—¿Dónde está Trulenko?

—Es un nido, no una colmena o una madriguera. Está en las alturas. Alquilan tres pisos altos en una de esas torres de oficinas nuevas. Hay dos al oeste de la calle Center. Usan el piso de arriba y el piso de abajo como zonas de aislamiento, y viven y trabajan en el piso del medio. No puedes llegar a ellos ni por arriba ni por abajo ni por los lados.

CUARENTA Y TRES

Discutieron los factores no negociables, uno por uno. Seguridad, alojamiento, energía eléctrica, internet, aislamiento, facilidad de abastecimiento. Tres pisos altos en una torre de oficinas nueva del centro de la ciudad cumplían con todos los requisitos. Los ascensores se podían reprogramar. Ningún problema para Trulenko. Solo se permitiría que se detuviera un ascensor en cada ocasión. Las otras puertas las podían anular soldándolas. Desde afuera. Lo mismo con las puertas del hueco de la escalera. El único ascensor en servicio podría dar a una jaula. Quizás de alambre tejido, instalado por dentro del vestíbulo. Algún tipo de portón con candado. Hombres con armas. Las puertas del ascensor se cerrarían detrás del visitante, que entonces quedaría atrapado, detrás del alambrado. Muchísimo tiempo para el escrutinio.

En el caso de que el visitante llegara hasta ahí. Habría tipos en el vestíbulo. Quizás apostados cerca de los botones del ascensor. Quizás muchos tipos, por la Situación C. Muy atentos a las caras desconocidas.

—¿Qué torre? —preguntó Abby.

—Tiene que haber registros —dijo Reacher—. Alguna oficina municipal. Tres pisos, alquilados por una empresa desconocida con un nombre insípido y olvidable. O podríamos hablar con los supermercados. Les podríamos preguntar por pedidos raros. Quizás piezas para andamios, o un área canina de tipo comercial. Algo así. Para la jaula.

—Lo cual va a ser un problema —dijo Hogan—. No veo cómo entramos.

—¿Entramos?

—Tarde o temprano se te va a acabar la suerte. Vas a necesitar a los marines para que te rescaten. A los del Ejército de Tierra siempre os pasa. Es mucho más eficiente si prevengo esa necesidad por adelantado, supervisando la operación desde el principio.

—Me uno —dijo Vantresca—. Por el mismo motivo, esencialmente.

—Yo también —dijo Barton.

Silencio por un momento.

—Total transparencia —dijo Reacher—. Esto no va a ser un camino de rosas.

No hubo objeciones.

—¿Por dónde empezamos? —preguntó Vantresca.

—Tú y Barton averiguáis cuál es la torre. Y cuáles son los tres pisos. El resto vamos a ir a visitar su oficina principal. Detrás de la empresa de taxis, enfrente de la casa de empeños, al lado

del negocio de fianzas.

—¿Por qué?

—Porque algunos de los errores más grandes de la historia ocurren cuando las dependencias satélites secretas se quedan desconectadas de su nave nodriza. No hay comando ni control. No hay información, no hay órdenes, no hay mando. No hay reabastecimiento. Aislamiento completo. Eso es lo que quiero para estos tipos. La manera más rápida de conseguirlo es ir y destruir la nave nodriza. Ninguna necesidad de andarnos con cuidado. El tiempo de las sutilezas se ha acabado hace rato.

—Esta gente no te gusta para nada.

—Tú tampoco has hablado bien de ellos.

—Van a tener centinelas por todo el lugar.

—Y ahora el doble —dijo Reacher—. Estuve llamando a Gregory por teléfono para molestarlo. No hay duda de que es un tipo enorme y valiente, pero aun así, apuesto a que puso más refuerzos. Solo para estar seguro.

—Entonces fue una idea estúpida lo de molestarlo.

—No, los quiero a todos en un mismo lugar. Bueno, en dos lugares. La nave nodriza y el satélite. En ningún otro lado. Ningún cabo suelto. Ningún tipo dando vueltas por ahí. Lo podríamos llamar Situación D. Mucho más satisfactoria. Los objetivos agrupados son siempre mucho más eficientes que ir corriendo individualmente detrás de fugitivos solitarios. Eso llevaría días, en un lugar como este. Tendríamos que perseguirlos por toda la ciudad. Mejor evitarlo, sin duda. Estamos con prisas. Deberíamos dejarles que hagan parte del trabajo por nosotros.

—Estás loco, ¿lo sabes?

—Lo dice el tipo preparado para conducir en línea recta a cuarenta kilómetros por hora hacia artillería antitanque con ojivas nucleares.

—Eso era distinto.

—¿En qué exactamente?

Vantresca dijo:

—Supongo que no estoy seguro.

—Encuentra la torre —dijo Reacher—. Consigue los números de los pisos.

Usaron otra vez el Lincoln del prestamista. Un lugar común, al oeste de la calle Center. E intocable. Condujo Abby. Hogan se sentó junto a ella adelante. Reacher se puso cómodo atrás. Las calles estaban tranquilas. No mucho tráfico. Ningún policía. Los policías estaban al este de la calle Center, todos y cada uno de ellos. Garantizado. A esas alturas el departamento de bomberos estaría sacando de los escombros esqueletos calcinados. Uno detrás de otro. Una sensación. Todos querrían estar allí. Historias, para los nietos.

Abby detuvo el coche junto a una boca de incendio, a cuatro manzanas justo detrás de la casa de empeños, que estaba justo enfrente del operador de taxis. Una línea recta en un mapa. Una progresión lineal simple.

—¿Cuán lejos estarán apostados los centinelas? —preguntó Reacher.

—No muy lejos —dijo Hogan—. Tienen que cubrir los trescientos sesenta grados completos. No pueden desperdiciar efectivos. Los mantendrán unidos. Las cuatro esquinas de la manzana en

la que está la oficina. Esa sería mi evaluación. Quizás incluso están deteniendo coches. Pero nada más que eso.

—Por lo que pueden ver la fachada de la casa de empeños y la fachada del operador de taxis.

—Desde los dos extremos de la calle. Probablemente dos tipos por esquina.

—Pero no pueden ver la parte trasera de la casa de empeños.

—No —dijo Hogan—. Cubrir una manzana más en cada dirección les haría emplear el triple de efectivos. Matemática simple. No se lo pueden permitir.

—Vale —dijo Reacher—. Bueno es saberlo. Entraremos por la parte trasera de la casa de empeños. De todos modos deberíamos. Deberíamos recuperar las reliquias familiares de Maria. Le dieron nada más que ochenta dólares, fue muy poco. Eso no me gustó. Deberíamos expresar nuestra disconformidad. Quizás su sentimiento de culpa les haga hacer una donación generosa para una causa médica.

Se bajaron y dejaron el coche junto al bordillo al lado de la boca de incendio. Reacher supuso que una multa de aparcamiento era el menor de los problemas de Gregory. Anduvieron la primera calle. Después la segunda. Después se pusieron precavidos. Quizás no hubiera nadie apostado a una calle de distancia, pero podían estar mirando desde una calle de distancia. Eso sería muy fácil. Podían elevar su línea de visión de vez en cuando, para observar a lo lejos. Podían identificar caras a una calle, y leer la velocidad, la intención, el lenguaje corporal. En consecuencia Reacher se mantuvo cerca de las vidrieras de las tiendas, en las sombras afiladas de la tarde, muy separado de Abby, que lo seguía seis metros por detrás, y después Hogan, los tres paseando, deteniéndose aleatoriamente, sin mostrar ninguna relación entre sí, en términos de una misma velocidad de paso o dirección o propósito.

Reacher dobló a la izquierda, en la boca de la calle transversal. Fuera de vista. Esperó. Abby se le unió. Después Hogan. Se alinearon y anduvieron juntos, diez pasos en la acera del otro lado. Después se volvieron a detener. Geográficamente hablando, la salida trasera de la casa de empeños estaría enfrente a la derecha. Pero había muchas salidas traseras enfrente a la derecha, y eran todas iguales, y ninguna tenía distintivo. En total había doce. Cada negocio tenía una.

Reacher retrocedió con su mente hasta la visita anterior. La misión de búsqueda y rescate en el viejo Toyota de Abby. Una mugrienta casa de empeños, enfrente de un operador de taxis y de una oficina de fianzas al otro lado de una calle estrecha, Maria saliendo por la puerta, Abby deteniendo el coche, Aaron bajando la ventanilla y llamando en voz alta a Maria por su nombre.

—Lo recuerdo como en el medio de la calle —dijo.

—Salvo que doce no tiene en medio —dijo Abby—. Doce tiene seis a la izquierda y seis a la derecha y nada en el medio propiamente dicho.

—Porque es un número par. El medio es una elección entre dos. El último de los primeros seis o el primero de los últimos seis.

—Yo lo recuerdo como no en el medio exacto de la calle —dijo Abby.

—¿Antes del medio o después?

—Quizás después. Quizás incluso a los dos tercios. Me acuerdo de verla, y de detener el coche. Creo que fue más adelante de la mitad de la calle.

—Vale —dijo Reacher—. Vamos a empezar echando un vistazo a los números siete, ocho y nueve.

Los edificios estaban todos juntos, y las fachadas traseras eran todas iguales, altas y sencillas

y estrechas, construidas con ladrillos tétricos de cien años de antigüedad, perforadas aquí y allá aleatoriamente por ventanas con rejas, festoneadas por todos lados con extensiones y cables, colgando y enroscándose de una conexión a otra. No siempre mecánicamente robustos. Las puertas traseras por su parte eran todas iguales. Todos artículos fuertes e idénticos de cien años de antigüedad, que se abrían hacia dentro, de madera, pero en algún momento quizás hacía cincuenta años alguien les había atornillado placas de metal sobre las mitades de abajo, para hacerlas más durables. Quizás un nuevo propietario, llevando a cabo mejoras. Las placas de metal exhibían medio siglo de uso y marcas, de cargar y descargar, enviar y recibir, abrir a patadas, cerrar a patadas, golpearlas hacia dentro y hacia afuera con carritos y carros y carretillas.

Reacher las revisó.

La número ocho estaba menos así que la siete o la nueve.

De hecho mucho menos. De hecho no estaba para nada maltratada, para haber pasado cincuenta años.

Número ocho. La definición exacta de dos tercios en una calle de doce.

Dijo:

—Creo que es esta. No entran ni salen muchas cosas de una casa de empeños en un carrito o una carretilla. Solo algún artículo ocasional. Como si Barton empeñara su altavoz. Pero la mayor parte del resto de cosas entran y salen en una mano o en un bolsillo.

La puerta estaba cerrada desde dentro. No una salida de emergencia. No un bar, no un restaurante. Una normativa distinta. La madera de la puerta era dura. El marco, quizás no tanto. Madera más blanda, pintada con poca frecuencia, quizás un poco podrida y esponjosa.

—¿Qué haría el Cuerpo de Marines? —preguntó.

—Bazuca —dijo Hogan—. La mejor manera de entrar a cualquier edificio. Apretar el gatillo, cruzar por el agujero humeante.

—Supongamos que no tienes una bazuca.

—Obviamente tendremos que derribar la puerta a patadas. Pero más vale que lo hagamos al primer intento. Tienen a una docena de tipos a un grito de distancia para recibir ayuda. No nos podemos quedar detenidos aquí.

—¿En el Cuerpo te enseñaban a derribar puertas a patadas?

—No, nos daban bazucas.

—Fuerza igual a masa por aceleración. Coge carrerilla, estampa la planta de tu pie contra la puerta.

—¿Lo voy a hacer yo?

—Por debajo del picaporte.

—Creía que era por encima del picaporte.

—Lo más cerca de la cerradura. Allí es donde está el pestillo. Allí es donde ha sido retirada la mayor cantidad de madera del marco. Por consiguiente donde es menos resistente. Eso es lo que estás buscando. Siempre es el marco lo que se rompe. Nunca la puerta.

—¿Ya?

—Estaremos justo detrás de ti.

Hogan retrocedió, perpendicular a la puerta, entre tres y cuatro metros, y se alineó y se balanceó hacia atrás y hacia delante, y después se lanzó, con esa clase de concentración seria y flexible que Reacher había visto en la televisión, de competidores de salto de altura que van a por

el récord. Era músico y más joven, con ritmo físico y gracia y energía, que era la razón por la cual Reacher le estaba haciendo hacer el trabajo. La decisión dio excelentes resultados. Hogan corrió y saltó y giró en el aire y golpeó con el talón por debajo del picaporte, como un cocinero aplastando una cucaracha, fuerte y rápido y perfectamente coordinado. La puerta chocó hacia atrás y Hogan la atravesó a los tumbos y se tropezó dentro, todo impulso y con los brazos girando, y después Reacher entró deprisa detrás de él, y después Abby, a un pasillo corto y oscuro, hacia una puerta mitad de cristal que tenía escrito *Privado* al revés en dorado.

No hubo motivo para detenerse. Tampoco posibilidad real. Hogan irrumpió por la puerta mitad de cristal, seguido por Reacher, seguido por Abby, al interior del negocio, detrás del mostrador, justo junto a la caja, en frente de la cual había un tipo con aspecto de comadreja, girándose para quedar de frente hacia ellos, lleno de conmoción y sorpresa. Hogan lo golpeó en el pecho bajando el hombro, lo cual le hizo rebotar contra el mostrador y caer directo hacia Reacher, que lo atrapó, y le dio la vuelta, y le apoyó una H&K en un lado de la cabeza. No estaba seguro cuál de ellas. Había elegido a ciegas. Pero no importaba. A esas alturas ya sabía que todas funcionaban.

Abby le quitó el arma al tipo. Hogan cogió el cuaderno de contabilidad. Un libro grande, escrito a mano. Quizás una normativa de la ciudad. Quizás solo una tradición de prestamistas. Hogan deslizó el dedo hacia arriba por unos cuantos renglones.

—Aquí está —dijo—. Maria Shevick, anillos de boda, solitarios pequeños, un reloj con el cristal roto. Ochenta dólares.

—¿Dónde están esas cosas? —le preguntó Reacher al tipo.

—Las podría ir a buscar —dijo el tipo.

—¿Crees que ochenta dólares fue una cantidad justa?

—Justo es lo que el mercado acepta. Depende de cuán desesperadas estén las personas.

—¿Cuán desesperado estás tú ahora? —preguntó Reacher.

—No tengo ningún problema en ir a buscar esas cosas.

—¿Qué más?

—Podría añadir quizás un par de piezas más. Algo bonito. Quizás diamantes más grandes.

—¿Tienes dinero?

—Claro que sí, por supuesto.

—¿Cuánto?

—Probablemente cinco mil. Os lo podéis llevar todo.

—Ya sé que podemos —dijo Reacher—. Eso viene dado. Nos podemos quedar con lo que queramos. Pero esa es la menor de tus preocupaciones. Porque esto se trata de algo más que de una transacción miserable. Cruzaste corriendo la calle y delataste a la señora. Causaste una infinidad de problemas. ¿Por qué lo hiciste?

—¿Eres de Kiev?

—No —dijo Reacher—. Pero una vez probé el pollo de allí. Estaba bastante rico.

—¿Qué queréis de mí?

—Gregory está a punto de caer. Tenemos que decidir si caes con él.

—Recibí un mensaje de texto. Tenía que responder. No había opción. Esas son las reglas.

—¿Qué reglas?

—Alguna vez este negocio fue mío. Él me lo quitó. Me hizo alquilárselo. Hay cláusulas no

escritas.

—Tienes que cruzar corriendo la calle.

—No hay opción.

—¿Cómo es la cosa por allí?

—¿La cosa? —dijo el tipo.

—La planta del edificio. La distribución —dijo Reacher.

—Se entra por un pasillo a mano izquierda. Hay una puerta a mano derecha que lleva a la sala de taxis. Es una empresa de verdad. Pero tienes que seguir recto, hacia el fondo. Hay una sala de reuniones. La cruzas, hacia otro pasillo, en la esquina del fondo al otro lado. Así se llega a las oficinas. La última es la de Danilo. Atraviesas la oficina de Danilo para llegar a la de Gregory.

—¿Con cuánta frecuencia vas por allí?

—Solo cuando tengo que ir.

—Trabajas para ellos, pero no quieres.

—Esa es la verdad.

—Todos dicen lo mismo.

—Estoy seguro de que sí. Pero yo lo digo en serio.

Reacher no dijo nada.

—No —dijo Abby.

—No —dijo Hogan.

—Ve a buscar las cosas de las que hemos hablado —dijo Reacher.

El tipo fue y las buscó. Los anillos de boda, los solitarios pequeños, el reloj roto. Puso todo en un sobre. Reacher se metió el sobre en el bolsillo. Más todo el efectivo que había en la caja. Alrededor de cinco mil dólares. Con suerte pronto sería el más mínimo grano de arena en un desierto, pero a Reacher le gustaba el efectivo. Siempre había sido así. Le gustaba el peso, y la falta de vida. Hogan recorrió los estantes de la tienda y sacó los cables de todos los viejos equipos de audio polvorientos, y los usó para atar al tipo, seguro, incómodo, pero con posibilidades de supervivencia. Eventualmente alguien lo encontraría y lo liberaría. Lo que sucediera después de eso quedaría en sus propias manos.

Dejaron al tipo en el suelo detrás del mostrador. Salieron a la parte delantera de la tienda. Miraron hacia fuera por las vidrieras polvorientas del frente, hacia el operador de taxis al otro lado de la calle.

CUARENTA Y CUATRO

Se las arreglaron para hacer un reconocimiento de toda la calle quedándose dentro de la casa de empeños, en las sombras, cruzando de lado a lado, mirando hacia afuera en ángulos oblicuos. Había dos hombres en la acera de fuera de la puerta de la oficina de taxis, y dos hombres a cierta distancia en la esquina a mano izquierda, y dos hombres a la misma distancia en la derecha. Seis hombres a la vista. Más probablemente la misma cantidad adentro. Por lo menos. Quizás dos en el pasillo que había descrito el prestamista, más dos en la sala de conferencias, más dos en la entrada del otro pasillo que llevaba hacia las oficinas. Cada una de las cuales sin duda estaba ocupada por un miembro de la mafia con un arma en el bolsillo y una de repuesto en un cajón.

Complicado. Lo que las academias militares llamarían un desafío táctico. Un asalto frontal contra un enemigo numéricamente superior en un espacio de batalla muy restringido. A lo cual se le sumaba que los tipos que estaban en las esquinas se incorporarían a la acción desde atrás. Malos adelante, malos atrás, sin chalecos antibalas, sin granadas, sin armas automáticas, sin escopetas, sin lanzallamas.

Reacher dijo:

—Supongo que la verdadera pregunta es si Gregory confía en Danilo.

—¿Importa? —dijo Hogan.

—¿Por qué no confiaría? —dijo Abby.

—Por dos motivos —dijo Reacher—. Primero, porque no confía en nadie. No llegas a ser Gregory si confías en la gente. Es una víbora, por lo que asume que todos los demás son víboras. Y segundo, Danilo es con diferencia su mayor amenaza. El segundo al mando. El líder a la espera. Sale en las noticias todas las noches. Deponen al general, el coronel asume el mando.

—¿Esto nos ayuda?

—Hay que pasar por la oficina de Danilo para llegar a la oficina de Gregory.

—Es lo normal —dijo Hogan—. Todos lo hacen así. Así es como opera un jefe de personal.

—Piénsalo al revés. Para salir de su propia oficina, Gregory tiene que cruzar la oficina de Danilo. Y él es paranoico, con razón. Y con buenos resultados. Todavía está vivo. En su mente esto no es necesariamente como los CEOs de las películas, que le dan las buenas noches a su secretaria, y la llaman encanto. Esto es como entrar a una trampa mortal. Hay escuadrones de asesinos detrás del escritorio. O quizás incluso peor, es un asedio, hasta que él acceda a sus exigencias. Quizás le permitirán dejar el cargo, con su dignidad intacta.

Abby asintió.

—La naturaleza humana —dijo—. La mayoría estupideces, pero a veces tienen sentido.

—¿Qué? —dijo Hogan.

—Hizo construir una salida de emergencia.

Regresaron detrás del mostrador, y se sentaron en el suelo apoyados contra los armarios, no muy lejos del hombre atado. Una reunión de mandos de alto rango. Siempre llevadas a cabo detrás de las líneas. Hogan interpretó el papel del marine pesimista. En parte porque lo era, y en parte por obligación profesional. Había que hacer la prueba de estrés a todos los planes, desde todas las direcciones posibles.

—En el peor de los casos —dijo—, vamos a encontrar exactamente la misma situación, pero girada ciento ochenta grados. Tipos en la acera, en la otra calle, vigilando la puerta trasera, y después más tipos en el interior, en pasillos estrechos, lo mismo. Hay una palabra para eso.

—Simétrico —dijo Reacher.

—Tiene que ser así.

—La naturaleza humana —dijo Abby—. La mayoría estupideces, pero a veces tienen sentido.

—¿Y ahora qué?

—Tiene mala pinta —dijo—. Una puerta trampa para escapar hace que parezca asustado. En el mejor de los casos, hace que parezca como que no confía en la protección por la que pagó, o en el ejército de soldados leales que tiene enfrente. No puede admitir ninguno de esos sentimientos. Es Gregory. No tiene debilidades. Su organización no tiene debilidades.

—¿Entonces?

—La salida de emergencia es secreta. Nadie la está controlando porque nadie sabe que existe.

—¿Ni siquiera Danilo?

—Sobre todo no Danilo —dijo Reacher—. Él es la mayor amenaza. Esto lo hizo a espaldas de Danilo. Apuesto a que podrías buscar en los registros y encontrar un período de dos semanas en el que fue enviado a algún lugar, y justo antes de que volviera, apuesto a que encontrarías a un par de trabajadores de la construcción misteriosamente muertos en algún tipo de accidente horrible.

—Como para que nadie salvo Gregory supiera dónde está el túnel secreto.

—Exacto.

—Lo cual nos incluye a nosotros. Nosotros tampoco sabemos dónde está.

—El sótano de un tipo se comunica con el sótano de otro tipo.

—¿Ese es tu plan?

—Piénsalo desde el punto de vista de Gregory. Este es un hombre que llegó a donde está sin descuidar absolutamente nada. Está pensando en dar un portazo ante una amenaza de asesinato y largarse de allí. Una situación de mucho estrés. No se puede permitir confusiones. Lo necesita claro y simple. Quizás flechas en las paredes. Quizás luces de emergencia, como en un avión. Lo único que necesitamos hacer es encontrar la puerta a la calle en el otro extremo del túnel. Podemos entrar y seguir las flechas en sentido contrario. Quizás salgamos por detrás de un óleo colgado en la pared de su oficina.

—Tendremos a toda la misma gente por delante. Salvo que en orden inverso. Aparecerán todos juntos por la puerta de la oficina.

—Esperemos que así sea.

—No veo qué ganamos.

—Dos cosas —dijo Reacher—. No tendremos a nadie detrás de nosotros, y nos libraremos de ellos de arriba hacia abajo, en vez de abajo hacia arriba. Mucho más eficiente.

—Espera —dijo Hogan—. Hay tipos en las esquinas. Simétricos. Las esquinas de atrás se transforman en las esquinas de delante. No será fácil entrar.

—Si quisiera lo fácil habría ingresado en el Cuerpo de Marines.

Salieron de la casa de empeños de la misma manera que habían entrado, por el pasillo de atrás, por la puerta trasera, a la calle transversal. Regresaron apresurados al coche, primero con cautela, y después rápido. El coche seguía allí. Sin multa. Incluso la Unidad de Tráfico estaba al este de la calle Center. Condujo Abby. Conocía bien la zona. Dio una vuelta grande, muy lejos de la vista de la oficina de taxis. Detuvo el coche dos bloques más allá, sobre una calle tranquila, en la puerta de un negocio familiar que vendía mangueras para lavadoras. Dejó el motor en marcha. Hogan se bajó, y ella se pasó al asiento del copiloto. Hogan rodeó el coche por el lado del capó y se sentó al volante. Reacher se quedó atrás.

—¿Listos? —dijo.

Un breve asentimiento por parte de Hogan.

Un asentimiento determinado por parte de Abby.

—Venga, vamos a ello —dijo Reacher.

Hogan hizo avanzar el coche el resto del bloque y en la esquina dobló a la izquierda. Una calle más adelante en la nueva dirección había dos tipos en la esquina. En la acera del otro lado. Trajes negros, camisas blancas. Previamente la esquina del otro lado a la izquierda, ahora la esquina del lado de ellos a la derecha. Simétrico. Estaban de pie dándole la espalda a la calle que vigilaban, mirando hacia afuera, como buenos centinelas.

Lo que ellos vieron fue uno de sus propios coches yendo hacia ellos. Un Lincoln negro. Caras poco definidas detrás del parabrisas. Cristales negros en la parte de atrás. El coche giró a la izquierda al frente. Hacia la calle transversal. La propiedad de Gregory a la derecha, propiedades civiles a la izquierda. Y más adelante, otros dos tipos, en la esquina siguiente. Anteriormente la derecha del otro lado, ahora la izquierda más cercana.

El coche desaceleró y se detuvo junto al bordillo. La ventanilla de atrás se bajó y salió una mano e hizo señas para que se acercaran. Los tipos de la esquina dieron un paso hacia el coche, automáticamente. Acción refleja. Después se detuvieron y lo pensaron. Pero no cambiaron de opinión. ¿Por qué lo harían? Era un coche de ellos, y cualquiera lo suficientemente importante como para estar dando vueltas durante la Situación C no iba a querer que lo hicieran esperar. Por lo que empezaron a avanzar otra vez y se apresuraron.

Error.

La puerta de adelante se abrió cuando estuvieron a tres metros de distancia, y Abby se bajó. La puerta de atrás se abrió justo cuando llegaron allí, y Reacher se bajó. Le dio un cabezazo al primero que llegó, casi sin esfuerzo ni movimiento, toda una cuestión de coordinación e impulso,

como un delantero de fútbol pegándole a una pelota que le llega cruzada desde muy lejos. El tipo cayó en la canaleta. La cabeza se le estrelló contra el bordillo. No era su día.

Reacher avanzó, hacia el segundo tipo. Una cara que de repente se dio cuenta que conocía. Del bar con las pizzas diminutas y Abby de camarera. El tipo de la puerta. *Desaparece, chica*, le había dicho él a ella. *Te veré otra vez*, Reacher le había dicho a él. *Espero*.

Lo bueno se hace esperar.

Reacher le estrelló una izquierda corta en la cara, apenas un toque, con el fin de enderezarlo, para una segunda izquierda corta, esta vez a la tripa, para doblarlo, de modo que agachara la cabeza hasta una posición conveniente, que era a la altura del pecho de Reacher, quizás un poco más abajo, con el fin de poder agarrarla y retorcerla y sacudirla con todo el torque de la parte alta de su cuerpo. El cuello se rompió y el tipo cayó. Cerca de su compañero. Reacher se agachó en medio de los dos y sacó los cargadores de sus pistolas.

El Lincoln se alejó.

Reacher observó. Los tipos de la otra esquina se habían acercado. Inevitable. Simétrico. Por los mismos motivos. Se seguían acercando. Ahora estaban corriendo. Hogan apretó fuerte el acelerador y se subió a la acera y los atropelló de lleno. No fue un bonito espectáculo. Salieron despedidos por el aire, demostrando que todos los clichés eran ciertos, como muñecos de trapo, como si estuvieran volando. Probablemente ya estuvieran muertos. Por el impacto. Definitivamente no intentaron amortiguar su caída. Simplemente chocaron contra el suelo, deslizándose, rodando, rozándose, brazos y piernas para todos lados. Hogan aparcó el coche y se bajó. Reacher se incorporó y empezó a andar.

Se encontraron en el medio del bloque. Abby ya estaba allí. Señaló hacia el lugar por el que se había acercado Hogan.

—Es en esa dirección —dijo.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Reacher.

No era el tipo de calle que él esperaba. No era como la parte de atrás de la casa de empeños. No había ladrillos tétricos, ni ventanas con rejas, ni extensiones y cables colgando. En cambio había una fila prolija de edificios recientemente refaccionados. Como la calle con la oficina del proyecto de abogados. Limpia y brillante. En este caso en su mayoría tiendas minoristas. Más bonita y mejor que la franja de la empresa de taxis y el negocio de fianzas. Era una calle con dos frentes, uno que iba hacia arriba, otro que se quedaba abajo.

—Pensé que habría empezado de afuera hacia dentro —dijo Abby—. No lo podía mantener en secreto si empezaba de adentro hacia afuera. No podía tener trabajadores de la construcción moviéndose por la oficina de taxis. No sin que le hicieran preguntas. Por lo que empezó por esta parte de atrás, durante las reformas, que era la manera perfecta de encubrirlo. Tuvo acceso a planos detallados y mediciones. Supo qué se conectaba con qué. Así que hizo que se lo hicieran. La parte de atrás de uno de estos negocios lleva a la parte de atrás de su oficina.

—Simétrico —dijo Hogan.

—Solo en principio —dijo Abby—. Estoy segura de que en la realidad es un laberinto lleno de curvas y contracurvas. Esta manzana tiene más de cien años.

—¿Cuál de los negocios?

—La naturaleza humana —dijo Abby—. Pensé que al final no se pudo convencer de alquilarlo. Tenía que estar absolutamente seguro. No quería preocuparse de que alguien pudiera

instalar una estantería del otro lado de su puerta secreta. Necesitaba control. Así que busqué locales que estuvieran vacíos. Hay solo uno. La vidriera está cubierta de papel. Es en esa dirección.

Volvió a señalar, hacia el lugar por el que se había acercado Hogan.

El local vacío era una unidad clásica, construida en un estilo anticuado, con una vidriera del suelo al techo curvada hacia dentro, que se unía con la puerta de entrada a quizás unos cuatro metros de la acera, al final de algo equivalente a una pequeña galería, con azulejos de mosaicos en el suelo. La puerta como tal era un cristal en un marco, cubierto de papel. Reacher consideró que la cerradura sería simple. Como un artículo doméstico anticuado. Girar el grueso picaporte, tirar y listo. Sin necesidad de llave. Una llave podría llegar a estar en los pantalones equivocados en el momento crítico. Y las llaves eran lentas. Gregory no quería lentitud. Estaría corriendo, probablemente para salvar su vida. Quería girar, tirar, salir.

—¿Hay alarma? —preguntó Hogan—. Es un paranoico. Querría saber si alguien anduviera husmeando por aquí.

Reacher asintió.

—Estoy seguro de que sí —dijo—. Pero al final creo que actuó de manera realista. Las alarmas fallan. No iba a querer arriesgarse a que sonara cuando él no estuviera en la oficina. Porque Danilo podría estar allí y escucharla. En cuyo caso surgirían preguntas, seguro. El secreto no duraría mucho tiempo. Por lo que creo que no hay alarma. Pero estoy seguro de que fue una decisión difícil.

—Vale, bien.

—¿Listos?

Un breve asentimiento por parte de Hogan.

Un asentimiento determinado por parte de Abby.

Reacher sacó su tarjeta de débito. La mejor manera de lidiar con un artículo hogareño. La introdujo en el espacio lateral, y la dobló y la retorció, hasta que se atascó contra el pestiño de la cerradura. Tiró de la puerta hacia el lado de las bisagras, y una combinación de presiones repentinas le anunció al rudimentario mecanismo que se había girado la llave, por lo que el pestiño se retiró obedientemente.

Reacher empujó la puerta y entró.

CUARENTA Y CINCO

El local había sido renovado pero nunca se había ocupado. Todavía estaba lleno de leves olores de obra. Pladur, yeso, pintura. El papel en la vidriera le daba una luz suave y nubosa. El lugar era simplemente un espacio blanco vacío. Un cubo enorme sin nada. Sin ningún tipo de equipamiento. Reacher no sabía nada de negocios minoristas. Por lo que vio, asumió que el comerciante era el responsable de llevar lo que necesitara. Mostrador, caja registradora, estantes y expositores.

La pared del fondo tenía una puerta, adecuadamente enmarcada con molduras de madera, pintada de blanco, con un picaporte grande de latón. Detrás de la puerta había un pasillo corto y oscuro. Baño a la izquierda, oficina a la derecha. Al final del pasillo había otra puerta. Adecuadamente enmarcada con molduras de madera, pintada de blanco, con un picaporte grande de latón. No secreta. Detrás de esa puerta había otro espacio despejado, de todo el ancho, quizás seis metros de fondo. La parte izquierda era para guardar mercadería, quizás. La parte derecha era de máquinas. Había un calefactor de aire forzado y un calentador de agua y una unidad exterior de aire acondicionado. El aire compartía conducto con la calefacción. Los conductos todavía estaban nuevos y brillantes. Las juntas estaban cubiertas con cinta americana. Cinta para conductos. Su función original. Del suelo de cemento salían cañerías de agua y de gas. Había un aire acondicionado en la pared de atrás. Reacher había visto artefactos similares en habitaciones de hotel. Altos, estrechos, unidades todo en uno. Entre las sombras había varios cuadros eléctricos con la tapa abierta. Ninguno de los interruptores tenía una etiqueta que indicara su función.

No había más puertas.

Abby no dijo nada.

Reacher se giró y miró hacia atrás. Todo lo demás era correcto. Recto por el pasillo, cruzar el local, girar, tirar, seguir y salir a la calle. Rápido. Sin impedimentos. Nada en el camino. Todo bien. Salvo que no había más puertas.

—Es paranoico —dijo Hogan—. Por más que nunca alquilara el local, sabía que igualmente podía entrar gente de vez en cuando. Inspectores municipales, control de plagas, quizás un plomero de emergencia si hay una filtración. No quería tipos así viendo una puerta y preguntándose qué había del otro lado. Podrían haber llegado a echar un vistazo. Curiosidad profesional. De modo que la puerta está disimulada de alguna manera. Quizás no es ni siquiera

una puerta. Quizás es simplemente un panel de pladur desmontable. Sin nada montado al otro lado.

Recorrió la pared dándole golpecitos. El sonido no cambiaba. A mitad de camino entre vacío y sólido, en todos lados.

—Espera —dijo Reacher—. Tenemos un calefactor de aire forzado y un aire acondicionado conectados a la misma red de conductos, presumiblemente controlados por alguna clase de termostato complicado en una pared en algún lugar. Una instalación nueva, todavía brillante y reluciente.

—¿Y? —dijo Hogan.

—¿Por qué necesitan otro aire acondicionado aparte en la pared? Si quisieran más calor o aire aquí atrás, podrían haber puesto un par de ventilaciones más en el techo. No les habría costado nada.

Se juntaron frente al aire acondicionado. Lo observaron como a una escultura en una galería. Era más o menos de la altura de Abby. Los dos tercios de abajo eran un panel de metal liso ajustado con tirafondos. Después venían dos mandos giratorios, uno para calor-apagado-frío, el otro para la temperatura, frío a calor, ilustrado con una flecha circular que iba del azul al rojo. Por encima de los controles había una rejilla por la que salía el aire, caliente o frío según se le indicara.

Reacher enganchó los dedos en la rejilla y tiró.

El panel salió todo junto de una sola pieza. Se desprendió de unos cierres magnéticos y retumbó contra el suelo. Del otro lado había un pasillo largo y recto que se alejaba en la oscuridad.

No había flechas en las paredes. Ninguna luz de emergencia como en los aviones. Abby accionó su teléfono, y su brillo tenue les permitió ver quizás tres metros hacia delante y tres metros hacia atrás. El pasillo tenía alrededor de un metro de ancho, y estaba construido de manera reciente y aplicada. Olía igual que el local vacío. Pladur, yeso, pintura. Al principio era recto, y después giraba noventa grados a la derecha, y después noventa grados a la izquierda. Como armando su recorrido alrededor y entre las habitaciones de otras personas. Sus baños y sus oficinas y sus depósitos, en lugares un misterioso metro más estrechos de lo que deberían haber sido. Reacher se imaginó a Gregory con los planos detallados, robando treinta centímetros por aquí y treinta centímetros por allá, marcando paredes falsas, uniendo las distintas partes. Una ruta laberíntica, pero pese a todo clara y nítida y coherente. Sin posibilidades de tropezarse, de equivocarse, de perderse. Reacher se imaginó una linterna sujeta a la pared en la entrada, a Gregory cogiéndola y apresurándose, moviéndose de una curva a otra, atravesando el panel del aire acondicionado, corriendo hacia afuera a través del local vacío.

Avanzaron, lentamente. Las vueltas y los giros hacían difícil reconocer la distancia total. Reacher recordaba la manzana en conjunto como cuadrada y bastante grande para los estándares de una ciudad vieja. Quizás ciento veinte metros de lado. La oficina de taxis y la sala de reuniones y las oficinas que estaban detrás ocuparían quizás treinta metros. Quizás cuarenta y cinco, dependiendo de cuán espaciosas fueran. Lo cual les daba setenta y cinco metros netos a recorrer. Que podrían haber sido ciento cincuenta o más en el mundo real, por todas las curvas y

contracurvas. Debería de llevarles alrededor de seis minutos, pensó Reacher, al paso cauto y lento al que iban.

Les llevó cinco y medio. Hicieron un último giro y entonces por delante iluminado por el brillo del teléfono de Abby vieron el final del pasillo. Toda la pared del fondo era una placa de acero. De lado a lado, y del suelo al techo. Cortada en lo que era una escotilla más o menos del tamaño del panel del aire acondicionado en el otro extremo del recorrido. Agacharse un poco y pasar por encima era la propuesta. Como si entrasen a un submarino. En el lado derecho había unas bisagras fuertes soldadas al acero. El metal estaba descolorido por el calor. En el izquierdo había un cerrojo fuerte. En ese momento abierto. Gregory empujaría la puerta, entraría, la cerraría detrás de sí y echaría el cerrojo. Ningún perseguidor. Ninguna necesidad de llave. Más rápido. Había una linterna sujeta a la pared, justo al lado del cerrojo.

Regresaron a dos esquinas más atrás y hablaron tan bajo que apenas si se podían oír entre ellos. Reacher susurró:

—Supongo que la verdadera pregunta es si las bisagras hacen ruido. Si sí, lo hacemos rápido. Si no, lo hacemos despacio. ¿Listos?

Un breve asentimiento por parte de Hogan.

Un asentimiento determinado por parte de Abby.

Volvieron sobre sus pasos. Dos giros. De vuelta a la escotilla de acero. Abby sostuvo el teléfono cerca de una bisagra. Parecía un artículo de calidad. Acero forjado. Pero ningún rastro de grasa o aceite. Impredecible. La escotilla no tenía picaporte. No como tal. Solo dos argollas en las que se aseguraba el cerrojo. Reacher enganchó sus dedos en una. En su mente ensayó lo que haría a continuación, ya fuera rápido o despacio. La escotilla estaría escondida por el lado de adentro por algún tipo de camuflaje. Nada demasiado elegante. Nada que hubiese implicado a trabajadores obvios. Nada que hubiese cambiado el aspecto de la sala. Nada que Danilo hubiese notado a su regreso. Probablemente un mueble que ya estuviera allí. De la altura de Abby. Probablemente una biblioteca. Tendría que abrir la escotilla y hacerlo a un lado. Ya fuera rápido o despacio.

Terminó siendo rápido. Reacher abrió la escotilla, y en los primeros tres centímetros del recorrido ambas bisagras emitieron un chillido agudo. Por lo que el resto del trayecto la abrió de un tirón y el brillo del teléfono de Abby iluminó la tabla áspera de la parte de atrás de un pesado mueble de madera. Lo empujó fuerte y se movió hacia delante y empezó a caerse y se desplomó. Completamente inestable. Una biblioteca seguro. La pasó por encima trepando y entró a la sala.

Gregory había estado sentado en el escritorio, en su silla de cuero verde, repasando en la mente cosas importantes. Después oyó cómo chillaban las bisagras detrás de él, e hizo medio giro con la silla, justo a tiempo para que la biblioteca se le cayera encima. Era de roble báltico, sólida, sin chapado. Estaba cargada de libros y trofeos y fotos enmarcadas. Primero el canto de un estante le rompió el hombro, y después un imperceptible milisegundo más tarde el estante que le seguía por arriba le partió el cráneo, y después la masa completa de la cosa lo aplastó, volcando la silla, llevando el costado de su cabeza contra el borde del escritorio, pero llevando el resto de su cuerpo de largo hasta el suelo, por lo que su cuello se torció de manera grotesca y se quebró como una ramita, matándolo instantáneamente. El peso extra de Reacher al trepar por

encima del mueble caído no le hizo sufrir ningún daño adicional.

Reacher vio la parte de atrás de la biblioteca frente a él, inclinada como una rampa. Había caído contra un escritorio. Trepó por ella y vio una puerta doble, abierta, y una oficina exterior al otro lado, con un hombre que se levantaba de una silla detrás de un escritorio, con toda clase de conmoción y sorpresa en la cara. Este era Danilo, asumió Reacher. Había una puerta de la oficina exterior al pasillo más allá. También estaba abierta. Por esa puerta llegaban ruidos de sillas rozando y pies golpeando contra el suelo de linóleo. El fuerte chillido y el fuerte impacto habían captado la atención de la gente.

Reacher tenía una Glock en la mano derecha y una Glock en la mano izquierda. Con la derecha estaba cubriendo a Danilo. Con la izquierda estaba cubriendo la puerta. Hogan llegó detrás de él. Después Abby.

—Gregory está muerto debajo de la biblioteca —dijo ella.

—¿Cómo? —dijo Reacher.

—Le cayó encima. Estaba en el escritorio. La biblioteca estaba detrás. Creo que le rompió el cuello.

—Yo la empujé encima de él.

—Supongo que técnicamente.

Reacher hizo una pausa.

—Fue un hombre con suerte —dijo.

Después asintiendo con la cabeza señaló a Danilo y le dijo a Hogan:

—Arresta a este tipo. Mantenlo a salvo e ileso. Él y yo hemos de tener una conversación importante.

—¿Sobre qué?

—Es lo que decimos en el Ejército cuando vamos a matar a alguien a golpes.

—Entendido.

Entonces el tiempo empezó a transcurrir de una manera que más tarde Reacher pensó que era en parte inevitable, incluso predeterminada, en parte motivada por la cultura, y en parte dictada por la presión de grupo, por la obediencia ciega, por una desesperanzada falta de alternativas. Difícil de comprender. Pero le ayudó a entender la pila de cuerpos en la puerta de la parte de atrás del almacén de maderas. Seguían viniendo. Primero un tipo robusto, asimilando la escena, buscando su arma. Reacher dejó que la sacara. Le permitió que dejara su intención clara como el agua. Después le disparó en el centro de masa. Un solo cartucho. Después un segundo tipo entró a toda velocidad, henchido de algún tipo de bravuconería ridícula estilo «yo lo puedo hacer mejor». Pero no pudo. Reacher le soltó y el tipo cayó justo encima del primero. Que es como empezó la pila. No disuadió a ninguno. Seguían agregándose. Uno después de otro. *Tendremos a toda la misma gente por delante. Salvo que en orden inverso.* Hogan estaba completamente en lo cierto. Primero llegaron de las oficinas las figuras de mayor rango, después los matones valiosos del interior del edificio, después finalmente los matones inservibles del exterior en las esquinas, todos resueltos, todos implacables, todos condenados. Al principio Reacher pensó en su sacrificio en términos medievales, pero después revisó su estimación hacia más lejos, un recorrido hasta el principio de los tiempos, cien mil generaciones, hasta el puro influjo demente

de la tribu, y el terror absoluto de estar sin esa tribu.

Los había mantenido con vida entonces. Pero no ahora. Finalmente no hubo más pasos. Reacher esperó un minuto más. Solo para estar seguro. El sonido de sus interminables disparos dio paso a un silencio molesto, silbante.

Entonces se giró para tener a Danilo de frente.

CUARENTA Y SEIS

Danilo era un hombre de baja estatura para los estándares de Reacher, quizás un metro ochenta, fibroso más que robusto. Hogan le había quitado la americana y vaciado la sobaquera. Como resultado se le veía desnudo y vulnerable. Ya vencido. Hogan le había hecho quedarse de pie junto al escritorio dentro de la oficina interior. El escritorio era una cosa enorme de madera color caramelo. La biblioteca caída había quedado apoyada encima. Era gigante. Debía de pesar una tonelada. Libros y adornos se habían desparramado por todos lados. Desde su nuevo ángulo Reacher podía ver a Gregory en el suelo. Estaba doblado en forma de Z. Como comprimido. Por lo demás un individuo saludable. Alto, fuerte y sólido. Pero muerto. Una pena.

Reacher enganchó el dedo índice izquierdo por debajo del nudo de la corbata de Danilo y lo maniobró hasta un espacio despejado. Lo giró y lo cuadró. Hombros hacia atrás, mentón hacia arriba.

Se alejó.

Dijo:

—Cuéntame de vuestros sitios porno en internet.

—¿Nuestros qué? —dijo Danilo.

Reacher le dio una bofetada. Mano abierta, pero pese a ello un golpe colosal. Tumbó a Danilo. Dio media voltereta y aterrizó retorcido donde la pared se juntaba con el suelo.

—De pie —dijo Reacher.

Danilo se puso de pie, lento y tembloroso, pies y rodillas primero, ayudándose con las palmas de la mano contra la pared para erguirse.

—Inténtalo otra vez —dijo Reacher.

—Son un negocio suplementario —dijo Danilo.

—¿Dónde están?

Dando dudó.

Reacher le volvió a pegar. Al otro lado. Mano abierta. Todavía más fuerte que antes. Dando volvió a caer, dando vueltas de lado, golpeándose la cabeza contra la otra pared.

—De pie —dijo Reacher otra vez.

Dando se volvió a poner de pie. Lento y tembloroso, manos y rodillas, ayudándose con la pared.

—¿Dónde están? —preguntó Reacher otra vez.

—En ninguna parte —dijo Dando—. En todas partes. Es internet. Hay fragmentos en servidores por todo el planeta.

—¿Controlados desde dónde?

Dando observó la mano derecha de Reacher. Había entendido la secuencia. No era difícil. Derecha, izquierda, derecha. No quería responder, pero lo iba a hacer.

Dijo la palabra. No una colmena o una madriguera, sino un nido, muy alto. Después cerró la boca. Ahora estaba entre la espada y la pared. No podía revelar la ubicación. Era su mayor secreto y el mejor guardado. En vez de eso siguió mirando fijamente la mano derecha de Reacher.

Reacher dijo:

—Ya sabemos dónde está. No te queda nada con lo que negociar.

Dando no respondió. Entonces sonó un teléfono móvil. Distante y amortiguado. En la entrada más alejada. En un bolsillo, en algún lugar en la pila de cadáveres. Repiqueteó seis veces, y se detuvo. Después sonó otro. Igual de distante, igual de amortiguado. Después dos más.

El sonido de la nave nodriza no respondiendo.

—Lo siento —dijo Dando.

—¿Qué sientes? —dijo Reacher.

—Cosas que hice.

—Pero las hiciste. No lo puedes cambiar.

Danilo no respondió.

—Sí —dijo Abby.

—Sí —dijo Hogan.

Reacher disparó a Danilo en la frente con la H8cK P7 que Hogan le había quitado de la sobaquera. Equipamiento de la policía alemana. Idéntica a todas las otras. Quizás incluso números de serie correlativos. Un pedido al por mayor, a algún poli corrupto alemán. Danilo cayó, con lo que le quedaba de la cabeza en su propia oficina, y el resto del cuerpo en la de Gregory. Reacher miró a izquierda y derecha. *Nos libraremos de ellos de arriba hacia abajo. Mucho más eficiente.* Trabajo hecho. Estaban colocados como un cuadro de organización empresarial. Gregory, Danilo, la pila de mandos de alto rango. Teléfonos móviles sonando por todas partes.

Se fueron por el mismo lugar por el que habían llegado, por el pasillo de la salida de emergencia. Cruzaron el local vacío. Girar, tirar, salir, otra vez en la calle. Los tipos de las esquinas todavía estaban donde habían caído. A nadie ni se le ocurriría llamar a la policía por cuerpos muertos cerca de un Town Car negro en una calle trasera en la parte oeste de la ciudad. Semejante cosa era obviamente un asunto privado de alguna otra persona.

—¿Ahora adónde? —preguntó Abby.

—¿Estás bien? —Reacher preguntó a su vez.

—Voy bien. ¿Ahora adónde?

Reacher miró hacia el perfil de edificios del centro de la ciudad. Seis torres. Tres edificios de oficinas, tres hoteles.

—Yo debería ir a despedirme de los Shevick —dijo—. Puede ser que no tenga otra

oportunidad.

—¿Por qué no?

—El almacén de maderas no va a arder para siempre. Antes o después los policías regresarán al oeste de Center. Ya no les van a caer mil dólares por semana. Van a estar enfadados con alguien. Van a empezar a hacer preguntas. Siempre es mejor no estar cerca para cosas así.

—¿Te vas a ir?

—Ven conmigo.

Ella no respondió.

—Llama a Vantresca y dile que se reúna con nosotros —dijo él.

Dejaron el Lincoln donde estaba. Un seguro, de alguna manera. Como una señal de tráfico. No *No cruce*, sino *No pregunte*. Había sol. Ninguna nube en el cielo. La mitad de la tarde. Volvieron paseando por el camino que habían hecho en coche. Subieron a la habitación de los Shevick. Maria los observó por la mirilla, y los hizo pasar. Barton y Vantresca ya estaban allí.

Vantresca señaló por la ventana. A mano izquierda de dos torres de oficinas al oeste de Center. Era una estructura rectangular simple de alrededor de veinte pisos, con una fachada de vidrio que reflejaba el cielo. Por encima de las ventanas del suelo más alto había un nombre insípido y anodino. Podría haber sido una compañía de seguros. Podría haber sido un laxante.

—¿Estás seguro? —preguntó Reacher.

—El único alquiler nuevo en el período de tiempo correcto. Los tres pisos más altos. Una empresa de la que nadie nunca oyó hablar. Cosas extrañas de todo tipo subiendo por el ascensor.

—Buen trabajo.

—Agradéceselo a Barton. Conoce a un saxofonista que trabaja en el Departamento de Obras.

Aparentemente Vantresca al llegar había llamado al servicio de habitaciones, porque apareció un camarero con un carrito lleno de cosas para beber y comer. Canapés, *cupcakes*, un plato de *cookies* todavía calientes del horno microondas. Más agua, y refrescos, y té helado, y té normal, y lo mejor de todo café caliente, en una jarra alta de cromo que destellaba al sol. Comieron y bebieron juntos. Vantresca dijo que ya había enviado a la casa de los Shevick un equipo de limpieza con seguridad biológica, y un tipo que trabajaba con pladur, y un pintor. Dijo que podrían volver a su casa la mañana siguiente. Si querían. Ellos dijeron que sí, que tenían muchas ganas. Le dieron las gracias por arreglar los agujeros.

Después miraron a Reacher, con una pregunta en la mirada.

—Hoy en el cierre de operaciones —dijo—. Estén atentos a una transferencia bancaria.

Aaron dudó un segundo, amablemente, y preguntó:

—¿Cuán grande?

—Yo soy más bien alguien de números redondos. Si es demasiado, donen el resto. A gente que esté en la misma situación. Quizás algo a esos abogados. Julian Harvey Wood, Gino Vettoretto e Isaac Mehay-Byford. Están haciendo un buen trabajo, para tener tantos nombres.

Después sacó el sobre de la casa de empeños. Las alianzas, los pequeños solitarios, el reloj con el cristal roto. Se lo dio a Maria. Dijo:

—El negocio se arruinó.

Después se fueron, Reacher, Abby, Barton, Hogan, Vantresca, bajaron juntos en ascensor, salieron a la calle.

Media calle antes del vestíbulo de la planta baja de la torre de oficinas había una cafetería de gran formato con mesas al fondo. Entraron y se amontonaron rodilla con rodilla, cinco personas en una mesa para cuatro. Vantresca y Barton repasaron lo que sabían. El edificio había sido terminado hacía tres años. Tenía veinte pisos. Tenía un total de cuarenta unidades. Hasta el momento era un fracaso comercial. La economía local era incierta. La empresa desconocida había conseguido un muy buen precio por los pisos dieciocho, diecinueve y veinte. Los otros únicos ocupantes eran un dentista, abajo en el tercero, y un agente inmobiliario comercial, en el segundo. El resto estaba vacío.

Reacher le preguntó a Hogan:

—¿Qué haría el Cuerpo de Marines?

—Lo más probable sería que evacuara al agente inmobiliario y al dentista y que prendiera fuego al edificio. Los objetivos de los pisos más altos o bien bajarían por las escaleras de emergencia o bien morirían quemados donde estuvieran. De cualquiera de las dos maneras una operación exitosa, sin mucho esfuerzo.

Reacher le preguntó a Vantresca:

—¿Qué harían las divisiones blindadas?

—La doctrina urbana estándar es acribillar las paredes de la planta baja como para que el edificio se derrumbe sobre sí mismo. Si se puede hay que mantener las calles libres de escombros. A cualquier cosa que se siga moviendo un minuto después se le dispara con la ametralladora.

—Vale —dijo Reacher.

—¿Qué haría la Policía Militar? —preguntó Vantresca.

—Sin duda algo sutil e ingenioso. Dada nuestra comparativa falta de recursos.

—¿Como qué?

Reacher pensó intensamente durante un minuto, y después se lo dijo.

CUARENTA Y SIETE

Cinco minutos más tarde Barton se fue de la cafetería para ir a un turno inventado con un dentista. Reacher y los demás se quedaron donde estaban. Era una base apropiada. Cerca. Sin duda el empleado del mostrador era un informante del lado oeste, pero no quedaba nadie a quien informar. Reacher le vio hacer un par de llamadas. Aparentemente nadie se las atendía. El tipo se quedó mirando el teléfono, desconcertado.

Después Hogan y Vantresca se fueron para tener una conversación inventada sobre asuntos inmobiliarios comerciales. Reacher y Abby se quedaron en la mesa. Sus caras eran las únicas que estaban registradas en los teléfonos ucranianos. Concluyeron que era mejor que ellos no empezaran la fiesta tan pronto.

El empleado del mostrador intentó una tercera llamada.

Nadie la atendió.

Abby dijo:

—Supongo que esto significa que esta noche podemos volver a mi casa.

—No veo por qué no —dijo Reacher.

—A no ser que te vayas antes de esta noche.

—Depende de qué suceda. Puede ser que los cinco estemos huyendo.

—Y qué tal si no es así.

—Entonces volveremos a tu casa esta noche.

—¿Por cuánto tiempo?

—¿Cuál sería tu respuesta a esa pregunta? —dijo él.

—Supongo que no para siempre —dijo ella.

—Esa es mi respuesta también. Salvo que mi horizonte de para siempre está más cerca que el de la mayoría. Transparencia total.

—¿Cuánto de más cerca?

Reacher miró hacia fuera por la ventana, a la calle, al ladrillo, a las sombras de la tarde. Dijo:

—Ya me siento como si hubiera estado aquí toda la vida.

—O sea que te irás de todos modos.

—Ven conmigo.

—¿Qué hay de malo en quedarse en un lugar?

—¿Qué hay de malo en no hacerlo?

—Nada —dijo ella—. No me estoy quejando. Solo es por saber.

—¿Saber qué?

—Cuánto tiempo tenemos. Así puedo aprovecharlo al máximo.

—¿No quieres venir conmigo?

—Siento que tengo la posibilidad de elegir entre dos cosas. O un buen recuerdo con principio y fin, o una efervescencia larga que se apague lentamente, donde me canso de los moteles y de hacer dedo y de caminar. Elijo el recuerdo. De un experimento exitoso. Mucho más raro de lo que crees. Ha estado bien, Reacher.

—No es el final todavía. No cantes victoria.

—¿Algo te tiene intranquilo?

—Profesionalmente preocupado.

—Maria me contó lo que le dijiste. Un día vas a perder. Solo que no hoy.

—Estaba intentando levantarle el ánimo. Eso fue todo. Ella estaba muy sensible. Habría dicho cualquier cosa.

—Yo creo que lo dijiste en serio.

—Es algo que te enseñan en el Ejército. Lo único que está bajo tu control directo es lo duro que trabajes. En otras palabras, si hoy te aplicas de verdad mucho, y consigues la inteligencia, la planificación y la ejecución, las tres cosas exactamente correctas al cien por cien, entonces no hay manera de que no te impongas.

—Suenas empoderador.

—Es el Ejército. Lo que realmente quieren decir es que si fracasas hoy es tu absoluta responsabilidad.

—Hasta el momento nos ha funcionado.

—Pero ahora el juego cambió. Ahora estamos peleando contra Moscú. No solo contra un puñado de proxenetas y ladrones.

—La misma gente.

—Pero un mejor sistema, garantizado. Mejor planificación. Lo mejor de lo mejor. Menos debilidades. Menos errores.

—No suena bien.

—Yo me imagino que es mitad y mitad de probabilidades. Ganar o perder. Lo cual está bien. Me gustan las cosas simples.

—¿Cómo lo hacemos?

—Inteligencia, planificación, ejecución. Primero pensamos como ellos. Lo cual no es difícil. Los hemos estudiado sin parar. Vantresca te podría contar. Son gente inteligente, organizados, burocráticos, precavidos, cuidadosos, científicos y exasperadamente racionales.

—¿Y cómo podemos ganar?

—Podemos explotar la parte racional de sus naturalezas —dijo Reacher—. Podemos hacer algo que una persona racional nunca ni siquiera consideraría. Algo completamente desquiciado.

Entonces el primer informe de inteligencia regresó. Barton entró, y saludó con un movimiento de cabeza, y se dirigió al mostrador. Pidió café, y caminó hasta la mesa. Se sentó, pero antes de que pudiera decir algo llegó el segundo informe. Hogan y Vantresca, entrando juntos. Fueron directos a la mesa. Empujaron un poco para hacerse espacio y se sentaron apretados. Cinco personas en una mesa para cuatro.

Barton dijo:

—La pared de la fachada del vestíbulo es toda de cristal. Se entra por una puerta giratoria. La pared trasera del vestíbulo es la fachada del núcleo de servicios. Tiene cinco aberturas. Lina puerta para una escalera de incendios, tres ascensores y otra puerta para escalera de incendios. Entre quien entra y esos ingresos hay torniquetes de seguridad y un escritorio para vigilancia. Detrás del escritorio de vigilancia hay lo que a mí me pareció un civil normal de una empresa de seguridad privada.

—¿Eso es todo? —dijo Reacher.

—Supongo que es todo lo que provee el edificio —dijo Barton—. Pero también hay cuatro hombres de traje y corbata. Supongo que aportados por alguna otra persona. Dos estaban esperando justo al otro lado de la puerta giratoria. Me preguntaron a qué iba. Dije el dentista. Se hicieron a un lado y me hicieron un gesto para que siguiera adelante, hacia el escritorio para la seguridad. Donde el tipo de la seguridad privada me volvió a preguntar a qué iba.

Reacher miró a Hogan y a Vantresca.

—¿Con vosotros fue lo mismo? —preguntó.

—Exactamente lo mismo —dijo Vantresca—. Es una buena defensa. Después se pone incluso mejor. Los otros dos tipos están del otro lado de los torniquetes de seguridad. Junto a los ascensores. Que fueron mejorados, con un nuevo panel de control. Marcas el piso al que quieres ir, y la pantalla te dice cuál es el ascensor que debes ir a esperar. Después la cabina te lleva adonde dijiste. En el interior no hay botones. Es un sistema muy eficiente. Pero del todo innecesario para un edificio tan pequeño como ese. Obviamente está por un motivo. Que es que los dos tipos no te dejan marcar el piso tú mismo. Ellos lo tienen que hacer por ti. Te preguntan adonde vas, se lo dices, ellos aprietan los botones, te muestran dónde esperar. Después te subes al ascensor, y te bajas donde se abren las puertas. No hay otra opción.

—¿Había cámaras en el vestíbulo?

—Hay una pequeña semiesfera de vidrio en el panel del ascensor. Casi con seguridad un lente ojo de pez, retransmitiendo escaleras arriba.

Reacher asintió.

Miró a Barton.

—¿Cómo estuvo el dentista? —preguntó.

—En el tercer piso eran todo unidades pequeñas, todas a los lados de un corredor interno rectangular que rodeaba el núcleo de servicios. En tres de las caras del corredor no había nada. Subí al cuarto por la escalera de incendios, y era igual. El quinto tenía dos unidades más grandes del otro lado. No pude dar toda la vuelta al núcleo. Supongo que uno de los lados sin nada es una pared dentro de la unidad.

—Nosotros fuimos al sexto y empezamos desde allí —dijo Hogan—. Las unidades se vuelven más grandes a medida que subes. Se puede asumir sin dudar que el diecinueve es un piso espectacular que ocupa toda la planta. Los ascensores suben por el centro. Eso es todo lo que les dio el arquitecto. Estoy seguro de que el resto lo construyeron exactamente como ellos quisieron.

—Empezando por la jaula —dijo Reacher.

—Garantizado —dijo Vantresca—. Es incluso más simple de lo que pensamos. Porque el edificio es alto, pero no ancho. Hay solo un núcleo de servicio, con solo cinco aberturas

estructurales por piso, y están todas en línea. Lina jaula las podría controlar todas. No hay necesidad de clausurar nada. Puedes construir una jaula de quizás dos metros de fondo, quizás dos metros y medio de alto, empezando justo antes de la primera puerta de incendios y recorriendo todo el ancho justo hasta más allá de la última. Todas las puertas se abren a la jaula. Los ascensores y las escaleras de incendio. Sería como una sala de espera larga y rectangular. Poco profunda. Tendrías que esperar allí un minuto, con hombres armados observándote desde el otro lado del alambrado.

Con más hombres armados en la puerta para dejarte salir. El mecanismo puede llegar a ser electrónico. Quizás hay dos puertas, como una esclusa.

—¿Suelos y techos?

—Cemento alisado. Sin ninguna entrada significativa. Todos los montantes de diámetro grande suben y bajan por dentro del núcleo, donde el hueco del ascensor.

—Vale —dijo Reacher.

—¿Vale qué?

—Precavido, cuidadoso, científico y racional. Es lo que le dije a Abby.

—Y paranoico. Puedes apostar a que hicieron exactamente lo mismo en los pisos dieciocho y veinte. Lo cual volvería sus zonas de aislamiento prácticamente impenetrables.

Reacher asintió.

—Es algo hermoso —dijo—. No hay por donde entrar.

—¿Entonces cómo lo hacemos?

—Cuando las cosas se ponen difíciles, los que no desisten van de compras.

—¿Adónde?

—A la ferretería.

El lugar más cercano era una franquicia nacional, llena de eslóganes serios acerca de hacer cosas juntos y hacerlas ahora. Moscú lo habría aprobado. Era lo suficientemente grande como para tener lo que ellos querían, pero no lo suficientemente grande como para ofrecer alternativas. Lo cual aceleraba las cosas. Un cuchillo de linóleo era un cuchillo de linóleo. Una sierra de corte transversal era una sierra de corte transversal. Y así sucesivamente. Compraron un bolso de herramientas cada uno. Los bolsos tenían el nombre de la tienda, pero parecían profesionales. El hospitalizado Gezim Hoxha pagó todo, mediante su cartera con forma de patata.

Cargaron las cosas en los bolsos con cuidado, y se los colgaron del hombro. Después emprendieron la marcha, de vuelta por el camino por el que habían ido, pero esta vez sin detenerse en la cafetería. Esta vez siguieron de largo, la media calle restante, directos a la puerta de la planta baja de la torre de oficinas.

CUARENTA Y OCHO

Como había informado Barton, la pared de la fachada del vestíbulo era toda de cristal. Lo cual significó que los tipos de la puerta los vieron con tiempo. Quizás a unos diez metros de distancia. Que a la media de velocidad a la que iban eran todavía bastantes segundos por delante. Que Reacher tuvo la esperanza de que se llenaran de una ligera confusión. La suficiente como para mantenerlos especulando. Cinco personas andando deprisa eran automáticamente sospechosas. Cinco personas con bolsos de herramientas, quizás no. Quizás fontaneros de emergencia, para arreglar una pérdida. O electricistas. Salvo que una era una mujer. Pero eso estaba bien. ¿No? Era América. Salvo que uno se parecía al tipo de Kiev. Gregory había enviado una foto, antes de dejar de responder. ¿El tipo de Kiev era fontanero? Un minúsculo iniciar y frenar, la mente parpadeando por acá, por allá, lo suficiente como para ralentizarlos, lo suficiente como para que sus eventuales reacciones se retrasaran un instante fatal.

Porque para entonces la puerta giratoria estaba girando rápido, escupiendo primero a Reacher, después a Hogan, después a Vantresca, después a Barton, después a Abby, todos ellos sacando armas de sus bolsos de herramientas, desplegándose, Hogan y Vantresca corriendo hacia delante, Abby corriendo detrás de ellos, Reacher y Barton bloqueando a los tipos de la puerta, armas debajo de las barbillas, empujándolos hacia atrás, Hogan y Vantresca y Abby saltando los torniquetes, ellos yendo directos a chocar contra los hombres de traje, derribándolos, ella deslizándose hasta quedar frenada frente al panel de control de los ascensores.

Lista para su primer plano. Se quedó quieta por un segundo. La luz de la calle le llegaba desde atrás. Bajita y algo andrógina, pulcra y esbelta, sacando cadera, vestida entera de negro, con una Glock 17 en la mano. Arte de *performance*. Una silueta de una pesadilla.

Después se inclinó hacia delante y roció la pequeña semiesfera de vidrio con un toque de pintura en aerosol. Negro mate, de la ferretería. Momento para el cual Barton ya estaba empezando a hacer lo mismo en la pared de vidrio de la fachada, pero con blanco, para generar un efecto como el del local vacío. Hicieron que los cuatro tipos de traje se pusieran todos juntos, con Reacher y Vantresca apuntándoles con armas, y Hogan preparándose para atarlos, con bridas largas, de la ferretería.

El vigilante privado observaba todo nervioso desde el escritorio.

Reacher le habló alzando la voz:

—¿Trabajas para esta gente?

—No, señor. Definitivamente no —respondió el hombre.

—Pero aun así ocupas un puesto de trabajo. Tienes responsabilidades, al menos hacia el propietario de este edificio. Tal vez hiciste un juramento. Si te dejamos ir, estás obligado a llamar a la policía. Pareces un hombre de principios. Por lo que será mejor si también te atamos. Quizás incluso te vendemos los ojos. Te dejaremos en el suelo detrás de tu escritorio. Después puedes negar todo. ¿Eso sería aceptable?

—Probablemente lo mejor —dijo el hombre.

—Primero acércate y cierra con llave la puerta.

El hombre se puso de pie.

Que fue cuando el plan falló. Cuando la hasta entonces fácil ejecución se descarriló. Aunque más tarde, en períodos de reflexión honesta, Reacher descubrió que pensaba en ese como el momento en el que el plan triunfó. Él quería eso. Secretamente había tenido la esperanza de que sucediera. De allí las sierras de corte transversal.

Algo completamente desquiciado.

Hogan se agachó para ajustar con la brida los tobillos del primer tipo. Ya sea porque el tipo entró en pánico, o porque le atacó algún tipo de desesperación como de última oportunidad, o ambas cosas, o quizás tenía la esperanza de iniciar cierta clase de insurrección, pero por la razón que fuera, de repente se lanzó hacia delante, directo a Vantresca, con una emoción salvaje en los ojos, una energía salvaje en sus actos. Más o menos se echó encima del cañón del arma de Vantresca.

Vantresca hizo todo bien. Por el rabillo del ojo vio que Hogan se apartaba de allí, como un buen marine, para evitar los pies del tipo que estaba yendo a la carga, para evitar el fuego amigo. Vio que no había nadie detrás. Ningún peligro de que la bala atravesara. Sabía que estaban en un edificio de hormigón. Ningún peligro de que ocurriera una desgracia fortuita atravesando la pared. Ni siquiera mucho ruido, dado el disparo de proximidad. La cavidad torácica actuaría como un silenciador gigante.

Vantresca apretó el gatillo.

No hubo insurrección.

Los otros tres tipos se quedaron donde estaban.

El vigilante privado dijo:

—Uf, mierda.

—Ya nos encargaremos de ti en un minuto —dijo Reacher—. Primero cierra la puerta.

En el piso diecinueve alguien notó que la pantalla del vestíbulo estaba negra. Nadie sabía por cuánto tiempo había estado así. Al principio lo tomaron como un fallo técnico. Pero después algún otro sintió que el vacío no era totalmente uniforme. No cero voltios en el tablero. Alguna otra cosa. Así que fueron hacia atrás en el disco duro y vieron a una mujer joven rociando con un aerosol. Después de primero posar con un arma. Después de primero entrar a toda prisa por la puerta giratoria, con otras cuatro figuras. Todos con ropa de calle distinta, pero todos equipados con idénticos bolsos para una misión específica. Una unidad de operaciones secretas, liderada por una mujer. Esto era América.

Por supuesto lo primero que hicieron fue llamar al vestíbulo. Por si acaso. Cuatro números de

móvil distintos. Cuatro llamadas sin atender. Lo temido y lo esperado. Lo mismo en todas partes, las últimas dos horas. Intentaron incluso con el vigilante privado del edificio. Tenían el número. El teléfono fijo, en su absurdo escritorio.

No hubo respuesta.

Totalmente aislados. Ningún tipo de información. Ahora ni siquiera del vestíbulo. Ninguna idea acerca de qué estaba sucediendo. Desconectados del mundo. Nada en las noticias. Nada en las webs de rumores. Ningún despliegue extraño. Ningún secretario de prensa esperando en línea.

Volvieron a intentar llamar a todos los números.

No hubo respuesta.

Entonces el ascensor retumbó. El hueco del medio.

Llegó la cabina, con un silbido de aire.

Las puertas se abrieron, con un movimiento suave y sibilante.

En la pared de atrás del ascensor alguien había pintado con aerosol la palabra ucraniana para perdedor. Por debajo del goteante cirílico había uno de sus hombres, de los del vestíbulo, traje negro y corbata, sentado, brazos y piernas en diagonal. Le habían disparado en el pecho.

Le habían cortado la cabeza.

La cabeza estaba apoyada entre sus piernas.

Las puertas se cerraron, con un movimiento suave y sibilante.

El ascensor retumbó.

La cabina volvió a bajar.

Totalmente aislados. Ningún contacto. Todos los que no tenían ninguna tarea específica a la cual atender se reunieron en el vestíbulo de los ascensores. Fuera de la jaula. Cerca de la reja. Mirando hacia dentro. Ubicándose como si estuviesen haciendo apuestas. Algunos enfrente del ascensor del medio. Como si esperaran que volviese, con su cuadro espantoso. Otros eligieron el primer ascensor, o el tercero. Algunos de los que estaban más alejados vigilaban las escaleras de incendios. Había todo tipo de teorías.

Esperaron.

No pasó nada.

Cambiaban sus posiciones en la reja. Como si la espera estuviese alterando sutilmente las probabilidades. Como si estuviese volviendo un escenario un poquito más probable que otro. O menos improbable.

Esperaron.

Intentaron llamar a tres números. Una vez más. Primero al de Gregory, después al de Danilo, después al del líder de la guardia, abajo en el vestíbulo. Sin esperanzas reales.

Sin respuesta.

Esperaron. Cambiaron de posición en la reja.

Prestaron atención.

El ascensor retumbó. Esta vez el hueco de la izquierda.

La cabina llegó, con un silbido de aire.

Las puertas se abrieron, con un movimiento suave y sibilante.

En el suelo de la cabina había otro de sus hombres. De los del vestíbulo. Traje negro y corbata. Tumbado de lado. Atado, con las muñecas y los tobillos unidos por detrás de la espalda.

Amordazado con un pedazo de tela negra atado alrededor de la cabeza. Retorciéndose, sacudiéndose, pidiendo ayuda con la mirada, desesperadamente, mordisqueando la mordaza, como gritando *Por favor sacadme de aquí, por favor sacadme de aquí*, y después asintiendo de manera insistente, como rogando, como diciendo *Sí, sí, no pasa nada, por favor sacadme de aquí*, y después agitando el cuerpo, desesperadamente, como intentando llegar hasta el umbral.

Las puertas se cerraron con él en el interior, con un movimiento suave y sibilante.

La cabina volvió a bajar.

Al principio nadie habló.

Después alguien dijo:

—Deberíamos de haberle rescatado.

—¿Cómo lo podríamos haber hecho? —dijo otro.

—Deberíamos haber sido más rápidos. De alguna manera se escapó allí abajo. Deberíamos de haberle ayudado.

—No hubo tiempo.

El tipo que había hablado primero miró todo a su alrededor. Primero desde donde estaba hasta la puerta, y después al teclado, y después de la puerta al ascensor de la izquierda, por el lado de adentro. Lo midió en la cabeza. Las puertas se abrieron. Las puertas se cerraron. No. No había el tiempo suficiente. Especialmente con una milésima de segundo pensando «qué mierdas» y quedándose helados al principio de todo.

Simplemente no era posible.

—Una pena —dijo—. Escapó y lo enviamos de vuelta abajo.

—¿Escapó cómo?

—Quizás lo ataron listos para cortarle la cabeza, pero de alguna manera se alejó rodando y llegó adentro del ascensor, y subió hasta aquí, y quería que lo salváramos. Estaba a dos metros de distancia.

Nadie habló.

—Escuchad —dijo el tipo.

El ascensor retumbó.

Otra vez el hueco de la izquierda.

Volviendo a subir.

—Abre la puerta —dijo el tipo.

—No está permitido.

—Tenemos que llegar allí esta vez. Abre la puerta.

Nadie habló.

El ascensor retumbó.

—Sí, abre la maldita puerta —dijo otro—. No podemos mandar al pobre tipo abajo por segunda vez.

Totalmente aislados. Sin órdenes, sin nadie que dirigiera.

—Abre la puerta —dijo una tercera voz.

El tipo que estaba en la puerta ingresó los números. Después de su retraso programado, el cierre se abrió. El panel se deslizó hacia atrás. Cuatro tipos lo cruzaron. Armas desenfundadas, cautos, de puntillas. Los otros se quedaron fuera, mirando a través de la reja.

El ascensor retumbó.

La cabina llegó, con un silbido de aire.

Las puertas se abrieron, con un movimiento suave y sibilante.

El mismo tipo en el suelo. Traje negro y corbata. Atado de la misma manera, amordazado de la misma manera, retorciéndose, sacudiéndose, suplicando con la mirada, asintiendo desesperadamente, rogando, agitando el cuerpo.

Los cuatro tipos que estaban adentro se abalanzaron hacia delante, listos para darle una mano.

Pero no era el mismo tipo. Era Vantresca. Constitución física promedio. El traje le iba bien. No estaba atado. Tenía las manos detrás de la espalda, escondiendo dos Glock 17. Que sacó y disparó, cuatro veces, con rapidez, precisión, deliberación.

Momento en que se abrió el ascensor de la derecha, y Reacher salió, con Hogan, y Barton, y Abby. Cuatro armas cortas. Hogan disparó primero. *Los blancos a los que hay que ganar son todos los oponentes que estén a distancia de mando y de control de la puerta* habían sido las instrucciones de Reacher. Tres balas hicieron el trabajo. Mientras tanto Reacher estaba despejando el alambrado, disparándoles en la espalda o media espalda a todos los que estaban quietos hipnotizados por el espectáculo de Vantresca disparando a sus compañeros desde el suelo de su ascensor. Barton estaba cubriendo un extremo del vestíbulo, y Abby estaba cubriendo el otro.

Se terminó rápido. Difícil que no fuera así. Como ejercicio fue fácil. Los atacantes tenían el elemento sorpresa de su lado, y después de eso ordenaron una densa concentración del fuego desde la esquina estrecha de un espacio de batalla rectangular. El único amigo dentro de la línea de fuego estaba en un hueco de hormigón a prueba de balas, y desde allí tenía la posibilidad de repartir fuego de enfilada efectivo. Lo cual hizo que la victoria fuera lo normal. El premio era la puerta. Estaba todavía abierta. Algún tipo de cerradura complicada, en ese momento sin accionar. Quizás electrónica. Había un teclado en el poste.

Reacher cruzó la puerta, entró en el espacio secreto que estaba del otro lado, seguido por Hogan, y Abby, y Barton, con Vantresca en la retaguardia, con el traje prestado, sacudiéndole el polvo, después de desplegar su maestría escénica en el suelo del ascensor.

CUARENTA Y NUEVE

La parte de atrás del cerebro de Reacher estaba traqueteando alguna clase de cálculo complicado, que incluía dividir el total de metros cuadrados del piso diecinueve por la cantidad total de muertos en combate en el vestíbulo del ascensor, lo que seguro significaba, después de habilitar de manera realista alojamiento como para oficiales para los frikis importantes, y alojamientos como barracones densamente abarrotados para los suboficiales, que la masa de gente se había reducido de manera sustancial. Tenía que ser así. No podía haber muchos más hombres disponibles. No a no ser que hubieran estado durmiendo de tres en tres en cada cama, o amontonados en el suelo. Matemática simple.

La parte de adelante del cerebro de Reacher decía no tiene importancia. *Si fallo hoy, es mi absoluta responsabilidad.* Se apoyó de frente contra la pared de un pasillo, y sacó un ojo para espiar por la esquina. Vio otro pasillo. Mismo ancho. Puertas a izquierda y derecha. Oficinas, quizás. O dormitorios. Baños al otro lado del salón. O depósitos. O laboratorios, o centros neurálgicos, o colmenas o nidos o madrigueras.

Avanzó. Le siguió Hogan. Después Abby. Después Barton y Vantresca. La primera habitación de la izquierda era alguna clase de puesto de seguridad. Vacío. Abandonado. Un escritorio y una silla, sin ocupar. Dos televisores de pantalla plana sobre el escritorio, en uno en una etiqueta ponía «Vestíbulo», el que estaba negro por la pintura, y el otro estaba marcado como «Piso 19», y mostraba la visión desde una cámara evidentemente colocada bien en lo alto de la pared que estaba enfrente de los ascensores. El ángulo era descendente. La visión era la de muchos cuerpos muertos en el suelo. Más de doce.

Te lo dije, le dijo la parte de atrás del cerebro.

Avanzó. La primera habitación de la derecha también estaba vacía. Tenía un ventanal del suelo al techo, que daba al norte. La ciudad se extendía a sus pies. En la habitación había cuatro sillones, una heladera zumbante y una máquina de café en una mesa. Una sala de descanso. O una sala de personal. Práctico. Cerca de los ascensores.

Avanzaron. No vieron nada. Ninguna persona. Ninguna clase de equipo tecnológico. Reacher no tenía una verdadera idea de qué aspecto tendría. Tenía en mente la descripción original de Abby. *Como en las películas. El científico loco en su laboratorio, lleno de máquinas encendidas y energía chispeante.* Para él un servidor era una fórmula de cortesía, o alguien que corteja a una dama, o algo parecido a un camarero o a un criado. Vantresca asumió que toda la instalación

podría llegar a ser no más que media docena de portátiles. Con base en la nube, así lo había dicho. Hogan predijo una sala baja llena de laminado blanco y aire frío.

Avanzaron con cuidado.

No vieron nada.

—Esperad —susurró Reacher—. Estamos perdiendo el tiempo. Este no es un asunto normal. Creo que fueron directos a la etapa final. Creo que el jinete sin cabeza llevó a todos los que estuvieran libres a la jaula de los ascensores. Solo los que estaban trabajando en ese mismo instante se quedaron donde estaban y sobrevivieron. Por lo que ahora están resguardados. Para ellos es la última batalla del general Custer.

—¿Cuántos? —preguntó Hogan.

—No me importa —dijo Reacher—. Mientras Trulenko sea uno.

—Si son seis portátiles, podrían ser solo un par de tipos —dijo Abby.

—Más guardias —dijo Reacher—. Tantos como Moscú haya decretado que deba haber en la sala en todo momento. O al menos, de esos, los que hayan mantenido la disciplina. Que tal vez sea una cantidad distinta.

—Moscú decretaría un regimiento de guardia completo, si pudiera —dijo Vantresca.

—Supongo que depende de cuán grande sea la sala.

—Si son seis portátiles, podría ser un armario para las escobas —dijo Hogan—. Podría estar en cualquier parte. Podría ser una puerta secreta detrás de un armario para las escobas.

—No, Trulenko quiere ventanas —dijo Abby—. Especialmente estas ventanas. Apuesto a que le encantan las vistas. Apuesto a que le encanta quedarse de pie allí, mirando a través del cristal, sintiéndose superior a los simples mortales de allá abajo. Por más que en realidad sea un fracaso y prácticamente un prisionero. Apuesto a que le hace sentir mejor.

—Esperad —dijo Reacher. Miró a Barton—. Dijiste que en el cuarto piso se podía andar por alrededor del núcleo de servicios. En tres de los lados no había nada. Pero en el quinto piso no se podía dar toda la vuelta. Porque en la parte de atrás las unidades eran más grandes. Dentro de las cuales el lado largo sin nada del núcleo se volvería una pared dentro de una habitación.

—Sí —dijo Barton.

—Es una muy buena pared que tener —dijo Reacher—. ¿No? Es lo más cerca que puedes estar de todos los montantes y los servicios que suben y bajan detrás de los ascensores. —Miró a Vantresca—. En los viejos tiempos, si tenías que instalar comunicaciones conectadas con cables, ¿cuán largos hubieras querido que fueran los cables?

—Tan cortos como fuera humanamente posible —dijo Vantresca.

—¿Porque...?

—Los cables son vulnerables.

Reacher asintió.

—No mecánicamente robustos —dijo—. Además de que esa pared es la primera que recibe energía eléctrica y agua, y lo que sea que el generador automático haga llegar en una emergencia. Apuesto a que esa es la pared que quería Moscú. —Dijo la palabra. Una colmena o un nido o una madriguera, llena de algo que zumbaba o piaba o escarbaba. Dijo—: La construyeron desde la parte de atrás del hueco del ascensor, directamente hasta los ventanales del otro lado. Porque Moscú quería la pared, y los tipos como Trulenko querían las vistas. ¿Qué otra cosa podrían hacer?

—Esa es una habitación grande —dijo Vantresca.

Reacher asintió.

—De la misma forma y tamaño que el vestíbulo de abajo —dijo—. Exactamente el mismo espacio, salvo que girado ciento ochenta grados.

—Lo suficientemente grande como para un regimiento de guardia.

—A lo sumo un par de compañías de fusileros.

—O igual nadie —dijo Abby—. Por la naturaleza humana. Estos tipos son de Ucrania. Moscú es como un hermano mayor que se cree superior. Inventarían sus propias reglas. ¿Qué importa si están de verdad en la habitación? Tienen la jaula. Todos los lugares son igual de seguros. Quizás Trulenko ni siquiera los quiere allí en la habitación, mirando por encima de su hombro. Eso también es parte de la naturaleza humana.

—Situación C —dijo Hogan—. Alguien tiene que haber.

—Quizás ya no —dijo Abby—. Hace dos horas que perdieron el contacto con los de afuera. Yo creo que el instinto sería salir y pelear en las barricadas. En la reja. Creo que sería irresistible. Por la naturaleza humana. Nadie querría quedarse escondido en un pasillo, esperando lo inevitable.

—Esto es lo que los expertos llamarían un rango muy amplio de suposiciones básicas. Cualquier cosa entre nadie en la sala y un regimiento de guardia —dijo Reacher.

—¿Cuál es tu suposición?

—No me importa —dijo otra vez—. Mientras Trulenko sea uno.

—En serio.

—Es un índice. Depende de cuántos frikis tengan. Podría haber decenas amontonados allí. Filas y filas.

—No —dijo Vantresca—. Aquí hacen las cosas a medida. Este es el grupo especial. Los drones están en otra parte. En la nube.

—O en el sótano de la casa de su madre —dijo Hogan.

—Donde sea —dijo Vantresca—. Trulenko es un artista. Es él, y unos pocos más. Quizás uno o dos. Máximo.

—Vale —dijo Reacher—. Entonces o cuatro guardias en la sala o uno. Probablemente la parte que se refiere a la protección cercana en la Situación C reclama un equipo de cuatro al alcance de la mano en todo momento. En el peor de los casos están manteniendo la disciplina en eso. En el mejor de los casos, Abby tiene razón y a Trulenko no le gusta. En cuyo caso quizás llegaron a un acuerdo privado. Lo he visto suceder, de vez en cuando. Por lo general el jefe de vigilancia se sienta en un rincón como parte del mobiliario. Quizás se hacen amigos. Se podrían vender los derechos para una película. Mientras tanto los otros tres del equipo se van a pasar el rato a otro lado, con quienes sea que la Situación C haya reclamado.

—¿Cuál de las dos?, ¿uno o cuatro?

La parte de atrás de su cerebro dijo: uno.

En voz alta dijo:

—Cuatro.

Espiaron la siguiente esquina, y Barton señaló la puerta correspondiente, la que abajo en el quinto había llevado alas unidades grandes de atrás.

CINCUENTA

La parte más corta del hueco del ascensor estaba del lado del hombro izquierdo de Reacher. La puerta estaba justo enfrente. Por lo tanto fuera del ancho del hueco. Por lo tanto no formaba parte de la sala. Un pasillo externo, o un vestíbulo. Reacher empujó la puerta, con las puntas de los dedos separadas, despacio, con cuidado.

Una antesala. Vacía. Tres sillas, puestas allí, colocadas de manera casual. La parte de atrás del cerebro de Reacher dijo: aquí es donde pasan el rato. Los otros tres del equipo. Entonces escucharon la conmoción en los ascensores. Corrieron hacia allí. Ahora están muertos. La parte delantera de su cerebro vio otra puerta. Delante a la izquierda. En la pared lateral. Perfectamente en línea con la parte más corta del hueco del ascensor. Por lo tanto la puerta para entrar a la sala.

Era un equipo de *hardware* impactante. Casi con seguridad insonorizado. Como en algunas películas que Reacher había visto, sobre estudios de grabación o estaciones de radio. Se abría hacia afuera. Grande y pesado. Difícil de mover. Un sistema de seguridad en sí mismo. Para abrirlo, una persona necesitaría plantar una mano contra la pared, y mover alrededor de noventa kilos con la otra, todo el tiempo arrastrando su propio centro de masa hacia un hueco vulnerable que volvía atractivamente cada vez más ancho por sus propios esfuerzos voluntarios. Inexistente en el manual de campo. Porque hubiera un tipo o cuatro adentro, estarían vigilando muy de cerca el punto de entrada. Con las armas desenfundadas y listas. De manual. Su última batalla.

Reacher lo explicó en lenguaje de señas. Se dio un golpecito en el pecho. Yo. Hizo la mímica de abrir con fuerza la puerta, un tirón brusco, fuerza máxima. Le dio un golpecito a Abby en el hombro. Hizo la mímica de arrodillarse y apuntar al espacio que se abriría allí. Le dio un golpecito a Vantresca en el hombro e hizo la mímica de agacharse y apuntar por sobre la cabeza de Abby. Después Hogan, por sobre la cabeza de Vantresca. Puso a Barton a noventa grados, solo por si la puerta se abría y revelaba una trayectoria distinta.

Los demás se pusieron en posición. Arrodillada, agachado, de pie. Reacher sujetó la puerta, con ambas manos. Afirmó los pies. Respiró hondo. Asintió, uno, dos, tres.

Abrió con fuerza la puerta.

Abby disparó. Vantresca disparó. Hogan disparó. Todos al mismo tiempo. Un cartucho cada uno. Después nada, salvo el ruido de un arma al caer, y el golpe carnoso de un cuerpo que cae, y un silencio resonante y silbante.

Reacher miró al otro lado de la puerta. Un hombre. El líder de la vigilancia. Ya sin sentarse

en la esquina como parte del mobiliario. Ya sin hacer amigos. Recientemente alerta de pie, vigilando la puerta. Probablemente con el arma sujeta con ambas manos. Pero la espera fue larga. El tiempo pasaba despacio. La atención se dispersó. El foco se desvió. Los brazos se cansaron. El cañón no se mantuvo en alto.

Más allá del hombre muerto había una sala con un aspecto muy similar a la descripción de Hogan. Laminado blanco y aire frío. Enorme. Del tamaño del vestíbulo de la planta baja. Ventanales del suelo al techo y de pared a pared. Bancos y estantes. La idea de alguien de lo que era una instalación tecnológica. Quizás del año anterior. O de la semana anterior. Dado que estaba actualizada con una capa de cables colgantes y cajas sin función aparente. El núcleo duro de la operación parecía ser incluso más delgado de lo que había predicho Vantresca. Cinco portátiles, no seis. Estaban alineados uno al lado de otro, sobre un banco.

Detrás del banco había dos tipos. Reacher reconoció a Trulenko inmediatamente. De la descripción de Abby. De las fotos del periódico. Un tipo bastante bajo. Joven, pero que se estaba quedando sin pelo. Usaba gafas. *No va a estar picando piedras en una cantera*. Llevaba puestos pantalones chinos y camiseta. Al lado de él había un tipo quizás cinco años más joven. Más alto, pero muy delgado. Ya con los hombros encorvados hacia delante, de teclear demasiado.

Trulenko dijo algo en ucraniano.

—Le acaba de decir a su compañero que no nos diga nada —dijo Vantresca.

—Ese no es un buen comienzo —dijo Reacher.

Barton y Hogan alejaron de sus teclados a los dos tipos. Reacher miró por el ventanal, a los mortales allí abajo. Dijo:

—Suponed que estáis escribiendo un programa. Esto es lo que necesitáis saber de nuestro lado de la ecuación. No estamos afiliados a ningún gobierno ni a ninguna agencia. Esto es exclusivamente una iniciativa privada. Tenemos dos requisitos muy específicos y muy personales. Más allá de eso, no nos importa nada. No tenemos ningún interés puesto en ninguna otra parte. Haced exactamente lo que os digamos y nos iremos, y no nos volveréis a ver.

No hubo respuesta.

Reacher preguntó:

—¿Qué os dice que pasará a continuación vuestra impecable lógica de *software*?

No hubo respuesta.

—Correcto —dijo Reacher—. No estamos afiliados a ningún gobierno ni con ninguna agencia. Lo cual significa que no obedecemos reglas. Acabamos de atravesar a un ejército entero de los mejores tipos duros que jamás hayáis visto en persona. Acabamos de entrar a su escondite más recóndito. Lo cual significa que somos más fuertes que vosotros. Por lo tanto lo más probable es que también seamos más desagradables. Vuestra lógica impecable os dice que vais a sufrir. Si no hacéis lo que nosotros queremos. Antes de venir aquí fuimos a la ferretería. Podéis pensar en esto como si fuera una partida de ajedrez. Obviamente empezaremos por el más pequeño. Una victoria de tu parte es muy difícil de imaginar. Inevitablemente al final haréis lo que os digamos. La lógica os dicta que deberíais saltar directos hasta ese punto. Ahorrarnos a todos muchos problemas.

—No soy uno de esos tipos —dijo Trulenko.

—Pero trabajas para ellos.

—Me quedé sin muchas alternativas. Pero no estoy comprometido. Quizás podemos llegar a

un acuerdo. Yo hago dos cosas, y vosotros me dejáis salir de aquí. ¿Es eso lo que estamos diciendo?

—Pero no te hagas el listo —dijo Reacher—. Sabemos lo suficiente como para saber lo que estás haciendo. Hemos comprado un cortavidrios en la ferretería. Podríamos cortar un círculo en la ventana. Te podríamos tirar por allí. Como mandando una carta.

—¿Qué dos cosas?

—La primera es la pornografía. Todos sus distintos sitios web.

—¿Por eso estáis aquí?

—Dos requisitos muy específicos y muy personales —dijo Reacher otra vez—. El primero es el porno.

—Es un negocio suplementario.

—Bórralo. Elimínalo. La palabra que sea.

—¿Todo?

—Para siempre.

—Vale —dijo Trulenko—. Guau. Supongo que podría hacer eso. Disculpa que te pregunte, ¿es esto alguna clase de cruzada moral?

—¿Qué parte de nuestro proceso hasta este punto te parece moral?

Trulenko no respondió. Reacher se acercó y se detuvo junto a él. Barton y Hogan retrocedieron. Trulenko se acercó al banco. Reacher dijo:

—Cuéntanos lo que tienes aquí.

Trulenko señaló. Dijo:

—Los dos primeros son de redes sociales. Un flujo constante de historias inventadas. Que también van a parar a los sitios web de mala calidad, los cuales son lo suficientemente estúpidos como para creerse todo lo que se dice. También van a los canales de televisión, entre los cuales solo algunos son lo suficientemente estúpidos. El tercero es de robos de identidad. El cuarto es de cosas diversas.

—¿El quinto qué es?

—De dinero.

—¿Dónde está el porno?

—En el número cuatro —dijo Trulenko—. Cosas diversas. Es un negocio suplementario.

—Hazlo —dijo Reacher—. Tarea número uno.

Los otros se juntaron a su alrededor. Lo cierto es que su conocimiento era rudimentario. Solo del lado del consumidor. Pero Trulenko eso no lo sabía. Su examinación parecía mantenerlo por el buen camino. Tecleó largas series de códigos. Respondió sí, sí y sí, a todas las preguntas de «estás seguro». Desfilaban series de texto por la pantalla. Finalmente se detuvo.

Trulenko se alejó.

—Ya no existe —dijo—. El contenido quedó eliminado de manera cien por cien segura, y los dominios están otra vez disponibles.

Nadie objetó nada.

—Vale —dijo Reacher—. Ahora ve al cinco. Muéstranos el dinero.

—¿Qué dinero?

—Todos los activos líquidos.

—Así que es por eso es por lo que estáis aquí.

—Es lo que hace girar el mundo.

Trulenko dio un paso hacia su derecha.

—Espera —dijo Reacher—. Quédate un momento en el cuatro. Muéstranos tu cuenta bancaria.

—No es relevante. No tengo nada que ver con estos tipos. Son algo totalmente aparte. Yo vine de San Francisco.

—Muéstranosla igualmente. Aplica tu lógica impecable.

Trulenko se quedó un instante en silencio.

Después dijo:

—Mi negocio era una sociedad de responsabilidad limitada.

—Quieres decir que todo el mundo salió bañado, salvo tú.

—Mis activos personales estaban protegidos. Ese es el punto de la estructura empresarial. Incentiva el emprendimiento. Incentiva la toma de riesgos. Allí es donde está la gloria.

—Muéstranos tus activos personales —dijo Reacher.

Trulenko hizo otra pequeña pausa. Después llegó a la conclusión inevitable. Parecía ser un pensador muy rápido y decidido. Posiblemente debido a la influencia de su larga relación con los ordenadores. Dio una vez más un paso hacia delante y tecleó y cliqueó. Enseguida la pantalla se reconfiguró. Un color reconfortante. Una lista de números. Maxim Trulenko, cuenta corriente, saldo cuatro millones de dólares.

Maria Shevick había empeñado los anillos de su madre por ochenta dólares.

—Deja esa pantalla abierta —dijo Reacher—. Pasa a la número cinco. Muéstranos lo que tiene Gregory.

Trulenko pasó a la otra pantalla. Tecleó y cliqueó. La pantalla se reconfiguró. Dijo:

—Esta es la única cuenta con líquido. Dinero en efectivo, entrando y saliendo.

—¿Cuánto hay allí en este momento?

Trulenko miró.

—Ahora mismo veintinueve millones de dólares —dijo.

—Añade allí tu dinero —dijo Reacher—. Envíale una transferencia a Gregory.

—¿Qué?

—Lo que has oído. Vacía tu cuenta bancaria y transfiere el dinero a la de Gregory.

Trulenko no respondió. No se movió. Estaba pensando. Rápido, como él podía hacerlo. En pocos segundos ya estaba en la etapa de aceptación. Reacher lo pudo ver en su cara. Mejor salir de allí arruinado que no salir de allí. Podría ser peor. Aceptó la idea enseguida. Como que una pierna rota es mejor que las dos.

Volvió a la cuatro y tecleó y cliqueó. Sí, sí y sí a las preguntas de «estás seguro». Después retrocedió. El saldo en la cuatro bajó a cero. En la cinco subió a treinta y tres millones.

—Ahora ingresa estos números —dijo Reacher. Recitó de memoria los datos de la cuenta bancaria de Aaron Shevick. Aprendidos días atrás, antes de su visita al bar. *El hombre del tatuaje carcelario cree que usted es Aaron Shevick. Va a tener que ir a pedir el dinero por nosotros.*

Dieciocho mil novecientos dólares, en esa ocasión.

Soy más bien una persona de números redondos.

Trulenko leyó nuevamente los números.

Todo bien.

—Ahora transfiere el dinero —dijo Reacher.

—¿Cuánto?

—Todo.

—¿Qué?

—Ya lo has oído. Vacía la cuenta de Gregory y transfiere el dinero a la cuenta que te acabo de dar.

Trulenko volvió a hacer una pausa. El punto de no retorno. Sus activos personales estaban a punto de desaparecer y no estar más bajo su control. Pero una pierna rota era mejor que las dos. Tecleó y cliqueó. Sí, sí y sí. Retrocedió. El saldo en la pantalla bajó a cero. Treinta y tres millones de dólares emprendieron un viaje.

Reacher miró a los demás. Dijo:

—Vosotros adelantaos, chicos. Yo os alcanzo en el ascensor. Todos asintieron. Pensó que solo Abby sabía por qué. Salieron en fila. Pasando junto al tipo muerto. Vantresca fue el último. Miró hacia atrás. Luego se fue.

Reacher se acercó a Trulenko. Dijo:

—Te tengo que decir algo.

—¿Qué? —dijo Trulenko.

—La parte acerca de tú yéndote de aquí tranquilo.

—¿Qué hay con eso?

—Eran *fake news*.

Reacher le disparó en la frente, y lo dejó en el lugar en el que cayó.

CINCUENTA Y UNO

Pasaron la noche en casa de Abby. En el salón, con sus colores de tonos suaves, y sus muebles usados y cómodos, y sus texturas agradables. En la cocina, con su máquina de café, y sus tazas blancas de porcelana, y su mesa diminuta junto a la ventana. Pero sobre todo en el dormitorio. Primero se dieron unas largas duchas calientes, obvia y abiertamente simbólicas, pero también reparadoras y reconfortantes y necesarias y prácticas. Salieron oliendo limpios y frescos y perfumados. Inocentes. Como flores. Hasta entonces Reacher no se había pronunciado para ninguno de los dos lados, no con certeza, pero Abby pareció tomarla como su última noche juntos. Parecía no tener nada de que arrepentirse. *Supongo que no para siempre*. Era valiente. Era graciosa. Era flexible, y experimental, e ingeniosa. Entre una vez y otra se acurrucaba, pero no buscaba seguridad. En cambio de vez en cuando se estiraba como un gato. Sonreía, de manera franca y sin vergüenza. *Una gran sensación. Tú estás vivo, y ellos no*.

Por la mañana les despertó temprano una llamada telefónica de los Shevick. Abby la puso en modo altavoz. Primero habló Maria y dijo que el resultado del escáner había sido un éxito total. La mejora era notable. Su niña se estaba reponiendo. Los médicos estaban bailando de la emoción. Después habló Aaron y dijo que estaba impactado por la transferencia. Por poco tuvo un ataque al corazón. Reacher le dijo lo que le había dicho antes. Donen el resto. A gente que se encuentre en la misma situación. Una parte a los abogados. Después de volver a comprarle la casa al banco. Quizás Meg podía irse a vivir con ellos, mientras se recuperaba. Quizás se podían comprar una televisión nueva. Quizás incluso un coche nuevo. O un coche viejo. Algo interesante. Algo divertido. Quizás un Jaguar. Era una máquina satisfactoria. Reacher dijo que lo sabía de buena mano.

Después se fue. Rodeó las manzanas del centro de la ciudad, y cruzó la calle Center, y se mantuvo a una distancia amable de los distritos de altos ingresos. Unos ochocientos metros después llegó a la terminal de autobuses. Entró por la puerta. Revisó los destinos en el tablón y se compró un billete. Todavía tenía cinco mil dólares en el bolsillo. De la casa de empeños. Le ponían contento. Le gustaba el peso, y la falta de vida. Cubrirían sus gastos. Dos o tres semanas, al menos. Quizás más, si era cuidadoso.

Diez días después se estaba moviendo hacia el norte con el verano. Por casualidad en un autobús encontró un *Washington Post*. En su interior había un artículo largo. Decía que el crimen organizado había sido erradicado de cierta ciudad de mala fama. Un problema de hacía mucho

tiempo, finalmente resuelto. Dos bandas rivales, las dos ya no estaban. No más extorsiones. Ya no había drogas, ya no había vicio. No más violencia aleatoria. No más reino del terror. El nuevo comisario general de policía se estaba adjudicando todo el mérito. Se llamaba a sí mismo una escoba nueva, con nuevas ideas y nueva energía. Se comentaba que algún día tal vez se presentaría como candidato a un cargo gubernamental. Posiblemente alcalde, o incluso quizás gobernador. No había ninguna razón por la cual no pudiera ser así. Hasta el momento sus antecedentes eran brillantes.



LEE CHILD (Coventry, Inglaterra, Reino Unido, 29 de octubre de 1954), seudónimo de Jim Grant, es un escritor británico de *thrillers*. El protagonista de sus novelas es Jack Reacher, un exoficial de la policía militar norteamericana que, después de dejar el ejército, decide comenzar una vida de vagabundo a lo largo de Estados Unidos.

Hijo de un funcionario, Lee Child nació en Coventry en 1954, pero a los cuatro años se mudó con sus padres y sus tres hermanos a Birmingham. Grant asistió a la Escuela Primaria Cherry Orchard en Handsworth Wood hasta la edad de 11 años.

En 1974 ingresó en la Facultad de Derecho de la Universidad de Sheffield, pero sin la intención de desarrollar esos estudios profesionalmente. Concluida su etapa universitaria comienza a trabajar en Granada Television hasta 1995.

Después de abandonar su trabajo tras una reestructuración de la compañía, Grant decide que quiere empezar a escribir novelas. En 1997 apareció *Killing Floor*, su ópera prima, y en el año siguiente se fue a vivir a Estados Unidos.

Su seudónimo de escritor, «Lee», viene de una broma familiar por un error de pronunciación de Renault's Le Car, mientras que «Child» era un truco para aparecer en las estanterías de las librerías entre dos estrellas de la literatura de misterio como Raymond Chandler y Agatha Christie.

Según Grant, eligió el nombre Reacher (alcanzador, en español) para el protagonista de sus novelas un día que hacía la compra con su mujer Jane en un supermercado. Jane le dijo que, como Grant era muy alto, si no tenía éxito como escritor siempre podría trabajar en un supermercado alcanzando a la gente los artículos que estaban más arriba.

Algunos libros de la saga Jack Reacher están escritos en primera persona mientras que otros son en tercera persona. Child caracterizó los libros como historias de venganza, inspirado por el sentimiento de rabia que sintió al ser despedido.

A pesar de ser británico siempre se ha definido por un estilo de *thriller* norteamericano.